



Voy a  
olvidarte

Brenda Simmons

VOY A OLVIDARTE

La vida de Dana Michel da un cambio radical cuando el viejo juez Sheridan decide penalizar su obsesión por pintar grafitis enviándola a la Escuela de Arte de Boston. Y, precisamente, huyendo de la policía para que no la arresten por embellecer las calles con su arte urbano, se cuele en un edificio en obras y, a partir de ese momento, será Duncan Rush, un atractivo y enigmático pintor, el que se cuele en su vida.

Dana descubre que nada es lo que parece y que el amor no siempre lo puede todo. Sin embargo, con su carisma habitual, decide que «es preferible olvidar que lamentar no tener que hacerlo» y se adentra en una historia con un final que todos ven llegar menos ella.

Descubierto el misterio que rodea a ese hombre, ¿debería luchar por él o hacer caso de su instinto de supervivencia y tratar de olvidarlo...?

© 2018 Brenda Simmons.

Licencia: Todos los derechos reservados

Diseño de cubierta. © Alexia Jorques.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. El incumplimiento quedará sujeto a las sanciones legalmente establecidas en la Ley.

Los personajes y situaciones narradas en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

# INDICE

INDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

EPÍLOGO

# PRÓLOGO

—Date prisa, creo que he oído el sonido de una sirena.

Dana no se inmutó, estaba demasiado concentrada intentando dar vida a aquellos ojos enormes y rasgados.

—Debo acabar esta mirada —informó sin elevar la voz—. Se hace de noche y la tonalidad de la pintura cambia si la luz desaparece.

Matthew se encogió de hombros. Él no entendía nada de luces ni de colores pero podía escribir todo un ensayo acerca de lo que les sucedería si la policía los pescaba decorando aquellas paredes. Estaba seguro de que no funcionaría como atenuante la belleza de aquella mirada o el hecho de que las pupilas de aquella señora hubieran traspasado los ladrillos y parecieran tener más vida que las suyas propias.

Observó a Dana fascinado.

Los movimientos de los brazos femeninos, seguros y enérgicos, lo dejaron atontado durante unos segundos. En aquel lienzo de piedra, la cara de la mujer se estaba llenando de unas arrugas tan naturales y precisas que le recordaron a las de otra persona bien conocida. Movi6 la cabeza afectado. Llevaba una semana acompañándola a aquella nave abandonada y ahora comprendía la grandiosidad del mural. Era Lena Michel la mujer que Dana estaba recreando, el ángel de la guarda que se había ocupado de los dos. De ahí que su hermana se afanara tanto en trabajar la luminosidad de la mirada; trataba de captar ese *algo* que le salía a Lena de dentro.

—Te ayudaré con las latas —le dijo Matthew en un intento sutil de que acabara. Se conocían lo suficiente como para saber que las dichas patas de gallo le iban a costar una buena regañina, amén de una cena fría y perderse una partida de billar con sus amigos.

Con Dana siempre era igual. Claro, que él no la cambiaría por nadie en el mundo. La convirtió en algo suyo en el mismo instante en que le sonrió con su cara regordeta y su pelo blanco e hincado. En realidad, tanto Lena como él esperaban a un chico mayor. Cuando la encargada de Servicios Sociales apareció con aquella criatura que parecía sacada de un anuncio de pañales, toda sonrisa y palmaditas, no lo pudieron evitar; se olvidaron de la edad de la niña y dejaron que su ordenado mundo se desordenara para siempre. En unos meses se hizo evidente que la mocosa se los había metido en el bolsillo, irradiaba tal fuerza y energía que conseguía que todos orbitaran a su alrededor.

El *problema* -con P de *pintura*- comenzó a los cinco años. A esa edad descubrieron lo único que hasta ese momento se había mostrado efectivo para desbancar a la angelical criatura: la varicela. Una epidemia severa asoló Heaven Hill y no dejó niño sin enfermar.

Lena estaba tan preocupada por el cambio de humor de Dana que le compró todo aquello que estaba al alcance de su mano: cuentos, cómics, juegos de mesa y...un maletín de plástico rojo repleto de ceras blandas de todos los colores.

¡Ah, el famoso maletín!, pensó Matthew.

A los nueve años aquella maravillosa niña pintó el viejo retablo de la iglesia en un lienzo improvisado, concretamente, la puerta del almacén de la señora Adams. Y, con pintura acrílica, sustraída a tal efecto del mismo almacén. A los diez, había dejado su impronta en todas y cada una de las paredes de la ciudad, pequeños animales mitológicos poblaban su imaginación por aquella época. Matthew todavía recordaba las facturas de pintura que Lena había ido pagando a lo largo de los años por la afición un pelín desmedida de Dana.

Que tenía un don especial era evidente y que no sabía qué hacer con él era aún más obvio, pensó mientras admiraba cómo iba progresando la cara de Lena en aquella pared desvencijada.

«¡Oh, mierda!, otra vez no», rugió por lo bajo. Un coche se había situado frente a ellos y enfocaba con los faros el dibujo de la pared.

—Buenas noches, Matthew —oyó decir a Tom Harris—. Menuda obra de arte, esta vez se ha superado.

Matthew asintió resignado.

—Sí, ha ido mejorando la técnica —admitió orgulloso.

—Lástima que tengamos que borrarla —dijo el oficial en tono pesaroso—. Quizá el viejo Miller quiera conservar el dibujo, bien sabe Dios que vale más que toda su nave.

Dana estaba tan ensimismada en dar vida al rostro de Lena que no advirtió la presencia del policía.

—No seas pesado, Matt. Concédeme unos minutos extras y deja de molestarme, por favor —le soltó creyendo que estaban solos.

Tom sonrió, la concentración de la muchacha daba miedo, ni siquiera lo había oído llegar. Hizo un gesto al hermano para que no la molestara con trivialidades tales como anunciar la presencia de un agente de la autoridad, y tomó asiento en el capó del coche patrulla. Matthew lo imitó, ya había poco que perder.

Durante mucho tiempo, ambos hombres permanecieron callados observando la evolución de la pintura.

\* \* \*

Dana sonrió satisfecha. El acabado mate había proporcionado a las arrugas la profundidad que andaba buscando, habían quedado perfectas.

—Termi...né —farfulló sorprendida al descubrir al intruso—. Vaya, Tom, Linda se va a enfadar cuando le diga que ya no saludas a los amigos.

La sonrisa del hombre se hizo más amplia.

—Deja a mi mujer en paz —susurró mostrándole la puerta abierta del todoterreno—. Está en casa, justo donde deberías estar tú, en lugar de pintarrajear los graneros de tus vecinos. Sube, anda. Su Señoría te recibirá antes de irse a la cama. Ten compasión del pobre hombre, le das más trabajo que todos los borrachos del pueblo juntos.

Dana recogió las latas de pintura y las ordenó dentro de su maleta. Cuando terminó de hacerlo le dedicó a Tom una de sus sonrisas especiales.

A su hermano le apretó el brazo.

Detención, acuerdo rápido e indemnización, se lo sabía de memoria. En tres horas estaría de nuevo en casa. Lo que sentía de veras era ocasionarle más problemas económicos a Lena. Entre los tres no daban abasto para sufragar el pago de tanta pintura reparadora. Y eso, encargándose ella de restaurar el lienzo (pared, puerta, muro, cortina metálica...) y dejarlo tal y como estaba antes de toparse con su arte.

No siempre era tan malo. A veces, los vecinos decidían disfrutar de sus creaciones y la multa era más pequeña. Esperaba que en aquella ocasión, dado que la pared se caía a cachos, no fuera muy excesiva.

Mientras el coche se alejaba, echó un vistazo a su obra y sonrió satisfecha. Había conseguido materializar el gesto agrídulce de su madre cuando le decía que tenía que dejar de pintar las calles.

Esa noche no tendría que echarle el consabido rapapolvo, ya lo había hecho ella por sí sola.

\* \* \*

Entró en la casa de Garrett Sheridan con total naturalidad.

No en vano, era lo que venía haciendo desde que tenía uso de razón. Sabía que su hermano no tardaría en llegar para ablandar el corazón del hombre con algún argumento irrefutable. Era muy bueno defendiendo su causa, pensó satisfecha. Lo único que deseaba era que su debilidad por los *problemas decorativos* (como los había bautizado su abogado particular) no hubiera sido la causa de que Matt se decantara por el mundo del Derecho.

Echó un vistazo a su alrededor y no vio a nadie.

Contempló los diplomas de las paredes y suspiró. Sheridan era un conocido juez de distrito, ya retirado, que solventaba los pequeños problemas que iban surgiendo en la ciudad y que no llegaban a un juzgado civil o penal. Un juez de paz justo y equilibrado al que, ciertamente, no le estaba dando un buen retiro.

Un pequeño carraspeo la sobresaltó. Creía que estaba sola en la habitación.

—Hola, Dana —le dijo Christopher Sheridan con voz seria—. Espero que en esta ocasión la multa sea más asequible. Tengo entendido que la de Betsy Taylor batió records.

Dana alzó una ceja. Si esa mujer tuviera buen gusto, hubiera permitido que su tienda aún mostrara el grafiti que decoraba la pared trasera del inmueble. Nunca entendería por qué el realismo de aquel precipicio profundo y tenebroso la ofendió

tanto. No había querido hacer ninguna metáfora, se dijo a sí misma, todavía indignada por el testimonio de la comerciante. ¿Quién podía creer que entrar en la tienda de los Taylor era caer en el abismo más abyecto? Salvo por sus precios prohibitivos, claro está...

—¿Cómo te va, Chris? —saludó ella, sonriendo a su pesar—. Sí, yo también lo espero. Esa esquina nos salió por un ojo de la cara.

Christopher sacudió la cabeza. No dejaba que nadie lo llamara con aquel diminutivo. Nadie... salvo ella. Esa chica podía llamarlo como quisiera.

Encendió un pitillo para demostrarle que no hablaba con un crío y dejó que su cabeza jugueteara con la idea de poseerla. Era tan bonita que estuvo a punto de atragantarse con el humo del cigarro. Sus ojos verdes, casi felinos, lo dejaron a la deriva. O sus labios grandes y carnosos que mostraban unos dientes perfectos y los hoyuelos... ¡Madre de Dios!, soñaba con acariciar aquellas hendiduras. Su delicada naricilla decidió arrugarse en aquel instante y él desvió la mirada para centrarse en la asombrosa mata de pelo rubio que se despeinaba alrededor del óvalo perfecto que resultaba ser su cara. Identificaría esa melena corta en cualquier parte.

Intentó concentrarse en otra cosa, pero la chica no se lo estaba poniendo fácil; se acariciaba los brazos y se tocaba el cuello como si estuviera más nerviosa de lo habitual. Sonrió encantado, ya era hora de que reparara en él. La vio moverse por la habitación contemplando las fotografías que colgaban de las paredes y la espió sin perderse ni un detalle de su voluptuoso cuerpo.

La camiseta de tirantes mostraba unos senos generosos, en aquel momento cubiertos por un peto vaquero lleno de agujeros y muy corto. No llevaba sujetador y los pechos se le movían libremente haciéndole disfrutar como si fuera un asqueroso *voyeur*. Menuda ironía del destino, estaba prendado de la única muchacha del pueblo que no suspiraba por él.

—Esta noche voy al lago con algunos amigos —susurró con una molesta erección en ciernes—. Me gustaría que nos acompañaras, va a ser divertido.

Dana lo miró desconcertada.

Ella tenía dieciséis y él, al igual que sus amigos, rondaría los veinticuatro porque su hermano era un año menor que ellos. Que alguien le explicara lo que iba a hacer una chica para divertirse con aquellos hombres cercanos a la senectud. No obstante, le dedicó una de sus sonrisas explosivas; era el hijo del juez, no tenía más remedio.

—Me encantaría, pero me temo que después de esto —informó, gesticulando con las manos— estaré castigada hasta el verano que viene. Perdona, pero me muero de picor. Los mamones de los mosquitos se han cebado conmigo. Eso de no moverme se ve que los pone a tope.

Christopher sonrió como en trance mirando las zonas que la muchacha se acariciaba.

La vio agacharse para tocarse una picadura y reprimió un gemido. La profundidad del escote y su piel bronceada le recordaron que hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer... En ese bochornoso instante, sintió sobre sí la mirada

analítica de su padre, que había escogido ese momento para hacer su entrada triunfal, y bajó la cabeza avergonzado. Aquella chiquilla tenía dieciséis años, maldita sea. Y nada de nervios, eran los mosquitos los que la habían hecho comportarse de aquella manera.

—Gracias por hacerle compañía a nuestra *delincuente* más habitual —exclamó el juez tan serio como de costumbre—. Puedes dejarnos solos, Christopher.

Garrett Sheridan esperó a que su hijo cerrara la puerta. Después tomó asiento y le indicó a Dana, con un gesto, que hiciera lo mismo.

—Mi querida señorita Michel —exclamó el hombre fijándose por primera vez en ella y sintiendo que el pulso se le aceleraba—. No deja que me reponga de una de sus actuaciones cuando ya estamos inmersos en otra. ¿En qué ha consistido la *decoración* en esta ocasión? No me conteste, por favor, era una pregunta retórica. Esperaremos a su *defensor*, siempre que comenzamos sin él tengo que soportar una diatriba contra mi persona.

Dana le dedicó una sonrisa deslumbrante que hizo las delicias del juez.

—Gracias, señor. Mi hermano se toma muy a pecho su papel —respondió orgullosa—. El año que viene se convertirá en un auténtico letrado; mucho me temo que tengamos *diatribas* para rato.

Si en aquellos acuerdos extrajudiciales su hermano se dejaba la piel, no quería ni pensar en lo que haría en un juicio de verdad.

Garrett la evaluó de arriba abajo y después se fijó en que la puerta no se había cerrado del todo. Su hijo esperaba al otro lado para escuchar su veredicto o quizá para inventarse otra visita al lago...La chica le interesaba lo suficiente como para comportarse de aquella desagradable manera.

Dana se quedó absorta contemplando los tics involuntarios que iban ensombreciendo la cara del hombre. La calvicie le proporcionaba un aire resuelto y elegante en el que no había reparado antes. Aunque fue su mirada inteligente y escrutadora la que le dio cierto repelús. La estaba examinando a conciencia y tuvo miedo de que decidiera mandarla a la USP. Las gentes del pueblo no hablaban nada bien de la Penitenciaría de Leavenworth. Se agitó en la silla y sus ojos chocaron con una fotografía del juez Sheridan en la entrada de la prisión federal. Tembló de miedo, a partir de ese momento trataría de que sus grafitis pasaran desapercibidos. A veces, hasta a ella le asombraba el tamaño de sus obras, sobre todo, cuando tenía que ocultarlas por mandato de aquel hombre.

Se escuchó cierto revuelo en la entrada y Dana supo que Matthew había llegado. Solo entonces se permitió respirar con más calma. Nadie la iba a mandar a prisión, su hermano se encargaría de evitarlo. No sabía por qué se le había metido en la cabeza esa idea, quizá por la extraña mirada del juez que la hacía sentirse en peligro.

—Siento el retraso, Señoría —saludó su letrado entrando con aire desenvuelto, aunque ella sabía que estaba más nervioso de lo que aparentaba—. He hablado con el señor Miller y no le importa que su nave haya sido *decorada*. En defensa de la señorita

Michel diré que la pared de ese granero estaba a punto de amenazar ruina. La pintura de mi defendida ha prolongado la vida del inmueble...

La cara del juez se contrajo a punto de soltar una blasfemia y movió la mano en el aire para acabar con la verborrea del muchacho. Después de concederse a sí mismo unos segundos para calmarse, Garrett Sheridan lo tuvo claro.

—Tras años de examinar este caso en profundidad —dictaminó convencido—. Considero necesario encontrar...una *salida* adecuada a las capacidades de nuestra delincuente. Una universidad alejada de su zona de delincuencia habitual será lo más apropiado. No me perdonaría que continuara *decorando* las paredes de la Universidad de San Rafael. En este mismo instante pondré a mi secretaria a trabajar en ello. La señorita Michel está desperdiciando su talento *engalanando* las tapias, muros, graneros o lo que se le ocurra... de este pueblo. Estoy convencido de que encontraremos un patrocinador adecuado a las aptitudes de nuestro reo. Es todo por hoy. Pueden volver a casa.

Matthew miró al juez Sheridan como si lo viera por primera vez.

—Gracias, señor —pronunció sin llegar a creérselo del todo—. Procuraremos mantener el talento de la señorita Michel a raya hasta que se encauce adecuadamente.

El hombre miró hacia la puerta, ahora cerrada, y suspiró. A Matt no le pasó desapercibido el gesto de preocupación del jurista mientras aceptaba su mano y se la estrechaba con fuerza.

—Era necesario —se le escapó al juez—. Una chica como ella no puede crear más que problemas. La juventud es ingobernable.

Matt arrugó el ceño y salió a toda prisa.

Dana, la reo-delincuente-criminal, saludó al juez con un gesto y siguió a su letrado con el mosqueo dibujado en la cara.

—Por un momento, he creído que me iba a mandar a la Penitenciaría —soltó una vez que pisaron la calle—. No entiendo nada. ¿Se refería a una beca de estudios para que pueda pintar? ¿Significa eso que ya no iré a San Rafael? Me gusta tu universidad, tiene una licenciatura en Arte. Además, no quiero abandonar Heaven Hill. Y, yo no creo problemas, lo único que hago es *decorar inmuebles abandonados* —afirmó enfadada—. Me gusta más cómo suena cuando lo dices tú, en boca de ese hombre parece que hago algo malo.

Matthew aceleró el paso y no habló hasta llegar a su pequeño y destartalado Chevrolet. Asestó a la puerta del conductor un golpe seco y la abrió sin problemas.

—Sube y respira —expresó mosqueado, al tiempo que ayudaba a su hermana con la otra puerta—. Hablas más que un abogado... ¿Qué ha sucedido ahí dentro? Me refiero antes de que yo llegara.

Sentados, por fin, en el interior del vehículo, obviaron mencionar el tema de que el coche necesitaba unos arreglos.

—Nada, que yo sepa —reflexionó ella sin aliento—. He cruzado unas palabras con Chris y después te hemos esperado. Tú mismo lo has presenciado, el Juez Sheridan

ha oído tu famosa *diatriba* y seguidamente ha soltado la bomba. Prometo que no tengo nada que ver.

¿Chris? ¿Su hermana había llamado *Chris* al engreído hombretón de Christopher Sheridan? Mathew fue incapaz de disimular su estupefacción. Pasó la mano por la melena alborotada de Dana y la despeinó aún más. Era única.

—Pequeña, lo has conseguido —sonrió nervioso—. Ahora podremos tomarnos un respiro. Sufragar tus gastos por *decorar inmuebles abandonados* y la posibilidad de ingresar en San Rafael nos estaba quitando el sueño. Solo tienes que mejorar tu nota media y, sobre todo, no volver a hablar con el hijo del juez.

Dana lo conocía bien, los enfados le duraban cinco minutos y este no había llegado a la media. Le dedicó una de sus sonrisas *consíquelotodo* y suspiró satisfecha. Sin embargo, oírlo mencionar a Chris Sheridan le hizo arrugar el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver Chris Sheridan en todo esto? —le preguntó completamente perdida.

Mathew se encogió de hombros y puso el coche en marcha.

Empezaba a comprender el interés del muchacho cuando le preguntaba por la *artista*. No lo hacía por congraciarse con él, ahora que estaba a punto de convertirse en letrado, sino por ella. Por su preciosa, creativa y genial hermana, *que no era más que una niña*.

Maldito esnob y bendito padre que solucionaba el problema brindándole a su única defendida un futuro mucho más brillante que el que los Michel podían permitirse.

# 1

Dana se retiró unos pasos y estudió críticamente el efecto de la pintura sobre la piel del individuo que estaba a punto de emerger de un fondo negro. Había complicado tanto el dibujo que no sabía qué hacer.

Tomó asiento en el suelo y meditó el problema seriamente. Deseaba crear una sensación tridimensional y conseguir que un hombre negro, con un saxo en las manos, sobresaliera de la pared envuelto en la atmósfera oscura de un garito de copas.

—Coche patrulla rodeando el parque —oyó con bastante nitidez—. ¡Hay que largarse!

No movió ni un músculo. Sabía que estaba a punto de dar con la solución, la tenía en la punta de los dedos...

La radio permaneció en silencio. Wallace y su grupo habrían salido corriendo, estaban más cansados de las multas que ella, pensó contrariada. No podía hacer lo mismo. No, mientras la piel del músico no adquiriera consistencia entre tanto color negro.

Lo malo de su concentración era que no sabía el tiempo que había transcurrido entre el aviso y el sonido que escuchó a sus espaldas. Un coche uniformado de azul y blanco hizo su aparición por la esquina de su derecha, a tan solo unos metros de ella.

Las endorfinas que su organismo creó a marchas forzadas la ayudaron a envolver las pinturas en un trapo viejo y a esconderlas en el hueco más grande que encontró en aquel muro medio derruido. Se puso un gorro oscuro, agarró su mochila y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Dos años sin que la pillaran. Ya podía ver las caras decepcionadas de Lena y Matt, y ellos creyendo que había dejado los malos hábitos...

Atravesar el parque no era una opción, estaba flanqueado por un montón de coches policía. Parecía una redada, vio a hombres en el suelo con las manos esposadas.

Comprendió que las cosas se complicaban cuando descubrió a sus amigos mostrando la pintura para evitar que los confundieran con los tipos del suelo. Así, que no le quedó otra que sortear paredes, pasillos interiores e incluso algún tejado para alejarse de la zona. Cuando pensaba que se había librado, vislumbró la sombra de un coche que circulaba con las luces apagadas.

Mierda, tanta escalada para nada.

Desplegó las únicas escaleras metálicas que encontró en toda la manzana y voló sobre ellas para volver a plegarlas. Mimetizada con la pared, vio cómo el vehículo permanecía parado. El tipo no parecía tener ninguna prisa; ella, sin embargo, no se podía permitir el lujo de malgastar ni un segundo. El grafiti causante de que ahora se encontrara colgada de una escalera en una calle desconocida le había quitado más tiempo del que tenía; trabajos pintados y escritos la esperaban en casa cuando apenas faltaban un par de semanas para que terminara el curso.

Desesperada por salir de aquella situación, miró a su alrededor. Relativamente cerca creyó ver una serie de ventanas abiertas, sin duda por alguna reforma. Echó un nuevo vistazo al coche de abajo y tuvo claro que prefería lidiar con un guarda enfadado que con un policía aburrido.

Se deslizó entre las sombras y, sin perder pie en ninguna cornisa, llegó a su destino. Cada vez lo hacía mejor, se dijo fascinada, mirando hacia el coche patrulla que ya no iba a formar parte de su futuro más inmediato.

Entrar fue fácil, no había cristales ni puertas ni perros ni... (Mejor tocaba madera, solo por si acaso) guardas de seguridad. Cuando, finalmente, pisó aquellos suelos de mármol, creyó estar en el paraíso. El olor a pintura la envolvió como una colcha en invierno y se dejó llevar hasta la pared de enfrente para admirar un paisaje a medio terminar. Giró a su alrededor y comprendió que estaba ante la remodelación de un edificio antiguo. Antes de llenarlo de muebles habían decidido realzar su abolengo con murales en las paredes principales, justo en las que la luz de la mañana y el sol de la tarde alumbrarían como ascuas.

Salió de la sala y estudió el edificio.

Abrumador, descomunal y suntuoso, pensó en un intento de ser objetiva. Miró hacia abajo, después hacia arriba y, en contra de su sentido común (que le pedía a gritos que se largara de allí y no parara hasta llegar a casa), decidió subir un piso. Tenía que saber si otras estancias también exhibían tesoros como el de abajo, aunque, con un poco de suerte, esperaba que estuvieran finalizados.

Por nada del mundo podía perderse aquello.

La primera sala le impactó por la fuerza de las imágenes. Cinco rectángulos verticales que abarcaban toda la longitud de la pared exhibían un Boston antiguo, lleno de carruajes y de personajes bien ataviados entre los que destacaba de vez en cuando algún vestido de muselina azul o blanca. El hueco central se había reservado para un edificio mastodóntico, a todas luces el que se pretendía conmemorar. No sabía qué representaba aquel inmueble pero de lo que no tenía dudas era de su importancia; toda la pintura de aquellas ventanas al pasado giraba en torno a esa construcción.

El sonido de unos pasos la hicieron adentrarse en un pasillo oscuro. Su ropa negra la camuflaría en el recoveco apartado de la entrada. Avanzó hacia el interior de la sala y tuvo que taparse la boca para evitar un alarido.

¡Madre de Dios!, suspiró cuando contempló la belleza del fresco.

Esa pintura no era como las anteriores. Abarcaba casi la totalidad de la sala y seguía el contorno ovalado de la pared. Ni siquiera los espacios entre los amplios ventanales habían sido respetados. El dibujo se había esparcido entre ellos como las ramas de un árbol. Era toda una panorámica de la ciudad de Boston atravesada por el río Charles. Incluso se podía apreciar el puente *Longfellow* a la derecha de las ventanas. Los colores del cielo, los edificios en el horizonte, el color del agua...todo era tan extraordinario y tan alejado de lo que cabía esperarse de un paisaje, que tuvo que

apoyarse en la pared para asimilarlo. No sabía que se podía conseguir aquella impronta surrealista en algo tan realista como esa panorámica.

Unos gemidos la hicieron retroceder unos pasos. Mathew la iba a matar, esperaba que no la acusaran de allanamiento porque en esa ocasión, por más que le pesara, no podían culparla de haber *decorado* aquellas paredes.

Esperó inmóvil, con la espalda pegada a la pared, la llegada del guarda. No se produjo. Los suspiros eran cada vez más perceptibles y llegó a pensar que el edificio estuviera encantado. No le extrañaba, con esas pinturas en su interior cualquiera querría vagar por aquellas salas eternamente.

—No...te muevas.

La nitidez con la que escuchó las palabras le puso los pelos de punta.

Después de algo así, adquirió la rigidez de una piedra y se puso a temblar. La voz había sonado a ultratumba. Una risita baja y melodiosa la estremeció de arriba abajo y cuando los jadeos comenzaron, no tuvo ninguna duda. En aquella habitación no había fantasmas, si acaso dos seres de carne y hueso y, si su memoria auditiva no le fallaba, estaban practicando algo que no tenía nada que ver con la decoración de las paredes.

Como si del canto de una sirena se tratara, se dejó guiar por el sonido de aquellas respiraciones alteradas hasta que se topó con una obra completamente inesperada. Ni el cuadro más espectacular que pudiera imaginarse podía competir con la belleza de aquellos dos cuerpos desnudos. En el suelo, utilizando como sábana el mármol descarnado y frío, un tipo chupaba con ansia los genitales de una muchacha mientras le sujetaba los pechos con fuerza.

No pudo apartar la mirada ni desaparecer.

Lena no se sentiría muy orgullosa, pero nada ni nadie hubiera conseguido que desviara los ojos de aquella extraordinaria escena. Los músculos de la espalda masculina estaban contraídos por el esfuerzo de mantener los brazos estirados. Los glúteos redondos y fibrosos equilibraban la figura masculina y unas piernas largas, trabajadas duramente, se anclaban al resto del cuerpo con una perfección milimétrica.

El pelo del hombre, negro con reflejos azulados la sobresaltó, era espeso y estaba muy despeinado, como si la chica le hubiera pegado un buen repaso. No podía verle la cara pero con el resto tenía bastante. *Atractivo*, decidió, cuando lo vio elevar su estatura para penetrar a la mujer que lo contemplaba con arrobó.

Dana se desesperó por la poca participación de la muchacha. No obstante, grabó en su memoria las líneas del cuerpo femenino porque le parecieron exquisitas. Continuó espiando sin ningún pudor; ambos modelos le resultaban demasiado atrayentes para hacer otra cosa. Los antebrazos del tipo eran formidables. Se fijó en que llevaba una pulsera negra en la muñeca derecha y un reloj enorme en la izquierda.

Se encontró trazando las líneas de ambas figuras en su cabeza una y otra vez, aunque el cuerpo de la chica adquiriría más vida en su imaginación.

El tipo no parecía tener ninguna prisa por terminar, sometía rítmicamente a su pareja sin mirarla ni una sola vez, lo que la sorprendió. Podía estar con aquella mujer o con cualquier otra...Qué enamoramiento más tonto, se dijo indignada al percatarse

de los sentimientos de la chica, que a todas luces parecía en trance y colada por el adonis. En ese preciso instante, los movimientos pélvicos del hombre se incrementaron y exhaló un grito ahogado que le puso la piel de gallina.

Dejó de estudiar artísticamente a la pareja y comenzó a sentirse turbada, se estaba excitando. La chica había desaparecido y la que estaba disfrutando con aquellas acometidas era ella. Eso sí la hizo girar sobre sí misma y pensar en desaparecer. Menos mal que estaba sola porque no sabía cómo digerir que se hubiera...exaltado contemplando a aquellos dos. Había dibujado muchos cuerpos desnudos en la escuela aunque nunca interactuando entre sí, sería eso.

Antes de abandonar la sala echó otro vistazo y distinguió con claridad los rasgos del hombre. No era atractivo, era impresionante. Su cara parecía esculpida en piedra, de líneas angulosas y cuadradas. Tenía los ojos cerrados pero los imaginó azules o verdes. Qué ejemplar masculino tan hermoso, se dijo atontada.

Se marchó sin hacer ruido.

Antes de salir por la ventana se dio cuenta de que apenas había reparado en la mujer. Pretendía plasmarlos en una hoja de papel en cuanto llegara a casa y no sabía ni de qué color era el pelo de la fémina.

Qué mala artista era, pensó compungida.

\* \* \*

—Tú estás mal de la cabeza —escuchó decir a Rose—. Ya ibas mal de tiempo antes de que decidieras cambiar tu proyecto final.

Dana no la miró, continuó trazando líneas en su bloc de dibujo para evitar que desapareciera aquel singular boceto que aún bullía en su cabeza.

—Lo sé —susurró sin dejar de dibujar—. Déjame acabar con esto y lo discutimos...

Rose Sinclair bufó malhumorada, como si se pudiera discutir algo con su amiga. Contempló a los dos vagabundos que había estado pintando a ratos aislados, ahora abandonados en una esquina de la habitación, y suspiró. Su compañera era tan buena que se podía permitir el lujo de desechar una obra como aquella para empezar otra a tan solo unas semanas de finalizar el curso.

—Te estás jugando la graduación. ¡Joder, Dana!, si ya tenías tu proyecto casi terminado —le advirtió preocupada—. Quiero que sepas que no estás bien de la cabeza...Pero no he bajado para señalarte algo tan evidente. Wallace ha llamado, está en comisaría con su grupo de grafiteros. Necesita a tu hermano, por cierto, dile a Matt de mi parte que es un santo, no sé cómo os soporta.

Bueno, aquello sí la hizo reaccionar.

Terminó de esbozar el pecho masculino tratando de conseguir aquella postura erguida mientras se sumergía en el interior de la chica y, después de estudiar con ojo crítico los resultados, se limpió las manos con el trapo húmedo que su amiga puso a su alcance.

—¡Mierda! No soporto que seas tan asquerosamente buena —suspiró Rose examinando el dibujo que Dana había dejado en su esquina del sótano—. Vale, comprendo que entre los *viejos* y *esto* no hayas dudado en quedarte con el buenorro. Ya me contarás de dónde has sacado el tiempo para practicar sexo con alguien así de...En fin, no tengo palabras. Por tu bien, espero que sea fruto de tu imaginación. Lo digo en serio, sobrellevo como puedo tu genialidad pero no te perdonaría JAMÁS que, además, te hayas liado con un semidiós como este y no me lo hayas contado.

Dana arqueó una ceja y retrocedió unos pasos hasta situarse frente a su boceto. Lo estudió desde una nueva perspectiva y masculló una palabrota. Había que ser muy imbécil para haberse dibujado a sí misma debajo del individuo. Cambiaría el cabello de la chica y disimularía sus facciones alterando el ángulo de la cara.

¿Desde cuándo se incluía ella en alguna de sus obras?

—Puedes quedarte tranquila —murmuró, concentrada en los brazos del hombre—. Alguien así de espectacular solo puede existir en la imaginación. Aunque, le falta algo...

Rose sonrió de buena gana.

—Ya te digo yo que no, lo principal lo has imaginado la mar de bien. Lo que daría Marcus por parecerse a ese tipo. ¿Qué digo? Por tirarse a este tío.

Dana también sonrió.

Marcus era el modelo que acudía a la escuela tres veces por semana, cuyo cuerpo conocían mejor que él mismo. Le faltaban algunos kilos y quizá fuera demasiado alto, pero su atractivo físico era innegable. Nunca olvidaría que el pene de ese chico fue el causante de que permaneciera encendida como un árbol de Navidad durante las tres horas que duró su primera sesión de anatomía. Al término de la clase solo dos chicas parecían unas gambas rojizas y avergonzadas: Rose Sinclare y ella. A partir de ese momento fueron *las Vírgenes* de primer curso. Lamentable... aunque, cierto en ambos casos.

—Te dejo, tengo que localizar a Matt—explicó mientras subía la escalera saltando los escalones de dos en dos.

\* \* \*

Lo suyo no era aguardar en la puerta de una comisaría, máxime, cuando había estado tan cerca de acabar dentro. Comenzó a dar vueltas como una fiera enjaulada. Su hermano estaba tardando más de lo esperado; llevaba dos horas esperando y normalmente no sobrepasaba los treinta minutos.

Tomó asiento en la escalinata de la entrada y sacó el bloc de dibujo de su bandolera. Los brazos del amante no la dejaban en paz. Tenía que ser capaz de insuflarles la tensión que transmitían cuando se elevaron sobre la mujer.

Jugueteó con la idea de regalarle a su donjuán de papel la pulsera que llevaba en la vida real, cualquier cosa con tal de matar el tiempo. Si no recordaba mal, se trataba de un trozo de cuero negro, aunque podía lucir algún detalle que ella se perdiera por la distancia.

Una filigrana, la tirantez de los tendones de los antebrazos e incluso unos ojos todavía cerrados... consiguieron que tomara conciencia de que los que entraban en aquella maldita comisaría no salían, daba igual que fueras reo-delincuente-criminal que letrado. No volvía a verles el pelo.

En esas elucubraciones andaba cuando sintió la mano de Matthew en su cabeza. Su hermano disfrutaba con ello; despeinarla hasta convertirla en una cosa con el pelo hincado. Hubo una época en que odió que la confundieran con una especie animada de cualquier dibujo *manga*. En la actualidad le importaba un rábano.

—Hecho —le dijo su letrado sonriendo con petulancia—. Tus colegas van a salir en unos minutos. No puedo quedarme para escuchar lo bueno que soy, tengo varios casos esperando en la mesa de mi despacho.

Dana lo abrazó con cariño y le dedicó su sonrisa especial.

—Gracias, Matt —expresó recuperando la calma—. Son buenos chicos. Ellos y yo te agradecemos que nos dediques tu tiempo, sabemos que no te sobra —suspiró resignada, en eso coincidía con su hermano.

Matthew analizó sus palabras.

—No te preocupes —aseguró el letrado sin perderse ni uno de sus gestos—. ¿Sabes, hermanita? No acabo de creermelo que hayamos dejado atrás este tipo de *intervenciones especiales*. Espero que no se deba a una cuestión de suerte...Vale, no deseo que te enfades. —Sonrió con ternura al contemplar la expresión desolada de ella—. En realidad, me alegro de que no seas tú el objeto principal de mis *diatribas*

Dana sonrió ante la mención de la palabra y sacudió la cabeza como si así pudiera apartar el sentimiento de culpa que apareció al instante.

—Te quiero, Matt —afirmó con convicción mientras lo abrazaba—. Ni dibujándote podrías ser más perfecto.

Matthew se alejó sintiendo que algo no marchaba bien.

Su hermana no se había defendido, tal y como hacía cuando se la acusaba de algo de lo que no era responsable. Ni siquiera se había quejado de que dudara de su «*rehabilitación*» y eso era muy raro en ella.

Mientras arrancaba su coche de alta gama la vio perderse de nuevo en su bloc de dibujo. Menos mal que era abogado, suspiró resignado, se apostaría su deportivo a que continuaba *decorando inmuebles* a horas descabelladas.

En fin, esa era Dana.

\* \* \*

Matthew no se equivocaba.

Unos suspiros de pura culpa después, Dana vio aparecer a sus colegas. La expresión «*impelidos por un resorte*» era la única capaz de explicar que ninguno de ellos bajara los escalones de uno en uno. Más que salir parecía que los persiguiera una horda de zombis asesinos.

Los miró sonriente y se dejó abrazar a un ritmo endiablado. Risas, bailes y repaso de cabelleras fue lo que vino a continuación.

Entre aquellos cinco se sentía en casa. No eran universitarios ni querían serlo. Se ganaban la vida en lo que les salía y subsistían con muy poco; básicamente, con aquella fiera amistad y su pasión por los grafitis.

Y allí...encajaba ella.

Le devolvió el abrazo a Lisa y chocó las palmas con Julia.

—Si me interesaran los tíos, te convertirías en mi hermana. —Sonrió Lisa— ¡Joder, qué bien lo hace Matt! Esta vez lo teníamos difícil, el idiota de Wallace llevaba un cigarro de marihuana.

La atención de Dana se centró en su apuesto colega. Wallace Kendrick era guapo sin paliativos. Moreno de piel y de cabello, ojos grises rodeados de unas pestañas largas y espesas, mentón suavizado por una barbilla extraordinaria y sonrisa fácil. El conjunto se complementaba con un metro noventa de puro músculo trabajado a conciencia. Cuando sus miradas se encontraron no pudo evitar sonrojarse. El muchacho le dedicó toda su atención, como siempre que se encontraban.

—Tu hermano ha estado impresionante —saludó el adonis, situándose demasiado cerca de ella—. Me ha preguntado por tus últimos trabajos pero no le he dicho nada. Hola, tú.

Dana retrocedió un paso simulando que cerraba su bolso. Ese chico le gustaba y él se aprovechaba de ello cada vez que podía.

—Hola a ti también —contestó tratando de reponerse.

—¿Cómo no tiraste el *petardo* antes de que nos pillaran? Deberías usar mascarilla más a menudo, el gas empieza a afectarte —soltó Julia dirigiéndose a su colega—. Hay que ser muy idiota para que te pillen con algo así.

Wallace sonrió alardeando de dentadura perfecta. Dana lo vio quitarse el pañuelo que cubría su cabeza y componer un gracioso mohín de disculpa.

—No tenía ni idea de que lo llevaba encima —suspiró melodramático—. Alguien debió de dejarlo en mi chaqueta.

Hasta ese momento no habían intervenido los dos hombretones que también formaban parte de aquella singular familia. Dana les guiñó un ojo, parecían desanimados.

—Marihuana, alcohol y sexo, te estás pasando —continuó Lisa, apuntando a Wallace con el dedo índice—. La próxima vez puede que sea algo más fuerte y que acabes en el suelo como los tíos del parque. Tus últimas relaciones dejan mucho que desear y lo peor es que nos arrastras contigo.

Wallace movió la cabeza y echó a andar sin volver la vista atrás. Entonces se paró y, como si recordara alguna cosa, retrocedió hasta ponerse a la altura de Dana.

—Estoy dispuesto a intentarlo contigo —susurró en su oído—. Dime que sí y me harás el hombre más formal de la tierra.

Dana sintió los ojos del muchacho repasándola lentamente y suspiró cansada. Era un fastidio que no se rindiera. Gracias a Dios, conocía las costumbres de ese guaperas. Wallace Kendrick no creía en la fidelidad, un pequeño defecto que no tenía

inconveniente en admitir. Es más, se pasaba media vida haciéndolo visible. La otra media la dedicaba a pintar grafitis, siempre seguido de una cohorte de admiradores.

—Quizá el año que viene —le respondió ella con una mueca aburrida—. En estos momentos no puedo dividir mi tiempo entre las *Annas* y las *Kellys* que te llenan de porros los bolsillos.

Wallace se alejó unos pasos y la miró con intensidad.

—Tenía que intentarlo —confesó bajito sin apartar los ojos de ella —. Os dejo. Después de esto necesito sexo y me va a dar igual que se llame Anna o Kelly. Nos vemos.

Dana se abstuvo de contestar.

Por más que el muchacho intentara tomárselo a broma, estaba segura de que a Wallace le dolían sus rechazos. Podía sentir su decepción, lo veía en su cara y en sus gestos forzados.

José y Lamar lo siguieron con caras preocupadas. Quizá se atrevieran a decirle algo pero no lo harían delante de ellas; un líder como aquel no podía ser discutido en presencia de cualquiera, pensó Dana mientras los veía desaparecer. Después se percató de que, para haber salido tan deprisa, aún continuaban junto a la comisaría.

—Vente a *Spokes's* —le dijo Julia —. Con suerte, no volveremos a ver a esos tres en unos días. Hay que ser muy imbécil para no saber lo que llevas en los bolsillos.

Dana negó con un gesto maquinal. Tenía una forma mejor de emplear el poco tiempo de que disponía.

—No puedo —murmuró sintiéndose nerviosa de repente—. Hay algo que debo hacer. Y, yo no me preocuparía demasiado, seguro que a partir de ahora revisa su ropa a diario.

Desde hacía unas horas, había algo que no la dejaba vivir y no era lo que llevara su amigo en los bolsillos. Esos brazos que derrochaban vitalidad necesitaban de unos ojos que les dieran vida y sabía dónde encontrarlos.

\* \* \*

Estudió ensimismada la fachada del edificio.

Ahora lo entendía todo, se trataba del Banco Americano de Negocios. Según el diario financiero que había consultado en su móvil, la entidad comenzaba una nueva etapa con una ampliación de capital procedente de la salida a bolsa de parte de las acciones del Banco.

Tomó asiento en el filo de la fuente que presidía el conjunto y dejó que el sonido del agua apaciguara los sonidos de su corazón. Llevaba una hora esperando y en aquel edificio ni entraba ni salía nadie. En la comisaría, al menos, había una recepción interesante de seres vivos.

No podía perder más tiempo. Su bello desconocido tendría que conformarse con los rasgos faciales que a ella se le ocurrieran y cualquier parecido con la realidad sería, nunca mejor dicho, pura casualidad.

No obstante... se concedió los últimos quince minutos.

Decidida a enterarse de algo, se acercó a la puerta de la construcción. Un entarimado cubría todo el edificio con una foto impresa del resultado que se podría admirar cuando finalizara la reforma del inmueble. En la esquina de la calle, un panel cuadrado explicaba las características de la obra, aunque a ella solo le interesaron dos cosas: el nombre del responsable de los frescos, Duncan Rush, y la cifra a la que ascendía la reforma, veinte millones de dólares.

Daba gusto saber que había personas que cobraban por plasmar su arte; a ella le habían hecho pagar por eso mismo toda su vida. Un tío con suerte, sí señor.

Mientras abandonaba el lugar, no dejaba de darle vueltas al nombre del artista. Repasó mentalmente sus últimos conocimientos sobre Arte Contemporáneo y profirió una palabrota que la hizo objeto de una observación intensa por parte de los usuarios del bus urbano.

El trabajo que le esperaba en casa consistía en analizar una obra de ese tipo. Concretamente, *Secretos*. O lo que es lo mismo, una chica desnuda delante de un espejo.

Había ido posponiendo el trabajito porque sabía que requeriría de ella todo su tiempo. La muchacha del cuadro era preciosa aunque parecía muy triste. Las pinceladas habían mostrado el interior del alma femenina de forma descarnada, como si los sentimientos de la mujer fueran más importantes que la perfección de su cuerpo. Realmente, se le hacía difícil describir la pesadumbre que la embargaba cuando miraba el óleo.

Quizá fuera... *pena por la chica*.

Sí, el artista se había implicado en su obra aunque Dana no llegaba a decidir si para bien o para mal. Y, ella tenía que analizar el interior de ese hombre en busca de lo que pensaba cuando dio vida a aquella criatura que lo miraba a través del cristal con... ¿lástima de sí misma?

Ese trabajo le iba a complicar la existencia, lo veía venir.

En realidad, a ella no le interesaba lo más mínimo el arte del tal Rush, si acaso, el de alguno de sus ayudantes. Ni siquiera eso, para ser más precisa, el *cuerpo* de alguno de sus ayudantes.

Sí, mucho mejor.

## 2

Los gritos de Rose la pusieron de pie en segundos.

Se había dormido.

Dana miró a su compañera y parpadeó atontada. La encontró más atractiva que de costumbre. Había dejado de tener carita de niña buena con sus pecas y sus ojos azules. El vestido de cóctel beige, los zapatos de tacón y la melena negra, le daban un aspecto sofisticado y elegante.

—Parece que vayas a... una boda —susurró, empezando a temerse lo peor—. Hoy es el gran día, ¿verdad?

Rose se echó las manos a la cabeza sin importarle el peinado.

—Acabo de llegar de la peluquería. Al ver la persiana subida he dado por sentado que estarías arreglándote. Por el amor de Dios, Dana, en media hora comienza la ceremonia. Por cierto, ¿lo conseguiste?

Dana ya había entrado en el baño, al oír a su amiga asomó la cabeza para contestarle.

—A las cuatro y veintitrés minutos de la madrugada deposité mi obra junto a un otoñal campo de trigo. Me temo que ser la última no me va a ayudar demasiado, la luz que entra por los ventanales no llega a esa zona y mis amantes parecen hacer cochinas más que arte. —Sonrió sin perder la calma.

Su compañera movió la cabeza alucinada.

Ni en esas circunstancias perdía su querida amiga los nervios. Se lo había jugado todo a una carta y lo había conseguido. Para una persona tan previsora como Rose hubiera sido imposible trabajar con esa presión. Ni loca se habría expuesto a contratiempos innecesarios, como encontrarse cerradas las puertas de la exposición o, peor aún, que no hubiera terminado la obra a tiempo. Su *correcto* paisaje de montaña era de los primeros que se presentaron, lo suyo no era la pintura artística y le costó bastante conseguir de la profesora Carter ese apelativo. Sin los consejos de Dana se habría conformado con dos de los adjetivos que más odiaba en la vida: malo y malísimo.

Contempló a su amiga ponerse unos pantalones y arrugó el ceño al comprender que no iba a estrenar el modelito que le había regalado Matthew.

¡Vaqueros rotos y descoloridos! Al menos, no se veían caídos sobre sus caderas. Camiseta blanca y chaleco azulón con la parte delantera bordada para disimular el pecho. Completaban el conjunto sus botas militares negras.

Esa chica no estaba bien.

—Tu hermano se va a enfadar —susurró Rose resignada—. Cualquiera en tu lugar estaría loca por ponerse algo así. ¿Eres consciente de que vas a aparecer en la televisión nacional vestida como una estrafalaria hippy?

Ese día se presentaban oficialmente los trabajos finales y pasaban a formar parte de un concurso tan famoso que lo cubrían decenas de medios de comunicación. En unas semanas se conocerían los resultados y se podrían graduar con todos los honores.

—No he tenido tiempo de depilarme las piernas —farfulló Dana indignada—. Además, ¿quién se va a fijar en mí?

Rose se maravilló, como siempre que hablaban del mismo tema. Esa chica estaba tan embebida en su propio mundo que no era consciente de su extraordinaria belleza física.

—¿Con ese pelo? Te aseguro que mañana serás la comidilla de esta aldea global que es ahora el mundo. Te haces viral, ya te lo digo yo.

Dana se contempló en el espejo y se encogió de hombros. Era imposible que su pelo permaneciera sin erguirse sobre su cabeza. Ni mojado lo conseguía. Llevaba razón su amiga, era excesivo. Antes de que Rose se lo impidiera, cogió un cúter de la mesilla y rasgó unos mechones.

—Vaya, ahora sí que lo has mejorado —masculló su compañera, con ganas de gritar hasta quedarse ronca—. Hippy, estrafalaria y alocada. Así es como se te ve ahora.

Dana sonrió mientras estudiaba el efecto con ojo crítico.

—¡Me gusta!

\* \* \*

La ceremonia iba con retraso.

Gracias a eso, consiguieron pasar desapercibidas. Ocuparon sus asientos y sonrieron al advertir que no eran las únicas que llegaban tarde.

Dana se percató de un solo vistazo de que se encontraba entre las pocas chicas que iban sin maquillar, incluso los pertenecientes a alguna tribu urbana habían añadido pintura extra a la que ya exhibían normalmente. A su lado, los ojos de Gregor Robbins, por ejemplo, lucían un exceso de lápiz de negro, a juego con su indumentaria, que le provocaron cierto sobresalto. Los de su novia Raven pecaban de la misma técnica, aunque, en este caso, el color era morado, por lo que el sobresalto se transformó en una duda razonable acerca de la salud de la muchacha.

La pareja la saludó con una leve inclinación de cabeza y Dana les devolvió el gesto. No sabía por qué caía bien a todos los bichos raros del campus, quizá por su pelo o por sus propias excentricidades, que, ahora que lo pensaba, no eran pocas. Como ir vestida de aquella manera, pensó, al darse cuenta de que ninguna mujer en la sala llevaba vaqueros.

*Alguna habrá*, pensó mientras buscaba a Matt con la mirada.

Lo distinguió a lo lejos y saludó satisfecha. Lena lo acompañaba. ¡Menuda sorpresa!, su presencia estaba prevista, pero solo para la graduación. De haberlo sabido se habría puesto el vestido, su madre ansiaba verla convertida en una muchacha mucho más prosaica de lo que ella era.

—¿Alguien ha visto a Rush? —les preguntó la muchacha que tenían delante interrumpiendo con ello el hilo de sus pensamientos.

Dana disimuló su desconcierto mirando a Rose. A excepción del cartel del banco y de la crítica que había hecho de su cuadro, no sabía nada más del artista.

—¿Qué pinta aquí el viejo? —le susurró a su compañera al oído.

Rose Sinclair abrió los ojos desorbitadamente.

—Lo tuyo no tiene remedio —sentenció sonriendo—. No sé de qué viejo hablas. Duncan Rush tiene treinta y cuatro y es uno de los tíos más increíbles que he visto en toda mi vida.

Dana negó muy segura con la cabeza.

¿Treinta y cuatro? de eso nada. Ella lo había buscado en internet y el señor que apareció rondaría los sesenta. Atractivo, pelo canoso y muy elegante. Lo localizó con rapidez y le mostró la imagen del móvil a su amiga junto con un gesto de satisfacción enorme. Estaba cansada de que su compañera la creyera fuera de onda.

—Ese es el *padre* —aseguró Rose, riéndose claramente de ella—. Podías haber seguido buscando, el siguiente era el *hijo*.

Fue lo que hizo.

¡Por favor! ¿Podía ser más inepta?

Durante unos instantes se sintió aturdida. El hombre que tenía delante de sus narices se parecía demasiado a su modelo involuntario del banco.

No podía ser.

Dana permitió que la pantalla del teléfono se apagara, incluso se olvidó de localizar a otra chica con vaqueros. El auditorio entero se había puesto de pie para recibir a la comitiva que se acercaba a la mesa engalanada para el acto y ella no podía apartar los ojos del hombre que miraba todo lo que lo rodeaba con indiferencia. El temblor que recorrió su cuerpo al contemplar a ese individuo le dijo que no se equivocaba. Era él y había estado todo ese tiempo en internet, esperando a que ella lo descubriera...

No le quedaban dudas al respecto: moreno, de piel y de cabello; rostro de líneas duras, sonrisa inexistente y ojos... oscuros.

¡Qué calamidad estaba hecha! Se hubiera abofeteado allí mismo por incompetente.

No había acertado, no tenía los ojos grises como al final había apostado. Aquel tipo era mucho más impresionante que el individuo que había pintado y se sentía dolida por ello. Ella era una estudiosa de la fisonomía humana. Sus personajes eran legendarios y fácilmente reconocidos. Ese hombre, sin embargo, tenía poco parecido con su chico del cuadro.

Con un retraso imperdonable, cayó en la cuenta de que el tipo que había visualizado haciendo el amor en el mismísimo suelo de un edificio en obras era Duncan Rush...Nada de ayudantes fogosos y atractivos. *Su amante* era el pintor cuya

vida y obras había estudiado en la creencia de que se trataba de un sexagenario. Increíble.

Sintió el codazo de su compañera y cerró la boca.

—Ahí lo tienes —cuchicheó Rose sin apartar los ojos del escenario—. Duncan Rush *hijo*, uno de los pintores más conocidos de este siglo y juez del concurso. Conocidos por los que vivimos en la Tierra, quería decir. —Sonrió alegre al analizar la expresión de su amiga—. Lo siento, pero no podía dejar pasar algo así ¿Cómo es posible que no lo conocieras? —Suspiró de manera teatral—. Lástima que yo no vaya a pasar de la primera ronda. Podríamos decir que te ayudé en algo o que soy tu representante... no sé, cualquier cosa que me haga estar cerca de ese adonis.

Dana apenas se rió del chiste, sabía a qué se refería su amiga. El jurado intercambiaba impresiones con los finalistas. Curiosamente, pensar en hablar con el pintor la puso nerviosa. Había rememorado el cuerpo de ese hombre tantas veces desde que lo descubriera adorando la entrepierna de la desconocida, que lo sentía algo suyo, distinto a lo que experimentaba cuando dibujaba desnudos en las clases de anatomía.

—Hay trabajos muy buenos y la pintura acrílica no goza del mismo respeto que el óleo —puso de relieve la grafitera. Esa madrugada había echado un vistazo al resto de las obras y era consciente de que solo unas pocas habían roto los diques de la tradición pictórica.

Dana vio asentir a su compañera con la cabeza y suspiró, no podía explicarle que después de la escenita del banco no le apetecía más que plasmar lo que aquellos dos le habían hecho sentir. Por lo demás, la falta de tiempo había decidido; era muy rápida haciendo grafitis y muy buena. Para ella era una apuesta segura. Una vez que la profesora Carter le dio el visto bueno, no dudó en abandonar el óleo de los ancianos y seguir adelante con sus amantes.

—El cuadro de los viejos nos habría llevado a la cima —le contestó Rose entre dientes—. Todavía no entiendo tu obsesión por las latas de pintura.

En realidad, a Dana el concurso no le importaba en absoluto, si no fuera obligatoria la presentación de los trabajos habría eludido dicho placer. Lo único que deseaba era graduarse y buscar trabajo.

Permanecieron calladas simulando escuchar a la decana Lester.

La mujer no sabía a dónde mirar para conseguir que alguien hiciera desaparecer el leve murmullo que flotaba en la sala. Alzó el tono de voz y gesticuló más de lo conveniente logrando con ello despertar el interés del genio creativo que tenía a su lado. Dana sonrió divertida, si ese tipo supiera que su anfitriona jamás se exaltaba hubiera alucinado. Willa Lester estaba haciendo lo indecible por no dar cuatro gritos y pedir silencio. Pero, hasta esa petición le parecería de mal gusto. Dana la conocía bien; esa mujer personificaba el saber estar, no dejaría en mal lugar a su alumnado.

El discurso llegaba a su fin.

La Decana presentó al pintor con orgullo. Debía de haberle resultado difícil conseguir la asistencia de alguien de su categoría porque las muestras de

agradecimiento resultaron abrumadoras hasta para los asistentes. Después de repetir el nombre del genio esperó unos segundos antes de comenzar a leer toda una retahíla de títulos y premios que provocaron nuevos murmullos entre la concurrencia.

Después de una eternidad, la mujer dejó de recitar el currículum del artista para acabar sonriéndole con veneración. Rush no se inmutó, inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y continuó con su gesto inexpresivo. Y eso, a pesar de los aplausos y de los chillidos que aumentaron al hacerse evidente que Willa Lester admitiría los desafueros.

«*Como si no fuera con él*», se extrañó Dana.

Por fin, la Decana nombró al resto de los miembros del jurado: cuatro profesores de las distintas especialidades, a los que se les había reservado asientos en la primera fila. Dana se prometió atender a partir de ese momento y se estiró para verlos mejor, no tenía ni idea de quiénes habían sido los elegidos. Cuando los vio saludar animados, arrugó el ceño, dos hombres y dos mujeres; hasta ahí, todo políticamente correcto. El problema radicaba en quiénes eran las dos mujeres... En ese instante supo que no tendría que hablar con el genio, esas profesoras eran las arpías más grandes de toda la escuela.

—¿Las has visto? —susurró Rose con un deje amargo en la voz.

Dana asintió con la cabeza.

Fiona Holland y Rebeca Lee, dos mediocres pintoras que no habían logrado sus sueños y ocultaban su resentimiento poniéndoselo difícil a aquellos que destacaban con el pincel. Para ser justos, la primera era mucho peor que la segunda, a ella debía el único suspenso de toda su carrera. *Falta de perspectiva*, le había dicho cuando fue a revisar su examen. A ella, que ya conocía lo que era una perspectiva a los cinco años...

En el instante en que el pintor, micrófono en mano, se puso de pie y se acercó al filo de la tarima para dirigirse al público, se hizo un silencio extraño, quizá por la diferencia con el ruidillo de fondo anterior. El tipo sabía lo atractivo que era porque se estaba exhibiendo delante de mil personas con una soltura fuera de lo común. Curiosamente, vestía un traje de líneas clásicas al que no le faltaba ningún detalle. No era lo que se esperaba de un pintor, pero estaba claro que aquel hombre tenía poco de bohemio y mucho de empresario. Se puso la mano en la cintura y dejó que el respetable intuyera un pecho trabajado y unos abdominales de escándalo (ella lo sabía bien).

Dana suspiró intranquila, era más alto de lo que había imaginado y el color oscuro de sus ojos le daba un aspecto peligroso al que ni siquiera se había acercado. Sin embargo, fue su sonrisa la que acabó de asestarle el golpe de gracia. Una minúscula mueca acababa de transformar todos los rasgos de su cara y suavizarla hasta hacerla parecer bella y no agresiva. Fue penoso darse cuenta de que, después de tanto trabajo, *su amante* no se parecía ni un poquito al original.

Echó un vistazo a su alrededor y comprendió, molesta, que se sentía tan atraída por aquel hombre como el resto de los presentes. Aunque, solo ella conocía los detalles de la musculatura masculina al hacer el amor. Bueno, y la chica en cuestión.

Cuando Rush comenzó a hablar, Dana dio un respingo en la silla. El tono de voz de ese hombre era penetrante, quizá demasiado. Ideal para... No iba a seguir por ese camino.

—En primer lugar, quisiera agradecer que la decana Lester y los demás miembros del Consejo hayan pensado en mi obra para someterla al examen de toda la Facultad —Dana lo vio entrecerrar los ojos y supo que semejante cosa le había gustado tanto como tomar aceite de ricino—. Las críticas nos bajan normalmente de las nubes y yo no soy una excepción. Aunque debo reconocer que me habéis tratado con demasiada indulgencia, espero que no haya influido que el criticado se vaya a convertir posteriormente en crítico de vuestras propias obras...

Coincidiendo con las risitas, Dana perdió el hilo de la charla. Rush había hecho un movimiento involuntario con el brazo y una pulsera de color negro había quedado a la vista. Si había tenido alguna duda, aquello era definitivo: ese hombre era el amante del banco. Por lo menos, había captado un detalle de su persona y lo había hecho de forma correcta, se dijo intentando superar el desánimo en que se había sumido.

Lo escuchó hablar sobre lo estupendo que había sido que su obra fuera la escogida para darle un merecido *repaso* y supo que el hombre estaba realmente fastidiado. Después de tanta mención directa a las críticas, Dana se repitió mentalmente la suya y el peso de la ansiedad la agobió. Quizá se había pasado un poco, concluyó, dispuesta a ser sincera consigo misma. En su defensa debía decir que ese año era el primero que hacían algo semejante y esperaba que la Universidad hubiera sido, también en eso, políticamente correcta, es decir, que le hubieran hecho llegar solo los trabajos que le daban cinco estrellas...

—¡Espabila, que no quiero perderme la contemplación de esa *obra de arte moderno!* —bromeó Rose, al ver que su amiga no se ponía de pie como el resto de los asistentes.

Dana movió la cabeza preocupada y siguió a su compañera con cara de circunstancias.

No podía creerse que hubiera sido capaz de escribir algo tan descabellado: «*La falta de delicadeza del artista al exponer el interior de la chica demuestra claramente que al pintor no le interesaban demasiado los sentimientos de la muchacha. Los ojos de la mujer parecen pedir una ayuda que la fría paleta del genio no le concede...*».

Respiró mejor cuando comprobó que el claustro entero se deshacía en sonrisas mientras acompañaban al invitado de honor hasta la sala de exposiciones. Era imposible que su tonta tesis hubiera sido seleccionada para que el artista la examinara. Incluso en el peor de los casos, o sea, que su crítica hubiera llegado al despacho de Rush, ¿qué posibilidades había de que un prestigioso pintor leyera los trabajos de unos simples universitarios?

*Ninguna*, se dijo, recuperando la calma. Ella sabía mejor que nadie que una sala inacabada de proporciones descomunales lo esperaba. El tiempo de ese individuo sí era oro. Millones de dólares, para ser más exactos.

—Tu madre está fantástica —le dijo Rose con una sonrisa—. Del buenorro de tu hermano no voy a hablar. Rubio, ojos azules, mentón cuadrado y sonrisa de anuncio de pasta de dientes. Y todo eso unido a sus casi dos metros trabajados y musculosos... Es demasiado.

*¿No decía que no iba a hablar de su hermano?*

Dana se olvidó de todo. Lena avanzaba por el pasillo luciendo sonrisa y cara maquillada. El cabello de su madre había sido teñido de castaño, alisado y peinado para el acto en una elegante melena corta. Su vestido de color turquesa contrastaba con el tono de su piel y los zapatos y el bolso iban a juego. La contempló sonriendo, derrochaba atractivo a cada paso que daba con su esbelta figura. Sí, a sus sesenta y dos años estaba fantástica.

Se abrazó a ella con todas sus fuerzas y le estampó dos sonoros besos en cada mejilla.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! —expresó Dana con cariño—. Te echo tanto de menos que he empezado a tomar el sol.

Lena Michel acarició la mata de pelo alborotada de su hija y le dedicó una tierna sonrisa envuelta en lágrimas.

—Sé que mientes —manifestó satisfecha—. Pero pareces tan saludable como siempre. No es necesario que expongas tu bella piel al sol para complacerme. Hola, Rose. Siempre es un placer verte de nuevo.

—Encantada de saludarla, señora Michel —señaló Rose dejándose abrazar con fuerza.

Matt sonrió encantado de ver a su familia reunida.

—¿Qué posibilidades tenéis? —les preguntó señalando hacia la sala.

El suspiro de Rose fue demoledor, tanto que Dana sonrió, aunque enseguida negó con la cabeza. Su hermano era demasiado competidor como para dejarlo pasar y, además, estaba convencido de que ella era una especie de genio. Sería difícil hacerle creer que no solo no tenía ninguna oportunidad sino que, la que hubiera podido tener, la había perdido al presentar aquel desafortunado ensayo.

—Ninguna —confesó ella indiferente—. En esta ocasión me he equivocado al presentar un grafiti.

Dana vio negar a Matthew con fuerza y, por primera vez, se arrepintió de no haber concluido el óleo de los vagabundos. Le hubiera gustado ganar para ellos.

—Lo hemos visto —manifestó su madre con un gesto de orgullo—. Es magnífico. Aunque, después de contemplarlo, solo puedo decir que espero que haya sido fruto de tu exaltada imaginación. Ya de pequeña prometía...Las calles de Heaven Hill pueden corroborar lo que digo —Lena lanzó una mirada a Rose y de nuevo a su hija—. Si no es así, deseo conocer al chico que ha conseguido que mi pequeña se lance al mundo del sexo de esa ardiente manera.

Dana negó con fuerza.

—Todo imaginación —confesó apurada. Entonces recordó la famosa frase del cartel de Freud: *¿Qué tiene el hombre en la mente?* y la figura de una mujer desnuda que formaba la cabeza del tipo y se puso como un tomate.

¡Por favor!, no quería dar esa imagen de sí misma.

Los padres de Rose aparecieron en ese momento y le evitaron improvisar más salidas desastrosas. Nunca le había gustado mentir a los suyos pero tampoco quería preocuparlos innecesariamente. Contar cómo acabó en ese banco y a esas horas, no era precisamente muy tranquilizador.

Ambas familias se saludaron con cariño.

Las chicas llevaban cuatro años juntas y, a pesar de las diferencias, se notaba la amistad que fluía entre el grupo. Los padres de Rose eran dueños de una cadena de restaurantes de lujo. Lena era una maestra de escuela que al enviudar sin hijos había decidido hacerse cargo de dos huérfanos... Sí, las diferencias eran evidentes pero el cariño que se palpaba en el ambiente bastaba para acabar con ellas.

De pronto, los acordes de un cuarteto de cuerda, estratégicamente situado en un rincón de la sala anexa, les recordaron que comenzaba el concurso.

—Os tenemos que abandonar, la costumbre manda que cada alumno permanezca junto a su obra y Rose es de las primeras —informó Dana sabedora de que después de su madre tendría que lidiar con el escrutinio de su hermano y este no sería tan benévolo con su imaginación.

\* \* \*

Dana acompañó a su amiga junto a su cuadro.

Lo estudió con imparcialidad. No lo había visto terminado y sentía curiosidad por saber si Rose había puesto en práctica las técnicas que estuvieron ensayando.

Ni una sola, advirtió sorprendida. Todas las horas que dedicó a su compañera para mostrarle cómo conseguir realismo a través de las sombras de los árboles o cómo espesar las nubes del cielo...no sirvieron para nada. Si el resultado no fuera tan malo se hubiera reído a carcajadas.

Lamentablemente, su querida y desorientada Rose no iba a tener ninguna posibilidad de intercambiar impresiones con el atractivo pintor. Los árboles desnudos no parecían vivos y el cielo gris amenazaba con desplomarse en cualquier momento. De hecho, Susan Carter había sido muy indulgente con ella.

—No es tu mejor obra —murmuró Dana—. Lo siento, pero no puedo mentirte.

Su compañera no dio muestras de sentirse especialmente afectada.

—No te preocupes, soy consciente de mis limitaciones. —Suspiró Rose—. Tú haces que parezca fácil, pero no lo es. Cuando me encontré sola frente al lienzo ninguna técnica vino a socorrerme. Soy una negada para la pintura, ambas lo sabemos...Me he salvado presentando dos trabajos extras.

—¿Y de dónde diablos has sacado el tiempo? —farfulló Dana entre dientes—. No tengo ropa limpia, mi lado de la nevera está vacío y mis piernas están...bueno, tú sabes cómo están.

Rose arqueó una ceja.

—En este último mes, has pintado dos metros de tapia —gruñó indignada— ¿Qué esperabas, que también te sobrara tiempo?

Dana miró por encima de su hombro, detectó a su familia a lo lejos y volvió a respirar.

—Habla más bajo —cuchicheó nerviosa—. Empiezan a creer que lo de decorar las calles ha sido algo pasajero.

—Vale, ya me callo —aseguró Rose girándose como un telescopio—. No te vayas, el jurado se lo está tomando con calma y tengo a Leroy al lado.

Dana asintió. Leroy Denton era uno de los admiradores de su compañera y también uno de los chicos más pesados que conocían.

—Siento curiosidad por saber a qué te referías cuando hablabas con tu madre sobre tomar el sol, no es cierto que lo hayas hecho —indagó Rose mientras se deleitaba observando a Duncan Rush en movimiento—. Qué tío, no parece real. Con alguien así no me importaría haber hecho de modelo para tu grafiti.

«*Ni a ti ni a nadie*», pensó Dana advirtiendo la expectación que causaba el tipo a su paso.

Imitó a su amiga, que miraba hacia la puerta de la sala con ojos soñadores, y volvió a enfadarse consigo misma. A diferencia de Rose, cuanto más observaba a ese hombre más fallos le encontraba a su obra. No recordaba haberse sentido más insatisfecha en toda su vida.

—Ahora que lo pienso, el semidiós de tu trabajo le da un aire a nuestro Rush. ¿No te parece? —le soltó Rose a bocajarro.

Dana no pudo reprimir una exclamación que sofocó rápidamente.

En aquella sala y con las caras expectantes de sus compañeros no parecía lo más adecuado. Estaba claro que su alarido llamó la atención del artista, porque, sin saber cómo, sus ojos chocaron con los del genio. Los estudió con ansia y suspiró descontenta. Lo que hubiera dado por haberlos visto en su momento o por haber descubierto antes quién era el tipo; su amante masculino se parecería más al original.

Lo vio evaluarla de un vistazo rápido y descartarla de inmediato. No le extrañaba nada, rodeado de mujeres arregladas, ella debía parecer un cardo entre tanta rosa. Al darse cuenta del derrotero que estaban tomando sus pensamientos, sonrió de forma involuntaria. El pintor la miró con aquellos ojos oscuros y le dedicó un guiño.

Le sorprendió el gesto del hombre que no supo interpretar. Entonces vio a Rose cerca de la puerta y lo comprendió todo. Rush había creído que el cuadro de los árboles moribundos era suyo. Demasiado bien se había portado el artista si semejante desastre solo le arrancaba aquel gesto involuntario.

—¿Lo del sol? —Recordó de pronto, situándose al lado de su amiga—. Mi madre es negra, Rose. Durante mucho tiempo pensó que la palidez de su hija se debía a que estaba enferma. Matt y yo tomábamos el sol por la mañana y de nuevo por la tarde, cuando los rayos eran menos peligrosos. Lena decía que era salud.

Rose dejó de mirar al pintor para centrarse en ella.

—Vaya, no sé qué decir. Menos mal que los dos tenéis una buena piel...

Dana sonrió mientras se despedía con la mano. El jurado se ponía en marcha y no quería ver más caras desoladas por aquel paisaje plomizo y desahuciado.

Mientras se situaba en el extremo opuesto de la habitación, se percató de que había más público del esperado y, casualidades de la vida, concentrado en su gran mayoría delante de su grafiti. Sin duda, el tema que había escogido era el más sugerente de toda la exposición; otros compañeros habían jugado con la idea del desnudo pero no con la de hacer el amor.

Se acercó con cautela pero permaneció alejada de su trabajo. Sus compañeros estaban criticando su obra y no quería influir en el veredicto final.

—No va a ganar —escuchó decir a su eterno rival, casi a gritos— Esta vez no. Su pintura acrílica no tiene nada que hacer frente a mi óleo.

Dana sintió que se le erizaba el vello de la piel. Ciertamente, el imbécil de Félix Sand la iba a superar por primera vez en su vida. Se retiró con discreción y buscó el cacareado óleo.

El número seis. No podía ser de otra manera en un tipo tan frío y calculador.

En esa ocasión se olvidó de Rush y prestó atención al trabajo de su compañero. Una panorámica de Boston que la dejó indiferente...Vale, no iba a mentirse, nada de indiferente; el óleo era muy bueno técnicamente.

Volvió a su grafiti sintiéndose culpable por desear que Sand no ganara. Sus vagabundos lo hubieran vapuleado, reconoció con objetividad. Había conseguido plasmar la dignidad de los hombres a pesar de su precaria situación. Algo que Félix no podía hacer más que en sueños.

Sí, quizá hubiera debido continuar con los ancianos, pero después de contemplar al tipo que tenía en su retaguardia copulando con una mujer en el suelo de un edificio impresionante, no era capaz de pensar en nada que no fuera materializar la dichosa visión.

Vio a su hermano husmear con poca delicadeza y lo saludó con la mano. Las familias permanecían en la sala anexa. Su madre y él se iban a llevar una buena decepción. Siempre que se había presentado a algún concurso había quedado la primera o entre los primeros puestos. En esa ocasión la iba a pifiar, lo sentía en las entrañas. Y lo peor de todo era saber que no merecía ganar; su copia no podía diferir más del original.

Pasaban los minutos y la inactividad la mataba, lo suyo no era esperar. Localizó unos folios llenos de polvo en el quicio de una ventana, tomó asiento en el suelo y comenzó a trazar líneas con un pequeño carboncillo que siempre llevaba consigo. Necesitaba saber que era capaz de mejorar aquel desastre.

Sintió un ligero carraspeo y levantó la cabeza a punto de mandar al infierno al que osaba interrumpirla. Menos mal que no lo hizo, delante de ella tenía al jurado al completo encabezado por el genio internacional.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? Su ensimismamiento empezaba a ser preocupante.

Se puso de pie y esperó con su sonrisa *consíguelotodo* que inspeccionaran su obra. Sabía que no tenía nada que hacer pero prefería perder con deportividad.

Duncan Rush había entrecerrado los ojos y estudiaba su grafiti sin mirarla siquiera. Dana se sintió decepcionada, no sabía lo que esperaba pero, desde luego, no que obviara su existencia. Si supiera ese hombre que lo había espiado mientras hacía el amor con una mujer, o que durante las últimas semanas no había pensado en otra cosa que no fuera su magnífico cuerpo y en sus...gemidos, quizá cambiara la expresión glacial de su cara.

—Dana Michel —exclamó Fiona Holland casi con placer—. Un...*grafiti*, qué sorpresa. Te deseo suerte.

Las palabras de la profesora destilaban tanta malicia que Dana aumentó la sonrisa y se encogió de hombros.

Sin embargo, algo cambió en el rostro de Rush después de que la mujer mencionara el nombre de la alumna. El artista se volvió hacia la grafitera y la inspeccionó de arriba abajo. Era tal la concentración de ese hombre en ella que Dana temió que se hubiera reconocido en el cuadro.

Cualquiera pensaría que era ella el objeto de estudio y no su obra, pensó Dana agobiada. Lo que no dejaba de ser absurdo...

—Gracias —respondió, intentando no dar importancia a la mirada del pintor y al mismo tiempo ser muy correcta con Holland. Al fin y al cabo, a él no lo conocía y a ella dejaría de verla en una semana.

El escrutinio del pintor era excesivo.

Empezó a creer seriamente que la escena del cuadro era demasiado evidente: una pareja haciendo el amor sobre una alfombra que resultaba ser Boston. Lo único que le había faltado para delatarse era incluir las siglas del banco, si sería imbécil. La voz de su conciencia le repetía que era imposible que se diera por aludido porque no se parecía al hombre del cuadro, pero la actitud del artista la tenía preocupada.

¿Le preguntaría qué diablos hacía ella en el BAN? O peor aún, ¿la denunciaría por invadir su intimidad? No sabía qué pensar de todo aquello, pero no ayudaba demasiado que su corazón hubiera empezado un baile endiablado y que sus manos temblaran sin control.

Los ojos de Rush la incomodaban tanto que Dana empezó a sentir una extraña sensación de ahogo. La situación se tornaba tan inverosímil que Fiona Holland se vio en la obligación de llamar la atención del hombre señalando una parte de la pintura. A Dana le sorprendió que aquella estricta mujer rompiera las reglas y entablara conversación con alguien que no iba a ser finalista.

—Michel, la versión del puente es un tanto...*peregrina* —susurró la mujer adoptando su voz de experta—. Y el color del agua... *¿poco trabajado?* ¿Qué opinas, Duncan?

Dana dejó los nervios a un lado para contemplar a la profesora con los ojos como platos. No podía hablar en serio. El puente y las aguas parecían una foto en miniatura. En realidad, ¿qué le había hecho ella a esa mujer? No recordaba ni un solo reconocimiento por su parte, ni siquiera cuando recién llegada a la escuela ganó el Premio de Pintura Artista Novel de Boston. Hasta la Rectora la felicitó por su hazaña.

Lo único positivo de aquella inmerecida crítica fue que durante unos segundos la mirada de Rush se centró en la parte del cuadro que la profesora intentaba destrozar. Dana esperó pacientemente el veredicto del hombre con la esperanza de que fuera más justo que aquella bruja sonriente.

—¿Qué la llevó a pintar esta escena y por qué *graffiti*? —indagó de repente Duncan con aquella voz penetrante.

Dana sintió una vez más los ojos oscuros, casi negros, del artista sobre ella y tuvo que esforzarse para que su propia voz sonara normal.

—Vi algo parecido en...una película y me pareció fascinante recrear la belleza de los cuerpos —improvisó con más naturalidad de la que cabía esperar—. En cuanto al *graffiti*, me siento a gusto trabajando con latas de pintura.

Ella no sabía italiano, así que el término no sonó tan especial en su boca como en la de aquel hombre. Además, con una voz así, cualquier cosa sonaría bien. Hasta los gemidos...

Duncan asintió sin apartar los ojos de ella. Después cuchicheó con el resto de profesores y, antes de que Dana se hubiera dado cuenta, la habían dejado sola.

Suspiró sin tener claro por qué se sentía exactamente igual que si hubiera pasado una dura prueba y comprendió que su perfeccionismo se podía ir al garete. Ese hombre no se había reconocido y eso era lo único importante.

Estudió el boceto en el que había estado trabajando y sonrió satisfecha. Ahora nadie podría negar la identidad de su nuevo modelo. Aunque volvía a repetir el mismo error con la mujer: la chica de su dibujo se parecía a ella... ¿Quizá, porque apenas reparó en la fémina del banco? No encontraba otra explicación.

—Tengo una duda —escuchó decir a sus espaldas.

Dana se estremeció al oír aquella inconfundible voz.

Guardó el folio tratando de disimular su nerviosismo y miró a Rush intentando descubrir si habría visto el dibujo. Para su desconcierto, aquel tipo parecía llevar una máscara encima; su cara permanecía imperturbable. Prefirió pensar que no y levantó la cabeza para afrontar más críticas.

—Me pregunto por qué la figura del hombre ha sido lo único importante para usted. Ha descartado dar protagonismo a la chica y a la ciudad cuando hubiera sido fácil hacerlo. ¿Por qué centrarse en un solo elemento de la composición? —inquirió Rush mirándola fijamente, como si quisiera conocer sus pensamientos más que sus respuestas.

«*Mosqueante, muy mosqueante*», especuló Dana con inquietud.

—Mi...novio ha sido el modelo —confesó, aliviada por la brillante idea que se le acababa de ocurrir—. Quizá me haya dejado llevar.

Duncan levantó una ceja, observó el cuadro por última vez y se despidió de ella con un gesto que Dana intentó traducir sin éxito.

El argumento del novio era insuperable, se dijo orgullosa de sí misma. Así, desviaba la atención del hombre y descartaba cualquier parecido con la realidad.

Además, ¿quién podía negar que el del cuadro fuera su novio?

Absolutamente nadie, pensó al borde del éxtasis. Bueno, al margen de media universidad...pero eso no contaba.

\* \* \*

Duncan se escabulló del resto del jurado.

No podía dejar de pensar en aquella muchacha, Dana Michel. Las palabras que había empleado esa chica para analizar su obra no dejaban de martillearle la cabeza. Primero lo criticaba con dureza diciendo cosas que dolían demasiado...y, después, la sorprendía dibujándolo desnudo e intercambiando su cuerpo con el del novio.

No sabía si debía sentirse halagado.

Se había dirigido a ella con la esperanza de que le aclarara alguna de las opiniones que había dicho sobre *él* y no sobre su obra; esa chica hablaba con demasiada facilidad sobre los sentimientos del artista. Sin embargo, al acercarse a ella y descubrirse a sí mismo en aquel trozo de papel...La cuestión pasó a convertirse en algo personal.

Muy personal.

—Te estaba buscando —le dijo su secretario con una sonrisa en la cara—. Baja de las nubes y vuelve a ser persona. Me largo de este sitio, no aguanto más. ¿Necesitas alguna cosa antes de que desaparezca? Siento decirte que estás obligado a quedarte hasta que deliberéis sobre las obras. Te dejo a Malcom, yo acabo de llamar a un taxi.

Duncan lo contempló saliendo en ese instante de su *impasse*.

—Quiero que contrates a Dana Michel, es una alumna de esta escuela. También quiero que investigues su trayectoria profesional. Deseo saber quién es esa chica.

Alain Foster asintió.

—¿Es buena? —preguntó interesado, mientras tomaba nota en una pequeña agenda que sacó de su chaqueta.

—Decídelo tú mismo —contestó Duncan señalando a Dana con un gesto—. Es la chica del grafiti.

Alain se giró hacia la afortunada y suspiró inquieto.

Apenas reparó en el trabajo de la muchacha, sí lo hizo en la belleza salvaje de su cara y en el cuerpo de escándalo que aquella ropa informal no lograba ocultar. Su amigo llevaba más de tres años sin mantener una relación seria y, de pronto, reparaba en una preciosidad que bien podía ser su próxima musa.

Tembló de ansiedad.

Lo único que deseaba era que no se repitiera la misma historia.

### 3

—¿Estoy equivocada o dentro de unas horas te gradúas?—le preguntó Lisa al tiempo que examinaba al músico de jazz que acababa de quedar inmortalizado en la pared.

Dana echó un vistazo a su reloj y asintió para volver la vista al agrietado lienzo. Miró su *tag*, una «D» en cuyo interior se podía apreciar una «M», y sonrió.

Lo había terminado.

—No te equivocas, en unas horas me convertiré en una graduada en Arte por la Universidad de Bestford—susurró sin dejar de mirar su trabajo—. ¿Qué te parece?

Lisa suspiró.

—¿Qué me parece que te gradúes o qué me parece el grafiti?

Dana apartó la mirada de la pared para posarla en su amiga.

—El grafiti, por supuesto —dijo con un soniquete que dejaba claro lo innecesaria que consideraba la aclaración.

—Pues, para serte sincera, te diré que es de lo mejor que he visto últimamente —reconoció su amiga—. En cuanto a la graduación...eso es distinto. Si sigues regodeándote en tu obra no vas a llegar a tiempo y te convertirás en la primera graduada *desgraduada* de la historia. Tú misma... pero luego no digas que no te lo advertí.

—No te preocupes, tengo tiem...po —Entonces, como si de un flash se tratara recordó que había quedado con Rose para ir a la peluquería—. No lo tengo, maldita sea. Y, no he traído coche, vine en el metro.

Lisa se agachó y sacó un billete de su calcetín derecho.

—Te ayudo con las latas —suspiró mientras le tendía el dinero a Dana—. Llama a un taxi y desaparece antes de que te envidie más.

Dana chocó el hombro con ella y, cuando Lisa menos lo esperaba, la abrazó con todas sus fuerzas.

—Gracias —le dijo sin ocultar su sonrisa ante el malestar de su amiga por la muestra de afecto—. Cincuenta dólares, espero que no se trate de tu paga semanal. Te los devuelvo en *Spokes's*.

Lisa asintió ruborizada mientras guardaba los botes de pintura en la bolsa de Dana. No había mentido, la envidiaba más que a ninguna otra persona que conociera. Su amiga poseía un don especial para la pintura, era buena persona, tenía una familia increíble y además, era preciosa. No le extrañaba que irradiara aquella energía que atraía a todo bicho viviente.

Mientras Dana pedía un taxi, Lisa la vio suspirar cansada y se preguntó lo que pasaba por la cabeza de la casi graduada para resoplar de aquel modo.

—En realidad, me importa un bledo la peluquería —afirmó Dana hablando para sí misma sin saber que acababa de despejar las dudas de su amiga—. Prefiero dormir unas horas, estoy muerta.

—Deja de preocuparte por algo así —manifestó Lisa sonriendo abiertamente—. A decir verdad, no creo que exista una peluquería capaz de domar ese pelo.

Dana se pasó las manos por su alborotado cabello y le devolvió la sonrisa.

—Matt me llamaba pokémon *zigzagoon*. ¿Has visto al animalito? —le preguntó divertida—. Bueno, el nombre es bastante explícito.

Acto seguido localizó el dibujo en su móvil y se lo mostró.

—Como si hubiera metido los dedos en un enchufe —informó Dana encantada—. La verdad es que me da un aire...

—Estás loca. ¿Lo sabías? —soltó Lisa sonriendo a su pesar.

Dana asintió mientras se marchaba bailando hacia el taxi que acababa de aparecer.

—Soy feliz —canturreó despidiéndose de forma teatral.

Lisa suspiró.

Matt y Lena habían hecho un buen trabajo; su amiga no había luchado en ninguna batalla ni sufrido ninguna herida, no había más que verla.

Se comparó con ella y se sintió vieja y estropeada.

¿Sería posible que la vida no dañara a una criatura tan especial como Dana?

Solo esperaba que estuviera preparada para las curvas, porque todas las carreteras las tienen.

\* \* \*

Facilitó al taxista la dirección de la peluquería.

Era la tercera vez que cambiaba de opinión en media hora y decidió que sería la última. Iba a entrar en el establecimiento, saludaría a Rose, la esperaría, y después se marcharían juntas, se dijo semiinconsciente, mientras su cabeza se inclinaba peligrosamente hacia delante.

En el mismo instante en que se quedaba dormida, el coche dio un bandazo y el movimiento la ayudó a salir del sopor. Adoptó una posición más erguida y evitó cruzar la mirada con el taxista. Sabía que el hombre la observaba con interés.

Maldijo en silencio. De todos los días que podía haber escogido, aquel no era, precisamente, el más apropiado para pasar la noche en blanco.

Y, para empeorar las cosas, su madre y su hermano esperarían verla radiante en su propia graduación. Recordó los vaqueros de la semana anterior y supo que no podía defraudar a su familia de nuevo. Bastante decepción sería la de descubrir que no había ganado el concurso, porque si de algo estaba segura era de que aquellas dos brujas habrían votado en su contra. Hasta Rose tenía más posibilidades de ganar que ella.

Se bajó del taxi sin tener claro lo que debía hacer.

Una amplia plazoleta rodeada de jardines captó su atención y se dirigió al primer banco que apareció ante ella. Contempló su reloj con ojos somnolientos y resopló hecha un lío. ¿Se largaba y se metía en la cama o cumplía con su obligación y se acicalaba, tal y como todo el mundo esperaba que hiciera?

En ese instante, un coche llamó su atención.

Era enorme y muy elegante, tanto que le sorprendió ver que tenía la puerta que daba a la plaza abierta. Las voces que salían de su interior bastaron para espabilarla, sobre todo, porque la persona que vociferaba, sin importarle el refinado vecindario ni la hora, parecía borracha como una cuba. Incluso, le pareció identificar a la responsable del bochornoso espectáculo. Aunque, podía equivocarse. De hecho, estaba casi segura de que se equivocaba.

Miró a su alrededor y no vio a nadie más. Se trataba de una mañana de sábado y aún no eran las siete. La gente de bien debía de estar en la cama, al igual que ella, maldita sea.

Los gritos agudos y desesperados que lanzaba aquella mujer le pusieron la piel de gallina. La chica parecía necesitar ayuda. Así, que no lo pensó, se acercó al coche a toda prisa y, para su desconcierto, se encontró a una más que perjudicada Fiona Holland que se aferraba al asiento del lujoso vehículo chillando con todas sus fuerzas. Casi no se entendía lo que decía, lo único que estaba claro era que su profesora no deseaba abandonar aquel oasis de cuero y maderas pulidas.

Después de un rápido análisis de la situación, Dana llegó a la conclusión de que ni a puntapiés lograrían sacar a esa mujer del coche. Sus balbuceos iban dirigidos al tipo que tenía al lado y, para su desconcierto, le declaraba su amor con un desparpajo fuera de lo común. Sintió cierto pudor al descubrir, nada menos que a la Sargento de Hierro de esa guisa, pero lo superó diciéndose a sí misma que sería mucho peor que despertara a todos sus vecinos. Eso sí que sería vergonzoso.

Aunque bien pensado, era vergonzoso de cualquier manera.

En algún momento del día anterior su profesora habría ido a una peluquería y habría lucido sofisticada y elegante. En ese instante, el moño que llevaba le caía medio deshecho sobre la frente, la falda del vestido se le había subido hasta enseñar las bragas, la pintura de los ojos se le había corrido y los senos pugnaban por abandonar el corpiño que hacía de barrera. No daba crédito a lo que veía. Se fijó en el hilillo de baba que se le escapaba de las comisuras de los labios cada vez que hablaba y decidió dejar de mirar a la pobre mujer.

En honor a la verdad, el hombre que intentaba persuadirla para que saliera del coche permanecía tranquilo y le hablaba como si en lugar de estar borracha estuviera desequilibrada. Justo en ese instante, la puerta del conductor se abrió y otro tipo se unió a la fiesta. El chófer, supuso Dana, con un vehículo como ese no era de extrañar.

—Fiona, hemos llegado a tu casa —le decía el tipo que estaba sentado a su lado, por cierto, sin dar muestras siquiera de estar alegre, advirtió Dana—. Debes bajar del coche, se hace tarde y has bebido más de la cuenta.

Su profesora se afianzó con ingenio agarrando el cinturón de seguridad al tiempo que se giraba en el asiento. Entonces, reconoció a Dana.

—No has ganado —le gritó histérica gesticulando con los brazos—. ¿A quién se le ocurre presentar un *grafiti*? De todo lo que podías haber hecho...has elegido un maldito *grafiti*. Sabía que al final te equivocarías.

El hombre que esperaba impaciente a que abandonara su compañía, aprovechó para cogerla de las axilas y ponerla de patitas en la calle.

—¡Ayúdame! —solicitó el tipo sin perder las formas.

Dana comprendió tarde que no se refería a ella sino al caballero que esperaba junto a la puerta. El resultado fue que su cuerpo le cortó la retirada a la beoda que volvió a anclarse al asiento.

—¿Quién diablos eres tú? —escuchó mascullar al tipo que acompañaba a su futura ex profesora.

Dana elevó la cabeza dentro del vehículo para contestar a ese cretino como se merecía y se quedó sin habla. Duncan Rush la contemplaba con dureza. Aquellos ojos oscuros la estaban fulminando de un solo vistazo, lástima que los deseos no pudieran materializarse; ella habría desaparecido en ese momento.

—Su ángel de la guarda —murmuró Dana enfadada—. ¿No me ve? Llevo las alas escondidas debajo de la ropa. Deje de mirarme de esa manera, estoy intentando echarle una mano. —No perdió ni un segundo más con el artista. Tomó asiento junto a la mujer y suavizó su tono de voz—. Profesora, tiene que salir del coche, no sabemos dónde situar la obra ganadora.

Fiona la observó con desconfianza, después sonrió satisfecha.

—Ha ganado Félix —le dijo con la lengua trapajosa agarrándose con menos fuerza al cabecero del asiento que tenía delante, hasta el simpático de Rush lo notó—. Un *grafiti* es una broma de mal gusto para una Facultad como la nuestra. Si de mí dependiera, nadie se graduaría con un trabajo tan inferior.

Gracias a Dios, su futuro no dependía del juicio exaltado de ninguna loca y se graduaba en unas horas. Por cierto, las mismas que le quedaban para perder de vista a esa odiosa mujer, se recordó Dana sin llegar a creérselo. A pesar de todo, le dolió que hablara de ella en esos términos, no había hecho nada para merecerse algo así.

Notó que unos ojos oscuros evaluaban sus reacciones y no se permitió ni la más mínima demostración de lo que bullía en su interior. Aunque, pensándolo fríamente, no tenía que disimular el malestar que se le había formado en la boca del estómago, estaba segura de que a aquel tipo no le importaba que se hubiera cometido una injusticia con su obra.

—El *óleo de mi querido compañero* es muy ancho y no se sostiene sobre el caballete —inventó sobre la marcha sin poder evitar el tonillo. Le caía fatal aquel chico, era engreído y desconsiderado hasta rozar lo enfermizo—. Tenemos un grave problema y poco tiempo para resolverlo.

Creía conocer a Fiona Holland.

Dependía de esa mujer la organización del concurso. Se jugaría la graduación a que ni borracha consentiría que algo saliera mal. Siempre había pensado que la autoestima de su profesora pendía de un hilo, estaba segura de que no dejaría que este se quebrara por una simple cogorza. Claro, que se trataba de una impresión personal, podía estar equivocada.

La profesora pareció meditarlo. Apoyó la cabeza en el respaldo almohadillado y cerró los ojos. Durante unos minutos se hizo un silencio extraño en el interior del habitáculo. Dana supuso que la mujer se había quedado dormida, miró al pintor y esperó a que decidiera lo que iban a hacer. Sin embargo, el genio no estaba por la labor, se había olvidado de su alegre acompañante con una espeluznante facilidad y la observaba a ella sin cortarse ni un pelo. Exactamente igual que el día de la presentación de los trabajos.

Ese tío tenía algún problema, pensó turbada bajo el peso de aquellos ojos.

Si bien era cierto que consiguió no echarse un vistazo a sí misma, también lo era que llevaba unos vaqueros viejos, cortados sin muchos miramientos, y una sudadera de Matt, con más años que ella. Trivialidades que, repentinamente, se hicieron perceptibles.

Además, supuso que su pelo estaría alborotado (como siempre) y que su cara anunciaría que llevaba toda la noche sin dormir. Claro, que en eso parecían estar empatados. Aunque al pintor no se le notaba en absoluto, si no fuera por la borrachera de Holland, diría que ese hombre acababa de levantarse. El traje de tres piezas de color gris, la camisa celeste y la corbata de seda parecían recién planchados. Su rostro esculpido con líneas regulares se veía fresco y sus ojos despiertos y descansados. Ni una mísera sombra de barba malograba el efecto de su perfección.

¡Joder, era tan bien parecido que intimidaba!

—No deje que eso le afecte —soltó de pronto Rush, con aquella voz profunda que la deleitaba y estremecía a partes iguales—. Su grafiti era muy bueno, aunque no lo más idóneo para un concurso de este tipo.

Dana se quedó en blanco un instante. Seguidamente, enrojeció hasta la raíz del cabello. Mientras el artista trataba de animarla, ella se dedicaba a darle un repaso para encontrarle algún defecto...Pero, ¿qué le pasaba con ese hombre?

Volvió a escuchar el eco de las últimas palabras de Rush, que aún resonaban en sus oídos, y le extrañó compartir su opinión...Un momento, ese tipo creía que «*su grafiti era muy bueno...*». Estuvo a punto de darle las gracias pero se contuvo a tiempo, no lo conocía lo suficiente como para saber si era sincero o si intentaba colarle una mentira piadosa (tal y como hacía ella con Rose).

Alzó los ojos hacia el artista y su gesto de simpatía la descolocó. Así, que contestó lo primero que le vino a la cabeza.

—A los nueve años mi madre me dio un consejo —le explicó entre susurros, mirando de reojo a la borrachuza—. «*Nunca dejes que los aplausos se te suban a la cabeza ni que los fracasos se queden en tu corazón*». Es lo que he venido haciendo desde entonces.

Duncan la vio sonreír con ternura. Su preciosa cara se iluminó irradiando una energía que lo golpeó con fuerza. Su boca, de labios llenos y carnosos, se curvó mostrando unos dientes perfectos y la puntita de una lengua sonrosada asomó entre ellos. Se le formaron unos hoyuelos espectaculares en las mejillas y sus ojos verdes resplandecieron con intensidad. No estaba preparado para aquello.

Dejó de mirarla para no parecer un colegial impresionado. Bajó la cabeza y sus ojos volaron hacia los pies de la muchacha. Llevaba unas botas de recio material de cuero negro, le extrañó su indumentaria pero no dijo nada, bastante tenía con encontrarla atractiva vestida con aquellas telas raídas.

—Buena recomendación —contestó Duncan disimulando sus pensamientos—. A mí me aconsejaron que no me presentara a ningún concurso que no estuviera dispuesto a ganar.

Dana apartó los ojos de la respiración aletargada de la profesora y los posó en el artista.

—Espero que esté bromeando —dijo sin ocultar su sorpresa—. ¿Dónde queda la importancia de participar y todo eso?

El artista sonrió sin ganas.

—Eso queda para los niños.

Dana advirtió por el tono cáustico del hombre que había tocado alguna fibra sensible. No se sintió legitimada para seguir preguntando pero no pudo evitar responder lo que pensaba de verdad.

—Debe ser difícil vivir con miedo a defraudar expectativas ajenas —añadió muy bajito—. Para mí lo único importante es permanecer fiel a uno mismo, lo que opinen los demás es secundario. Lo siento.

Duncan elevó una ceja y la miró como si deseara comprenderla.

—¿Por qué habría de sentirlo? —preguntó perplejo.

Fiona Holland comenzó a gimotear y Dana aprovechó para escabullirse y no responder. Agarró a la mujer del brazo y, sin muchos miramientos, la guió hacia la acera. Siempre hablaba más de la cuenta, se recriminó con dureza. ¿Quién era ella para tratar de dar lecciones a nadie?

Pronto se hizo evidente que la profesora no era capaz de mantenerse de pie. Dana miró a los hombres y resopló indignada mientras sostenía a la borracha sin garantías de éxito.

—¿Van a ayudarme o esperamos a que esta mujer se estampe contra el suelo? —preguntó dirigiéndose a Rush—. Si no fuera por los remordimientos no me importaría...no crea.

Duncan sonrió por primera vez y Dana perdió el hilo de sus pensamientos. Maldita sea, era como una escultura de Miguel Ángel. Sintió un ligero cosquilleo en la boca del estómago y se preguntó si serían las famosas mariposas.

*Un momento, ¿las mariposas no aparecían cuando te gustaba alguien?*

—Malcom cargará con ella —le oyó decir completamente entregada a la labor de explicarse su reciente malestar—. Le puedo pedir a mi chófer que le dé un pequeño golpecito, bien sabe Dios que sería poco por haberla soportado toda la noche. Nos vengaríamos los dos.

Dana abrió los ojos como platos.

—Me doy por satisfecha con haberla visto babear —declaró sin saber muy bien a qué atenerse.

Duncan se carcajeó abiertamente consiguiendo sorprenderla no solo a ella. Su chófer lo contempló como si hubiera visto un fantasma. Dana se preguntó qué clase de persona sería para que su empleado se sorprendiera por verlo sonreír. Para cuando el tal Malcom se cargó la profesora al hombro, ya había recuperado el rictus inicial, o sea, ninguno.

—No hablaba en serio —manifestó Rush, claramente divertido—. Pero, estabas tan absorta en ese momento que no creía que me escucharas.

¡Vaya con el pintor!, pensó Dana uniéndose a las risas, el tipo podía ser gracioso.

El ambiente risueño penetró en el subconsciente de Fiona que abrió los ojos y los clavó primero en Duncan y después en Dana.

—Tú, tú...y tu endiablado cuerpo —gritó de pronto la profesora, apoyándose en el trasero del chófer para incorporarse con dificultad y poder señalar a su alumna con el dedo—. Rush es demasiado para una zorra despiadada como tú. ¿Crees que puedes tener al hombre que quieras? No te soporto, lárgate antes de que acabe contigo con mis propias manos.

Dana dejó de reír.

Descubrió el resentimiento de la mujer con estupefacción. Todos aquellos años pensando que la odiaba por su creatividad y, hete aquí, que lo hacía por su cuerpo...No tenía palabras.

A una señal de su jefe, Malcom se giró sobre sí mismo y comenzó a alejarse con la profesora al hombro. La mujer continuó insultando a Dana hasta que el balanceo fue excesivo y consiguió que se callara.

*Se habrá mareado*, pensó Dana agradeciendo el silencio que se hizo de repente. Apartó la mirada de las piernas de la mujer que se mostraban en toda su plenitud sobre el pecho del chófer y bajó la vista al suelo completamente abochornada. No sabía dónde meterse después de semejante *diatriba* contra su persona. Miró al pintor por el rabillo del ojo y lamentó encontrarse con su intensa mirada. Le faltó poco para defenderse, sin embargo, consideró más apropiado correr un tupido velo. Matthew siempre decía que el culpable necesitaba más argumentos que el inocente. Y ella era inocentísima.

—El que lo siente ahora soy yo —murmuró Rush elevando la barbilla de Dana con el dedo índice—. Quiero que sepas que al margen de cualquier otra consideración...—El carraspeo hizo innecesario explicar a qué se refería—. No permití que nadie influyera en mi decisión cuando seleccioné el óleo de tu compañero. Te equivocaste al presentar un grafiti.

Dana leyó en aquellos ojos oscuros que decía la verdad.

—Gracias, soy consciente de ello —expresó ella con calma—. A propósito, a esa bruja no le vendrían mal algunos de los golpecitos de los que hemos hablado. Que parezca un accidente, por favor.

—Buena chica —susurró el artista acariciando su mejilla mientras le dedicaba una tierna sonrisa.

No supo cómo responder a algo tan desconcertante y se encontró guiñándole un ojo con simpatía. Después, se alejó caminando muy tiesa.

Matt no le había mencionado jamás cómo se despedían los difamados.

## 4

Rose miró de nuevo a Dana y sacudió la cabeza con incredulidad.

—No me puedo creer que seas tú —susurró bajito—. Tanto quejarte de pelo y al final una mísera plancha lo ha puesto en su sitio. Estás de infarto.

Dana asintió automáticamente.

Desde que se había maquillado y puesto el modelito con aquellos taconazos, su compañera no había dejado de alabar su persona. Lo que, dadas las circunstancias que había vivido esa mañana, no llevaba demasiado bien. «Tú, tú...y tu endiablado cuerpo» escuchaba en su cabeza cada vez que Rose le recordaba lo bien que le sentaba el vestido. Se tapó todo lo que pudo con la toga y se removió inquieta en el asiento.

Miró por enésima vez hacia el escenario y apartó los ojos con rapidez cuando creyó que Rush la iba a descubrir. En cinco minutos sus miradas se habían cruzado una docena de veces, aquello era de locos. No dejaba de sentir el tacto de los dedos masculinos en su mejilla, incluso se había acariciado con su propia mano para saber lo que ese hombre había podido sentir al hacerlo...Estaba perdiendo la cabeza.

Descartó seguir observando al pintor, que la pillara cada vez que lo hacía le restaba gracia al asunto. Prefirió centrarse en Fiona Holland que estaba sentada junto al magnífico ejemplar masculino que ese año hacía de invitado de honor. Siempre le había parecido una atractiva mujer. De unos cuarenta años, su profesora era morena de piel y de cabello y estaba muy delgada. En esa ocasión había escogido una melena lisa que había recogido en una coleta tirante. Mala elección, pensó Dana con objetividad, la coleta destacaba su nariz alargada y le hacía la cara más fina. Sin embargo, fue el modelito de la Sargento el que la sorprendió. Esa mujer siempre había hecho gala de una magnífica figura pero nunca de aquella ostentosa manera. Sin mangas ni tirantes, el vestido se ceñía a su delgado cuerpo dejando poco a la imaginación.

Miró a su alrededor y comprobó que sus compañeros pensaban lo mismo. Es decir, la parte del respetable que no se estaba comiendo con los ojos al buenorro de Rush, se entretenía en dibujar mentalmente los pezones de aquella mujer que se marcaban con total nitidez bajo la tela de su atrevido atuendo.

Recordó los gritos de amor que la profesora le había dedicado al artista antes de consagrarse a la innoble tarea de acabar con la reputación de una de sus alumnas y se preguntó si aquella odiosa mujer conseguiría el objetivo de mezclar sus *babas* con las del pintor.

En realidad, si conseguía olvidar la imagen de la mujer borracha y escupiendo saliva a diestro y siniestro, debía reconocer que era muy atractiva. Entonces se dio cuenta de que Rush se esforzaba en permanecer inclinado para evitar que su hombro tocara el de la Sargento y se sintió absurdamente feliz. No, ese tipo podía tener a cualquier mujer con solo chasquear los dedos, se jugaba su título a que no mezclaría sus fluidos con los etílicos de Holland.

*A cualquier mujer... Pero, ¿dónde tenía la cabeza últimamente?*

—¿Está casado? —le preguntó a Rose con urgencia.

De repente, era importante que no lo estuviera. Como mucho, admitía divorciado...Por otra parte, un hombre como ese debía de estar con alguien, pensó perpleja y bastante confundida con aquellos nuevos sentimientos.

Rose la analizó de un solo vistazo y sonrió.

—Eres única —cuchicheó su amiga sin perder la sonrisa—. Todos investigamos algo así el mismo día en que nos enteramos de que el pintor venía a la *uni* —bajó tanto la voz que Dana tuvo que aplicar el oído para no perderse ni una sola palabra—. Está soltero aunque se le conocen más *rollos* que cuadros, tú ya me entiendes...

Claro que entendía, demasiado bien para su gusto. Ella misma había contemplado uno de esos *rollos*. O lo que esperaba que fuera un rollo y no la mujer de su vida. El recuerdo de ese hombre penetrando a la chica sin mirarla a la cara vino a salvarla. Después, lo meditó con más seriedad y se sintió fatal. No debía alegrarse porque ese tío pasara por alto los sentimientos de las mujeres con las que hacía el amor, algo así no lo hacía más grande.

Las reflexiones de Dana se vieron interrumpidas.

Cuatro personas subían al escenario y se situaban junto a Duncan Rush que esperaba de pie. El pintor ensalzaba la calidad de los trabajos presentados ese año y se disponía a desvelar el nombre del ganador del concurso. Antes, destacó el buen hacer de cinco alumnos más y Dana estuvo a punto de caerse de la silla al escuchar que su grafiti había obtenido el honroso tercer puesto del quinteto.

Sería agradable para Lena y Matthew. Aunque los había preparado para la derrota, Dana sabía que en su fuero interno ambos esperaban que ganara. La fuerza de la costumbre, se dijo con pesar.

Los ojos de Dana volaron hasta Fiona Holland. La actitud hierática de la profesora la impresionó, ¡Qué bien disimulaba! como si no estuviera disfrutando sabiendo que la versión *un tanto peregrina* de su grafiti había sido desbancada por el óleo más *correcto* del imbécil de Félix.

No apartó la mirada del jurado cuando escuchó el nombre de su compañero y, seguidamente, los aplausos de los asistentes. Aplaudió también. El gesto le valió una señal de reconocimiento por parte de Rush que inclinó la cabeza hacia ella.

Se hubiera abofeteado por idiota. Sentirse orgullosa porque ese hombre aprobara su conducta... ¿Desde cuándo le importaba a ella la opinión de un desconocido?

Se castigó a sí misma prohibiéndose mirar al artista y se centró en su fiel competidor. Félix había engordado varios kilos en aquel entarimado, su ego era ya tan grande que no lo dejaba respirar. Agradeció el premio con un discurso engolado que le valió algún chiflido y antes de terminar tuvo a bien mencionar a Dana.

*“Y, por último, no puedo olvidarme de una compañera como Dana Michel a la que responsabilizo directamente de querer ser mejor artista. Todos conocemos a nuestra*

*grafitera y su predilección por acaparar premios. Dana, en esta ocasión he ganado yo y pierdes tú..."*

Los aplausos aparecieron de inmediato.

Para una vez que ese chico se hacía el gracioso tenía que estar ella en el epicentro de su discurso. Encajó el golpe lo mejor que pudo y aplaudió sin ganas.

Lamentablemente, los vítores arreciaron.

Maldito engreído, pensó mientras se levantaba del asiento y saludaba al respetable. Después, alzó el pulgar en dirección a Sand y le dedicó su sonrisa especial. Ambos sabían que Félix no llegaría a lo más alto, le faltaban sentimientos para poder transmitirlos en sus obras.

Transcurridos unos minutos, la Rectora dio paso al Secretario de la Facultad de Artes y este comenzó a nombrar a los felices graduados. La decana Lester y Duncan Rush se repartieron el honor de entregar los diplomas a los primeros alumnos que comenzaron a subir al escenario. Dana miró el número que le habían asignado y esperó su turno resignada. Después de lo vivido le daba igual quién le entregara el diploma, le bastaba con que no fuera Fiona Holland la afortunada.

Sintió la mano de Rose apretando su brazo y le sonrió para tranquilizarla.

—Es un gilipollas —susurró su compañera en su oído con una gran sonrisa.

Dana comprendió que también debía disimular.

—Más de lo primero que de lo último —contestó ella sin perder la sonrisa. Nunca se sabía quién podía estar escuchando.

Rose soltó una carcajada y Dana aprovechó para quebrantar su medida de seguridad. No podía más y le echó un vistazo a Rush. A fin de cuentas, a partir de ese día se tendría que conformar con seguirlo por internet.

El pintor permanecía al margen de todo entregando diplomas y estrechando manos. Curiosamente, no había besos para las chicas, advirtió Dana sorprendida. Duncan Rush solo estrechaba la mano.

Antes de lo que imaginaba se encontró esperando su turno.

Se tomó con calma lo de subir las dichosas escaleras porque las sandalias eran de vértigo. Cuando escuchó los silbidos tiró de la tela todo lo que pudo para evitar las miradas hacia sus piernas. Estrecho y corto, así es como sintió el vestido sobre su cuerpo. Fiona Holland estaría satisfecha después de aquello...

Maquinalmente, agarró las solapas de la toga para cubrirse, sin embargo, toparse con el escote de su *querida* profesora la ayudó a tranquilizarse. Ella no mostraba sus pechos impudicamente como la mujer. Es más, su vestido era de una maravillosa tela bordada de color azul marino que mostraba transparencias en la parte superior pero el pecho se protegía por un sujetador que formaba parte del modelo. El encaje llegaba al cuello y no tenía mangas. La espalda solo estaba cubierta por la tela bordada, por lo que le había parecido excesiva en su momento. Contemplando ahora el look de su profesora se sintió elegante y moderna.

Todo no podía salir bien, Holland se acercó para entregarle el diploma con cara sonriente. Dana observó su complacencia y trató de sonreír también. Le resultó imposible, las palabras de su profesora seguían danzando delante de ella como si acabara de escupírselas a la cara. Justo cuando creía que tendría que darle un beso a esa odiosa mujer, una sonrisa masculina vino a salvarla... Asombroso, Duncan Rush acababa de arrebatarse la cartulina a la Sargento con un simple gesto. En un primer momento, la mujer no supo reaccionar. Miró desconcertada al pintor y al verlo centrado en su papel, retrocedió cediéndole su lugar.

—¿Me permite hacer los honores a mí? —le preguntó el hombre con una ligera sonrisa. Después se dirigió a Dana—. El grafiti era muy bueno —indicó Rush con un tono de voz lo suficientemente alto como para que se oyera en un metro a la redonda—. Enhorabuena, señorita Michel.

Dana se sintió tontamente reconfortada por el detalle.

Lo miró a los ojos y tragó saliva. La oscuridad había desaparecido y un brillo desconocido ocupaba su lugar. Antes de girar la cabeza hacia el resto de profesores, que asentían como si estuvieran de acuerdo con la apreciación del artista, contempló pasmada cómo Rush se acercaba a ella y ampliaba la sonrisa. Esta vez parecía sincera, solo así se explicaba que los rasgos masculinos se hubieran suavizado y que su belleza pareciera irreal.

¿Qué había hecho ella para merecerse algo así? No lo sabía, pero estaba dispuesta a repetirlo con tal de que le dedicara un gesto parecido.

Después de aquello, cinco estrellas serían insuficientes para criticar la obra de ese hombre.

En ese momento, el pintor le tendió el diploma y ella la mano...

¡Válgame, Dios! ¿Cuándo había decidido ese ser superior cambiar el saludo?

Dana se encontró ante el bochornoso espectáculo de incrustarle los dedos de la mano derecha en su trabajado estómago. Rush la cogió de los hombros y le soltó un beso en cada mejilla, por lo que la mano de ella se abrió sin pedir permiso para plantarse con toda familiaridad sobre el abdomen del pintor. Era eso o eso, se dijo turbada. No lo había podido evitar...

¡Madre de Dios! ¡Qué situación tan extraña!

Hubiera sido fantástico disponer de alguna frase ocurrente pero bastante tenía ella con respirar. Incapaz de decir nada, le sonrió embobada mientras el olor de la colonia masculina la mantenía en un limbo extraño. Maderas, cítricos y algo más que no supo identificar pero que le hizo pensar en lo agradable que sería estar rodeada de esa fragancia. A ser posible, entre los brazos de ese hombre...

Después de tales reflexiones, y a falta de un discurso ingenioso, apartó la mano del cuerpo masculino como si quemara y mantuvo la sonrisa hasta que la mandíbula empezó a dolerle.

Seguro que así se despedían las personas agradecidas, pensó desconcertada por el detalle que aquel hombre acababa de tener con ella.

Bueno, agradecidas y...trastornadas.

\* \* \*

—¿Qué ha sido eso? —cuchicheó Rose en el oído de su compañera cuando esta tomó asiento a su lado—. ¿Hay algo que no me hayas contado? ¡Un beso y solo a ti! Desembucha.

Dana mantenía la mano derecha abierta sobre sus piernas y la miraba con fijeza. Cualquiera que la viera pensaría que estaba leyendo el certificado...En realidad, se daba tiempo para que su respiración volviera a la normalidad. Todavía cosquilleaba entre sus dedos la sensación de haber acariciado a ese hombre. Y, para qué engañarse, esa idea había rondado su cabeza, aunque solo durante una fracción de segundo.

Lo suyo con ese tipo empezaba a ser preocupante.

Suspiró abochornada y contempló el esmalte rojo que adornaba las uñas de sus pies. Gracias a Dios, la locura había sido transitoria y aquella mano no se había extralimitado. Por más que pensara en mil locuras, solo había apreciado la dureza de los músculos masculinos. Igual que si hubiera tocado una pared.

Vale, no exactamente igual...

—Comprendo que lo del beso ha sido muy fuerte —rezongó Rose con impaciencia—, pero deberías mirar hacia delante; ese tipo va a creer que estás colada por sus huesos. Pero, ¿a ti qué te pasa? No pareces la misma de siempre.

Dana arrugó el ceño y miró a Rose. Tenía razón.

—Nada, no me pasa nada. Y, no tengo ni idea de por qué me ha dado un beso solo a mí. Cualquiera sabe lo que puede pensar un hombre así... —admitió, perdida en sus propias cavilaciones—. Parece que el grafiti le ha gustado.

—Y yo me voy a clausurar en un convento —susurró su compañera con el mosqueo dibujado en la cara—. Déjate de tonterías. ¿Qué ha sucedido ahí arriba?

Dana no sabía qué contestar.

*«Salvé a Rush de la Sargento y se ha creado una especie de vínculo entre nosotros. Claro, que ayudó bastante que esa arpía estuviera como una cuba y que me insultara sin ningún filtro».*

No, no iba a decir nada de aquello en voz alta.

Su profesora tenía todo el derecho del mundo a emborracharse; decir lo que pensaba de ella había sido una maldita casualidad. En cuanto al pintor... ¿Cómo explicar lo que le pasaba con ese hombre sin contar lo que vio en aquel extraordinario edificio en obras? Imposible. Además, esa mañana desaparecería de su vida. Por cierto, también la Sargento.

Ese razonamiento le provocó cierto alivio. Su vida volvería a la normalidad en cuanto olvidara el magnetismo de aquellos ojos oscuros y encontrara un trabajo que ocupara la parte de su cabeza que se empeñaba en pensar en ese hombre.

—Pues está claro —expuso convencida—. Después de que un capullo egocéntrico me haya dejado en evidencia delante de toda la universidad...Rush ha intentado impartir justicia. A su manera, desde luego. No le encuentro otra

explicación. —Se atusó la melena y trató de sonreír—. Además, siempre podré contar en mis memorias que un pintor famoso reconoció mi obra con un beso.

Rose abrió la boca para soltar alguna ocurrencia de las suyas. Sin embargo, para sorpresa de Dana, antes de hacerlo pareció pensar lo que iba a decir.

—Puede que tengas razón —asintió, finalmente, con una sonrisa socarrona—. Pero, si es así, ¿me puedes explicar por qué ese justiciero divino no te quita ojo desde que has bajado del escenario?

Dana elevó la cabeza y se encontró con la mirada masculina. Durante un eterno segundo no supo qué hacer. Incluso olvidó sonreír.

Si sería tonta.

Se quedó allí pasmada, con los ojos clavados en el artista que la miraba como si estuviera *interesado* en ella.

Un momento.

¿Interés por una universitaria recién graduada? Ahora que conocía el currículum de ese hombre, podía afirmar con total seguridad que era imposible.

Sacudió la cabeza y se rió de sí misma.

—Comparte el chiste —le susurró su amiga sin dejar de observar al pintor—. Si tiene que ver con el top de la Sargento, llegas tarde; sus tetas se hicieron virales hace una hora.

Dana ni siquiera había encendido el teléfono. No obstante, asintió. Necesitaba recuperar la calma y no ayudaba el doble interés suscitado. El de Rose podía entenderlo, el que no lograba descifrar era el del artista...

Estaba tan ensimismada rumiando posibilidades que la voz de la Rectora la sobresaltó.

—Queridos alumnos, espero que no olviden que la meta no es conseguir el Grado sino adquirir la mayor y mejor capacitación que posibilite la incorporación de cada uno de ustedes al mercado laboral. Objetivo en el que esta universidad ha trabajado duramente a lo largo de todos estos años y, humildemente, creo que hemos conseguido. El esfuerzo de ustedes y el nuestro se ha visto recompensado; el primer paso ya lo han dado, continúen ahora su camino en solitario con la confianza de que han sido concienzudamente preparados para ello. Les deseo la mayor de las suertes en todo lo que decidan emprender. —Los miró por encima de sus diminutas gafas y esbozó una extraordinaria sonrisa—. Doy por concluido oficialmente el curso 2017-2018.

Cientos de birretes se lanzaron al aire al tiempo que los chiflidos y los vítores alteraron la paz de aquella soleada mañana.

Rose se abrazó a Dana y ambas gritaron al unísono.

—¡Por fin! —chilló Rose—. Tenemos que mudarnos cuanto antes y empezar a buscar trabajo.

—No te olvides de la semana de playa —le recordó Dana con una extraordinaria sonrisa—. Me voy a gastar los ahorros de todo un trimestre, pero haremos que valga la pena.

Mencionar las vacaciones provocó que, cogidas de las manos, iniciaran una nueva tanda de gritos en una especie de baile ritual que les granjeó las sonrisas de todos los que las rodeaban.

\* \* \*

El grupo de comensales se hacía cada vez más amplio.

Habían empezado la cena veinte personas y ahora podían contarse más de treinta. Las risas y las bromas flotaban en el ambiente y, tal y como Dana se temía, aquello no hacía más que empeorar. Las botellas se renovaban y atraían a más compañeros ávidos de juerga y desenfreno.

Dana miró su reloj de reojo, solo eran las nueve de la noche y estaba agotada. Intentó disimular pero se le escapó un bostezo que le valió la mirada reprobadora de Rose.

—Lo siento —confesó alzándose de hombros—, pero me caigo de sueño.

Su compañera masculló una retahíla de quejas para terminar negando con la cabeza.

—Ni loca te vas a escapar —cuchicheó en su oído—. Después de la cena toca discoteca y no me vas a dejar plantada, me lo prometiste —le recordó inmisericorde—. Has estado toda la mañana con tu madre y tu hermano, así que no tienes excusa. Piensa que te espera uno de tus grafitis y verás como aguantas.

Dana comprendió que no se iba a escapar con facilidad.

—De acuerdo, tú ganas —admitió derrotada—. Voy a la cocina a ver si me pueden dar una pastilla. Si me mareo a causa del cansancio no te sientas responsable...

Escudriñó a su amiga a la espera de encontrar cualquier signo de flaqueza. Nada relevante, salvo una extraordinaria sonrisa.

—No te preocupes por eso —reconoció Rose tan tranquila—. Estoy segura de que dentro de unos años me lo agradecerás. Por el amor de Dios, Dana, ¿quién se va a dormir la noche de su graduación?

—¿Alguien que lleva dos días sin pegar ojo? —le preguntó ella con sarcasmo—. Vale, dame algo de tiempo para recuperarme y te aseguro que voy a ser la sensación de la fiesta.

—Lo dudo. —Sonrió Rose— Pero puedes intentarlo. Y no necesitas pedir pastillas, siempre llevo paracetamol en el bolso.

Dana contempló a su compañera con admiración.

¡Qué bien se complementaban! Repasó mentalmente el contenido de su bolsito y suspiró abrumada por su falta de previsión. Sin contar el dinero y el móvil...no llevaba nada.

Nada.

Vacío.

—Espero que no sea abusar demasiado —señaló con un gesto que pretendía causar cierta pena— pero, ¿tendrías también, en esa maravilla de lentes, un par de tiritas? Las heridas de mis pies son cada vez más molestas.

Rose puso los ojos en blanco y soltó una palabrota.

Dana se felicitó por su buena suerte. Cogió el botín y, seguidamente, le estampó a su amiga un beso enorme en la frente. ¿Qué haría ella sin su querida Rose? Se alejó con paso firme y se prometió a sí misma que, a partir de ese día, surtiría de provisiones aquella ridícula cartera y cualquier otra que encontrara en su armario.

El restaurante, propiedad de los Sinclair, estaba a rebosar de universitarios que celebraban la graduación. Mientras se dirigía a la terraza situada en la otra punta del local, saludó a varios compañeros y cayó en la cuenta de que también era aceptada por los vástagos de linajes importantes. Era un alivio saber que, salvo por los imbéciles pedantes que alardeaban de pintar mejor que ella, era apreciada por todos los que conocía: raritos y pijos por igual.

Entonces, ¿por qué se sentía tan deprimida?

Cualquiera que la observara podía pensar que ella no hubiera recibido el mismo diploma que todos aquellos chicos que no perdían la sonrisa de la cara ni la copa de las manos.

La respuesta apareció de repente.

Es más, estaba sentado compartiendo mesa con todo el claustro de su Facultad. Duncan Rush y sus penetrantes ojos negros la siguieron hasta la puerta de salida. ¿Es que no había forma humana de librarse de ese hombre?

Dana soltó el aire que había estado reteniendo mientras atravesaba el extenso salón y, una vez en el exterior, tomó asiento llevándose las manos al corazón en un intento desesperado de que se tranquilizara y la dejara respirar de nuevo.

Mostraba todos los síntomas: mariposas, latidos y sudores. Quién se lo iba a decir.

Le gustaba ese hombre, era un hecho.

—¿Señorita Michel? ¿Dana Michel? —le preguntó un tipo bien parecido que lucía una de esas sonrisas que solo se ven en los anuncios de clínicas dentales.

Dana asintió desconcertada.

—Me llamo Alain Foster —le informó con acento extraño—. Soy el secretario del señor Rush y su abogado. Me gustaría poder hablar con usted unos minutos si es tan amable.

Dana asintió sin poder imaginar lo que querría Rush de ella. Aunque la ansiedad aumentó su dolor de cabeza y empezó a ver borroso.

—Por supuesto, pero si me disculpa necesito tomarme una pastilla —le dijo al tiempo que le mostraba la cápsula—. No he dormido en toda la noche y esta mañana ha sido un infierno: peluquería, maquillaje, pase de modelos...En fin, que no puedo más.

Alain sonrió cautivado por su naturalidad. Era la primera vez que utilizaba el nombre de Duncan y su interlocutor prefería hacer algo antes, aunque se tratara de tomarse una pastilla. Dejar el coche en mitad de la calzada, abandonar una reunión y, por supuesto, gritar o sonreír eran actitudes más normales que meterse una pastilla hasta la campanilla y tragársela sin agua para permanecer callada mientras esperaba que él hablara.

Sorprendente.

Preciosa.

¿Preciosa? Esa palabra no le hacía honor. Aquella mujer era deslumbrante, en toda la extensión de la palabra.

—Permítame pedirle un vaso de agua —le dijo al advertir que se había quitado los zapatos.

Dana siguió la dirección de la mirada masculina. Le dolían tanto los pies que ni siquiera se sonrojó, aunque decidió no pasarse poniéndose las tiritas.

—Gracias, me servirán una botellita en cuanto alguno de los camareros pueda escaparse. He trabajado aquí y sé lo que es. No los molestaremos si no es preciso —dicho lo cual, elevó las piernas y sonrió—. Normalmente uso botas militares, los tacones no son lo mío.

Alain se sintió flotar en un absurdo limbo. Las piernas de la chica lo habían dejado sin aliento y su sonrisa, sincera y relajada, le hizo pensar en besos ardientes y apasionados. Continuó descubriendo el cuerpo femenino apenas cubierto con aquella tela bordada y comprendió que las redondeces de sus pechos eran producto de la naturaleza. Vislumbró un canalillo de infarto y amplió la sonrisa.

Tenía que hablar seriamente con Duncan. Aquella chica no se merecía lo que le esperaba.

Dana permaneció callada.

Estaba acostumbrada a despertar cierto interés pero no de manera tan directa. Carraspeó mosqueada y maldijo en silencio por haberse quitado las sandalias; si las tuviera puestas dejaría plantado a ese tipo.

El ceño arrugado de la muchacha fue tan expresivo que Alain dejó de sonreír y trató de centrarse en la causa que lo había llevado a esa terraza.

—Perdóneme —dijo con naturalidad—. Siempre que tengo delante a una mujer guapa hago el tonto, como ahora mismo. Lo siento, de veras. No pretendía molestarla.

Dana lo evaluó de un vistazo y le sonrió.

—No tiene importancia —aseguró sincera—. Además, si volvemos a vernos le aseguro que mis botas de cuero y mi pelo hincado no le provocarán el mismo entusiasmo.

Alain estuvo a punto de contrariarla pero comprendió que la chica lo pensaba de verdad.

—De acuerdo —sonrió el hombre—. Me limitaré a saludarla, nada de halagos innecesarios. En todo caso, le señalaré lo inapropiado de su pelo y lo poco femenino de las botas de cuero.

Dana le dedicó una de sus sonrisas *consíquelotodo*. A pesar de lo estirado que era el tipo, se la había ganado.

—Tampoco hay que pasarse...—añadió divertida.

Ambos sonrieron al unísono y dejaron que el ambiente festivo se colara en la terraza.

El movimiento de una silueta captó la atención de Dana acabando de inmediato con sus ganas de reír. Duncan Rush había salido a la terraza contigua y no lo había hecho solo. Una espléndida mujer lo acompañaba. Qué paradojas tenía la vida, unas horas antes se hubiera conformado con que se tratara de Fiona Holland, mucho menos atractiva y mucho menos peligrosa que aquella sirena vestida de negro.

Trató de centrarse en el secretario pero le resultaba difícil con aquellos dos haciendo manitas a unos metros de distancia. ¡Maldita sea! no era justo, pensó tratando de digerir el malestar que experimentaba de repente. ¿Qué había hecho ella para tener que ver a ese hombre retozando con una nueva conquista?

—Como le decía —explicó el letrado aclarándose la garganta—, el señor Rush está interesado en que forme parte de su equipo. Aquí tiene el contrato y mi tarjeta. Léalo y no dude en ponerse en contacto conmigo para cualquier aclaración o para cualquier cosa que se le ocurra. Salvo que piense cometer una ilegalidad, se dará cuenta de que las estipulaciones son muy ventajosas.

Dana dejó de mirar la carpeta para centrarse en el secretario. El hombre había terminado la última frase sonriendo.

—No lo comprendo, ¿cometer una ilegalidad? —indagó nerviosa. Ella las cometía a todas horas. Por la noche y rodeada de latas de pintura, para ser más exactos.

—Las personas que trabajan con el señor Rush deben mostrar una conducta intachable —aclaró Foster con seriedad—. Nada de escándalos, alcohol, drogas ni antecedentes penales. La fama de un artista es algo muy delicado y los proyectos de millones de dólares no se confían a cualquiera. Actualmente, Duncan y su equipo están trabajando en la remodelación del Banco Americano de Negocios, seguro que ha oído hablar de ello. Ha salido en todos los informativos del país.

De estar calzada, se hubiera pegado unos cuantos cabezazos contra la pared.

—Sí, lo sé. No se puede hacer una idea —farfulló Dana—. Creo que ...necesito tiempo para estudiar todo esto.

—¿Necesita *tiempo* para decidir si acepta el trabajo? ¿He oído bien? —repitió el hombre sorprendido.

Dana resopló cabizbaja.

—Sí, ha oído perfectamente. Aunque no se preocupe, soy consciente del honor que se me brinda al proponerme trabajar con un elenco de gente tan virtuosa.

Alain no percibió el tonó sarcástico de la chica, tenía más interés en lo que sucedía justo al lado. Miró a su jefe y no le extrañó toparse con sus ojos. Entonces, sintió el temblor del móvil en el bolsillo y le echó un rápido vistazo.

**Duncan:** *¿Ha aceptado?*

Alain contempló la pantalla durante unos segundos. Duncan Rush interesado en que una mujer aceptara trabajar para él... Se irguió cuanto pudo y trató de comprender la situación. Su jefe daba vueltas en la terraza anexa con el teléfono en la mano. La chica que lo acompañaba había desaparecido y el artista parecía cabreado. Muy cabreado, para ser exactos.

**Alain:** *Tiene que pensarlo.*

Incluso a unos metros de Duncan podía sentir su crispación.

**Duncan:** *Y ¿qué demonios haces entonces? Límitate a hacer tu trabajo en lugar de coquetear con ella.*

Después de aquello, estaba claro que no iba a mantener ninguna conversación con su jefe recomendándole que fuera con cuidado. Tampoco es que lo culpara de nada; la criatura que revisaba el contrato era absolutamente devastadora. Lástima que no le esperara un futuro distinto al del resto que la había precedido, pensó Alain desolado.

\* \* \*

Dana se quedó absorta contemplando la espalda del secretario mientras este desaparecía de su vista.

Era un hombre muy atractivo. Sobrepasaría el metro ochenta, pelo castaño, ojos claros, mentón cubierto por una estilosa barba y cuerpo atlético que el traje de tres piezas no lograba ocultar. Estaba claro que compartía gimnasio con el famoso pintor, pensó con sarcasmo.

La hora de la verdad había llegado... y estaba metida en un buen lío. Hubiera preferido continuar con su vida tal y como la había planeado: mudarse a su nuevo apartamento con Rose, vacaciones, y buscar trabajo.

Aquel contrato, que había enrollado sin darse cuenta, la había descolocado por completo. Sus antecedentes eran policiales...y estaban más que cancelados, olvidados y superados. Sin embargo, llevaba toda la vida *decorando* las calles, daba igual las veces que prometiera que sería la última porque la simple visión de una valla abandonada era suficiente para echar por tierra sus buenas intenciones.

Además, estaba el tema de lo que le pasaba con el artista.

¿Qué debía hacer? ¿Trabajar con un tío que le quitaba el aliento cuando lo veía? Ni siquiera sería muy original: la discípula colada por el maestro. No le hizo ni pizca de gracia imaginarse suspirando por los enormes pasillos del Banco mientras él se tiraba a todo bicho viviente. Bueno, bicho no. Mejor, chica, atractiva y bien dispuesta...

Por otra parte, estaba sin blanca. El viajecito a las Bahamas había dejado su cuenta tiritando y el único trabajo que la esperaba con seguridad era el de camarera en alguno de los restaurantes de los Sinclair.

Vistas así las cosas, debería sentirse tan afortunada como el secretario esperaba.

—¿Es estar a prueba lo que te asusta?

El sonido de la voz masculina la trajo de vuelta a la realidad. Localizó al pintor frente a ella, apoyado en la balaustrada, y suspiró intranquila. Sabía que algún día su forma de concentrarse le traería problemas. Ahora, por ejemplo, Rush la miraba como si llevara un buen rato analizando cada uno de sus gestos y ella había estado a punto de decirle la verdad. «*Tú eres lo único que me da miedo*», podía decirle, además del limbo en el que era capaz de instalarse de vez en cuando, claro está.

—Me asustan muchas cosas, pero estar a prueba no es una de ellas —le contestó aparentando una seguridad que no sentía. A fin de cuentas, la pregunta que le había formulado era casi retórica. Tampoco es que tuviera que hacer una lista con todo lo que le impedía aceptar su propuesta.

Sintió cierto vértigo en la boca del estómago cuando vio a Duncan tomar asiento a su lado. Al hacerlo se hizo evidente que se había quitado los zapatos, sobre todo, porque el pintor tuvo que eludirlos para no pisarlos.

Dana maldijo para sus adentros, mientras le daba vueltas al contrato podía haberse calzado aquellos elementos de tortura.

—¿Duelen? —susurró Rush tomando uno de sus pies y depositándolo con cuidado encima de la mesa.

Dana rezó para que el hombre no se diera cuenta de que estaba temblando. Experimentó un estremecimiento parecido a un mareo cuando le vio acariciar con delicadeza la piel de su pie derecho y parpadeó confundida cuando el pintor extendió la mano hacia ella.

—Las tiritas —musitó el artista más cerca de su cuerpo de lo que el decoro dictaba.

Dana comprendió entonces que debía de haber cogido los pequeños plásticos mientras se había mantenido en el limbo de los pensantes. Se los dio procurando no tocarlo y esperó con la respiración entrecortada.

Rush entornó los ojos y miró las piernas femeninas que emergían de las profundidades de aquel océano marino. El vestido se le había subido lo suficiente como para dejarle admirar lo bien tonificadas que las tenía. No llevaba medias y le acarició levemente el tobillo en un intento lamentable de parecer algo casual. Lo cierto es que no podía pensar en otra cosa que en abrirle las piernas y hundirse en las entrañas femeninas hasta hacerla retorcerse de placer.

No hizo nada parecido.

Le dio la bienvenida al tirón que sintió en la entrepierna y fantaseó con la imagen de la muchacha mientras la penetraba de mil formas distintas. De repente, se hizo evidente dónde se encontraba y bloqueó cualquier pensamiento que le pudiera suscitar el cuerpo de aquella mujer.

Con una rapidez sorprendente, comparada con la lentitud inicial, Dana lo vio localizar las ampollas del pie derecho y utilizar una de las bandas. Después repitió el

mismo proceso con el izquierdo. Curiosamente, le puso los zapatos y elevó una ceja cuando comprobó que ella se los había quitado sin desabrochar la hebilla.

—Tienen una gomita...—explicó Dana absurdamente.

Duncan le dedicó una mirada tan intensa que durante unos segundos Dana perdió la noción de dónde estaban.

—Firma el contrato —le aconsejó el pintor con voz ronca—. Pronto. Te quiero en mi equipo.

Seguidamente desapareció.

La llegada de un camarero con una botella de agua la ayudó a aparentar que todo aquello era normal. Normal que un pintor famoso quisiera que trabajara con él, normal que le acariciara los pies, normal que le pusiera él mismo las tiritas y normal que ella se sintiera así.

Maldita sea, ¿era todo tan extraño como a ella le parecía?

\* \* \*

Escuchó el sonido inconfundible de la risa de Rose y el taconeo que la acompañaba. Su amiga acudía en su busca.

No estaba preparada para mezclarse con toda la Facultad de Arte. Necesitaba más tiempo, aún sentía las manos de Rush acariciando la piel de su tobillo y su mirada...como si ella fuera importante para él.

Aunque sonaba ridículo, quería seguir reviviendo el momento.

Bebió de la botella para intentar tranquilizarse y descubrió pasmada que no le quedaba ni una gota de agua. Se la había tomado sin darse cuenta. Era fantástico como excusa. Compraría otra en la máquina expendedora de la piscina.

Abandonó la terraza por una pequeña escalera que daba a los jardines. Apenas podía caminar, los tacones se hundían en la tierra del jardín y estuvo a punto de caerse varias veces. Así, que no dudó en quitárselos.

¡Qué maravilla!

La humedad del suelo la ayudó a adormecer sus maltrechos pies y se dirigió a los servicios de señoras sin sentir dolor alguno. La máquina estaba allí, efectivamente, pero el pilotito rojo de *agotado* estaba encendido. No quedaba ni una sola botella de agua.

Sacudió la cabeza y sonrió.

Se adentró en los vestuarios masculinos y estudió la variedad de posibilidades que le brindaba el artefacto. Bebidas isotónicas, gaseosas y agua, mucho mejor equipada que la femenina, advirtió mosqueada. Abrió su bolso y cogió unas monedas. Insertó una y luego otra... que se negó a entrar en la ranura. La moneda rebotó en el suelo y, cosas de la vida, rodó hasta chocar contra una de las paredes del interior.

Dana farfulló una palabrota y siguió a la moneda hasta que la vio pararse.

Antes de agacharse miró al frente y sus ojos chocaron con un espejo enorme que abarcaba toda la pared del vestuario. Fue entonces cuando descubrió a una pareja

haciendo el amor en uno de los cubículos de la derecha. La culpa no era de ella sino de esos despistados que habían dejado la puerta abierta y del espejo que mostraba con total desinhibición lo que hacían.

Retrocedió a toda velocidad y suspiró cuando vislumbró la salida. Antes de abandonar las dependencias, sus pies se enredaron con una tela suave y oscura, por lo que se vio obligada a cogerla. Se trataba de un vestido negro de gasa que llevaba incorporada la ropa interior.

¿Dónde había visto ella a una mujer luciendo uno parecido? Lo supo por los latidos de su corazón.

«*Dos veces no, por favor...*», rogó volviendo sobre sus pasos.

Ocupó la misma posición anterior, pero esta vez temió mirar. Y, quizá debiera haber hecho caso a su instinto y permanecer en la ignorancia porque, en esta ocasión, la imagen de los dos cuerpos la destrozó. Nada de belleza y nada de querer inmortalizarlos.

Rush permanecía vestido. Apoyaba un brazo en la pared y Dana estuvo a punto de llorar cuando vio la pulsera negra que adornaba la muñeca del hombre. Se había quitado la chaqueta pero no la camisa. El pantalón del traje había caído a sus pies y penetraba a una mujer de grandes pechos que estaba completamente desnuda. La chica gemía sin hacer mucho ruido pero el pintor no se cortaba en absoluto. Reconocería aquellos rugidos en cualquier parte.

Giró sobre sí misma y salió al exterior. Contempló el horizonte y respiró intentando calmarse. Tenía que ponerse las sandalias y largarse de allí. No sabía cuánto tardaría el artista en terminar su nueva obra y no quería toparse con él.

Rose la encontró en el jardín.

—Te estaba buscando —le dijo casi gritando—. ¿Qué haces aquí?

Dana trató de sonreír. Esa noche conduciría ella.

—He bajado a por agua.

Rose la abrazó sonriendo y le guiñó un ojo.

—Rush también ha desaparecido —le comunicó su compañera sin bajar el volumen—. Alguien dijo una vez que las coincidencias no existen. Dana, ¿tienes algo que contarme? Estás descalza y no tienes buen aspecto... ¿Un escarceo, quizá?

Dana dejó que su semblante hablara por sí solo.

—Créeme, ese hombre es un peligro —reconoció convencida—. La palabra escarceo no le haría justicia. Te aseguro que me mantendré tan alejada de él como pueda.

Lo decía en serio.

## 5

Era la sexta vez que sonaba su teléfono.

Dana volvió a mirar la pantalla y se rascó la cabeza mosqueada. Número desconocido. Hablaba todos los días con su madre y su hermano le enviaba mensajes cada vez que disponía de un momento para comer. No tenía más familia y todas sus amistades estaban registradas con su nombres. Si el número era desconocido no podía ser muy importante.

—O lo coges tú o lo hago yo —espetó Rose desde la cama con cara de pocos amigos.

Dana miró el horizonte y suspiró de puro placer.

—No tengo la menor intención de estropear este momento —susurró estirándose en el sillón—. Ya se cansará. No espero noticias de nadie y quien sea prefiere mantener su número oculto —aclaró innecesariamente, puesto que le había dicho lo mismo el día anterior y el otro—. Te has perdido el amanecer más espléndido que he contemplado jamás. No me extraña que este sitio esté lleno de pintores, he visto tonalidades de naranjas y violetas que no creía que existieran.

—Seguro que sí —musitó su compañera medio dormida—. Pero sigue sonando... y no lo soporto. ¿Has pensado en bajarle el volumen? Al menos, cambia la melodía, estás consiguiendo que odie a *Coldplay* y eso no lo puedo consentir.

Al instante, la habitación recuperó la calma. Dana contempló sonriendo a Rose mientras esta se tendía de nuevo en el centro del colchón y suspiraba ruidosamente.

Cinco minutos más tarde, la paz se vio interrumpida de nuevo.

Rose se tapó la cabeza con la almohada, el móvil sonaba con estridencia y ella dejó de pensar para actuar. Acababa de amanecer, por el amor de Dios.

—¿Dígame? —farfulló enfadada—. Si llama desde Boston déjeme decirle que son las siete de la mañana, exactamente igual que en Nasáu, que es donde nos encontramos en este preciso momento. Por cierto, tratando de dormir antes de que el maldito teléfono nos molestara por enésima vez..

Dana se tapó la boca para no que se escucharan sus protestas. Esperaba que se tratara de algún desconocido muy desconocido porque ese era su número de teléfono. Para su sorpresa, Rose permaneció a la escucha unos segundos, seguidamente, la vio asentir con la cabeza antes de mirarla con los ojos abiertos como platos. Dana sabía que no era fácil desbancar a su amiga y quien fuera lo estaba consiguiendo. Solo por eso, abandonó el sillón para observar mejor sus gestos y valorar el lío en que se estaba metiendo.

—Es para ti —susurró Rose tapando el micrófono y pasándole el móvil—. Duncan Rush. Ya sabes, el *pintor*...

Dicho lo cual se dejó caer en la cama con los brazos abiertos.

Dana no se permitió escuchar los adjetivos que adornaron al sustantivo *pintor* cuando su amiga se sintió a salvo. Miró el teléfono como si mordiera y con bastante cautela se lo puso al oído.

—¿Señorita Michel? Me temo que soy el olvidado Duncan Rush. El *pintor*, efectivamente, y también la persona que le ofreció un trabajo la semana pasada y que aún espera su respuesta con un equipo al que le falta uno de sus miembros.

Sabía que tenía que haber llamado al secretario pero creyó que supondría una insignificancia en la vida de esos tipos. Alguien tan poco importante que se limitarían a olvidarla sin más. No tenía la menor idea de que hubiera sido elegida para un puesto concreto de trabajo. Vaya, qué complicado que era todo.

—Lo siento, señor Rush —balbució sin saber cómo salir del aprieto—. Pensaba que disponía de algún tiempo para decidir qué hacer. En este momento estoy de viaje de fin de estudios y aún permaneceré aquí unos días.

El silencio al otro lado de la línea la confundió aún más. Estuvo a punto de echarse a reír al pensar que el magnetismo que notaba procedía de ese hombre y no de las ondas del teléfono. Ridículo.

—Tendrá que disculpar mi insistencia, pero es la primera vez que ofrezco un trabajo de la importancia de este a alguien sin experiencia y ni siquiera me responde. Necesito que comience a trabajar el lunes. Tengo una sala retrasada y no había pensado en nadie más. ¿Realmente, hay tanto que decidir?

Dana se quedó en blanco.

—Concédame unas horas —no se le ocurrió otra cosa. Había descartado trabajar para ese hombre, de hacerlo acabaría colada por sus huesos y prefería ahorrarse sufrimientos gratuitos. No lo imaginaba enamorándose de ella y brindándole algo más que algún polvo esporádico. Además, no había hablado con nadie del dichoso contrato, ni siquiera con su hermano. Sin embargo, escuchar que una sala la esperaba había cambiado las cosas. Necesitaba meditar su siguiente paso, no quería equivocarse; salvo tocarle el tobillo para ayudarla, ese hombre se había comportado más que correctamente con ella. Incluso la había defendido delante de toda la universidad. ¿Y si estaba viendo fantasmas donde no los había?—. Esta tarde llamaré a su secretario y le daré una respuesta.

El silencio volvió a repetirse y Dana se preguntó si sus enfados serían siempre tan inexpresivos.

—No necesita hablar con Alain —señaló Duncan con un tono que empezaba a sonar impaciente—. Soy yo el que debe buscar a otra persona si usted decide no formar parte del proyecto.

Dana supo dos cosas: que, efectivamente, estaba enfadado y que era una de esas personas que no pierde el control con menudencias tales como levantar la voz o decir lo que piensa.

—No he traído conmigo el contrato —confesó ella con naturalidad—. Deseaba poder pedirle al señor Foster que me lo explicara.

Al mencionar la palabra *contrato*, Rose se levantó de la cama y tomó asiento a su lado. Seguía con los ojos tan abiertos que Dana sonrió involuntariamente.

—Perdone, señor Rush, decía...

Si Rose no dejaba de hacer el tonto la echaría de la habitación. Ahora bailaba con movimientos sensuales y la despeinaba con las manos.

Duncan estaba a punto de colgar el teléfono y decirle que se olvidara del trabajo. Encontraría sustituto con solo una llamada y se jugaba el cuello a que este escucharía encantado lo que tuviera que decirle.

—¿La estoy molestando, señorita Michel? —le preguntó con ironía—. Puedo colgar y permitirle volver a sus vacaciones. Total, solo estoy proponiéndole un trabajo increíble para alguien que acaba de terminar sus estudios.

Dana empezó a preocuparse seriamente. Podía trabajar o no con ese hombre, pero Lena no había criado a una maleducada.

—Le pido disculpas, pero mi compañera está haciendo el imbécil y me ha cogido el teléfono para pedirme que acepte el trabajo sin que usted la oiga.

La risa nerviosa de Rose reverberó a través del hilo telefónico.

—¿La misma que me ha informado tan amablemente del horario de la isla? —inquirió Rush más calmado.

—La misma y la única, diría yo —matizó Dana—. Pero la acepto tal y como es. Ahora, ¿puede concederme esas horas, señor? Prometo que antes de media tarde recibirá una respuesta.

Duncan se revolvió el pelo y se preguntó por qué había acabado sonriendo si estaba seriamente enfadado con esa chica.

Era la primera vez que lo ninguneaban. La primera...y en todos los aspectos.

—De acuerdo —admitió el artista renuente.

—Gracias, señor. Que tenga un buen día. —Dana se cubrió la cara con las manos; había sonado a comercial de teletienda pero no sabía cómo despedirse de ese hombre.

Las manos le temblaban tanto que agradeció no tener que pulsar la tecla roja. Rush lo había hecho por ella.

Continuó sentada en el mismo sitio esperando a tranquilizarse. El amanecer era el mismo pero lo encontró menos atrayente. Era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el interés de ese hombre en ella. ¿O, acaso era un genio de la pintura y había llegado a los veintitrés años sin saberlo?

Como Rose estaba sentada a sus pies, esperando tan tranquila, supo que era el momento de exponer sus dudas a alguien. Si dejaba a un lado las bromas, su amiga era la persona más sensata que conocía.

Salvo alguna cosilla sin importancia (que lo había pillado sin pantalones en dos ocasiones) trató de ser sincera. Le contó el episodio con la profesora Holland y lo extraño de que el artista le acariciara los pies con la excusa de ponerle las tiritas.

Dicho en voz alta, sonaba menos trascendente de lo que ella pensaba. En realidad, era el detalle de haberlo visto practicando sexo lo que enrarecía bastante todo el tema.

—Es rarísimo —sentenció Rose—. El tío quería tocarte, eso está claro. En cuanto a trabajar con él, no creo que tuvieras muchos problemas. No me imagino a un pintor de su categoría perdiendo el tiempo con una recién graduada, y mucho menos en el lugar de trabajo, la verdad. Aunque la interfecta tenga el pelo hincado y vaya medio desnuda cuando pinta. Y, no olvides que no tienes por qué verlo después...Yo aceptaría —añadió resuelta—. Como es un período de prueba, si no te gusta lo dejas, pero algo así solo puede ayudar a tu currículum y, en estos momentos, es lo único que importa. ¡Ah! Llama a tu hermano y que le eche un vistazo al contrato, no queremos cláusulas extrañas.

Dana miró a su amiga y le sonrió con cariño.

—No sé lo que haría sin ti —le dijo profundamente emocionada—. Has conseguido que parezca tan fácil que ahora me siento avergonzada por no haber aceptado inmediatamente.

Rose la observó con fijeza y negó con la cabeza.

—Cuando hablabas con el pintor, el color de tu cara oscilaba entre una palidez mortal y el rojo del tomate —le dijo su amiga sin pretender hacer un chiste—. Está claro que ese tipo te gusta y que no sabes cómo afrontar el tema. No creo que huir de los sentimientos sea lo correcto. Alguna vez tendrás que estar con un hombre y, si además tiene experiencia, es guapísimo, famoso y rico...No sé de qué estamos hablando. Ve a por él si te gusta, no está casado y tú tampoco. Hasta los treinta hay que probar. Después de esa edad, a ser posible, contraer matrimonio. A los treinta y tres el primer enano y a los treinta y cinco el segundo. Ya conoces mis planes. Y nada de divorciarse.

Dana asintió sonriente. Sí, ya conocía la teoría. En la práctica, ambas continuaban tan vírgenes como llegaron a este mundo y lo máximo que habían hecho con un hombre era permitirle ciertas libertades.

No dijo nada de eso.

El problema era que ella no lo tenía tan claro. Cuando su madre hablaba de su querido esposo, Marshall Michel, sonreía de forma involuntaria y toda su cara se transformaba como por arte de magia. Había sido una relación de amor y amistad tan fuerte que, a pesar de haber enviudado muy joven, jamás había vuelto a salir con otro hombre.

*«No lo hago por prejuicios absurdos, sino porque nadie ha conseguido despertar nada parecido en mí»*, le dijo Lena cuando la sorprendió poniendo una excusa muy tonta para no salir con un compañero del trabajo.

Ella quería experimentar un amor así. Si llegaba a los cincuenta sin haberlo encontrado ya cambiaría de opinión, se dijo convencida.

\* \* \*

El nombre de su hermano apareció en la pantalla del teléfono.

Lo había enviado a su nuevo apartamento para que buscara entre el montón de bultos que llevaban su nombre el dichoso contrato.

—Hola Matt. ¿Has encontrado el documento? —indagó preocupada. No tenía claro dónde lo había dejado y le había recomendado mirar en tres cajas distintas.

El resoplido de su letrado no se hizo esperar.

—No estaba en ninguna de las cajas —le informó con retintín—. Dana, cariño, lo he encontrado por pura casualidad. Mi secretaria me ha llamado y necesitaba copiar una dirección, he visto los folios desechados en la papelera y los he utilizado. Solo después me he dado cuenta de que estaba escribiendo en un documento legal.

Dana acababa de recordar el destino final que le había reservado a su aventura con Rush. Lo pasó tan mal la noche de la graduación que decidió extirpar los sentimientos por la mañana y, vaya si había sido expeditiva.

—¿Algo sospechoso que me impida aceptar? —preguntó yendo directa al grano.

Escuchó el carraspeo de su hermano y supo que se avecinaba una de sus famosas *diatribas*. Ese chico no cambiaba.

—El contrato se aleja de los clichés de cualquier despacho, eso es cierto, pero no hay nada que me lleve a pensar en un abuso o en una ilegalidad. Se trata de un contrato de trabajo de un año de duración que incorpora un período de prueba de tres meses durante los cuales te comprometes a mantener un comportamiento conforme a Derecho. Algo importante a tener en cuenta es que, durante el período de prueba, se podrá rescindir la relación laboral por voluntad de cualquiera de las partes, sin causa y, algo extraño, sin preaviso. Esto último es legal aunque no muy común.

Dana se preguntó si habrían despedido al anterior pintor sin ese preaviso y de ahí las prisas.

—No sé qué puede significar —indicó mosqueada—. ¿Debo preocuparme por algo así?

Su hermano sonrió con el mismo tono cariñoso que lo caracterizaba y para ella fue suficiente. Su abogado defensor no se oiría tan relajado si hubiera gato encerrado en todo aquello.

—No, no lo creo —aclaró Matt—. He estado investigando y en contratos de este tipo es usual incluir cláusulas que te permitan despedir a un inepto en cualquier momento. Eso es algo de lo que no debes preocuparte, hermanita. Eres un genio en lo tuyo, te lo digo yo.

Dana sintió que se le saltaban las lágrimas.

—Gracias, *hermanito*. Es agradable mirarme con tus ojos.

Matthew tuvo que toser para poder seguir hablando.

—Ya me conoces; soy tu mayor fan, incluso de tu pelo —dijo tratando de recuperar el aire distendido de la conversación—. Dana, sí hay algo que me ha llamado la atención. Bueno, a mí y a Paul, que trabaja temas de Derecho Civil y Mercantil en el bufete. La última de las estipulaciones es, en realidad, una cláusula que te obliga a no desvelar nada referente a tu trabajo.

Dana lo interrumpió sonriendo.

—Matt, cariño. Ese hombre utilizará técnicas propias para preparar las paredes o para conseguir colores determinados. Eso sin contar con los diseños. Entiendo que desee que continúe siendo un secreto e imponga la obligación de no revelar ningún dato al respecto.

—Sí, por supuesto, y es algo que contempla cualquier contrato de este nivel. Lo que no acabamos de entender es por qué se ha incluido una especificación como la siguiente: *«Con el objeto de preservar el derecho al honor, la intimidad personal y familiar y la propia imagen de la parte contratante, queda terminantemente prohibido el uso de aparatos de grabación de vídeo, de filmación y de escucha que puedan servir para divulgar hechos de la vida personal y privada del señor Duncan Rush. Asimismo, queda prohibida la revelación de datos privados de cualquier índole que hayan sido conocidos a través de la actividad profesional de quien los revela, resultando indiferente si se hace con publicidad o no. La realización de cualquiera de las actividades mencionadas conllevará la resolución inmediata de este contrato así como las responsabilidades civiles a que haya lugar y que no serán inferiores al triple del beneficio que se obtenga por esta vía».*

—Vaya, eso sí que es interesante —susurró aliviada por no haber contado nada de lo que vio en el banco—. Si decido aceptar, no esperes que te hable del artista. Hasta lo que tome para desayunar será *top secret*.

Matt dejó de sonreír antes que Dana.

—Pequeña, nos sentimos muy orgullosos de ti —reconoció su hermano—. Lena y yo sabíamos que llegarías lejos. Ese tipo es uno de los grandes y te ha escogido entre un montón de personas. Los tres sabemos que la pintura es tu vida; aprovecha sus enseñanzas y persigue tus sueños y, sobre todo, no cambies nunca. Me refiero a que no te afecte el triunfo, no a que vuelvas a las andadas...

Dana percibió la zozobra final en la voz de su hermano y sintió un nudo en la garganta.

No había marcha atrás. Después de una *diatriba* como aquella no podía rechazar el empleo.

\* \* \*

La mirada de William Tucker la estaba poniendo nerviosa.

Ese chico no apartaba los ojos de la parte superior de su biquini y trataba de pegarse a ella con la excusa de jugar en la piscina.

Tenía que haberse largado a la playa con el resto de sus compañeros, pero la llamada de Matthew había durado más de lo que esperaba.

Su amigo la había acorralado en una esquina y esperaba que ella cayera rendida a sus pies. Su engreimiento era perfectamente lógico. Alto, fibroso y atractivo. De ojos azules y pelo rubio, lucía algunos tatuajes en los bíceps que acentuaban sus músculos.

Dana extendió el brazo en un intento nada sutil de dejarle claro que necesitaba distancia entre los pechos. Cuando escuchó la risita masculina se arrepintió de no haberle pegado un buen empujón, tal y como su instinto le venía diciendo que hiciera.

—Eres preciosa —le susurró su compañero—. Llevo todo el año detrás de ti y no te has dado ni cuenta.

Dana suspiró enfadada. Ese idiota era uno de los muchos que le gustaban a Rose. Jamás tendría nada con él.

—Estoy con alguien —improvisó sobre la marcha—. Y soy fiel a mis parejas. Lo siento.

Su compañero volvió a recorrerla con la mirada y sonrió con mayor descaro aún.

—Pues, déjame felicitarte por ello, pero ese tío no está aquí y no tiene por qué enterarse ¿no crees? Subamos a tu habitación. Tenemos varias horas hasta que vuelvan los de la playa.

Dana aprovechó que su captor se pasaba la mano por el pelo para alejarse y alcanzar la escalera.

—No, no comparto tu filosofía vital —explicó sin parecer alterada—. Puedes tomar un baño helado, me han dicho que hay una piscina increíble en el *spa*. Me largo, estoy muerta de hambre.

Cogió su pareo y se dio media vuelta.

Cuanto antes llegara al ascensor antes dejaría de sentir los ojos de ese chico en sus pechos.

\* \* \*

Duncan se repantigó en el asiento de su jet privado y miró por la ventanilla.

No encontraba un motivo que explicara que lo hubiera abandonado todo y volara al Caribe para encontrarse con una mujer que pasaba ampliamente de él. Miró de reojo la carpeta que descansaba a su lado y trató de convencerse de que no podía esperar, necesitaba completar el equipo; el retraso de los murales se hacía cada día más patente y la fecha de entrega comenzaba a quitarle el sueño.

Además, deseaba conocer a la muchacha que había repetido las mismas palabras que le escupió Melisa a la cara cuando decidió destrozar su vida.

*«Nunca me diste una oportunidad, daba igual cómo te lo pidiera...Incluso has sido capaz de inmortalizarlo en un cuadro y ahora me dices que no sabías cómo me sentía. Debes pensar que soy muy estúpida cuando tú mismo lo reflejaste en ese maldito cuadro».*

Ahora que lo analizaba todo con la frialdad que le proporcionaba viajar solo, supo que quería encontrarse a solas con la chica del grafiti. Necesitaba que alguien le explicara dónde había fallado y por qué no era capaz de comprender una situación que para otros parecía estar muy clara. Él ni siquiera lo había sospechado...Ese era el motivo de su viaje, no había nada raro ni un trasfondo oculto en todo aquello, como había insinuado Alain.

Sí, sonaba bien.

El avión aterrizó en el Aeropuerto Internacional Lynden Pindling de Nasáu a las doce horas. Los treinta grados del exterior le hicieron quitarse la chaqueta y subirse las mangas de la camisa hasta el codo. A pesar de la humedad del ambiente y de que debía de estar terminando una panorámica de Boston y mil cosas más... se felicitó por la idea de tomarse un respiro. Últimamente estaba estresado y vislumbrar el mar en el horizonte le pareció un regalo más que agradecer a la señorita Michel.

El hotel le arrancó un suspiro de alivio. A saber dónde elegirían meterse unos recién graduados para que la estancia no les resultara demasiado cara. Afortunadamente, el sitio era perfecto a pesar de que solo tuviera cuatro estrellas.

Antes de subir a su habitación decidió explorar los alrededores. Los turistas iban y venían luciendo ropas de vistosos colores y le recordaron que existía otra faceta de la vida que él había desterrado de su agenda. Salió a la terraza por una amplia escalinata y se encontró frente a la piscina. Sus ojos aún no se habían acostumbrado a la claridad del Caribe cuando se centraron en una criatura escultural que salía del agua.

Su conocimiento del cuerpo humano no le ayudó a asimilar semejante visión. Esa mujer era perfecta en todas sus medidas. Bueno, quizá no en todas, pensó admirando sus senos, pero no sería él quien se quejara.

Se levantó de la silla que había ocupado y se acercó a aquella venus. Deseaba contemplarla de cerca. Su belleza le resultaba irresistible.

—Dana, no te enfades —gritó un chico alto y atractivo—. Hablaba en broma.

Duncan sintió un escalofrío.

La mujer que estaba acaparando la atención de todos los presentes en aquel recinto, levantó la mano y le enseñó un dedo al muchacho que permanecía dentro de la piscina.

Su pelo, incluso mojado, era inconfundible.

«*Válgame Dios*», se dijo impresionado. «*Tenía que ser precisamente ella...*»

Le importó un carajo la ordinariez del dedo, le importó otro carajo que aquel chico fuera el novio y le importó otro más que hubiera prometido a Alain comportarse con la muchacha.

Ni se lo había planteado.

Sin embargo, después de contemplar su cuerpo lo tuvo claro. Aquella mujer le gustaba. Le había gustado desde que la vio por primera vez en la sala de la universidad disculpándose con la mirada por estar cerca de un espantoso cuadro.

Le gustaba mucho, qué carajo.

\* \* \*

Dana se anudó el pareo detrás del cuello y se lo ajustó sobre el pecho. No deseaba más miradas indiscretas. Corrió por el pasillo y alcanzó el ascensor. Se daría una ducha y esperaría a Rose para elegir restaurante. Esa mole de cristal, acero y piscinas disponía de cuatro y servían distintas especialidades en cada uno de ellos. Ese día le apetecía comida mexicana.

Un brazo masculino impidió que se cerraran las puertas, por lo que miró a su dueño esperando mandarlo a paseo. Para su sorpresa, no era William el afortunado.

—Espero... que no haya venido por el contrato —soltó ella sin ningún filtro—. Le aseguro que pensaba llamar después de comer.

Rush sonrió divertido.

—Buenas tardes, a ti también —la tuteó él con naturalidad—. Aunque debería mentir y decir que me he tomado unos días de descanso, la verdad es que estoy aquí por el famoso contrato. Es necesario que hablemos.

Dana contempló la cara del pintor con arrobo. El condenado se sabía atractivo y mantenía una pose interesante mientras la observaba con los ojos entrecerrados como si pensara en otra cosa al mismo tiempo que trataba de ser amable con ella.

Le dio mala espina y movió la cabeza contrariada. Aquello empezaba a ser estresante. Si ese hombre no fuera tan absurdamente guapo saldría corriendo en dirección contraria.

—No acabo de comprender que se tome tantas molestias por mí. —Se dio cuenta demasiado tarde de que volvía a exteriorizar sus pensamientos—. Por otra parte, había decidido aceptar... Siento que haya hecho el viaje en balde.

«*Porque...había decidido aceptar, ¿verdad?*», se preguntó aterrada. Su cara debía de ser un poema porque Rush frunció el ceño y la recorrió con una mirada, lenta e intensa, de arriba abajo.

Dana bajó la vista al suelo. Ese hombre no la contemplaba de forma distinta a como lo había hecho el imbécil de su compañero y la estaba poniendo nerviosa.

—Todo lo contrario—señaló el pintor con aquella voz profunda que la alteraba más que su mirada—. Te recojo en media hora y comemos juntos. Tenemos que hablar.

Dana asintió.

Era la segunda vez que le decía que tenían que hablar. Pues, cuanto antes lo hicieran, antes volvería ella a recuperar su vida.

El ascensor se detuvo de repente. *Séptima planta*, se escuchó en el interior del cubículo con nitidez metálica. «*La mía*», estuvo a punto de gritar Dana a modo de defensa. Necesitaba tranquilizarse y pensar con lucidez y para ello tenía que alejarse de ese hombre. Estaba segura de que en algún punto de sus razonamientos se equivocaba, porque no creía posible que, «*nada menos que Duncan Rush*», estuviera interesado en ella.

¿O sí?

Rush la acompañó hasta su habitación, se despidió con un gesto de la cabeza y, finalmente, continuó avanzando... hasta la puerta de al lado. Dana lo vio sacar una tarjeta del bolsillo trasero de su pantalón y abrir sin problemas.

No esperó verlo desaparecer. Entró en ese momento en su propio cuarto y gimió desesperada.

Compartían planta, pasillo y pared.

Todo normal.

\* \* \*

Salió de su habitación a toda prisa. Solo había pasado media hora pero no estaba segura de lo que sería correcto en aquellas circunstancias.

Esperaba haber acertado con el vestido de gasa blanca, se lo había comprado el día anterior y destacaba su bronceado. Comenzó a aplastar las arrugas de la tela con la mano cuando vio a Duncan junto al ascensor. ¿Sería posible que ese hombre estuviera esperándola?

Se olvidó del modelito y avanzó nerviosa. Sabía que debía comportarse como una adulta y se obligó a caminar directamente hacia él.

Su cara sonriente la desarmó por completo. Ese tipo la hacía temblar con una facilidad que daba miedo. Ahora, por ejemplo, no era capaz ni de sostenerle la mirada.

—Gracias por no hacerme esperar horas en este pasillo —señaló el pintor con naturalidad—. Estoy muerto de hambre. Me he pasado la noche trabajando y no he dormido nada en el avión. Ahora que lo pienso, estoy destrozado.

Dana intentó tranquilizarse. Verlo sonreír de aquel modo no ayudaba pero de alguna manera consiguió devolverle la sonrisa y entrar en el ascensor sin que se notara que temblaba como un flan.

—De nada —contestó echándole un vistazo al nuevo look del que iba a ser su jefe—. Yo también estoy famélica y tampoco he pegado ojo en toda la noche. Mis compañeros han decidido tomarse este viaje como si fuera el último de sus vidas y las juergas que se están montando no respetan mucho los horarios...

Duncan se acercó a ella y Dana dejó de respirar y de hablar. Sintió la mano masculina en su espalda y un flash la iluminó de repente. Madre mía, el hombre intentaba poner en marcha el ascensor y ella estaba, prácticamente, apoyada en el cuadro de los botones.

—Lo siento, no suelo ser tan torpe —dijo algo cohibida mientras intentaba apartarse dando un paso a su izquierda.

Duncan había escogido cambiar de mano para pulsar el botón y en ese justo instante sintió los senos de la muchacha aplastarse contra su brazo. Sonrió encantado, torpezas como aquella podía tener todas las que quisiera.

Dana cerró los ojos. Nunca había soportado que se le acercaran tanto, precisamente para evitar algo como lo que acababa de suceder. El corazón amenazaba con estallarle dentro del pecho y el ambiente se había enrarecido hasta el punto de dificultarle tomar oxígeno, pero se situó en el extremo opuesto del ascensor y se encogió de hombros.

—No me voy a disculpar de nuevo —expuso ella con las mejillas a punto de entrar en combustión—. Además, *tu* gesto no ha sido precisamente de molestia. Mejor, corramos un tupido velo. Por favor.

«¿Lo había tuteado tan abiertamente?, no tenía remedio», se recriminó enfadada.

Duncan no se perdía ni un detalle de las reacciones que iban apareciendo en el rostro de la muchacha. Al cabo de unos segundos, elevó una ceja y sonrió con ganas. Aquella mujer le gustaba, eso ya lo sabía, lo que acababa de descubrir era que su gusto aumentaba por momentos.

—¿Restaurante gourmet o de especialidad? —inquirió el pintor sin perder la sonrisa.

Dana lo miró directamente. Aquel engreído estaba encantado consigo mismo, pero había corrido el velo. Le devolvió la sonrisa y trató de olvidar lo sucedido. Su objetivo vital en los siguientes minutos sería eludir la nueva versión del pintor; los vaqueros le sentaban de escándalo y la camiseta se ceñía a su pecho como si fuera un guante. Recordó la sensación de su mano al tocar aquel cuerpo fibroso y estuvo a punto de suspirar como una tonta.

—Llevo toda la mañana pensando en un mexicano —reconoció ella sin apartar los ojos de aquellos otros profundos y chispeantes—. Espero que te guste, aunque si no es así, podemos quedar en la cafetería de la piscina para tomar café.

No supo cómo pero tuvo claro que el picante no era algo que atrajera a ese hombre.

Lo vio negar con la cabeza, claramente contrariado, y ella se sintió ridículamente feliz. Había conseguido borrar la sonrisa petulante de la cara de ese hombre; no todos los días la venganza se servía con tanta rapidez.

—No creo que mi estómago esté preparado para el picante —aclaró molesto—. Si lo deseas, nos vemos después de comer en esa cafetería de la que hablas.

Dana empezó a sentirse culpable, pero la imagen de Rush sonriendo como un idiota mientras miraba sus pechos la volvió a la cruda realidad. Le vendría bien comer sola, necesitaba recuperar su estabilidad mental; ella no se dejaba impresionar por cualquiera y ese tipo la tenía desconcertada.

—De acuerdo —afirmó haciéndose la tonta, como si no supiera que su comportamiento estaba siendo un pelín grosero—. Espero que disfrutes de la comida.

Duncan emitió un gruñido como respuesta y Dana se alejó con una amplia sonrisa adornando su cara. No entendía por qué reaccionaba de aquella manera pero le molestaba lo que empezaba a sentir cuando estaba cerca del pintor.

Cuanta más tierra (o restaurantes) pusiera por medio, mejor.

## 6

Dana se llevó una buena porción de su chile relleno a la boca. Para su sorpresa, no estaba picante. Por un instante, miró a su alrededor. Esperaba que Rush estuviera disfrutando de su tortilla francesa y no llegara a descubrir que algunos platos mexicanos podían cocinarse sin picante. Por su parte, pensaba continuar con aquellos tacos al pastor y finalizar con las enchiladas. Comida, toda ella, picante y sabrosa, se dijo regodeándose consigo misma.

La bebida le resultó insuficiente. Una camarera se acercó solícita con una botella de limonada y Dana le sonrió como si hubiera visto un espejismo.

—Gracias —informó sin necesidad—. Necesitaba beber con urgencia.

La chica, vestida con un traje regional mexicano, asintió sin dudar.

—Sí, les sucede a todos, aunque también disponemos de algunas especialidades sin tantas especias —confesó divertida—. Este zumo se lo envía aquel caballero del fondo, con sus saludos.

Dana no reconoció a nadie en el lugar que señalaba la muchacha pero vislumbró a Duncan Rush entrando en el local y sonrió avergonzada.

Vale, la había descubierto. Allí también podía comer sin necesidad de ingerir dos litros de agua al mismo tiempo.

Rush se acercó con una copa en la mano y la alzó a modo de saludo.

—Gracias —susurró Dana, después de mostrarle su vaso vacío—. No había probado esta bebida, pero es magnífica.

Duncan la miró como si no supiera de qué le hablaba.

—Hace un calor terrible en la piscina y he pensado que podíamos tomar ese café aquí mismo —manifestó aún dolido por el abandono de la muchacha—. Me alegra que te guste la bebida pero debes corregir esa tendencia tuya a dar las gracias al primero que llega. Te aseguro que no tengo nada que ver con ese mejunje.

Dana sonrió tontamente. Vaya si le había sentado mal que lo dejara plantado.

—Da igual —admitió con la lengua trapajosa—. Este *mejuenjenje* está de muerte, aunque no sé qué lleva. Oye, espero que no te asustes, pero te veo doble. Madre mía, dos tíos buenos, como si no tuviera suficiente con uno solo. —Comenzó a reírse de forma descontrolada—. Porque estás para comerte y lo sabes ¿verdad?

Duncan dejó su enfado a un lado y, extrañado, le quitó a Dana el vaso de la mano. Ni siquiera se inmutó ante las quejas de la muchacha. La bebida despedía un ligero aroma a limón y se decidió a probarla. No consiguió identificar el deje amargo que impregnó su lengua y, viendo el estado de Dana, tampoco estaba dispuesto a arriesgarse bebiendo más líquido. Cualquiera sabía de qué iba todo aquello.

—¿Quién te ha dado la limonada? —le preguntó mientras se sentaba a su lado y trataba de ayudarla para que se mantuviera derecha.

Dana se apoyó en el pecho masculino y suspiró cansada.

—Tú me... tú la has...—intentó decir sin éxito.

Duncan la rodeó con su brazo y se aseguró de sujetarla con fuerza. Entonces llamó a la camarera con un gesto.

La chica se acercó solícita y le explicó que le habían proporcionado la bebida en la cocina. Al parecer un caballero había tenido la amabilidad de invitar a Dana a un refrigerio. Pero no sabía nada más.

Duncan dejó que se marchara; estaba claro que no estaba implicada en lo que fuera aquello. Tenía toda la pinta de que algún gracioso había drogado a la criatura que descansaba plácidamente en sus brazos.

Sintió los labios de Dana en su cuello y, muy a su pesar, se retiró unos centímetros de ella.

—¿Cómo te encuentras? —indagó mientras la examinaba con preocupación.

Dana sonrió sin fuerza pero no contestó.

—Creo que tenemos que visitar a un médico —añadió para sí mismo al comprender que su acompañante acababa de perder el conocimiento.

\* \* \*

La vio agitarse en la cama y se acercó a ella para tocar su frente. El médico del hotel le había dicho que controlara su temperatura y es lo que hacía cada hora. Dejó el termómetro en la mesilla y acarició su cabello. Estaba mejor, la fiebre cedía lentamente y el cuerpo de su paciente se relajaba hasta el punto de mostrar una sonrisa en los labios. Y fue esa sonrisita la que consiguió tranquilizarlo. No quería ni pensar en lo que hubiera sucedido si él no hubiera estado allí. En aquellos momentos, le hubieran bastado cinco minutos con el desalmado capaz de hacer algo así.

Dana se revolvió entre las sábanas y abrió los ojos para cerrarlos al instante.

—Tengo frío —susurró con dificultad.

Duncan no lo pensó. Se deshizo del pantalón y de la camiseta y se metió en la cama. Eran las nueve de la noche, estaba cansado y se caía de sueño. Además, Dana estaba mejor. Su piel era tan tersa y se sentía tan bien entre sus dedos que suspiró confundido al acariciar las líneas de su cara. No sabía cómo había llegado a esa situación pero agradecía que fuera él y no otra persona la que cuidara de ella en esas condiciones.

Dana sintió un cuerpo a su lado y se acurrucó con toda confianza.

—Gracias, Matt, me moría de frío —musitó débilmente mientras se estrechaba sin reparos contra el cuerpo masculino.

Duncan sintió una descarga similar a que le hubieran pateado el estómago. El famoso novio que no aparecía cuando se le necesitaba. Sintió los senos de Dana en su pecho y dejó de pensar, la abrazó con fuerza y durante unos segundos se permitió experimentar una paz desconocida.

—Ahora eres mía—soltó sin darse cuenta.

La miró de reojo por si lo había escuchado y sonrió con ternura. Quizá estuviera perdiendo la razón pero lo había dicho en serio.

\* \* \*

Dana tuvo que hacer un gran esfuerzo para volver a respirar. No se trataba de un sueño, algo real se lo impedía y pesaba una tonelada.

Abrió los ojos con dificultad y lo único que pudo ver fueron las sombras de la habitación. Cuando consiguió enfocar correctamente, comprendió que no estaba en su cuarto. Una tenue luz entraba por el balcón que permanecía abierto y las cortinas apenas se movían, era de noche y lo peor, no recordaba cómo había llegado hasta allí.

Estuvo a punto de chillar. Alguien se aferraba a ella como si fuera su segunda piel y no era Rose. Alargó el brazo hasta la mesita y después de tirar algo al suelo encontró el interruptor.

—¿Qué pasa? —preguntó Duncan adormilado —¿Te encuentras mal? ¿Llamo de nuevo al doctor?

Dana trató de desembarazarse de su acompañante, algo inútil porque el cuerpo masculino no se lo permitió.

—No quiero gritar pero es lo que voy a hacer si no me dice cómo he llegado hasta aquí —dijo asustada —.Y, ¿podría apartarse de mí?, necesito respirar. Un momento, está desnudo...

Duncan se hubiera abofeteado por imbécil. El médico le había dicho que si la droga que le habían suministrado a Dana era ketamina cuando se recuperara no recordaría nada de lo sucedido. Así, que encontrarse en la cama con un casi desconocido no era lo más idóneo en aquellas circunstancias.

Maldición, ¿por qué no se habría dejado los pantalones puestos? Al menos si lo hubiera hecho, todo sería mucho más fácil de explicar.

—Puedo explicártelo y no olvides que hay testigos de lo que te voy a contar. Después puedes hablar con ellos —declaró Duncan de inmediato—.Y no estoy desnudo, es el efecto de dormir al lado de una mujer preciosa.

Dana continuaba debajo del cuerpo masculino, sentía la tirantez del pene masculino contra sus piernas y no sabía cómo actuar. Lo único que deseaba era recuperar la independencia de su cuerpo, después se preocuparía de todo lo demás. Con cuidado se palpó los genitales y comprobó que llevaba las bragas puestas. Iba a suspirar aliviada cuando sintió en su mano el peso de los testículos masculinos...

—¿Significa ese gesto lo que parece? —preguntó Duncan con la voz ronca y los ojos muy brillantes.

Dana retiró la mano a toda prisa y se preparó para enfrentarse a la profundidad de esos ojos negros.

—N...o —musitó avergonzada —. Necesitaba comprobar que mi ropa interior estaba en su sitio.

Duncan permanecía elevado sobre ella. La recorrió con la mirada y resopló enfadado.

—Algún malnacido quería abusar de ti pero te aseguro que no soy yo —informó sin apartar su mirada de ella—. Aunque suene a tópico, no necesito drogar a una mujer para que quiera mantener sexo conmigo. Cuando me encontré contigo en el restaurante estabas bebiendo una limonada que llevaba algún tipo de droga. El doctor Hernández cree que puede ser ketamina pero no está seguro. He acabado acostado contigo porque tú estabas muerta de frío y yo muerto de sueño. Te aseguro que no hemos hecho nada, aunque podemos remediarlo en este mismo instante, si tú lo deseas.

Dana no acababa de asimilar tanta información. Decidió obviar la segunda parte y centrarse en lo que menos miedo le daba en aquellas circunstancias.

—¿Dices que alguien ha intentado abusar de mí poniendo una droga en mi bebida?

—Me hubiera gustado más empezar por el final...pero así es. Estoy casi seguro de que alguno de tus amigos te ha jugado una mala pasada. La camarera no pudo darme ningún dato pero uno de los pinches de cocina recordaba a un joven bien parecido encargando el zumo.

Durante una fracción de segundo la imagen de William Tucker apareció en la cabeza de Dana. Aunque, bien pensado era absurdo, se dijo con objetividad. Ese chico podía tener a la mujer que quisiera sin necesidad de cometer un delito.

En ese instante, unos furiosos golpes en la puerta de la habitación provocaron que dejaran de hablar y se miraran como si hubieran sido pillados haciendo algo indebido.

—Dana, ¿estás ahí? —escucharon gritar a todo volumen—. Abra la puerta inmediatamente o me verá obligada a llamar a la policía. ¡Dana, contesta si puedes oírme! ¡Dana, Dana, Dana!

Duncan masculló una palabrota, saltó de la cama y abrió a toda prisa para dar paso a una exaltada Rose que, al ver a Dana a los pies de la cama, se lanzó a ella como una loca.

—Acabamos de llegar y no te encontraba—manifestó abrazando a su amiga preocupada—. Después me he enterado de que has perdido el conocimiento estando con Rush. Dios mío, ¿qué te ha hecho?

Dana miró la cama revuelta, a Duncan en bóxer y a ella... Vale, a ella con el vestido puesto y muy arrugado y entendió el gesto desolado de su amiga.

—Esto empieza a ser molesto —reconoció Duncan haciendo un esfuerzo por no echar a esa chica de su habitación.

Dana se maravilló de la contención del artista; primero con ella y ahora con su alocada compañera. Ni siquiera había elevado el tono. ¿De dónde salía ese hombre?

—Rose, tranquilízate. Duncan me ha ayudado —explicó Dana con voz serena—. Al parecer alguien ha intentado drogarme, si él no hubiera estado conmigo no sé lo que habría pasado. Estoy bien, deja de preocuparte. A propósito, aunque parece otra cosa, solo hemos dormido.

—¿Te han drogado? ¿Te refieres a droga-estupefaciente? ¿A ese tipo de droga?

Dana comprendió que aquello podía eternizarse y ella necesitaba reflexionar acerca de lo que había sucedido y no solo por el tema de la droga en su bebida. Todavía sentía el pene de ese hombre en la mano, por el amor de Dios.

—Prometo contarte lo que sabemos, ahora debemos dejar que Duncan descanse. Yo me encuentro perfectamente. Anda, vámonos.

Rose respiró más tranquila, aunque no parecía querer abandonar la habitación tan pronto.

—A ver... —matizó echando un vistazo a Rush mientras este se ponía los pantalones—. Mi problema era que hubieran abusado de ti. No siendo así y estando todos de acuerdo, ya sabes lo que pienso al respecto...

Dana tuvo que soportar que su compañera le guiñara un ojo con picardía y que Duncan fuera plenamente consciente de ello. Intentó hacerle algún gesto para que se comportara pero era imposible; su amiga solo tenía ojos para el artista.

—Claro, Rose —asintió ella deseando que la tierra se la tragara—. Pero ahora deseo volver a nuestra habitación.

El soplido de queja de su amiga no fue muy diplomático.

—Pero si estamos pared con pared —matizó a propósito—. Y todavía no nos has presentado.

Duncan estuvo a punto de sonreír, aunque no lo reflejó. Simplemente, se acercó con la mano extendida y miró a la chica.

—Encantado de conocerte, tú debes de ser Rose, la compañera de Dana —le espetó Duncan con la mano alargada—. Soy Duncan Rush, como ya sabes.

Dana suspiró aliviada. Por fin, Rose dejaba de contemplar el pecho musculado del pintor para centrarse en su cara, aunque debió de pensar en alguna travesura porque se sonrojó al instante y bajó los ojos al suelo.

—Yo...encantada, señor Rush —contestó correcta, como poseída por otra persona.

Dana miró a Duncan esperando encontrar lo que había hecho que su amiga perdiera su desparpajo habitual y encontró lo de siempre: unos ojos penetrantes e intimidadores, una nariz singularmente perfecta, unos labios carnosos y bien cincelados y, por fin, la sombra de una fina barba rodeando el contorno de líneas angulosas de su mandíbula. Era humano, no había duda, como tampoco la había de que su belleza era de las que hacían sonrojar a la gente, no solo a ella. No lo olvidaría. Era importante no saberse la única tonta que conocía. Claro que, en ese sentido, su amiga y ella no eran muy distintas.

Menudo consuelo, pensó a punto de echarse a reír.

Continuó con su examen y bajó la mirada hasta el pecho masculino, que hubiera jurado Rush mostraba con demasiada tranquilidad. Conocía la reacción de los músculos humanos y se apostaría lo que fuera a que ese tío estaba alardeando de cuerpo y no le extrañaba que lo hiciera... Madre mía, no estaba hinchado como un

globo pero tenía todos los abdominales marcados, incluidos los oblicuos. ¡Qué tío! con tanto trabajo ¿de dónde sacaba tiempo para hacer deporte? Ella siempre iba corta de tiempo, ni siquiera podía hacer una mísera cinta diaria.

En el momento justo en que su tour se detenía en el botón desabrochado del vaquero masculino y en la mata de vello que se perdía tras él, sus ojos chocaron con los del pintor que la devoraba con la mirada.

El problema era que se acercaba a ella como si creyera que esa noche iban a compartir fluidos y si Dana hubiera tenido alguna experiencia al respecto quizá hubiera sido así. Pero, ¿qué hacía ella con un tipo de sus características? ¿pedirle que la esperara unos años hasta que se pusiera su altura?

Sonrió de forma involuntaria y decidió pasar de su futuro jefe para pasar de futuros problemas. Qué bien sonaba y qué mal sentaba. Hubiera preferido ser tan moderna como su aspecto indicaba y mandar al infierno todo lo que le impedía mantener sexo con ese hombre.

—Todavía tenemos que hablar —le susurró Duncan prácticamente al oído mientras se acercaba a ella con cierta familiaridad.

«*Pues va a ser que no*», se dijo Dana sin dudar.

—Son las tres de la madrugada —informó innecesariamente—. Mañana podemos vernos para desayunar.

Duncan estaba tan cerca de ella que podía oler su colonia. Dana se resistía a mirar sus ojos pero finalmente capituló. Aquellos pozos oscuros e inquietantes la estremecieron, eran tan profundos y a la vez tan brillantes que por un instante no pudo hacer otra cosa que contemplarlos admirada.

—Bueno, pues entonces nos vamos —soltó Rose en auxilio de su amiga.

Duncan no estaba dispuesto a dejarla ir con tanta facilidad. Antes de que Dana siguiera a su amiga que de repente parecía tener mucha prisa, la tomó del brazo.

—¿Estás segura de querer abandonar la habitación? —le siseó Rush al oído.

Dana tuvo la sensación de que le preguntaba algo más, algo muy parecido a un ultimátum y tuvo miedo. Un hombre como ese podía acabar con ella de una sola dentellada.

—Estoy muy cansada, ha sido un día extraño —musitó nerviosa—. Necesito reflexionar sobre todo lo que ha pasado. Pero será para mí un placer que me acompañes a desayunar, podemos mantener esa conversación pendiente entonces.

Algo se apagó en los ojos de Rush, o quizá fue un reflejo, pero lo cierto es que Dana comprendió que acababa de cortar el hilo invisible que los unía.

—Nos vemos mañana —manifestó Duncan con un tono distinto en la voz— Espero que descanses. Si me necesitas, estoy al otro lado de la pared, no lo olvides.

De nuevo, esa sensación de estar proponiéndole algo.

¿Se estaba equivocando y veía fantasmas donde no los había?

Dana abandonó la habitación sin mirar atrás. Bastante tenía con analizar las palabras, con los gestos se sentía más segura; ese hombre no exteriorizaba ninguno.

\* \* \*

Duncan permaneció un buen rato de pie frente a la puerta.

Acababa de suceder. Por primera vez en toda su vida rechazaban sus atenciones. Esa chiquilla lo había descartado como artista y ahora lo hacía como hombre.

Salió al balcón y espió la actividad que bullía al lado. Sabía que las muchachas estaban hablando y se encontró queriendo descifrar alguna palabra que le llegaba como si se tratara de un recuerdo lejano.

«¡Qué bajo he caído!», pensó al verse inclinado hacia la terraza de sus vecinas. Por un instante se sintió como un adolescente ebrio de amor por una chica que no hacía otra cosa que darle desplantes.

Miró el horizonte y sonrió como si en verdad fuera gracioso sentirse rechazado. Se repantingó en el sillón y esperó. Todavía podía cambiar de opinión, se dijo más animado.

Tres horas más tarde supo que el milagro no se produciría. Las chicas llevaban mucho tiempo sin decir ni una palabra; era evidente que se habían dormido y que Dana no iba a aparecer en su habitación cuando su amiga se hubiera dormido. Tenía que dejar de buscarle excusas.

Entonces se levantó, entró en su habitación y llamó a recepción.

—Debo abandonar la isla —anunció con sequedad—. Me ha surgido algo importante. Resérveme un billete en el próximo vuelo, por favor.

\* \* \*

Dana no había conseguido dormirse.

Se había levantado tantas veces de la cama para dirigirse a la habitación de Duncan que ya había perdido la cuenta. Sin embargo, no se había atrevido a dar el paso definitivo.

No quería ser una más, eso era lo único que la separaba del hombre que la estaba esperando (o eso quería creer ella).

A las siete y media de la mañana escuchó pasos en la habitación contigua y el sonido de la puerta al cerrarse. Seguidamente vio un sobre alargado entrando sin dificultad debajo de la puerta y sintió cierta sensación de irrealidad. Sin embargo, estaba tan despierta que incluso creyó oír el golpetazo del ascensor al detenerse en esa planta.

Aprovechó ese momento para salir corriendo por el pasillo y bajar las escaleras hasta la tercera planta. Allí se encontraba una pequeña galería atiborrada de plantas exóticas que circundaba todo el edificio.

Llegó sin aliento.

Se lanzó como una loca contra la balastrada y durante unos minutos creyó haber llegado tarde, entonces comprendió que estaba mal situada. Cambió de

dirección y un recoveco de la pared le sirvió de atalaya para vislumbrar un taxi que, con las luces encendidas, esperaba en la entrada del hotel.

Como si los elementos se hubieran aliado a su favor, el sol brillaba con fuerza y pudo apreciar con total claridad que la persona que abandonaba el complejo era Duncan Rush, no había ninguna duda al respecto. Por qué lo hacía era otra cuestión.

Dana siguió con la mirada la parte trasera del vehículo hasta que desapareció tras una curva. Hecha polvo, se dejó caer en el suelo y el sonido que produjo el papel que llevaba en el bolsillo le recordó la carta que Duncan le había dejado como despedida. Con lágrimas en los ojos, leyó la cartulina que sacó del sobre.

*Lamentablemente, tengo que volver a Boston. Sería conveniente que se pusiera en contacto con Alain Foster, mi abogado, para comunicarle sus intenciones respecto del contrato que se le ha ofrecido. A él también deberá dirigirse para cualquier duda que tenga sobre el mismo. Sin otro particular, reciba un cordial saludo.*

*D. R.*

Dana dejó correr las lágrimas por sus mejillas. Acababa de perder la posibilidad de mantener una relación con ese hombre... y le dolía. Le dolía tanto que por primera vez en su vida se arrepentía de la decisión que había tomado unas horas antes.

No era tonta, sabía que su *relación* nacía con fecha de caducidad pero la hubiera vivido... Ahora tendría que conformarse con imaginar cómo podía haber sido. Le hubiera gustado conocer a ese hombre, ser suya, sentir sus caricias y sus atenciones, o sus inquietantes miradas. Serlo todo para un tipo así, aunque no hubiera durado más que un suspiro...

Sintió un abrazo familiar y miró a través de las lágrimas.

—Se ha acabado... antes de que... empezara —consiguió decir entrecortadamente.

Rose cogió la hojita que yacía abandonada en el suelo y la leyó con atención.

—El muy mamón está de muerte —reconoció con seriedad—, pero no te mereces a alguien que no quiera currarse lo vuestro. No te ha conseguido a la primera y te descarta sin más. Incluso Wallace parece decente a su lado. Creo que deberías olvidarte de este tío y hasta del trabajo. Inventa una excusa o si lo prefieres hablo yo con el abogado.

Dana negó con fuerza con la cabeza.

—Ahora, más que nunca, voy... a aceptar ese trabajo —susurró sin dejar de hipar.

—¿Para demostrar algo a quién? —preguntó la Rose analítica e inteligente—. Creo, sinceramente, que si trabajas con ese tipo vas a acabar destrozada. Piénsalo, tanto si se acuesta contigo como si lo hace con otra, vas a acabar sorbiendo mocos y ese no es un buen final, ni siquiera para el futuro lascivo que recomiendo como una posesa—repuso con frialdad.

Dana trató de sonreír.

—Debo recordarte que incorporar esa *filosofía hedonista* a tu vida no ha hecho que dejes de ser virgen —le dijo Dana con cariño.

—¡Cómo si no lo supiera! —siseó Rose en su oído—. En realidad es una pose que me permite seguir pareciendo una universitaria normal y corriente.

—El problema es que ya no somos estudiantes —exclamó Dana volviendo a llorar de nuevo—. Y... voy a aceptar ese trabajo, voy a crecer como artista, voy a ganar dinero y voy a *decorar* toda la maldita ciudad de Boston.

—¿Y qué hacemos con el *buenorro* que ha pasado media noche contigo durmiendo en calzoncillos?

—A ese, voy a olvidarlo.

## 7

Dejó el coche estacionado en el parking del edificio que le sugirió el señor Foster. Un tipo uniformado le salió al encuentro y ella, aleccionada por el abogado, le mostró la tarjeta que había recibido a través de una empresa de mensajería. La cara del hombre sufrió un súbito cambio y la saludó encantado.

—Espere un momento señorita... Michel —le dijo con una amplia sonrisa—. El equipo no tardará en bajar.

Dana estuvo a punto de preguntar el significado de tan insólita frase pero el soniquete inconfundible de que acababa de recibir varios mensajes se lo impidió.

**Lena:** *Ayer me di un paseo por el pueblo y admiré tus creaciones. Algunas están tan desgastadas que apenas se ven y otras se caen a pedazos, pero nadie ha osado pintar encima. Eres el pequeño genio de este maravilloso pueblo y todos lo sabemos. No olvides eso. Disfruta como tú sabes hacerlo y no te preocupes por nada, llevas la pintura en la sangre. Te quiero. Mamá.*

Dana suspiró conmovida y contuvo las lágrimas. Recordó las veces que su madre la había defendido ante el juez Sheridan y lo gravoso que eso le había resultado y no pudo evitar que sus ojos se empañaran. La adoraba.

Se limpió la humedad de la cara con disimulo y continuó leyendo.

**Matt:** *Espero que disfrutes de tu primer día de trabajo, aunque tratándose de pintura y de paredes no me cabe la menor duda. Te quiero, pequeña.*

Muy a su pesar tuvo que sonreír. Adoraba a ese chico.

En realidad, adoraba a su familia.

El sonido de otro mensaje le hizo ampliar la sonrisa. *La que faltaba* daba señales de vida; habría puesto el despertador porque eran las siete de la mañana y su amiga no se caracterizaba por madrugar.

**Rose:** *Las dos sabemos que eres asquerosamente buena en lo de la pintura y que lo vas a hacer de miedo. Mi problema es el buenorro. Tengo que recordarte que pase lo que pase... estás ahí para trabajar. Repito: mientras te mantengas alejada de ese tipo todo irá bien. Déjalos con la boca abierta como haces conmigo. Bye.*

Terminaba con el emoticono al que se le cae la baba y un enorme NO a su lado. «Vale, nada de babear por Rush». NO lo olvidaría, se dijo sonriendo.

Los whatsapps se sucedían y miró extrañada la pantalla de su teléfono. Sus colegas, los decoradores urbanos, le habían mandado desde aplausos hasta guiños de ojos. Se sintió emocionada, de haber estado sola se habría inflado de llorar. Cuánto agradecía aquellas muestras de afecto.

Le sorprendió que el líder en persona le dedicara unas palabras y las leyó con curiosidad.

**Wallace:** *Dos semanas sin verte ... Creo que desde que nos conocemos nunca me habías hecho una faena semejante. Espero que lo remedies pronto, no es lo mismo pintar sin tenerte cerca. Por cierto, te deseo lo mejor en tu trabajo de pija. W.K.*

Dana no supo qué pensar. La nota resumaba cierto resentimiento. Necesitaba hablar con su amigo. En realidad, tenía que haberlo hecho hacía mucho tiempo aunque solo ahora se sentía con fuerzas para ello. «¿Por qué ahora?», se preguntó perpleja. La cara del emoticono babeante se le pasó por la cabeza y negó con firmeza. Ni hablar, no admitiría que ese tipo tuviera algo que ver en lo referente a sus sentimientos por Wallace.

Guardó su móvil y se dio la vuelta.

¡Menudo corte! Un grupo de personas la observaba con más interés del que le hubiera gustado. ¿Cuánto tiempo llevaban ahí? Ni se había percatado de su presencia.

—Tú debes de ser Dana Michel —le dijo un hombre joven y bien parecido—. El último fichaje de Duncan. Me llamo Timothy Brown, australiano. Concretamente de Nueva Gales del Sur o First State, como se conoce por aquí.

Los murmullos se elevaron hasta parecer protestas pero Dana no podía estar segura de si protestaban por el nombre del Estado o por ella.

—Encantada, Timothy —respondió sin amilanarse, tratando de ser simpática—. Efectivamente, soy Dana Michel, de Heaven Hill, Kansas. Y que yo sepa, no se conoce de otra manera.

No hubo besos ni apretón de manos, ni siquiera un mísero gesto con la cabeza. Ni ese hombre ni ninguno de sus acompañantes hizo ademán de querer estrechar lazos. Es más, de alguna manera le dejaron claro que no eran bienvenida. No hacían falta palabras, el lenguaje corporal del grupo era más que suficiente.

Con lo fácil que hubiera sido esbozar una pequeña risita ante su parafraseo... Aquello no empezaba como ella había imaginado.

—Síguenos —le indicó una chica con indiferencia—. Un autobús de la empresa nos lleva al banco todas las mañanas y nos devuelve a casa por la noche. La mayoría de nosotros vivimos en este edificio; es de Duncan y para los que venimos de fuera va incluido en nuestros contratos.

Dana hubiera preferido que la muchacha empezara presentándose pero, dado que eso era algo que no iba a suceder, almacenó la información y se mantuvo callada. Esperó para entrar la última y se situó junto a una ventanilla, a cierta distancia del resto. Se puso los auriculares y trató de abstraerse de aquella absurda situación. Con la excepción reciente de la Sargento de Hierro, jamás la habían tratado con menos consideración.

En su pueblo la respetaban como si fuera algo más que una artista urbana. En la uni era considerada como una especie de genio creativo y eso le granjeaba si no la amistad sí el respeto de todos sus compañeros. Y en cuanto a sus amigos, se sentía afortunada y muy apreciada, bastaba con echar un vistazo a su teléfono.

No estaba preparada para algo así.

En los cincuenta minutos que duró el viaje, el autobús recogió a tres personas más. Dana solo apartó la mirada del paisaje que iba apareciendo en su ventanilla con la primera mujer. Los gestos de sus nuevos compañeros fueron suficientes para alertar a la chica de la reciente adquisición de la empresa.

Después de ser examinada sin mucho tacto, Dana vio a aquella mujerona grande y mal vestida sonreír despectivamente y se dijo que, a partir de ese momento, no les permitiría hacerle daño. Por eso, no dudó en subir el volumen de la música y girar la cabeza fingiendo que le interesaban las vistas. Estaba claro que aquel no iba a ser el trabajo de su vida; se convertiría en una esponja y absorbería lo máximo posible porque, si el recibimiento que le habían dispensado era sintomático de lo que estaba por venir, no iba a durar mucho.

A saber de qué iba todo aquello.

\* \* \*

Algo sí tenía que reconocer: aquella gente parecía tenerlo todo muy bien organizado. A las ocho en punto estaban sentados alrededor de una mesa alargada y tres sofisticadas máquinas de café con nombre italiano no paraban de servir vasitos aromáticos que perfumaron la estancia en cuestión de segundos.

Dana resopló enfadada. Llevaba un billete en la cartera, cualquiera pedía unas monedas prestadas a sus nuevos *amiguitos*...

Así pues, permaneció callada y sentada ante una minúscula porción de aquella gigantesca mesa. Dejó de envidiar los cafés cuando descubrió a Duncan en la entrada de la sala. Lo vio echar un vistazo a los asistentes y supo que la buscaba a ella cuando se paró en su recorrido. A Dana le pareció que respiraba aliviado pero descartó la idea a toda prisa. Menuda estupidez, sentirse aliviado porque ella estuviera allí... Sin embargo, su mirada oscura y profunda la soliviantó hasta el punto de conseguir que ella apartara la suya.

Y hete aquí que, sin pretenderlo, encontró la solución a todo aquel enigma que le habían planteado sus nuevos compañeros. La mayoría de los presentes lo miraban a él y luego a ella. Un singular partido de tenis que Dana sabía que perdería antes de comenzar. Sobre todo, porque ella no sabía jugar, ni a ese ni a ningún otro juego.

Por favor, si no había estado con ningún hombre, cómo iba a pelotear con aquel dios del sexo...

En esos dilemas andaba cuando le pusieron uno de aquellos vasos de plástico rebosante de café negro y espumoso en su trocito de mesa. Miró al alma caritativa con afecto y se quedó muda por la impresión.

—Gracias —susurró cortada—. No he traído dinero suelto y necesitaba uno bien cargado, justo como este.

Duncan no sonrió, pero la calidez de su expresión fue más impactante.

—Eso me ha parecido —le dijo antes de alejarse de su lado—. Seguro que ya conocéis a Dana Michel —explicó en voz alta—. Acaba de graduarse con los máximos honores y se va a hacer cargo del trabajo de Elsa. Hablo por todos cuando te doy la

bienvenida a nuestro pintoresco mundo. Hazlo lo mejor que puedas y superarás la prueba.

¿Por todos? No, no hablaba por todos. No obstante, Dana asintió mientras lo miraba tratando de permanecer indiferente.

El silencio que siguió a sus palabras fue tan extraño que Dana no supo qué hacer. Sabía que sus compañeros habían fiscalizado la escena y no miró a nadie. Bebió del café y, después de saborear el primer sorbo, se preguntó cómo se habría enterado Duncan de que le encantaba el café espeso, espumoso y con un montón de azúcar.

Sus pensamientos se vieron felizmente interrumpidos. Rush preguntaba por el estado de las pinturas y por las dificultades que habían surgido en una de las salas.

—Duncan, no puedo hacerme cargo de la nueva —escuchó decir Dana a una mujer atractiva y madura—. No puedo perder tiempo con una principiante, tengo dos salas más que esperan mis bocetos.

—Así es —continuó Timothy, único chico que Dana conocía por su nombre—. Salvo que desees que Ashley o yo los hagamos, si Nancy se retrasa también lo haremos nosotros.

Los siguientes minutos fueron para Dana sorprendentes e inesperados.

—Está bien, nada de supervisar a la nueva —dijo Duncan dirigiéndose a la mujer—. Yo mismo lo haré al final de cada jornada.

Los murmullos se elevaron con toda naturalidad. Dana comprendió por primera vez las protestas: el sistema de trabajo de aquella treintena de personas estaba tan entrelazado que si un eslabón fallaba, afectaba a toda la cadena.

Ahora, todas las miradas se centraron en ella. «¿Será capaz la monada de cumplir con su trabajo?» leyó Dana con claridad en los rostros de aquellos prepotentes.

Se sentía tan profundamente dolida y resentida que se negó a explicarles la relación tan estrecha que mantenía con todo tipo de técnicas y paredes.

Al diablo con todos.

\* \* \*

Después de ver cómo Duncan desaparecía escaleras arriba sin dedicarle ni un último vistazo, cogió la carpeta que le entregó Nancy y ojeó los folios.

—Oye, ¿tú hablas o te ha comido la lengua el gato? —le preguntó la mujer con desparpajo.

Dana le sostuvo la mirada y esbozó una leve mueca.

—No deseo retrasar a nadie —explicó enfadada—. Por eso hablo poco. Aunque cuando lo haga trataré de ser más correcta de lo que habéis sido conmigo. Y ahora, creo que estamos en la misma sala, podemos ir juntas o por separado, como prefieras. —Le mostró un folio y sonrió—. Por favor, no te sientas responsable; me oriento bien con los mapas.

Nancy enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Lo siento —admitió tranquila—. Si giras a la izquierda encontrarás los servicios que han habilitado como vestuarios. Las duchas son portátiles por lo que disponemos de poca agua. Ya has visto la sala de reuniones. Verás, en realidad, es Duncan el que suele hacer esto —matizó con más simpatía—. No sé por qué no lo ha hecho contigo. Va muy retrasado, será eso. Recuerda: escaleras, izquierda, recto y a la derecha. Nos vemos arriba.

Dana asintió, agarró su mochila y entró en los vestuarios.

«*Se ha olvidado de advertirme que son mixtos*», se dijo apartando la mirada de los cuerpos semi desnudos de sus compañeros. El espacio no era muy grande y estaba atiborrado de gente, así que optó por salir y darles tiempo y privacidad. No sabía cómo lo haría, pero no se iba a desnudar delante de personas que no conocía.

Se echó un vistazo por encima y supo que ese día pintaría con lo que llevaba puesto, total, solo eran unos vaqueros y una camiseta. Se quitó la camisa que utilizaba para disimular el pecho y la guardó, sintiéndose de repente envalentonada.

Localizó la sala sin ninguna dificultad. Sin embargo, tuvo que contener un alarido cuando contempló el horror que tenía delante.

—¡Madre mía! —exclamó sin poder evitarlo.

La sonrisa de Nancy reverberó en toda la sala.

—Sí, toda queja se queda corta. Gracias a Dios, la han echado —suspiró teatralmente—. Por si te interesa... antes de que Duncan la conociera bíblicamente —reconoció la mujer—. La pobre lo intentó con todas sus fuerzas. Y no me refiero a la pintura, precisamente.

A Dana dejaron de interesarle las palabras de su compañera. Tomó asiento en el suelo, frente a la pared profanada, y estudió el diseño. Sintió el burbujeo de la expectación y el deseo de pintar aquel trozo de muro la golpeó con fuerza. Se frotó las manos y sonrió mientras experimentaba el estremecimiento de la anticipación. Todavía era algo efímero y volátil, pero ya había vislumbrado el resultado final y anhelaba hacerlo realidad.

El momento de la verdad había llegado.

\* \* \*

Subió al autobús como todos los días y como todos los días se negó a abrir la boca. Al parecer, la mayoría de aquellas personas empezaba a cambiar de opinión respecto a su presencia porque la saludaban con respeto mientras ella asentía sin grandes alharacas.

Un mes.

Habían transcurrido treinta días y seguía sin comprender qué le pasaba con aquel hombre. Elevó el volumen de la música y se acurrucó en su ventanilla. No estaba viviendo su mejor momento. De hecho, era más feliz cuando trabajaba en alguno de los restaurantes de Rose y pintaba por las noches.

¡Pintar las calles! ¡Cómo lo echaba de menos!

En ese momento lo vio. Lo hubiera reconocido en cualquier sitio; el tag de su amigo era inconfundible, una K en tres dimensiones junto a una elaborada y retorcida W. Abrumada, se tapó la cara con las manos. Ese chico estaba mal de la cabeza, se había arriesgado demasiado; hubiera bastado con una simple llamada de teléfono. En lugar de hacer algo tan sencillo, había preferido grafitear dos palabras en la pared de unos grandes almacenes: «*Treinta días...*».

Bueno, al menos, había alguien que la echaba de menos, se dijo más animada. En ese momento hubiera dado cualquier cosa por sentir hacia Wallace lo mismo que un mes antes.

Recordó al tipo que la iba a recibir poniendo en sus manos un café bien cargado y su sonrisa se transformó en preocupación. No soportaba las miradas profundas y concentradas que Rush le dedicaba cuando creía que ella no se daba cuenta. Menos aún, los acercamientos silenciosos que le prodigaba de vez en cuando y que la descolocaban por completo, sobre todo, porque no llegaba a entenderlos.

El día anterior, sin ir más lejos, se retiró de la pared para comprobar el efecto de una sombra que se perdía bajo los pies de una de las cuatro musas que componían su diseño, cuando se topó con un cuerpo que resultó ser el del pintor. Rush no se apartó de ella, sino que, como si fueran colegas de toda la vida, miró el mural por encima de su hombro. ¡Maldita sea!, lo sintió pegado a su cuerpo, tan cerca que pudo aspirar el olor de la ropa masculina mezclado con el de la pintura. Y, ella..no hizo nada, salvo quedarse traspuesta y callada mirando al frente, recibiendo las sonrisas inmisericordes de su público inanimado. Tenía que cambiar la expresión de todas aquellas etéreas mujeres, ahora que lo pensaba, sonreían demasiado.

La despedida fue aún peor. Por más que se decía que debía estar equivocada, Duncan le susurró al oído un: «*Eres perfecta*», que la dejó temblando de pies a cabeza. Después le pasó el brazo derecho por los hombros y le dio un beso que consiguió anestesiar su mejilla durante toda la mañana y parte de la tarde.

A todo esto, el *Hacedor de suspiros* desapareció con total naturalidad, consiguiendo que ella se sintiera como una tonta.

No pudo dormir en toda la noche; cuando lo hacía era para despertarse sobresaltada recordando el besito y empezando a darle vueltas a lo mismo una y otra vez. Le hubiera gustado hablar con Rose pero, a excepción de unos mensajes, apenas pudieron saludarse. Su amiga trabajaba para el pretencioso y ostentoso Lelan O'Shea, uno de los galeristas de arte más importantes de todo Boston, y esos días asistían a varias subastas millonarias en la sala Christie's de Nueva York.

Salió maquinalmente del autobús.

Se rezagó a propósito para enviarle un mensaje a Wallace. Tenía que hablar con su amigo, no podía jugarse el físico solo por dejarle una nota visible y preciosa en cualquiera de las paredes que se atravesaran en su camino al trabajo. Sonrió por el ramo de flores que acababa de enviarle. Sin duda, los veinte dólares más bien empleados de los últimos tiempos.

Dana miró su reloj. Se le escapó una maldición y echó a correr, llegaba siete minutos tarde. Aunque no era para tanto, en ese momento las máquinas de café estarían en todo su apogeo y nadie notaría su retraso.

Procuró entrar disimuladamente. Sin embargo, aquella habitación se parecía poco a la bulliciosa de todas las mañanas. Los cafés estaban, efectivamente, encima de la mesa pero sus compañeros permanecían callados.

—Te estamos esperando —le dijo una voz profunda y muy seria—. Pensábamos que te había sucedido algo. Hablar con tu novio no entra dentro de esa categoría — continuó Duncan, mientras miraba el teléfono que Dana llevaba en la mano—. Si no sabes usar el móvil, te aconsejo que lo dejes en casa. Es una advertencia para ti y para todos. Empecemos.

Apenas se escuchó un murmullo en toda la sala. Algunos prefirieron beber de sus vasos y solo los más veteranos contemplaron la escena con... absoluta indiferencia, pensó Dana. Ese hombre estaba exagerando. Con su arrebató, ya habían perdido más de siete minutos.

Hubiera preferido eludir los ojos del artista pero no podía hacer algo así. Acababan de echarle una regañina y debía de afrontarla de la mejor manera.

Así, que lo miró... Mierda, echaba fuego por aquellos pozos oscuros. Dana se sintió intimidada. ¿Tanto se había equivocado? Ahora que lo pensaba, en aquellas semanas nunca habían esperado a nadie.

—Lo siento —manifestó ella con sinceridad—. No volverá a suceder.

Duncan no esperaba que lo admitiera y su enfado aumentó exponencialmente. ¿Esa chica estaba reconociendo que había perdido el tiempo hablando con su novio?

—¿Qué sientes? —inquirió él aparentemente tranquilo—. ¿Hablar con tu novio o hacernos perder el tiempo a los demás?

Dana recordó al juez Sheridan y las famosas diatribas de su hermano. Cuando el magistrado estaba alterado su hermano no echaba más leña al fuego, dejaba que se calmara. Pero, ¿cómo lograba ella calmar a ese hombre calmado? Realmente, no creía haber hecho algo tan malo. Claro, que tampoco lo pensó nunca de su actividad nocturna.

Una de sus sonrisas *consíguelotodo* sería excesiva, mejor se callaba.

—¿Te pido demasiado al pretender que hables y no te ocultes bajo esos cascos que siempre llevas encima? —le preguntó Duncan sin perder la compostura—. Cuando te conocí me pareciste más locuaz.

Aquello estaba yendo por unos derroteros que nadie se esperaba. La prueba más obvia fue el bufido de Nancy, tan perceptible que Rush arrugó el entrecejo aunque sin apartar los ojos de su presa.

Dana lo contempló sin llegar a creerse que hubiera afirmado algo así en público. Nunca sabía a qué atenerse con ese hombre. Estaba claro que se había dado cuenta de que no hablaba con nadie. Bueno, ella no se parecía demasiado a él, si quería que expresara lo que sentía lo haría encantada.

—Cumpló con mi trabajo —declaró orgullosa—. Nadie va a acusarme de que no haga otra cosa más que trabajar. Por cierto, sin importarme los horarios. A veces no almuerzo y nunca me tomo el descanso de la tarde. Espero que eso también lo hayas tenido en cuenta a la hora de cronometrar mi llegada.

Ahora sí se hizo un silencio sepulcral.

Duncan comprendió que se había extralimitado. No sabía por qué, pero esa mañana, al ver que se retrasaba había salido a buscarla. ¿Cómo explicar que la sonrisita que descubrió en su preciosa cara le recordó a la de una joven agradecida después de una noche de sexo?

Estaba perdiendo la cabeza. Desde que esa chica había entrado en su vida, la había vuelto patas arriba. Ya no necesitaba despertador por las mañanas, ansiaba que llegara la hora de verla y permanecía en vela la mitad de la noche. Darse cuenta de que a ella no le sucedía lo mismo le hizo daño en el centro del pecho, justo a la altura del corazón.

—El que debe disculparse ahora soy yo —confesó, abrasándola con aquellos ojos oscuros—. Lo siento, sé que cumples con tus tareas sin mirar la hora y es algo que te agradezco. —Dejó de mirarla para dirigirse a su sorprendido público—. Aprovecho para agradecer a los demás que hayáis incrementado el ritmo de trabajo y os pido disculpas, igualmente, por todo el estrés que os hemos generado. De seguir así, conseguiremos entregar el proyecto en el plazo previsto...

No lo dejaron terminar. Los aplausos resonaron en toda la habitación, seguidamente los vasitos de plástico fueron desapareciendo en el interior de las papeleras y todas y cada una de aquellas personas se encaminaron a su puesto de trabajo, o sea, a su trozo de pared. Dana fue la última en salir de la sala, miró a Duncan y su gesto abatido la sacudió por dentro.

¿Todo aquello se debía al nerviosismo por el plazo de entrega de las obras?

Ojalá y fuera por eso, porque estaba completamente perdida. ¿Por qué sentía que ella era el motivo de ese comportamiento tan inusual en el artista? Si Rose tardaba mucho más en volver a casa tendría que coger un avión. Necesitaba hablar con alguien y el teléfono no estaba dando el resultado esperado.

El resto de la mañana transcurrió con normalidad.

Vale, con normalidad no sería la palabra más adecuada porque en el transcurso del almuerzo Dana se vio interrumpida por los compañeros de las salas contiguas que se presentaron formalmente y terminaron bromeando acerca de las disculpas del «jefe».

—¿Por qué te traes tu propia comida? La del buffet es magnífica. Duncan puede ser un imbécil pero no escatima dinero con sus empleados —soltó Nancy mientras se servía un café de la única máquina que no necesitaba monedas, tal y como Dana había descubierto hacía tan solo unos minutos antes.

Estuvo a punto de soltar una palabrota mientras contemplaba cómo el vasito de su compañera se iba llenando de un espumoso líquido negro. Sin embargo, esperó

pacientemente su turno y, salvo el movimiento involuntario de una de sus cejas, no se notó su contrariedad.

Tenía que contestar, Nancy esperaba su respuesta con una expresión de genuino interés dibujada en la cara.

—El primer día comí de pie. Ni siquiera disponía de un mísero alféizar porque las ventanas de esta sala no los tienen —informó con indiferencia—. Es preferible un sándwich a solas con mis musas que intentar comer en una sala llena de personas que te niegan la existencia, ¿no crees? En los desayunos imagino que me dejáis sitio en la mesa porque Duncan está presente, en los almuerzos no tengo tanta suerte.

Nancy bajó la vista al suelo. Tuvo la decencia de parecer avergonzada y eso le hizo ganar puntos. Realmente, Dana no sabía por qué se había sincerado con la mujer. Lo único evidente era que llevaba un mal día y no estaba para sutilezas lingüísticas.

—Lo siento —susurró su compañera de sala algo ruborizada—. Pero estamos hartos de ... No sé cómo decirlo sin que te sientas insultada. Creo que todos deberíamos pedirte disculpas porque tú no... En fin... ¡Esto es más difícil de lo que imaginaba!

Dana estaba cansada de historias raras, enigmas o crucigramas. Nunca había servido para resolver acertijos y odiaba los cuentos con moraleja. Quizá porque había crecido rodeada de los consejos de gente no tan bien intencionada como en un principio pudiera parecer. Justo lo que creía que estaba sucediendo en ese momento.

—No me acuesto con Duncan, no deseo hacerlo y no lo voy a hacer ni en un futuro próximo ni lejano, puedo asegurártelo —sintetizó sin pensarlo demasiado—. Porque hablamos de sexo con el jefe, ¿me equivoco?

Nancy sonrió abiertamente por primera vez y Dana no pudo evitar imitar el gesto.

—No, no te equivocas —indicó sin dejar de reír—. ¿Sabes? Creo que, al igual que el jefe, te prefiero más parlanchina. Eres todo un espectáculo. Verás, Duncan es...

Dana arrugó el ceño.

—Para serte sincera, no me interesa lo que tengas que contar del «jefe» —confesó Dana, que lo único que deseaba era olvidar la atracción que sentía por ese hombre—. Me lo puedo imaginar.

No hubiera sido correcto explicar que su imaginación se había visto ayudada por la cruda realidad. Había contemplado más veces de la cuenta el trasero de ese tipo y en plena acción. ¿Podía decir algo así?

—Sí, supongo que basta con echarle un vistazo para hacerte una idea aproximada de lo fácil que le resulta intimar con cualquier mujer —acabó su compañera—. El problema es que es la primera vez que le dedica tantas atenciones a una mujer. Déjame pensar... Trabajo con Rush desde hace cinco años y *nunca, nunca, nunca* le había servido un café a otra persona que no fuera él mismo.

Dana resopló con gracia.

—Pues, menudo indicio —le dijo con ironía—. Quizá solo sea perceptivo y haya comprendido que, de seguir siendo ninguneada, le iba a dejar las musas tan desnudas como la pared que me había reservado... El tiempo, querida colega, el tiempo es el causante directo de que todos los días me ponga un café hirviendo en la mano.

Nancy soltó una enérgica carcajada que consiguió que todo el que pululaba alrededor de la mesa las mirara extrañado.

—Vaya, empiezo a entender muchas cosas... —señaló mientras le daba vueltas a su vaso—. Pudiera ser, pero yo que tú permanecería alerta; contigo es distinto y que yo recuerde siempre hemos ido mal de tiempo.

Dana se encogió de hombros y trató de sonreír.

Lo único que le faltaba era que le dieran alas a esas mariposas que de tanto crecer en su estómago empezaban a parecer palomas.

Cogió su bolso y abandonó la habitación intentando mantener la calma. Llamaría a Rose, su amiga siempre sabía qué hacer en las situaciones apuradas.

## 8

En esa ocasión no la pilló desprevenida.

Llevaba mucho tiempo sentada frente a su obra, dudando de los colores que el diseño que tenía en las manos asignaba a uno de los vestidos de las musas. El morado no acababa de convencerla y no quería emborronar la pared. Un fallo a lo grande suponría un retraso considerable. Trabajar con un muro no era exactamente igual que hacerlo con un lienzo, sobre todo, a la hora de rectificar los errores.

Dana vio entrar a Duncan en la habitación y cerró los ojos. Sabía que no conseguiría apaciguar los latidos de su corazón ni transformar aquella enorme desazón en simples mariposas pero experimentó cierto alivio al darse cuenta de que no era ella la que andaba buscándolo. Porque estaba claro que la buscaba. Sus impresionantes ojos se dilataban hasta parecer negros y la expresión de su cara se dulcificaba cuando la encontraba. Justo como en aquella ocasión.

Hubiera llorado de impotencia. ¿Qué hacía ella suspirando por ese hombre?

Lo vio avanzar hasta casi rozarla y dejó de pensar. Duncan vestía un vaquero caído en las caderas que dejaba al descubierto la goma del bóxer. No reconoció la marca, aunque no era ninguna especialista en la materia. La camiseta era negra y parecía nueva. Para dar más empaque a su dueño lucía las marcas de unos dedos en el pecho, como si se hubiera acariciado con la mano llena de pintura. El pelo era un revoltijo que en aquel momento pretendía adecentar pasándose los dedos sin mucho éxito.

Dana suspiró, la belleza de aquel hombre era apabullante. Daba igual cómo fuera vestido o peinado. En cualquiera de los casos le alteraba la respiración.

—¿Problemas? —Duncan formuló la pregunta mirándola fijamente.

Dana asintió temiendo hablar. El pintor se había adelantado para examinar la pared con ojo crítico y ella buscó a Nancy con la mirada. Su compañera trabajaba en la pared contigua y en aquel momento decidió alejarse hasta abandonar la sala. Lamentó no disponer de una buena excusa para llamarla y hacerla volver a toda prisa; estar a solas con ese hombre la ponía nerviosa. No sabía qué decir ni qué pensar cuando estaba a su lado y lo más preocupante era que no sabía en qué momento se había producido el cambio en su relación, porque cuando lo conoció podía comportarse con él con total normalidad.

—¿Es el color lo que te ha detenido? —le escuchó decir mientras se acercaba a ella y tomaba asiento a su lado.

Desconcertada, pensó que el atractivo de Duncan hacía que se olvidara de lo verdaderamente importante, es decir, de la faceta artística que lo acompañaba. Se suponía que era un genio de la pintura y, muy a su pesar, cuando estaba cerca de ella no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera la belleza exterior de ese tipo.

Tendría que revisar su lista de prejuicios porque acababa de detectar uno y de los políticamente incorrectos.

Duncan se inclinó para coger el papel que ella sostenía en la mano izquierda y Dana necesitó de toda su fuerza de voluntad para permanecer indiferente mientras aspiraba la colonia masculina y se preguntaba si debía alejarse o le haría parecer una mojigata.

—Deseaba pedirte algo esta mañana y no estoy acostumbrado a esperar. Y, menos aún, por hablar con un novio —confesó Rush mirándola con los ojos entornados. Al no obtener respuesta continuó como si tal cosa—. Entiendo tus reticencias; el morado es demasiado oscuro para que quede bien en una pared tan clara.

Dana no se inmutó. Años de *diatribas* interminables habían hecho de ella una excepcional reo-delincuente-criminal. No estaba dispuesta a admitir nada que pudiera perjudicarla; su hermano la había enseñado bien.

—Estoy bastante segura de que un color más apagado funcionará mejor, un amarillo o un ocre anaranjado —indicó ella abrazándose las rodillas para evitar que se hiciera visible el temblor que la sacudía por dentro.

Duncan arrugó el ceño y miró la pared mientras parecía reflexionar.

—Estamos de acuerdo, la gama de los ocres será perfecta —dijo algo más serio—. Ahora es el momento en que tú me dices que no hablabas con tu novio porque no tienes o porque lo habéis dejado o lo que sea...

Dana enrojeció hasta la raíz del cabello. Wallace Kendrick no era su novio, pero era lo más parecido a uno que había tenido nunca. Y, ciertamente, le había enviado un mensaje...

En ese instante la voz de Matthew resonó en su cabeza: «*Olvídate de querer decir la verdad. Que se te meta en la cabeza que la verdad no importa; el bolsillo de Lena sí.*»

—Bueno, yo...le envié un mensaje a un buen amigo...

Respuesta incorrecta: el gesto de Rush se lo confirmó. Tenía que haber dicho que hablaba con su madre, tal y como había decidido hacer, pero al final le salió la vena sincera. Maldita sea, ella no era ninguna pardilla en aquellas lides.

—Entiendo —expresó Duncan pasándose la mano por el pelo y poniéndose de pie—. Te dejo con tus ocres, yo tengo que finalizar un siena natural.

Dicho lo cual, desapareció sin volver la vista atrás.

«*Demasiados ocres*», pensó Dana plantada como un poste en mitad de la sala. Cuando se dio cuenta de su actitud hierática se aceleró de nuevo y empezó a mezclar pintura.

Lo que fuera con tal de no pensar.

\* \* \*

El sonido del móvil rompió su concentración.

Ansiaba hablar con Rose. Los intentos de contactar con ella habían sido inútiles y los mensajes tampoco habían dado el fruto esperado...Exactamente igual que en ese instante. El mensaje era de Matt, se marchaba a Las Vegas a una Convención sobre

Estafas Piramidales y se despedía con el consabido: «*No te metas en problemas porque no voy a estar para ayudarte. Tu hermano, el Letrado*».

Entre sonrisas le contestó como se merecía, es decir: «*La gente de bien no organiza una convención sobre Estafas en Las Vegas. Te aconsejo que tengas cuidado tú. Tu hermana, la Honrada*».

Al terminar de escribir miró la hora del teléfono y se sorprendió. Las siete y media de la tarde, por ese día ya estaba bien; volvería en taxi. Tal y como había señalado Nancy, Duncan no escatimaba con sus empleados y pagaba el medio de transporte que utilizaran cuando se quedaban haciendo horas extras.

Imaginó la cara de su letrado al leer el mensaje y entró en la ducha sin perder la sonrisa. Antes de meterse debajo del agua se envolvió en una toalla gigantesca y se aseguró de que la zona estuviera despejada. No acababa de acostumbrarse a que pudieran utilizar aquellos espacios tanto hombres como mujeres.

Qué podía hacer, era de pueblo y no pretendía ocultarlo.

Se trataba de una sala amplia, rodeada de cubículos que le ponían la piel de gallina. A la derecha y a la izquierda disponía de entradas que conectaban con las distintas alas del edificio y eso era lo que le perturbaba, la posibilidad de estar acompañada sin saberlo.

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no se había duchado sin más?

Si no se hubiera rezagado ajustándose la sábana se habría topado con Duncan cubierto por una pequeña toalla y a una chica que se paseaba como su madre la trajo al mundo.

Dana se apoyó en la pared y respiró hondo. Bueno, al menos no tenía por qué esconderse. Aquellos dos ya habían terminado lo que hubieran empezado. Además, ambos tenían el pelo mojado y la actitud del artista era de completa indiferencia.

¿No se lo estaría imaginando y ese era el preludio antes del acto? Por lo poco que había visto, la chica tenía un cuerpo de infarto.

Sin sentir ni una pizca de vergüenza, echó un vistazo y concluyó asombrada que no parecía que aquellos dos hubieran mantenido sexo. No era muy lógico que la mujer se paseara delante del pintor alardeando de sus encantos después de haberlo conseguido... ¿O sí?

Mejor no indagaba más.

Se retiró con sigilo de la entrada para volver a su ducha cuando oyó a la chica hablar con su jefe. El de ambas, por cierto.

—¿Estás seguro? Ya no queda nadie.

El tono claramente sensual de la fémina consiguió que Dana elevara una plegaria al techo. ¿Pero, qué diablos había hecho ella para merecerse semejante tortura?

Ese era el momento ideal para toser o canturrear o berrear incluso, pero Dana permaneció callada. Estaba demasiado afectada para disimular lo que sentía. Imposible presentarse sin más, en medio de la sala, con los ínclitos casi desnudos.

—Eres preciosa y te agradezco el ofrecimiento, pero he pescado una gripe de aúpa y me estoy medicando. Sería muy irresponsable por mi parte no tenerlo presente.

Dana estuvo a punto de protestar; con ella no había tenido tanto cuidado, prácticamente habían compartido oxígeno y, por lo que descubría ahora, bacterias de todo tipo.

—Como quieras, pero Morris vuelve mañana y es una pena que no aprovechemos su ausencia...

Dana recordó que unos días atrás había conocido a un Morris Tuner que la ayudó a alisar una parte de la pared que presentaba más porosidades de las aconsejables para un mural de ese tipo.

Lástima, le pareció un tipo absolutamente encantador.

—No acostumbro a relacionarme con casadas cuyos esposos también trabajan para mí. Ya lo sabes, Sarah —respondió Rush utilizando un deje molesto—. No puedo perder a dos personas al mismo tiempo. Te dejo, estoy cansado y deseo llegar a casa.

Dana se sorprendió al escuchar la risa de la mujer.

—Vas a caer un día de estos y lo sabes... —la oyó decir a gritos.

—Seguro que sí, pero no con una casada —aseguró Duncan gritando también.

Dana dejó de escuchar la risa masculina y comprendió que, gracias a Dios, había abandonado la sala *por la otra salida*.

Pero, ¿dónde tenía la cabeza?

Si ese hombre de principios tan loables hubiera optado por cambiar de dirección, se hubiera encontrado en un serio aprieto.

Tenía que volver a sus orígenes: sus calles, sus amigos y su familia. De seguir así, iba a perder la cabeza... ¿por ese hombre?

\* \* \*

El taxi la dejó en el parking del edificio propiedad de Duncan. Dana se montó en su coche y miró el piloto de la gasolina. Tenía el depósito casi lleno por lo que no dudó en mandar un whatsapp a Lisa para saber por dónde andaban esos días.

Recibió la respuesta en el acto. El lugar estaba alejado pero desde que Matt había decidido cambiar de coche y regalarle el suyo (un precioso y viejo Porsche 944; todo un clásico de quince años) se había dado cuenta de que le gustaba conducir.

Sus tripas se quejaron con fuerza y recordó que no había comido nada desde el almuerzo. Como le quedaba de camino, hizo un alto en *Spokes's*, saludó a algunos conocidos y pidió comida para llevar. Mientras esperaba, le sirvieron un trozo de pastel de carne y un refresco de cola tamaño súper.

Una hora más tarde era una mujer nueva.

Mientras se adentraba en una zona poco recomendable y comenzaba a reconocer las firmas de los grafitis que la luz de los faros iba iluminando, se dio cuenta

de que era la primera vez en toda su vida que le daba un descanso a los aerosoles y a las calles. Lo de decorar la ciudad la había acompañado siempre.

Echaba de menos la agitación que le generaba buscar un lugar adecuado para comenzar una nueva creación. Pero no era lo único, las noches en vela, las huidas imprevistas y hasta las tormentas que la dejaban como una sopa se habían convertido en un recuerdo nostálgico al que recurría cuando las cosas en el banco no funcionaban.

Siguió las instrucciones de Lisa y dejó el Porsche delante de una hilera de casas unifamiliares pertenecientes a unos matones de la zona. No le harían nada si pensaban que el vehículo era propiedad de alguno de ellos. Frente a las viviendas, Dana contempló a un grupo de chavales haciendo skate. Le dio cierta pena pensar que las cajas de madera y los bancos medio destartados pretendían transformar el lugar en un skatepark y se prometió regalarles algún grafiti para hacerles más real la experiencia de subirse a la tabla en aquellas callejuelas destrozadas.

No tuvo que andar demasiado. Reconoció el chiflido de Lamar al doblar una esquina y lo esperó con una sonrisa.

—Espero que las hayas pedido con extra de queso —le dijo su amigo que había reconocido la bolsa del restaurante—. Es todo un detalle que nos traigas la cena, llevamos toda la tarde aquí y todavía no hemos acordado hora de vuelta.

Dana se dejó abrazar y le tendió un bulto envuelto en papel.

—Tienen extra de todo —susurró ella percibiendo las luces a lo lejos y sintiendo el cosquilleo de la ansiedad—. Luther sabía que eran para vosotros y me ha hecho un descuento —informó sin llegar a creérselo del todo—. Oye, ¿en qué anda metido Wallace? Esta mañana he visto el grafiti, no deberíais dejar que se arriesgue tanto, como lo vuelvan a pillar le van a caer unos meses.

Lamar evitó sonreír, aunque le costó una barbaridad no hacerlo. Esa chica no cambiaba.

—Ya conoces a *Ken*, le gusta impresionar —señaló con orgullo—. Ahora está liado con una improvisación de las suyas.

Dana sonrió ante el tonillo afectado de su amigo al mencionar el alias de Kendrick. Podían esperar sentados si pensaban que por insistir acabaría cediendo. Aún guardaba su Barbie pintora, sin embargo, nunca le había convencido ese chico perfecto y sonriente que le habían buscado como novio. Sería por eso que se negaba a llamar a Wallace como al muñeco. Además, ¿quién, que no haya sido bendecido con el nombrecito, desea que lo llamen así?

Lamar comenzó a devorar su hamburguesa y Dana recordó lo que era pasarse el día pintando sin comer otra cosa que alguna manzana. Ahora disponía de un bonito comedor repleto de comida de un famoso restaurante y cuando terminaba de trabajar se duchaba en una sala especialmente acondicionada para ello. Nada que le recordara a su ajetreada vida de grafitera urbana.

—Voy a avisar a Ken y a José —le susurró Lamar al oído—. Están a unas manzanas de aquí. Yo les llevo las hamburguesas, esa zona es peligrosa para alguien como tú.

Dana no preguntó a qué se refería, simplemente asintió. Después de coger dos paquetitos bien rollizos para sus amigas, le tendió la bolsa y chocó los nudillos con él.

—No hay prisa, me voy a quedar con las chicas hasta que se vayan a casa. Mañana no hay que madrugar.

Lamar le guiñó un ojo y desapareció detrás de un callejón canturreando algo ininteligible.

Dana saludó a las chicas que se afanaban en dar vida a un grupo de *flappers* y durante un instante se sintió parte del rodaje de *El Gran Gatsby*. Mujeres con vestidos sueltos, llenos de flecos o de plumas, labios rojos, melenas cortas y cigarrillos encendidos la hicieron suspirar.

—¿Están bailando un Charleston? —preguntó a Julia, que tenía dificultades con uno de los trajes de plumas.

Su amiga asintió y, sin pensarlo, le tendió la lata que tenía en las manos.

—Esa es la idea —aclaró, sin apartar la vista de la pared—. El problema es que no consigo que el vestido parezca ligero y en movimiento.

Lisa sonrió y continuó pintando las puertas de un descapotable de los años veinte.

—No quiere escucharme. Llevamos dos días con las dichas plumas —informó mientras repasaba las ruedas del vehículo—. Creo que es hora de olvidarnos de las avestruces y centrarnos en los flecos. Total, no creo que en esta zona sepan apreciar la veracidad de la escena. Por si te sirve de algo, la hemos sacado de un cartel de la época.

Dana titubeó, si cogía el papel no habría marcha atrás y había firmado un contrato que le prohibía participar en cualquier tipo de actividad ilícita. Estuvo a punto de comportarse como una de esas *flappers* y desafiar las leyes establecidas pero recordó el mensaje de su hermano y decidió que ese día no iba a cometer una ilegalidad.

—Te voy a enseñar cómo conseguir que esas plumas parezcan seda y se muevan con ligereza —manifestó resignada.

Sacó una libreta de su bolso y una cajita de latón llena de carboncillos de distinto tamaño y grosor. Las chicas atendieron maravilladas y ella trató de sentirse realizada siendo la responsable de un simple tutorial.

No supo el tiempo que transcurrió. Una tos se hizo más fuerte y Dana dejó de prestar atención a la ejecución del grafiti. Julia no era su querida Rose y había captado la idea a la primera. Había superado con creces cualquier expectativa que se hubiera planteado, por eso se apartó de la pared y se enfrentó al único hombre que le había dejado un mensaje escrito en una pared.

—Te he echado de menos —le soltó Wallace a bocajarro.

Dana miró a su alrededor y se percató de que los habían dejado solos. Ese chico estaba pegado a ella y la miraba como si fuera una aparición.

—Hola, Wallace —exclamó ella sin tener muy claro qué decir. Un mes antes se habría deshecho allí mismo pero en aquel momento no sintió nada, salvo una sincera amistad—. ¿Conoces la existencia de ese artilugio que sirve para hablar a distancia con quien uno desee, verdad? Se llama teléfono y hoy en día existen incluso los móviles...

El abrazo de Wallace la perturbó. El muchacho la fundió contra su pecho con fuerza y lo sintió suspirar en su oído. Después la besó delicadamente en el cuello.

—¡Hola, tú! —le susurró el grafitero contemplándola con arrobó.

—Ya veo que no mentías al decirme que me has echado de menos —dijo ella tratando de separarse y de que el ambiente se volviera tan normal como unos minutos antes—. Seguro que necesitas mi ayuda con alguno de tus dibujos...

De repente se calló, Wallace la miraba con una intensidad que asustaba y se aproximaba peligrosamente a ella.

—Venga ya—resopló nerviosa mientras le apuntaba con el dedo—. Ya hemos jugado a esto y te recuerdo que no funcionó. Eres demasiado fácil y yo demasiado anticuada para sobrellevar bien que mi chico se acueste con cualquiera. Solo amigos, Wallace, tú y yo solo podemos ser amigos.

En esa ocasión su amigo no sonrió ni le siguió la corriente. La estudió en silencio y lo que descubrió hizo que su gesto se crispara. Dana no esperaba que le cogiera la cara con ambas manos y la besara con ímpetu. Si no hubiera estado a punto de quejarse, no habría abierto la boca, pero la pilló en plena protesta y sus lenguas se enredaron hasta que necesitaron respirar. Era agradable ser besada por ese chico; sabía hacerlo y Dana lo disfrutó. La cuestión principal era que ni siquiera sintió las archiconocidas mariposas revoloteando en su interior. Una sensación placentera y agradable ocupó el lugar de las susodichas, pero nada que ver con la atracción de antaño.

Maldita sea, estaba más colada por el artista de lo que imaginaba. Mientras ese chico calibraba sus reacciones preocupado, ella solo pensaba en lo que sentiría al ser besada por el artista.

— No tiene nada que ver con mi comportamiento —concluyó Wallace decepcionado—. Hay otro, ni siquiera he conseguido que se altere ese precioso corazón tuyo.

Dana retiró la mano del muchacho que descansaba en su pecho y lo miró enfadada.

—Y lo has comprobado tocándome una teta —bufó ella como un toro—. Menudo polígrafo estás hecho. Anda, enséñame en lo que andas trabajando. Lamar me ha comentado que es muy bueno y quiero verlo.

Prefería cambiar de tema y hacer como que no había sucedido nada. Era todo tan complicado que ni ella entendía lo que sentía por Duncan Rush. Tratar de explicárselo a su amigo o a ella misma era absurdo.

Wallace le pasó el brazo por los hombros y la besó en el pelo.

—De acuerdo, pero no te olvides de mí... Sé que tienes una nueva vida y todo eso, pero te estaré esperando.

La tristeza de la voz masculina la sobrecogió. No se esperaba el despliegue de sentimientos. Hasta ahora habían jugado al gato y al ratón, nada que ver con aquello...Con lo que fuera, porque tampoco le había hablado abiertamente de lo que sentía por ella. Nada de prometerle amor eterno. Y, realmente, le agradecía la sinceridad. Con él podía obtener sexo y compañía durante un tiempo, pero no era suficiente para ella.

Quizá pedía demasiado.

A pesar de parecer poco moderno, deseaba el tópico completo. Amor, respeto y compromiso...

¿Existía otra cosa tratándose de dos personas?

\* \* \*

Se olvidó de todo frente a aquella pared que se alzaba orgullosa rodeada de edificios a punto de caerse de viejos.

—Vaya, no me esperaba algo así —reconoció Dana asombrada—. Creo que es lo mejor que has hecho hasta el momento.

Wallace esperaba el veredicto de aquella mujer sin disimular los nervios que ello le ocasionaba. Respetaba la opinión de Dana. Sabía que ella le ganaba en técnica y en conocimientos pero también sabía que él era bueno en lo que hacía. Y aquel grafiti superaba, efectivamente, cualquiera de sus obras anteriores.

—Gracias, sé que eres sincera.

—Hazme disfrutar con tu trabajo, Wallace. Echo tanto de menos las latas de pintura que estoy a punto de unirme a ti en este diseño tuyo tan original —pidió Dana con naturalidad.

El muchacho asintió y, como si le hubieran hecho un encargo muy especial, puso todo su empeño en realizar su cometido sin grandes errores que deslucieran el objetivo principal.

Dana tomó asiento en una caja de madera y sintió una envidia sana al ver cómo su amigo volvía al trabajo. Mucho tiempo después todo el grupo se reunió en torno al grafiti y compartieron los dos termos de café que ella había llevado consigo.

Hacía tiempo que no sentía aquella paz interior y la disfrutó a sabiendas de lo efímera que podía llegar a ser.

A las dos de la madrugada decidió que sería la última vez que se le abriera la boca. Se levantó para convencer a Wallace de que mañana sería otro día y, cuando captó lo que estaba sucediendo a su alrededor, volvió a sentarse.

Estaban rodeados de policía.

Ni su amigo ni ella dijeron nada. Acompañaron a los agentes hasta una furgoneta llena de tipos que lucían cadenas de oro y collares llamativos y fue entonces cuando

comprendieron la verdadera magnitud del problema. Era una redada, y tal y como estaban las cosas, mejor ser grafiteros que traficantes de droga.

Dana dio gracias al cielo porque el resto de la pandilla se hubiera marchado una hora antes. Los chicos cogieron el coche de Wallace y ella acercaría al grafitero con el suyo. Todo bien planeado, excepto por aquello, claro está.

Pensó en su contrato y en lo injusta que era la vida. Le iban a hacer pagar por algo que no había hecho. Porque con lo único que había delinquido era con el pensamiento, ya le hubiera gustado a ella utilizar un aerosol.

—Llama a tu hermano, por favor —cuchicheó Wallace en su oído

—Claro —contestó Dana sin pensar. Miró el reloj de oro que uno de los individuos que tenía enfrente lucía al cuello y entonces se acordó.

Maldita sea, su hermano estaba en Las Vegas.

No dijo nada. Sabía que Wallace se encontraba en un serio apuro y no quería ponerlo más nervioso. Llamaría a Matthew y le pediría el número de alguno de sus colegas. Rezó en silencio para que sus exiguos ahorros pudieran costear la defensa de los dos. Acudir a Wallace por cuestiones económicas era impensable, ese chico siempre andaba pidiendo dinero prestado.

El panorama no era muy halagüeño y conforme pasaba el tiempo se veía peor. Llegó un momento en que le daba igual su orgullo, estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de que ambos salieran en libertad.

La comisaría de policía estaba en una de las calles principales de la ciudad, eso explicaba que hubieran tardado tanto en llegar. Wallace y ella trataron de explicarle al tipo que los ayudó a bajar del vehículo que no tenían nada que ver con el resto de los detenidos pero no les hizo ningún caso.

Los dejaron entrar en los servicios y posteriormente les informaron de sus derechos.

Mientras esperaban su turno para hablar por teléfono, Dana jugueteó con su reloj. ¿Qué hora sería en ese momento en Nevada? Miró la esfera por enésima vez y suspiró preocupada.

—¿Cuál es el problema, Dana?

La voz de Wallace la sacó del aturdimiento. Sintió la mano del muchacho estrechar la suya con fuerza y trató de sonreír.

—¿Cuál es la diferencia horaria entre Boston y Las Vegas? —le preguntó con desánimo.

Wallace supo que algo andaba mal.

—¿Matthew... está en Las Vegas? Madre mía, allí es ahora media noche, justo cuando la mayoría de garitos organizan sus mejores espectáculos.

Dana comprendió que el deje extraño en la voz de su amigo se debía a que había entrado en pánico. Y no era para menos.

Marcó el número de su hermano temiéndose lo peor. ¿Qué treintañero (soltero, atractivo y con dinero), estaría disponible en la ciudad del exceso?

Un policía la vio repetir la llamada en varias ocasiones y la amonestó con un movimiento de cabeza.

—Pruebe con otro número —le aconsejó el hombre sin ninguna empatía.

Dana buscó su cartera dentro del bolso. No sabía por qué lo hacía, quizá porque era lo que esperaba el tipo que los vigilaba con los ojillos entrecerrados. Sabía que encontraría la tarjeta de su hermano, lo que no se esperaba es que estuviera acompañada y que perteneciera a Alain Foster. Eso tenía que ser obra del destino.

Durante unos segundos dudó. Sabía que la despedirían pero un vistazo a Wallace la acabó de decidir. Su amigo lucía una palidez mortal, sudaba profusamente y su pierna se movía de forma descontrolada. Apoyado en la pared y con los ojos cerrados parecía esperar su condena resignado.

—¿Alain Foster, por favor? Soy Dana Michel. Acaban de... detenerme junto a un amigo y necesitamos un abogado ¿Podría sacarnos de aquí? —explicó Dana tratando de no parecer asustada.

Lo estaba y mucho. Sin su hermano no era agradable que la detuvieran y la trataran como a ese reo-delincuente-criminal con el que se identificaba de forma irónica.

—Vienen a rescatarnos. Solo espero que las *diatribas* de este tipo sean tan buenas como las de mi hermano.

Volvieron a esposarlos y les acercaron unas sillas de madera que debían formar parte del procedimiento porque Dana jamás se había sentido más incómoda en toda su vida.

## 9

Nunca hubiera imaginado que alguien pudiera superar a su hermano pero a ese hombre le bastaba decir su nombre para que las puertas de aquel lugar se abrieran solas.

Foster defendió una idea plausible: su defendida, una especialista en murales que actualmente trabajaba para Duncan Rush, había querido conocer *in situ* cómo trabajaban las paredes los artistas urbanos de la zona. Sus manos no presentaban marcas de pintura y la habían detenido junto a la obra de un grafitero de cierta relevancia. Y, lo mejor, no había ninguna ley que prohibiera admirar la pintura de una pared...

El inspector de policía lo cortó de inmediato. Miró a Dana de arriba abajo y le pidió disculpas. Ni siquiera emprendió acciones legales contra Wallace. El hombre le echó un sermón a su amigo sobre la importancia de respetar la propiedad privada y cuando consideró cumplido su deber, se despidió y continuó con los tipos cargados de oros.

Dana miró a Wallace y sonrió al verlo recuperar el color en las mejillas. Su amigo tenía la piel mucho más oscura que ella. Sus orígenes se remontaban a los indios *cherokees*, tal y como él alardeaba sin cesar. Que su atractiva cara hubiera adquirido el mismo color blanco que la pared de la comisaría la había puesto muy nerviosa.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros, Alain, sé que no te dedicas al Derecho Penal —le dijo Dana al letrado, sintiéndose profundamente agradecida—. Lamento mucho haberte sacado de la cama a estas horas pero estábamos metidos en un buen lío. Esta gente no nos creía cuando decíamos que no teníamos nada que ver con esos tipos... Mándame la minuta, por favor, ya conoces mi dirección.

Alain elevó una ceja y con un gesto le indicó que quería hablar con ella antes de que abandonaran la comisaría.

—He llamado a José Hernández y hace una media hora que se comunicó conmigo para decirme que esperaba fuera. Al parecer, no deseaba esperar en este lugar —informó Alain a Wallace—. Dana, nosotros te llevaremos a casa.

Wallace sonrió ante el comentario y asintió comprensivo. Besó a Dana en la cabeza y le dio las gracias a ambos: al letrado con mucha formalidad y a ella con un simple «*te debo una*», que significaba mucho más de lo que parecía a simple vista.

Dana lo vio desaparecer tras la puerta acristalada y entonces se giró hacia Alain. La iba a despedir, no tenía la menor duda de ello. Y, curiosamente, lo único que lamentaba era no terminar el mural del banco. Aquellas cuatro musas que la recibían todos los días con la sonrisa que ella les había dibujado en sus bellas caras eran lo único que la mantenían vinculada a la empresa de Duncan.

Aunque, por otra parte, quizá tuviera algo que agradecer al destino; dejar ese trabajo era lo mejor que podía hacer. Empezaba a creer que estaba colada por su jefe.

—Después de lo que has hecho por mí, te lo voy a poner fácil —le dijo calmada—. . Creo que vas a... Un momento, ¿has dicho *nosotros* te llevamos a casa? ¿Has venido acompañado de tu novia? Hoy es viernes, podías haber quedado con alguien. En ese caso, siento aún más haberte estropeado la noche.

Alain comprendió que los nervios de la chica no lo iban a dejar hablar y le puso un dedo en sus increíbles labios. Maldita sea, aquella mujer le gustaba muchísimo.

—Dana, solo quería decirte que Duncan te espera fuera —carraspeó intranquilo—. No creo que desee despedirte, más bien está... contrariado. En fin, quería advertirte para que estuvieras preparada, cuando se enfada puede llegar a ser algo desagradable.

Dana cerró los ojos y aspiró fuerte.

—Sí, sé a lo que te refieres. Lo he visto en acción esta misma mañana —declaró a punto de un ataque de nervios—. Esto es lo que me faltaba para terminar de arreglar el día. Gracias, Alain, aunque no te conozco, empiezo a considerarte un amigo.

De buena gana, Alain hubiera desaparecido con la muchacha por la otra salida, pero no lo hizo. Le abrió la puerta como un caballero y envidió al hombre que la esperaba dentro del único coche de alta gama que permanecía estacionado en el parking de la comisaría.

La vio titubear y se permitió custodiarla hasta el vehículo.

—¿Tú, nos acompañas? —indagó Dana, dispuesta a implorar que lo hiciera al advertir un Toyota deportivo junto al cochazo de su jefe.

—No es tan grave como parece —aclaró el abogado apiadándose de ella—. Duncan permanece en el interior del coche porque nunca se sabe el tipo de prensa que merodea alrededor de una comisaría de policía.

Dana le agradeció el detalle de la explicación. No obstante, tenía muy claro que no iba a compartir vehículo con su jefe. Mientras se acercaba buscó desesperada una excusa que sonara tan verosímil como la defensa de su letrado. Sin embargo, la puerta se abrió y Rush se bajó para recibirla. En esas condiciones no podía negarse.

Antes de entrar en el vehículo, Dana miró al letrado y le dedicó un guiño encantador. Pasara lo que pasara, ese hombre había acudido en su rescate y no lo olvidaría.

Alain suspiró. No sería despedida en ese momento, pero estaba claro que no duraría mucho tiempo.

Al menos, así había sido hasta ahora.

\* \* \*

Entró en el vehículo cuando en realidad hubiera querido salir corriendo. Estuvo a punto de sacar la cabeza por la ventanilla y gritarle a Foster que la llevara a casa, pero comprendió que tenía que comportarse como una mujer adulta sin un hermano al que acudir cuando las cosas se ponían feas.

Dejaron atrás la comisaría.

Los cristales tintados del coche la pusieron nerviosa, más aún cuando Duncan manipuló un cuadro de mandos y una pantalla los separó de los asientos delanteros. Antes de quedarse aislada con el genio, Dana miró a Malcom y recordó el día en que el hombre se hizo cargo de la profesora Holland. Qué vida tan curiosa, la Sargento de Hierro no quería salir de ese coche y ella no quería entrar.

—*Grafitera callejera* —susurró Duncan sin ninguna inflexión en la voz—. ¿Eso es lo que eres?

Dana dejó de pensar para centrarse en su acompañante. Le sorprendió encontrarlo perfectamente ataviado. Traje chaqueta oscuro, camisa blanca y corbata azulada. Lo único que indicaba lo intempestiva de la hora era la sombra oscura que se extendía por parte de su cara y de su cuello.

¡Mierda! ¿Por qué no podía ser menos intimidante? Cuando la miraba de aquella manera conseguía que se olvidara de todo.

—Soy muchas cosas —respondió filosófica. No la iba a pillar en un renuncio; había aprendido del mejor—. No creo que se pueda definir a una persona por una de las actividades que realiza. ¿Tú, solo eres pintor?

Duncan se acarició la barbilla mientras decidía qué respuesta dar.

—Pues tienes razón —reconoció con una sonrisa—. Soy pintor, empresario y un montón de cosas más, pero en este momento te diré lo que soy: un hombre enfadado, muy enfadado, si quieres que sea más preciso. ¿Tu novio te arrastra hasta una de las zonas más peligrosas de la ciudad y tú lo consientes? Grafitera o no, deberías de tener más sentido común. Esos tipos eran traficantes de los de verdad, de los que hacen desaparecer a la gente.

Dana supo que contra ese alegato no tenía ninguna defensa y permaneció callada. Salvo unos detalles nimios (no la había arrastrado nadie a ese lugar y Wallace no era su novio), ese hombre tenía razón. Tampoco era el momento de explicarle que normalmente elegían zonas menos peligrosas, sobre todo porque se sentía culpable. Hasta que los abandonó, sus amigos se habían dejado asesorar por ella. Sentía que les había fallado y no era un sentimiento agradable.

—Últimamente, te encuentro muy parca en palabras —le dijo Duncan buscando una reacción por su parte.

Dana se hubiera abofeteado por estúpida pero no pudo controlar los lagrimones que bajaban por sus mejillas. Por ese día ya había tenido bastante. Necesitaba que su hermano le dijera que todo estaba bien y que la abrazara. Había pasado tanto miedo que, visto en retrospectiva, cualquier cosa dejaba de tener importancia, incluso lo que sentía por ese tipo.

Duncan se quedó paralizado, lidiar con lágrimas femeninas le recordó otros tiempos y otras situaciones. Aquella no se parecía en nada. Esa chica no era su amante ni gritaba como una loca. Aquella criatura no deseaba llorar y se limpiaba las lágrimas como si estuviera enfadada consigo misma por hacerlo.

Nada que le recordara el pasado.

No pensó lo que hizo a continuación. Atrajo a Dana hacia su cuerpo y la abrazó sin que la muchacha opusiera resistencia. Aspiró el olor del cabello femenino y un estremecimiento de anticipación recorrió su cuerpo. La deseaba, tanto que esa noche había preferido masturbarse a mantener sexo con otra persona. Algo extraño le sucedía con aquella mujer y no sabía cómo afrontarlo.

Tomó la cabeza de Dana entre sus manos y estudió sus rasgos. La muchacha cerró los ojos y le permitió una perspectiva deslumbrante de su cara. Las cejas no eran perfectas, algunos pelitos se arremolinaban para darle un aspecto moderno y desenfadado. Las pestañas, sin embargo, dibujaban un arco imposible sobre sus mejillas. Posó sus labios sobre ellas para descubrir si eran de verdad y sonrió para sus adentros. ¡Claro que eran de verdad! En esa chica todo lo era.

Se saltó la nariz y los pómulos para centrarse en la boca. Comprobó que mantenía los ojos cerrados y repasó el contorno de sus labios con su propia lengua.

Dana abrió los ojos aturdida. Nada la había preparado para la amalgama de sensaciones que la sacudieron cuando sintió la lengua de Duncan acariciando sus labios. Le hubiera gustado que fuera menos delicado y se lanzara dentro de su boca pero el pintor se lo estaba tomando con calma. Continuó mordisqueándole el labio superior y tirando de él con la misma delicadeza y ella comenzó a desesperarse. Quería un beso YA.

Recordó los consejos de Rose, esos que ninguna de las dos habían puesto en práctica, y agarró la cabeza de Duncan para aplastar sus labios contra los masculinos con la misma ansiedad que si no hubiera un mañana.

Duncan sonrió satisfecho y sorprendido. Dejó que jugara con su lengua y cuando entendió que la chica se quedaba sin más recursos, decidió empezar el juego de verdad. De un solo movimiento le quitó camisa y camiseta y sin dudarle siquiera le desabrochó el sujetador. Justo cuando se oyó el pequeño clic del cierre del sujetador se detuvo el coche.

—Hoy no es mi día —aseveró Dana, enfadada consigo misma. Aunque no sabía si por la interrupción o por caer tan fácilmente en los brazos de ese hombre. No se iba a engañar; se trataba de lo segundo, se había lanzado sin pensar y ahora tocaba arrepentirse...

El sujetador aún colgaba de sus brazos y se colocó las copas a toda prisa. Recogió la camiseta del suelo e ignoró la camisa. Con las prisas se la puso al revés pero no creía que importara.

Solo entonces miró a Duncan.

—Si no me equivoco...hemos llegado —susurró con timidez al darse cuenta de que los ojos de su jefe miraban sus pechos —Malcom... esperará que...

—No te preocupes —aseguro él con voz ronca—. Sabe que no debe abrir las puertas hasta que yo se lo indique.

Dana resopló avergonzada. A saber lo que pensaría el hombre de ella.

Durante una fracción de segundo, Duncan contempló su cara sofocada. Después, decidió ser malo. Repasó uno de los dibujos de la camiseta de Dana con el dedo índice

y, casualidades de la vida, coincidía con el pezón femenino. Lo sintió arrugarse entre sus dedos y procedió a hacer lo mismo con el otro pecho. Dana observaba sus caricias con las pupilas dilatadas por el deseo y Duncan lo supo en ese instante, esa chica sería suya. La idea tomó forma en su cabeza y comprendió que ya no había vuelta atrás.

Dana estaba tan estremecida y, sobre todo, tan sorprendida por la ingenuidad de la caricia que contempló a Duncan fascinada.

—¿Qué? —le preguntó el pintor cuando la vio suspirar y reír al mismo tiempo.

—Un chico intentó hacerme algo así en el cine hace unos años —confesó Dana bajito sin dejar de mirar los círculos que Duncan dibujaba sobre sus senos.

—¿Y? —curioseó molesto. No le gustó imaginarse la escena. Apretó los pezones con fuerza y tiró de ellos sin perder de vista la expresión que adoptaba la cara de la muchacha.

— Me levanté... con la excusa de ir al baño y lo dejé plantado... —gimió ella.

«*Justo lo que voy a hacer contigo*», pensó Dana intentando recobrar la sensatez que la caracterizaba. Trató de coger las manos de Duncan entre las suyas pero este las plantó en sus pechos y la miró con los ojos encendidos por el deseo.

—Creo que va a ser en tu casa —concluyó el artista con una expresión claramente sexual.

Dana comprendió el lío en que se había metido cuando su jefe atrapó una de sus manos y se la llevó a la bragueta. El pene de ese hombre, tenso y apretado, se alzaba glorioso entre las piernas masculinas. Dana se preguntó cómo saldría del entuerto, ahora que tenía claro que no compartiría su cama con él.

—¿Esto... significa algo para ti? —le preguntó Dana recuperando su mano y mirándolo muy fijamente.

Duncan se puso serio y dejó de acariciarla. Seguidamente clavó sus ojos en ella.

—En este momento, te deseo más de lo que he deseado a nadie en toda mi vida —expresó con naturalidad—. ¿Es suficiente para ti?

Dana supo que no mentía, también que no obtendría nada más de ese hombre. Si contestaba negativamente, no volvería a molestarla.

«*Lo que pudo haber sido...*». Nunca le había gustado esa frase.

—Sí —respondió, pese a sí misma.

Respuesta correcta: Duncan la estrechó entre sus brazos y cuando le tomó la cara entre las manos no hubo mordisquitos, sino que irrumpió en su boca con fuerza e invadió toda la cavidad. Mezcló su lengua con la de ella y aspiró su aliento. No jugó con Dana ni le dedicó delicadeza alguna.

Se trataba de un beso destinado a convencer. A convencerla de que hacía lo correcto. A convencerla de que no se arrepentiría...

—No soy distinto a los demás —le susurró bajito mientras le acariciaba el cuello hasta el nacimiento de los senos.

Dana comprendió de repente que aquello iba en serio. Se estremeció de ansiedad; la única experiencia que tenía era su imaginación y no creía que esta fuera suficiente para satisfacer a alguien con tanta erudición en la materia. La cosa empeoró cuando se dio cuenta de que Duncan creería que iba a compartir sexo con una chica traviesa que estaba a punto de engañar a su novio sin mayores problemas...

Suspiró indecisa. ¿Esperaría ciertos conocimientos en la materia?

—¿Preparada? —le escuchó decir como en sueños.

Dana asintió con la cabeza y lo observó mientras se abrochaba la bragueta y se colocaba el pene de forma que no llamara la atención. Duncan le dirigió una risita sensual y ella le devolvió el gesto. A saber lo que saldría de todo aquello, pensó preocupada.

No supo cómo avisó al chófer, pero Malcom abrió la puerta que daba a la acera y se apartó para dejarla salir. Duncan debía tener prisa porque abrió él solito su puerta y salió sin ayuda. Toda una proeza, se dijo Dana con ironía.

—Vuelve a por mí en una hora —indicó el artista a su empleado.

Dana miró su reloj, las cuatro de la madrugada. Espió a Duncan por el rabillo del ojo y se preguntó si no le daba vergüenza hablar así delante de ella. Luego recordó el tema, algo espinoso, de que se suponía que ella tenía novio y se apaciguó un poco. De cualquier forma, ese tío era increíble: iba a echar un polvo rápido, a las cinco montaría en su reluciente corcel y a las seis estaría ya en su cama, descansando de un duro día de trabajo. Dios mío, ella quería ser ese tipo. ¡Menuda vida!

Y ese fue el momento en el que respiró tranquila.

Ese hombre no buscaba más que sexo. Si sería idiota, recordó la primera vez que lo pilló *in fraganti* y supo que no sería muy distinto con ella. Con suerte, a lo mejor conseguía que la mirara y supiera con quién compartía fluidos.

Bueno, pues su primera vez sería especial. Él no tenía por qué saberlo, pero ella se iba a aprovechar al máximo. Era consciente de que después de aquello no volvería a saber de él. Mirándolo por el lado positivo, no todas las mujeres consiguen tener al hombre que... *no pensaba decirlo*.

Ella, sin embargo, podría tenerlo una hora, sesenta minutos para disfrutar de un espécimen así.

No los desperdiciaría. Después, dispondría de toda la vida para olvidarlo.

\* \* \*

El portero del edificio corrió a abrirles la puerta. Dana lo saludó y Duncan deslizó un billete en su mano. Buena política empresarial, decidió ella al ver cómo les dejaba entrar en el único ascensor que permanecía en la planta baja.

Había que ahorrar tiempo, sentenció Dana que no tenía la menor idea de cuánto se tardaba en realizar una cópula perfecta.

Rose y ella vivían en un precioso apartamento de cien metros cuadrados situado en la décima planta del edificio. Dana no podía permitirse algo así pero la casita pertenecía a su compañera, un regalo de sus padres por terminar la carrera.

Mientras abría la puerta sintió la mano de Duncan en su cuello y gimió desbordada por la situación. Pensaba ducharse *después*, pero ¿debía ofrecerle una ducha *antes*?

Estaba claro que no iba a ser necesario. En el mismo instante en que echó el pestillo, la aplastó contra la hoja de madera. Le hizo subir los brazos y la despojó de la camiseta. El sujetador la acompañó en el mismo acto y cuando creía que iba a continuar con los shorts, Duncan se quedó parado. Dana lo vio mirar sus pechos y aguantó la respiración. Sabía que eran demasiado grandes y eso la ponía muy nerviosa.

—Eres preciosa —se le escapó mirándola con los ojos entrecerrados.

Dana soltó el aire y ella misma se desabrochó los pantalones cortos. Para bien o para mal usaba tangas pequeñitos y de algodón. Y eso es lo que se encontró Duncan, un triangulito blanco con dos tiras a ambos lados que se unían en el trasero femenino. En ese momento sucedió algo que Dana no esperaba. Duncan se apartó de ella, se apoyó en la pared de enfrente y suspiró mientras se la comía con los ojos. Dana se dejó contemplar, sabía que en verano congregaba a una buena colección de imbéciles en la piscina, pero no supo qué pensar... Un momento, quería ser justa, ¿estaría ella tan colada por ese hombre si fuera menos atractivo? probablemente no y eso no la dejaba en buen lugar.

Sin embargo, seguía sin gustarle la situación. Así, que dio dos pasos y chocó con el pecho masculino. Le ofreció su mirada más perversa y empezó a desnudarlo. A ese juego también podía jugar ella. Invertió más tiempo del esperado, pero finalmente lo tuvo en bóxer y a su merced. Era el momento, se dijo Dana enfrentándose a su timidez, se quitó la braguita y lo miró abiertamente esperando que él hiciera lo mismo.

Desde su puesto en el pasillo, Duncan no se hizo de rogar.

Dana no podía despegar los ojos de su cuerpo. Ese hombre había trabajado todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, por lo que no le extrañó que se quedara completamente desnudo sin pestañear siquiera. No como ella que sentía que un color se le iba y otro le venía.

Debía sentir algún tipo de vergüenza al examinar el pene masculino, pero no fue así. Era mucho más grande que cualquiera de los tampones que utilizaba durante la menstruación. Eso la hizo estremecerse pero de preocupación. No sabía cómo iba a entrar semejante artefacto en su interior.

Duncan no entendió el gesto femenino. Normalmente sonreían ante el tamaño de su miembro, no ponían esa cara de circunstancias. Quizá por ello decidió pasar al ataque. Miró su pene y se sintió orgulloso y preparado. Se acercó a Dana y cogió sus pechos con ambas manos. Sopesarlos era absolutamente embriagador por lo que no dudó en hacerlo repetidamente. Dana no se sintió especialmente excitada con el detalle pero pensó en que él también disponía de testículos que ella podía acariciar de la misma manera y fue lo que hizo. Le sorprendió el alarido que obtuvo como respuesta y cuando él se olvidó del tamaño de sus senos y empezó a tirar de sus pezones, la que gimió fue ella. Dana no tenía muy claro lo que debía hacer, así que

apretó las tetillas de Duncan entre sus dedos y tiró de ellas aumentando el volumen de los gritos masculinos.

Sin embargo, perdió el control de sí misma y de lo que debía hacer cuando Duncan le abrió las piernas con una de sus rodillas y, apoyada en la pared, le acarició su feminidad hasta que la sintió mojada y bien dispuesta. Entonces la elevó por los aires y la penetró sin que Dana sospechara que eso era lo que tocaba.

El grito fue devastador, al igual que el dolor.

—Pero, qué demonios... —rugió Duncan fuera de sí.

Dana se había contraído y lo único que deseaba era que saliera de su interior.

—Si te parece, puedes dejarme en el suelo... —sugirió calmada, aunque en realidad deseaba mandarlo al infierno.

«¿A quién se le ocurre irrumpir dentro de alguien sin previo aviso?», pensó Dana conteniendo las lágrimas. ¡Mierda, nunca hubiera imaginado que doliera tanto!

Duncan la miró como si fuera un bicho raro y salió de su interior con cuidado. Dana sintió una caricia en el trasero y pensó que el pintor no desperdiciaba la ocasión. Por último, la depositó en el suelo y la sostuvo con delicadeza.

—Es la primera vez que me sucede algo así —susurró Duncan quitándose el preservativo y viendo la sangre que lo cubría—. Si lo hubiera sabido, habría ido con más cuidado. Te aseguro que las siguientes veces no tienen nada que ver con la primera. Te prometo que solo sentirás placer, no dolor. Tienes novio, creía que... Un momento, ¿hay un novio al que hayas engañado o el único engañado aquí soy yo?

Vistas así las cosas no había mucho que pudiera reprocharle. Sin embargo, Dana no estaba para impartir justicia y tuvo que contar mentalmente hasta diez para no mandarlo a paseo.

—Vale, Duncan —murmuró mientras observaba preocupada el líquido que se deslizaba entre sus piernas—. Tú ganas, no hay novio y soy...era virgen hasta que te has creído del Circo del Sol y me has hecho polvo. Y no es un chiste —terminó contrariada.

Duncan no sabía qué hacer. La observó mirarse la mano llena de sangre y algo se removió dentro de él. Aquella singular criatura le había regalado algo maravilloso. Nadie había hecho algo así por él jamás. Trató de olvidar que su cuerpo era despampanante y la cogió en brazos.

—¿Qué pretendes ahora? —preguntó Dana con desconfianza mientras intentaba alejarse de sus brazos.

Duncan hizo un esfuerzo para no reír mientras la sujetaba con fuerza. La situación, de hecho, era muy seria pero aquella chica decía las cosas de una manera...

—Se han acabado los malabares, lo prometo —expresó divertido— ¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó afectado—. Voy a limpiarte.

—No, señor Rush, recuerde que su chofer lo espera —afirmó Dana con seguridad—. Usted va a marcharse y yo me cuidaré sola. Y, lo más importante, ambos olvidaremos lo que ha sucedido esta noche.

La frase final supuso un jarro de agua fría para Duncan.

—Si crees que te voy a dejar así es que no me conoces —declaró tan tranquilo—. Además, aún no hemos resuelto la cuestión principal que nos ha traído aquí.

Dana supo lo que era una mirada lujuriosa en ese momento. Fue la que le dedicó Duncan al recorrer su cuerpo. Curiosamente, no trató de cubrirse; hubiera resultado bastante ridículo taparse estando en sus brazos. Así, que lo miró ceñuda.

—Refréscame la memoria, por favor. Hace un buen rato que me pregunto qué diantres estoy haciendo.

Respuesta muy incorrecta: el gesto de Duncan se contrajo como si hubiera recibido un golpe bajo. Lo que era imposible, pensó Dana. ¿Cómo le iba a hacer daño a un tío al que no le importaba?

—Antes de que amanezca, tú misma contestarás esa pregunta —le espetó su jefe crípticamente.

Dana nunca sabía cómo terminar una conversación con ese hombre por lo que decidió meterle la lengua hasta la campanilla y esperar que eso lo calmara.

Lo primero lo consiguió; Duncan no habló hasta llegar al baño de su dormitorio. Lo segundo no tanto, ese hombre estaba tan excitado que Dana decidió que ni loca iba a consentir que ese...instrumento volviera a entrar en su interior.

\* \* \*

—Puedo hacerlo yo sola —le dijo Dana intentando vencer su timidez—. Esto es tan pequeño que nos vamos a caer...

Duncan no hubiera permitido que le privaran de ese placer por nada del mundo. El cuerpo de aquella mujer lo volvía loco.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo —murmuró sobre los labios femeninos—. Es tu turno.

La sonrisa de Dana lo dejó sin respiración. Esa chica no solo tenía un cuerpo escultural, de su interior brotaba una chispa extraña que bullía en sus ojos y se extendía por toda su cara iluminándola como si fuera un anuncio de neón. Movié la cabeza asustado y cerró los ojos, tenía que dejar de estar tan pendiente de ella, ni cuando era un imberbe inmaduro pensaba en aquellos términos.

Dana le quitó la toallita de las manos, la enjuagó y la llenó de gel. Entonces, con una sonrisa angelical, procedió a disfrutar de verdad. La excusa de lavar lo a conciencia se fue al traste cuando le tocó el turno a los genitales masculinos. Dana había dibujado un pene, incluso había estudiado la anatomía de un pene, pero nunca había sostenido uno entre las manos. Le pareció maravilloso que la criatura creciera entre sus dedos o que se mantuviera erguido con tanta fuerza...

—¿Te duele? —curioseó mientras le pasaba la toalla con delicadeza una y otra vez.

Duncan la miró con los ojos velados por el deseo. Esa chica estaba jugando con él sin cortarse un pelo y su osadía lo estaba elevando a un nivel que nunca hubiera

esperado de una virgen. Claro que aquella no respondía a cánones muy normales, esa era la verdad.

—Una barbaridad —respondió él con toda la ironía que fue capaz de reunir.

Dana apartó la mano con rapidez y la risa de Duncan, ronca y espesa, le aclaró lo que necesitaba saber.

Se agachó y le dio un casto besito.

—Te ríes de mi inexperiencia —le habló al pene—. Veamos lo que podemos hacer para volver a recuperar la compostura...

No se había planteado llegar tan lejos, pero la broma de Duncan no le había gustado. Deseaba tener a ese hombre rendido a sus pies, no que se riera de ella. La decisión fue fácil, primero lamió su miembro con cuidado y después lo engulló entero. Bendita improvisación, pensó al escuchar el alarido del pintor. Había acertado. Siempre que había visto a ese hombre practicar sexo con una mujer, ellas permanecían inactivas. Al menos, a Dana Michel la recordaría.

—Si continúas, no podré darte tu merecido hasta que vuelva a recuperarme — señaló Duncan con dificultad.

Dana se hubiera abofeteado por tonta. Aquello se le estaba yendo de las manos. su desconocimiento daba miedo al igual que su disposición a hacer lo primero que le venía a la cabeza. Tendría que ir con más calma, haber visto alguna película subida de tono no era ninguna garantía de éxito.

Se incorporó y examinó los resultados. Impresionantes, concluyó con una mirada superficial. No pudo idear alguna otra cosa, unos brazos fuertes y musculados la cogieron en volandas y la sacaron de la ducha para depositarla con delicadeza en medio de su cama.

No se quejó. Su preciosa colcha estaba chorreando, al igual que pronto lo estaría su almohada y el colchón. Pero ese hombre, que la miraba como si fuera a comérsela, la secaba con tanta delicadeza y esmero que se dejó llevar. Durante unos minutos no pensó en hacer nada, simplemente disfrutó de las caricias. Estaba tan sensible que cualquier roce incrementaba el desasosiego entre sus piernas. Cuando sintió la humedad de la lengua de Duncan en su pezón, abrió los ojos y experimentó una sacudida extraña. La miraba con deseo pero también encontró ternura. Dana le sonrió sin poder evitar que lo que sentía se derramara de sus ojos y extendió la palma de la mano sobre el pecho masculino, justo donde latía su corazón.

Se sintió la mujer más feliz de la Tierra.

Ese órgano latía de forma acelerada por ella, incluso parecía peligroso que lo hiciera a esa velocidad. Había conseguido pasar la prueba de fuego, no tenía ninguna experiencia pero como decían todos los que la conocían, atesoraba una imaginación prodigiosa en su interior.

Sintió los dedos de Duncan sobre sus labios íntimos y lo ayudó abriéndose a él. El genio la gratificó con un bocado en uno de sus pechos y ella le guiñó un ojo. «*No vas a vencerme*», pensó Dana sin ningún tipo de complejo. Al cabo de unos segundos no pudo hilvanar dos pensamientos coherentes, ese hombre utilizaba una mano para

amasar sus pechos y con la otra la torturaba dulcemente. Dana comenzó a sentir la cercanía de las sacudidas y tembló ansiosa.

Duncan comprendió que era el momento. Sabía lo que se jugaba y trató de reunir fuerzas. Estaba mojada y anhelante, un orgasmo de dimensiones catastróficas se acercaba, debía penetrarla ya y, a pesar de todos los miedos, es lo que hizo. Con fuerza y sin dudar. Sabía que no podía cambiar lo sucedido la primera vez, pero esperaba no fallar en la segunda. Observó la cara de Dana y se le escapó un grito de satisfacción. Estaba dentro de ella y la muchacha continuaba abierta para él, regalándole una de las expresiones más sensuales que había visto nunca. Miró sus pechos redondos e hinchados y dejó de tener algún control sobre lo que estaba sucediendo. Se alzó sobre ella, procurando no aplastarla y comenzó un baile erótico que le hubiera gustado que no tuviera fin. Cerró los ojos y dejó la mente en blanco, entonces escuchó sus jadeos fuertes y vibrantes y la contempló fascinado. Era única.

Sintió que un vendaval lo azotaba sin piedad y no pudo alargar la embriaguez que lo envolvía. Se vació en el interior femenino al mismo tiempo que ella gemía y vibraba con su pene dentro.

Duncan permaneció dentro de Dana unos segundos más. No sabía cómo asimilar lo que acababa de ocurrir. Jamás había experimentado una unión parecida con nadie...

Dana observó los esfuerzos de Duncan para no aplastarla con su peso. Lo vio elevarse con cuidado y ponerse de pie para quitarse el preservativo. Ni siquiera fue consciente de que se lo hubiera puesto, pensó preocupada. Menuda liberal estaba hecha.

Duncan parecía estar a sus anchas, la desnudez no le afectaba en absoluto. Lo dejó indagar entre sus piernas y se tapó la cara mientras tanto.

—Algunas confianzas son excesivas —confesó ella—. Estoy bien, cuando te marches me daré una ducha reconstituyente y en unos días estaré nueva.

—No son excesivas, son fantásticas, hazme caso —le gritó Duncan desde el baño.

Dana trató de incorporarse cuando lo vio aparecer con la misma toalla de la ducha dispuesta para ser usada entre sus piernas, pero Duncan se lo impidió con su propio cuerpo.

—Estate quietecita —le susurró mientras depositaba un beso minúsculo en cada uno de sus pechos—. Debemos descansar y tienes algo de sangre entre los muslos. No es mucho pero prefiero limpiarte.

Dana suspiró resignada y miró la hora. Las siete y media de la mañana y Duncan no daba muestras de querer abandonarla. No sabía qué pensar pero estaba tan cansada que cuando acabó de lavarla y quitaron la colcha mojada, se quedó dormida.

Antes de perder el conocimiento lo sintió removerse a su lado y después de farfullar alguna cosa, la abrazó.

El sueño hizo acto de presencia y la sorprendió sonriendo.

\* \* \*

Abrió los ojos inquieta. El reloj de su mesita le anunció que eran las once de la mañana de un soleado sábado. Miró a su alrededor y comprobó que no había sido un sueño; estaba desnuda, la colcha en el suelo y las persianas subidas... Por eso se había despertado. Se levantó para buscar a Duncan y después de dar dos vueltas al apartamento, volvió a la cama. Ese hombre había desaparecido.

Hubiera estado bien que le hubiera hecho el desayuno, lloriqueó sin saber por qué.

## 10

Ese sábado no hizo nada digno de mención.

Se duchó utilizando una manopla de crin vegetal y tuvo mucho cuidado con cierta zona recientemente descubierta de su anatomía. A decir verdad, se sentía estupenda y nada dolorida. Después de comprobar que seguía intacta, se embadurnó de crema hidratante y se amonestó por pensar una y otra vez en Duncan. Sería todo un detalle que la llamara por teléfono o le enviara un ramo de flores, se dijo a sabiendas de que no sucedería ni lo uno ni lo otro. Su legendaria imaginación de nuevo, pensó abatida.

Se vistió con un mono de tela ligera y acompañada de un vaso de leche fría se sentó en lo único que hacía que aquellos cien metros cuadrados costaran una fortuna: la magnífica terraza acristalada que circundaba todo el apartamento.

¿Se había equivocado?

No lo sentía así. Cuando pensaba en lo sucedido, aparte de ponerse como un tomate, una gran sonrisa curvaba sus labios.

Tenía veinticuatro años y había pasado por la universidad sin haber hecho las locuras que todo el mundo esperaba que hiciera. Pues bien, aquella había sido la única y no había salido tan mal. La mayoría de sus amigas comentaban que la primera vez había sido en un coche o en un cuarto cutre y con un imbécil inexperto que no daba la talla. Ella, sin embargo, guardaría un bonito recuerdo mientras viviera.

¿Lograría olvidar a ese hombre?, se preguntó mientras cambiaba de sitio y tomaba asiento en un balancín acolchado que la protegería del sol de mediodía.

El sonido de su móvil le hizo dar un bote en su relajado asiento. Temblando y con el corazón desbocado lo cogió para comprobar que se trataba... de Rose. Llegaba a media tarde y quería que se preparara para salir. Ambas estaban invitadas a un cóctel en la galería de arte. La obra de un artista desconocido era la excusa para reunir a la flor y nata de la sociedad bostoniana y su compañera deseaba que visitara un salón de belleza. La expresiones «*que te arreglen el pelo*» y «*estrena el vestido de tirantes*» eran la que más se repetían en las cuatro líneas del mensaje.

Dana sonrió. No iría a ninguna peluquería, pero su querida amiga no tenía por qué enterarse (hasta que la viera, claro está). En cuanto al vestido, tenía que pensarlo. Marcaba demasiado sus curvas y no deseaba llamar la atención. Le envió un emoticono con una chica de melena rubia y planchada, un modelito precioso y muchos besos.

Estaba deseando verla.

\* \* \*

—Todavía no me lo puedo creer —murmuró Rose pisando el acelerador a fondo. Dana miró los coches que su compañera iba dejando atrás y dejó de sonreír.

—Cuidado con los tacones, los carga el diablo —le susurró empezando a agobiarse—. Sería importante que comprobaras que puedes mover el pie derecho, seguro que se te ha encajado y por eso sobrepasamos en...¡Mierda, Rose, superamos en cincuenta kilómetros la prohibición de velocidad!

Rose no disminuyó, adelantó a una furgoneta de reparto y continuó hablando como si tal cosa.

—Tú tienes la culpa —masculló indignada y acelerada—. Pelo encrespado y pantalones. ¡Por el amor de Dios, Dana, te habías puesto pantalones y tu pelo parecía de otro planeta! Te advertí que era un evento de los importantes. Tenemos que conseguir contactos; ahora que te has *acostado con tu jefe* no creo que aguantes mucho trabajando para él —movió la cabeza como si no acabara de creerse lo que decía—. Y yo no soporto al mío. Vamos a tener pocas oportunidades como esta y tú vas y la pifias.

Dana asintió con pesar.

—Tienes razón. No sé lo que va a ser de mí a partir del lunes. Y, si no te importa, prefiero no saberlo —observó nerviosa—. Pero no vamos tan mal de tiempo, incluso yo diría que nos sobra...

—Dana, tengo treinta cuadros embalados y una sala desierta. A eso súmame el catering que debe estar a punto de llegar. Por si fuera poco, Sofía no para de enviar mensajes desde el hospital —indicó Rose desesperada—. Y aguantar a Lelan... Créeme, no tenemos tiempo.

Sofía era la encargada de la galería y su operación estética la responsable de que el gran Lelan O'Shea hubiera contratado a su amiga. Dana sonrió, Rose contaba con ella y no la defraudaría, llevaba toda la vida eligiendo paredes para lucir un cuadro. Era pan comido.

Llegaron más tarde de lo esperado. El tiempo ganado infringiendo normas de tráfico fue el mismo que perdieron ante la circulación en paralelo que se encontraron al abandonar la autopista. Quizá por eso, cuando traspasaron la puerta de la galería de arte, no se permitieron otra cosa que volar escaleras arriba con los tacones en las manos.

Dos de los ayudantes de Lelan, unos chicos afeminados y extremadamente atractivos, habían clasificado las obras por tamaños y las habían apilado en el centro de la primera planta. Los muchachos esperaban sentados en dos sillas plegables y hablaban animados. Salvo que uno de ellos se mordía las uñas, nada parecía indicar que fueran, ahora sí, mal de tiempo.

Dana conocía el lugar, sabía cómo estaba iluminado y el efecto que podía producir hasta el último rincón. Lo que no imaginaba era que la obra fuera tan...

—*Oscuro y sensual* —señaló Rose por ella—. "*Alma Oscura*" se llama la exposición. El autor debe tener algún problema. Nadie en su sano juicio se regodea con el color negro y elige como motivo de su obra el desnudo femenino. Es espeluznante —susurró bajito—. ¿Qué opinas?

Dana aún no había decidido qué pensar. Su mayor preocupación en ese momento era encontrar la forma de que se distinguieran unas obras de otras. Era un pelín inquietante que todos los lienzos fueran tan negros y tan parecidos.

—Que tenemos un problema —murmuró sin despegar los ojos de los cuadros que los chicos iban dejando en el suelo—. El autor ha recreado un mismo momento, aunque no tengo ni idea de lo que puede ser. Por la tonalidad no parece muy festivo y si a eso le sumamos el título de la exposición, casi puedo concluir que está mostrando el declive de alguien. Sería importante saber por dónde empezar para armar el puzle.

Un carraspeo hizo que Dana mirara hacia atrás. Un tipo increíble, vestido de riguroso negro, había entrado en la sala y la contemplaba con la ceja alzada. Debía de haber llegado acompañado de Lelan porque el galerista hablaba con Rose cerca de uno de los ventanales.

—A excepción del *problema* —le dijo el de negro, cuyo atractivo resultaba más inquietante que los cuadros—. Es la mejor crítica que se ha hecho de mi obra. El que inicia la serie es el número diez, los demás son *el antes* y *el después*. ¡Ah! describo el cuerpo femenino. Soy Carl Butler, el autor.

Dana le estrechó la mano que le tendía y le dedicó su sonrisa especial. No sabía qué fibra podía haber tocado y por nada del mundo le gustaría perjudicar a Rose.

—Gracias, es importante conocer los detalles —informó por no permanecer callada, porque lo dicho era de lo más obvio—. Soy Dana Michel, amiga de Rose Sinclair, la encargada de presentar su obra al público. Rose es tan buena que no lo defraudará.

Carl no apartó sus apabullantes ojos azules de Dana. La estudió, analizó y evaluó concienzudamente. Por lo que Dana hizo lo mismo. Pelo de color rubio, aunque apagado, recogido en una coleta. Ojos azules o... grises, nariz perfecta y labios carnosos. En realidad, la cara de ese hombre mostraba una facciones agradables y casi delicadas. Era el halo de tristeza que lo rodeaba el que soliviantaba.

Como Lelan continuaba hablando con Rose, Dana buscó el cuadro número diez. Sabía que el autor no apartaba los ojos de ella y trató de parecer profesional y segura. Era el último de todos y el más carismático. Una vez conocida la temática de la obra, no fue difícil descubrir a una mujer desnuda mirándose a un espejo. Lo único que se apreciaba con total nitidez era un vestido claro tirado en el suelo. Apartó el lienzo con mucho cuidado y esperó a su compañera.

—No le voy a preguntar si le gusta mi obra —le espetó el autor de repente—. Pero, ¿podría contestar ahora la pregunta que le hizo su amiga? Me refiero a su opinión y no me valen los adjetivos *oscura* y *sensual*.

Dana comprendió que las había oído hablar y no trató de disimular.

—Ambos sabemos que la obra es... peculiar —reconoció ella sin dificultad.

La sonrisa de Carl la pilló desprevenida. Demasiado cristalina y espontánea para un tipo como aquel.

—Y ambos sabemos que no me refería a eso.

Dana entrecerró los ojos y miró el cuadro de nuevo.

—Bien, pues allá vamos —suspiró teatralmente—. No es oscura ni sensual...sino más bien dolorosa. Es como si el autor, o sea, usted, nos hiciera mirar a través de un agujero y descubriéramos que esa mujer guarda un gran secreto. Un secreto que consigue marchitar su belleza física hasta el punto de hacernos olvidar su desnudez. Yo diría que no podemos hacer nada para evitar la tragedia que parece cernirse sobre esa pobre mujer. La verdad es que es una obra tan inquietante que llega a remover las entrañas del que la observa —Como el ambiente se había enrarecido de pronto, Dana se vio obligada a improvisar a toda prisa—. Espero haber satisfecho su curiosidad y no haberme pasado. Soy una romántica empedernida y esa mujer parece muy infeliz. Estoy deseando descubrir su bella sonrisa en los últimos cuadros. ¡Qué le voy a hacer, me gustan los finales felices!

Respuesta incorrecta: Carl inclinó la cabeza y Dana supo que había metido la pata. Su sentido de la justicia se rebeló contra la actitud del pintor: ¿por qué preguntaba si no iba a soportar la respuesta?

—Impresionante —creyó escuchar que mascullaba mientras se alejaba de ella.

Unos minutos más tarde Dana olvidó lo ocurrido para centrarse en la insólita petición de la organizadora.

—Lelan desea que cada pared exhiba algún detalle que distinga las obras —reveló Rose compungida—. Por más que le he explicado mis carencias en esa materia, se ha negado a escucharme. He mandado a David al almacén a por aerosoles. Tienes que ayudarme.

Dana se contempló en el espejo que tenía enfrente. *Ken* se quedaba corto, ella era la que parecía una Barbie de pelo muy rubio y brillante, vestida con un ceñido y cortito modelo beige con escote en forma de corazón y tirantes minimalistas.

«*Pan comido*», farfulló acordándose de lo que había pensado una hora antes. Un lío de narices, eso es lo que era.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, mientras cogía la bata que Rose ponía en sus manos y pensaba en lo que podía hacer con aquellas paredes.

—Tres horas, cuatro como mucho —le advirtió su amiga con la cara desencajada—Todavía no me pueden despedir, me queda demasiado por aprender antes de dar el salto.

Dana asintió comprensiva.

—Haré lo que pueda.

\* \* \*

La galería se iba llenando paulatinamente.

Dana recorrió sus nuevos territorios y contempló los resultados orgullosa. Su esfuerzo había merecido la pena. La obra oscura y tétrica se había transformado en una experiencia para los sentidos. Y, lo realmente curioso era lo fácil que le había resultado. En la pared principal había dibujado el interior de una habitación con un

balcón abierto al sol que iluminaba la estancia como si el mismísimo cielo formara parte de aquellos desnudos tan viscerales.

—O'Shea me ha dicho que eres la causante de que hayamos agotado el bufet — señaló una voz madura junto a ella.

Dana salió de su mundo y miró al caballero que la examinaba con interés. Observó su mano tendida y comprendió que debía estrechársela.

—Espero que la calidad de la comida haya valido la pena —admitió ella con una sonrisa titubeante, sin saber muy bien a qué atenerse—. Me he dado toda la prisa que he podido pero, al final, ese balcón me ha ganado.

Los ojos de ese hombre la estaban poniendo nerviosa.

—Andrey Kuznetsov —respondió el desconocido—. Soy marchante de obras y tú la responsable de mi primera equivocación en mucho tiempo.

Dana recuperó su mano y observó al tipo con curiosidad. Tendría unos sesenta años, pelo entrecano, bigote distinguido y perilla recortada. Su traje era de un indefinido color berenjena, chaleco de raso con motivos florales y pañuelo a juego en lugar de corbata. Sin embargo, fue el rubí que coronaba el bastón del hombre el que llamó su atención, además de los mocasines de ante negro con ribetes rojos que exhibía con aplomo. Si no era un mafioso ruso solo le quedaba la posibilidad de que fuera un rico excéntrico y refinado. Se quedaría con lo último.

—Dana Michel —informó ella con voz clara.

Permaneció callada a la espera de que semejante dandi se explicara. Tenía la sensación de que con ese hombre cualquier cosa que dijera podría parecer insignificante.

—Butler me ofreció su colección de desnudos —dijo el ruso sin dejar de mirarla—. La rechacé, la temática del suicidio no interesa a nadie, aunque sea real. Su obra emborronada... me da grima. Sin embargo, una simple lata de pintura ha conseguido el milagro de que los desnudos parezcan sensuales y no simples manchas desahuciadas. En honor a la verdad, me gusta más la pared que lo que hay colgado en ella. Enhorabuena, Dana Michel, has logrado que el ignorante de Lelan me haya sacado ventaja y eso es algo que no había conseguido nadie —suspiró con la ceja derecha alzada—. Deseo contratarte, aquí tienes mi tarjeta. Galerías, importación y exportación de obras de arte... Quiero que una artista como tú forme parte de mi mundo. Piénsalo y acepta mi propuesta. Con tu visión y mi proyección no habrá quien nos supere.

Dana cogió la tarjeta con recelo.

¿De dónde salía ese individuo? Era reconfortante encontrar a alguien que no infravalorara una obra de grafiti.

Entonces cayó en la cuenta; que ella supiera, todavía trabajaba para otro dandi distinto...

—Le agradezco su oferta, pensaré en ella seriamente —manifestó recordando las palabras de Rose y sus propias sospechas de que Duncan, sexo, y compartir trabajo no encajaban en una misma ecuación.

El hombre pareció titubear, no obstante, Dana lo vio asentir como si admitiera la derrota. Miró su andar lento y permaneció quieta observando la labor del bastón en el proceso. El elemento no era meramente decorativo, Kuznetsov se apoyaba en él con la confianza de los que ya son viejos amigos.

—¿Qué te impide trabajar para mí? —le preguntó el galerista de repente, dándose la vuelta y mirándola con aquellos penetrantes ojos verdes.

Dana se sintió pillada *in fraganti* y no se detuvo a pensar lo que decía.

—Duncan Rush... —suspiró como una tonta.

La cara del hombre no reflejó gran cosa. Sin embargo, su ceja derecha, que mostraba cierta tendencia a elevarse, lo hizo sin piedad. Mala cosa, comprendió Dana, ese gesto en ese tipo parecía ser peor que una opinión detallada.

—Comprendo —indicó Kuznetsov con cara de póker—. Guarda bien la tarjeta, volveremos a vernos muy pronto.

Maldita sea, otra persona que coincidía con Rose y, para qué mentirse, con ella misma y, por lo que parecía, con el resto del mundo.

\* \* \*

A las once en punto la sala estaba atestada de gente guapa y bien vestida. Dana aprovechó que el pesado que la acompañaba había salido de la sala para escabullirse a una de las terrazas traseras del edificio con el único objetivo de quitarse las sandalias.

—Empiezo a creer que los zapatos de tacón no son lo tuyo —le susurró una voz a su espalda y a su oído.

Dana se estremeció como una virgen que recientemente había dejado de serlo. Se dio la vuelta y se topó con unos labios que la besaban... como si la echaran de menos. Se olvidó de sus pies, del ruso, de los grafitis que no podía pintar por contrato... se olvidó de todo, menos de la sensación de alivio que experimentó cuando Duncan la estrechó entre sus brazos y acarició su pelo planchado. No la estaba despidiendo en ningún sentido, más bien todo lo contrario.

—Hola —murmuró Dana bajito mirándolo con los ojos brillantes—. Cuando me conozcas mejor descubriré que me adapto a todo. Pero qué digo, si ya me he adaptado...

Duncan la apretó con más fuerza y le sonrió fascinado.

—Sí, y debo señalar que tu adaptación constituye todo un placer para mí.

Seguían mirándose. De repente, algo vibrante y peligroso flotó en el ambiente. Duncan le acarició la piel de los brazos hasta repasarle los tirantes y después analizó la zona. Dana comprendió lo que buscaba cuando la arrastró detrás de unos maceteros decorativos llenos de hojas verdes y en la esquina de la pared le subió la minifalda de su vestido.

En esa ocasión no la levantó del suelo. No hubo circo ni piruetas, era todo demasiado explícito y sexual para saber que lo que sucedería a continuación iba a ser urgente y acelerado.

Duncan no habló, dejó que sus pantalones cayeran al suelo y apartó el tanga de Dana con naturalidad. Sin embargo, antes de introducirse en ella la besó con ansia. Después, la miró con los ojos velados por el deseo y Dana asintió sin dudar. Fue como si le diera su autorización porque, seguidamente, la acarició con la mano abierta y al instante sintió la humedad de los genitales femeninos invitándolo a entrar en su interior. Entonces la penetró con fuerza y comenzó las embestidas sin perderse ni uno solo de los gestos femeninos.

Los gemidos de ella contrastaban con el poco ruido que hacía Duncan y eso la irritó. Demasiado acostumbrado a follar en público, pensó ella de forma despiadada. Entonces, se bajó los tirantes y tiró del vestido hacia abajo. No fue fácil, pero los movimientos de su amante se ralentizaron y le permitieron lograr el objetivo. Dana se acarició los pechos y Duncan suspiró desesperado. Comprendió que ni siquiera un tipo como él conseguía mantenerlo todo bajo control y permitió que sus senos se balancearan desesperados. Prosiguió pasándose la lengua por los labios y lo sintió gemir con la misma angustia que ella. Ahora estaban empatados.

Cuando Duncan se vació en su interior estaba tan fuera de sí que gritó como si estuvieran solos. Dana ronroneó de placer, volvía a ganar ella. Fue tan sorprendente y liberador que apenas presintió las sacudidas de su propio orgasmo. Confundida, se dejó llevar hasta ese lugar extraordinario en el que se alojaba cuando estallaba de puro placer. Extraordinario y peligroso, pensó cuando se dio cuenta de que había estado a punto de declararle su amor a ese hombre silencioso. Mierda.

Dejó que Duncan se tranquilizara y sonrió cuando el pintor besó sus senos con adoración antes de subirle el vestido. Le permitió que continuara con el tanga, y se sorprendió cuando su jefe le alisó el cabello y terminó dándole un minúsculo besito en la frente.

Después se permitió observarlo apoyada en la pared, lo que habían compartido había sido tan especial que no osó estropearlo con palabras. En cuestión de segundos, Duncan se retiró el preservativo (ese que Dana había vuelto a olvidar) y se subió los pantalones. Al instante, lucía como si no hubiera sucedido nada.

Le guiñó un ojo y... se marchó dejándola sola en aquella retirada terraza.

Aquello no le podía estar pasando.

No a ella.

\* \* \*

—Te estaba buscando —oyó decir a Rose.

Dana se había quitado los zapatos y sus pies descansaban encima de una pequeña mesa de ratán. Abrió los ojos y miró a su amiga.

¿Debía contarle que había mantenido sexo con su jefe en aquella terraza? Permaneció en silencio calibrando si soltar semejante bomba y decidió no hacerlo. Era demasiado humillante.

—Siento haber abusado de ti —expresó Rose reflejando verdadera preocupación en la voz—. Te has hecho polvo pintado esas paredes en un tiempo record, se te ve destrozada. Prometo resarcirte. Pero ahora debes hablar con Lelan. Tu idea de decorar las paredes con grafitis ha sido un éxito y no cabe en sí de gozo. Se han vendido casi la mitad de los cuadros y el resto promete. Mi comisión se ha multiplicado por dos y todo gracias a ti. Así que considérate mi socia en esto. La mitad de lo que gane con esa bendita colección oscura es tuyo.

Dana pensó en su madre y en Matt y se hizo la fuerte.

Debía olvidar al pintor y seguir adelante con su vida y sus proyectos, incluso podía trabajar con el galerista ruso. Podía hacer cualquier cosa menos compadecerse de sí misma. Siempre había sabido dónde se metía, nadie la había engañado. Ella misma había visto a ese hombre con los pantalones en el suelo más veces que puestos, así que no tenía sentido sufrir por nada de aquello.

Se levantó con energía y dibujó una sonrisa deslumbrante en su cara.

—Voy a dejar que Lelan me dore la píldora —manifestó mientras se calzaba las sandalias—. Y después me largo a casa. Por hoy ha sido suficiente. A propósito, ¿conoces a un tal Andrey Kusne...algo?

Rose asintió poniéndose en marcha.

—Lo he visto hoy en la galería —susurró bajito—. Supongo que te refieres a Andrey Kuznetsov. Es un príncipe ruso de los auténticos y un empresario del arte. Es algo así como un dios en este mundo. Lelan lo odia a muerte pero también respeta su criterio. ¿Por qué lo preguntas?

Dana le enseñó la tarjeta y esperó su dictamen.

—¿Esto significa lo que creo que significa? —le preguntó Rose perpleja.

Su compañera de piso andaba tan deprisa que a Dana le costaba trabajo seguirla. Desde luego, si algo tenía Lelan era que todos se deshacían por cumplir sus órdenes.

—Me ha ofrecido trabajo —le comentó mientras corrían por un pasillo tenuemente iluminado—. ¿Qué opinas?

Rose se detuvo en seco y la contempló con seriedad.

—Te han ofrecido el cielo —informó sin dudar—. Deja a tu romeo, lo tuyo con ese hombre apesta a tragedia. Kuznetsov supone ascender a otro nivel, pero no esperará mucho. Ese hombre se cree de verdad un dios y se comporta como tal. —Se acercó a su amiga y le colocó un mechón rebelde detrás de la oreja—. No desperdicies una ocasión así por cuatro polvos. Lo siento, Dana, pero no creo que consigas nada más de tu artista.

Menos mal que no le había contado el tercero de esos cuatro polvos, pensó Dana. De haberlo hecho, ahora no podría soportar la insistencia de su amiga para que dejara a Rush por el ruso. Aunque bien pensado, la que tendría que dejar al uno por el otro era ella. Aquel hombre la iba a destrozar, lo veía venir.

Dana se sorprendió de que Rose la guiara hasta el despacho de Lelan. El hombre las esperaba sentado en su mesa observando las salas por los monitores que tenía a sus espaldas. Cuando las vio entrar se puso de pie y les indicó que tomaran asiento.

—Dieciocho —señaló cuando las vio acomodarse en los sillones—. Ya hemos vendido dieciocho obras. Incluso esa aberración oscura y pequeña que has situado en una de las esquinas. No doy crédito a lo que está sucediendo. —Sonrió encantado mirando a Rose—. Admití exponer la colección porque el pintor es sobrino del senador Ryan Butler. Nunca se sabe, ya me entendéis...

Dana no entendía nada pero, al igual que su compañera, asintió como si fuera de lo más normal reconocer que todo aquello respondía a intereses espurios.

—Deseo pagar esa inspiración tuya —declaró el galerista dirigiéndose a Dana—. Y me gustaría poder contar contigo siempre que te necesitemos. Aquí tienes. —el color satinado del cheque atrapó el interés de Dana que lo cogió más por curiosidad que por cualquier otra cosa. Cuando por fin pudo leer la cifra, era ella la que no daba crédito, tres mil dólares... ¿Se habría equivocado Lelan y, en realidad, sobraba un cero? ¿No serían más bien trescientos?

Rose se dio cuenta de lo que barruntaba Dana porque intervino en el mismo momento en que esta procedía a enmendar el error.

—Lelan, creo que si pagas tres mil dólares por unas cuantas paredes —exclamó Rose advirtiéndole a Dana—. Mi compañera es capaz de decorarte hasta las terrazas.

Dana cerró la boca y miró el cheque aturrida. Pues no había error alguno, eran tres mil dólares. Había ganado ese dinero por unos dibujitos de nada, se dijo pasmada.

Lelan sonrió y estrechó la mano de Dana.

—Gracias de nuevo —le dijo el hombre satisfecho consigo mismo y con su destino—. Seguimos en contacto, no lo olvides.

Dana abandonó la habitación seguida de Rose.

—Si este hombre hiciera bien las cosas dejaría de ser quién es —cuchicheó Rose en su oído—. Nada de facturas, total para qué...Ya me dirás cómo justifico esa cantidad de dinero en la contabilidad de la galería.

Dana la miró como si viera fantasmas.

—A mí no me incluyas en esos líos —argumentó muy segura de sí—. Mi cuenta corriente está prácticamente en números rojos y todavía no sé lo que nos va a cobrar Alain Foster, así que olvida que me has conocido —le dijo sonriendo.

Perdió la sonrisa en el acto. Duncan pasó delante de sus narices acompañado de una rubia despampanante cuyas curvas podían competir con las del circuito californiano de Laguna Seca. El brazo de su jefe se mantenía sobre la espalda de la chica cuyo rostro imaginó perfecto e impecable, como no podía ser de otra manera con esa retaguardia.

Durante unos segundos dejó de respirar. Apretó su bolso con fuerza y comprobó que hubiera guardado dentro la tarjeta del príncipe ruso. Solo entonces recuperó la calma.

Iba a tener que empezar a olvidarlo antes de lo previsto.

En ese momento sintió que alguien le revolvía el pelo y la abrazaba por detrás.

—No me lo puedo creer —susurró emocionada—. El hermano pródigo ha vuelto de Las Vegas.

Dana cerró los ojos y se abrazó a Matt con fuerza.

—Menudo recibimiento —expresó su letrado con preocupación—. ¿Hay algo que necesite saber antes de recibir un requerimiento judicial?

Dana se mantuvo abrazada a su hermano mientras negaba con la cabeza. Cómo la conocía. En esa ocasión, sin embargo, no bastaba con una de sus famosas *diatribas*.

—Nada que deba preocuparte —dijo cogiéndolo de la mano.

Matthew dejó de examinar a su hermana para dirigirse a la organizadora. Parecía acostumbrado a lidiar con la dualidad.

—Hola Rose, enhorabuena por la exposición, según me han dicho al entrar está siendo todo un éxito. Si necesitas que compre algo *asequible*, dímelo y lo haré encantado.

Rose enrojeció hasta la raíz del cabello y negó con más fuerza de la esperada.

Dana hubiera deseado zarandearla hasta que volviera a ser ella misma.

—Gracias, Matt, pero no es necesario, aunque no olvidaré tu ofrecimiento —declaró su amiga repasándose nerviosa su melena perfecta y bajando tontamente sus preciosos ojos azules al suelo.

Dana resopló, aquello empezaba a ser embarazoso.

— Dejemos que Rose vuelva al trabajo —aconsejó a su amiga mientras tiraba de la mano a su hermano—. ¿Has venido solo?

Esperó a que Matt asintiera para suspirar aliviada.

—En ese caso, eres mío el resto de la noche —se dijo a sí misma—. También me puedes llevar a casa; he venido con Rose y ella va a tardar bastante en poder abandonar este lugar. Me encanta estar contigo, me recuerda los viejos tiempos —susurró deprimida.

—Cariño, ¿qué sucede? —le preguntó Matt extrañado mientras acariciaba su cabello una y otra vez.

Dana se encontró con los ojos oscuros de Duncan mirándola fijamente y apartó los suyos a toda prisa. Ni siquiera reparó en la chica que lo acompañaba, era demasiado doloroso. Se agarró con más fuerza del brazo de su hermano y se encaminaron a la primera sala.

—Nada, déjame demostrarte cómo se ganan tres mil dólares —articuló con una alegría desbordada para que no se notara la desilusión en su voz—. Cuando te lo cuente no te lo vas a creer...



# 11

El timbre de la puerta sonó con insistencia.

Dana se envolvió en su albornoz y corrió por el pasillo. Seguro que a Matt se le había olvidado decirle alguna cosa o a Rose se le habían perdido las llaves. Aunque parecía pronto para que se tratara de su amiga, pensó al toparse con las dos de la madrugada en el reloj de la entrada.

Miró por la mirilla pero no vio a nadie. La resonancia metálica del sonido la ponía muy nerviosa, así que cuando lo escuchó de nuevo abrió la puerta alterada.

—Mierda, Matt no tiene gra... —se detuvo al instante. No era su hermano el que estaba al otro lado.

—¿Mierda, Matt? —rugió Duncan ofendido—. No soy ningún *Matt*. Soy un imbécil que ha visto cómo te restregabas con otro tío durante toda la noche. ¿Pero qué demonios te pasa? Yo creía que... ¿Es otro novio?

Dana abrió los ojos desmesuradamente. Su jefe presentaba un aspecto imponente con su traje chaqueta negro de tres piezas y su camisa blanca, sin embargo, su aliento apestaba a licor.

—¿Has bebido? —le preguntó con dulzura—. Anda pasa, te prepararé un café bien cargado y hablaremos.

Duncan la miró enfadado. Curiosamente, le bastó una simple risita de aquella mujer para desarrugar el ceño y lanzarse a sus brazos.

—Abrázame —solicitó el pintor compungido—. No quiero saber nada de ese tipo. Bésame, por favor y no dejes de abrazarme nunca.

Dana pensó que era una pena que no se emborrachara más a menudo. Era delicioso sentirse querida por ese hombre y en aquel momento, su abrazo, su mirada, su sonrisa...todo en él se lo decía. Lástima que aquella ilusión desapareciera en unas horas.

Sintiéndose culpable por desearle una borrachera diaria, lo llevó de la mano hasta la cocina y lo dejó sentado delante de la mesa del desayuno.

—Dame unos minutos —le dijo Dana depositando un pequeño besito en los labios masculinos. Cuando le explicara la situación seguro que acababa sonriendo.

Duncan no dijo ni una sola palabra. Odiaba sentirse así, ¿por qué era distinta y no lo perseguía como las demás mujeres que conocía? En cuanto se daba la vuelta la encontraba con un tipo distinto. En este caso no era un crío como el de la comisaría. El tipo que la había acompañado a casa con un deportivo japonés de alta gama, no era ningún chiquillo. Era un hombre cuyo atractivo conseguía que las mujeres se giraran a su paso. Justo lo que hacían con él. Maldita sea, y parecía tener dinero.

Dana sirvió un café bien cargado y una taza de chocolate caliente para ella. Incluyó en la bandeja un par de pastillas y unos bizcochos de yogur.

—Espero que te guste el café, lo compramos en...

Dormido, tumbado a lo largo del banco y con la mano en el pecho, así es como estaba su jefe cuando llegó a su lado. Dana tomó asiento frente a él y suspiró resignada. Terminó su cacao y se comió uno de los bizcochos. Ese hombre no se despertaría con facilidad, no había más que verlo.

Velaría su sueño, en las novelas funcionaba.

\* \* \*

Dana sintió un peso sobre ella y trató de incorporarse. Abrió los ojos para ver qué le impedía moverse y sonrió al encontrarse a Duncan oliendo a su gel de baño y a horcajadas sobre su pelvis.

No había duda de que la había encontrado.

La noche anterior intentó despertarlo con todo tipo de artimañas pero ninguna le funcionó, así que lo dejó dormir. Antes de rendirse mantuvo una lucha importante consigo misma; le parecía incorrecto dejarlo solo, pero estaba muerta de sueño y para ella no era tan fácil dormir en aquel banco de madera. Así, que tras pensarlo seriamente, los cojines de la cocina perdieron la batalla frente a la comodidad y suavidad de su colchón.

Y sobre él estaban ahora.

Se quedó muy quieta estudiando la reacción masculina. La miraba y de qué manera, sus ojos lucían más oscuros que nunca y su gesto, concentrado y pensativo, le hizo dudar sobre si se habría equivocado al abandonarlo la noche anterior. Después de una eternidad, Dana se dejó desnudar con parsimonia. La borrachera habría afectado a Duncan porque lo hacía todo a cámara lenta. Cuando, por fin, sintió el frescor de la mañana sobre su piel desnuda había pasado tanto tiempo que comprendió que el pintor trataba de fijar la imagen de ella en su retina, algo que Dana solía hacer tan a menudo como él le permitía.

Sintió la mirada masculina, negra y profunda, estudiando su cuerpo y levantó las caderas para animarlo a entrar en acción. No había manera.

Dana se armó de valor y trató de situarse ella encima. Sin embargo, Duncan no le permitió jugar con él. Negó con la cabeza y montones de gotitas salpicaron el pecho femenino provocando que sus pezones se arrugaran ansiosos.

La reacción de Duncan la pilló por sorpresa, le acarició el clítoris con movimientos más bruscos de los que la tenía acostumbrada y le mordió los labios antes de mezclar su lengua con la de ella. Dana comprendió que seguía enfadado. Entonces, ¿por qué no hablaban y se dejaban de mordisquitos?

No le dio tiempo a decir nada, en ese instante la penetró con fuerza y permaneció quieto dentro de ella a la espera de que Dana diera su consentimiento.

—Antes me pediste que te besara y que no dejara de abrazarte nunca —le susurró Dana mirándolo con todo el amor que sentía por él—. Yo solo te pido que me hagas sentir especial y que simules que te importo...

Duncan recibió sus palabras con sorpresa. Su cara se crispó y cerró los ojos. Eso no tenía que simularlo.

Cuando abrió los ojos, Dana se vio reflejada en ellos. El gesto masculino se había relajado y la brusquedad del principio se transformó en delicadeza y ternura. Duncan le acarició la cara con veneración y continuó con sus pechos. Dana sonrió fascinada, había vuelto a ganar ella.

No tardó en sentir los dedos masculinos en su intimidad y el comienzo de unos enviones que se iban haciendo cada vez más fuertes hasta que no pudo más y se dejó llevar. Los temblores y las sacudidas se sucedieron con un ímpetu desenfrenado y terminó gimiendo como una loca. Percibió como en sueños que Duncan no contribuía a romper el silencio, pero a esas alturas, no podía controlar lo que estaba sucediendo. Unos segundos más tarde, sintió que su compañero se vertía dentro de ella y apenas escuchó un pequeño alarido. Dana se prometió remediarlo en la próxima ocasión que tuviera y cerró los ojos mientras esperaba que Duncan se quitara el preservativo y se metiera en la cama. Le encantaba acurrucarse en sus brazos e imaginar que le importaba de alguna manera.

Cuando se despertaran tenía que contarle todo lo referente a Matthew. Aunque la verdadera cuestión era otra: ¿quién era la mujer que lo acompañaba a él? porque Matt era su hermano, eso seguro.

\* \* \*

—Tenemos que levantarnos, mis padres acaban de llamar —gritaba Rose como una posesa al otro lado de la puerta—. Lelan los ha llamado para hablarles del éxito de la exposición y mi padre quiere comprar uno de los cuadros que quedan sin vender.

Dana metió la cabeza debajo de la almohada y continuó durmiendo hasta que una vocecilla le recordó que no estaba sola. Tanteó con la mano el resto de la cama y suspiró inquieta. Ese hombre se había largado y, como la vez anterior, había vuelto a dejarla sin desayuno.

Se sentó en la cama y dio gracias al cielo porque su compañera no hubiera entrado en su habitación. La cama revuelta, su desnudez y la lamparita de noche en el suelo eran datos más que reveladores de lo que había sucedido en su habitación.

Se levantó con dificultad y buscó una camiseta. Al coger la lámpara descubrió un gemelo en el suelo. Y menudo gemelo, pensó apabullada, porque los cristalitos brillaban como solo podían hacerlo los brillantes...

Dejó la joya a buen recaudo y después de una ducha rápida salió en busca de su compañera. La encontró en la cocina (en una cocina cuyos cojines estaban perfectamente mullidos y ordenados) preparando un desayuno minimalista.

Dana se olvidó de lo que iba a decirle. Su estómago rugía desesperado y aquellas tacitas de café con bizcochos le parecieron de lo más frugales. Abrió el frigorífico y se preparó un sándwich doble con todo lo que encontró.

—Te mandé un plato de canapés mientras estabas liada con las paredes —señaló Rose extrañada—. ¿Thomas se lo comió por el camino? Te veo canina.

Dana asintió y negó al mismo tiempo. Masticó con auténtico placer y después de un buen trago de zumo de naranja estaba en disposición de hablar.

—Si no me equivoco es domingo. Nada de galerías de arte y mucho menos de vender cuadros. Y sí, me llegó el plato con las *delicatessen*, por cierto, que devoré hace ya un montón de horas.

Rose sonrió. Le pegó un pequeño mordisquito a su bizcocho y movió la cabeza como si le hablara a un niño pequeño.

—Dinero, amiga, todo gira en torno al dinero —suspiró teatralmente—. Quedan algunos de los cuadros más caros sin vender y Lelan sabe que mi familia comprará uno de ellos. En realidad hemos tenido suerte, mi jefe estaba dispuesto a hacerles un pase privado a cualquier hora. Que hayamos quedado de día y no de madrugada es una *rara avis*; mi padre está montando otro restaurante y se ha permitido unas horas para elegir materiales. Así, que no disponemos de mucho tiempo. Yo me encargo de los vestidos, tú, pláncate el pelo, parece salida de uno de tus cómics manga.

Dana había perdido el hilo de la conversación hacía rato. Algo brillaba debajo de la mesa que estaba pegada a los ventanales de la terraza y ella sabía exactamente lo que era.

Se los devolvería al día siguiente. ¿O debía hacerlo antes?

Nadie le había facilitado el teléfono de Duncan, ni siquiera él mismo. Recordó que tenía la tarjeta de Alain Foster y se preguntó si debía llamarlo para que tranquilizara al despistado dueño. Oro blanco y brillantes, no era algo baladí. Aunque eso sería como anunciar a bombo y platillo que era la nueva amante del jefe.

Maldita sea, porque eso es lo que era, ¿verdad?

Cuando se giró para contestar a su querida amiga se dio cuenta de que estaba sola. Miró su sándwich y descubrió que ya no tenía hambre.

\* \* \*

Lelan O'Shea y Marcus Sinclair hablaban el mismo idioma.

El galerista conocía a la perfección la situación económica del padre de su asalariada, (razón de peso en su contratación, tal y como sospechaban todos) y trataba de aprovecharse al máximo. Marcus Sinclair no era un senador de los Estados Unidos pero sí un rico empresario con más propiedades que deudas, lo que era aún más difícil de encontrar.

Después de dar una vuelta completa a la exposición, ambos hombres acabaron en la sala en la que esperaban Martha Sinclair, Rose y Dana, que era, claro está, la que exhibía los tres cuadros más caros de toda la colección.

El padre de Rose se situó frente a ellos y sonrió.

—¿Qué opinas, querida? —preguntó a su esposa con picardía.

La señora Sinclair era la viva imagen de Rose con algunos años más. Pequeña, morena y delgada. Sus ojos, sin embargo, no eran azules sino verdosos y mostraban una inteligencia y una agudeza tan vívidas que, a pesar de su estatura, era difícil no tenerla en cuenta.

Martha Sinclair tenía tan claro como las muchachas que aquellos cuadros no le gustaban pero, al igual que todos los presentes, sabía muy bien cuál era su papel.

Ayudar a comprar el más caro y mantener a Rose en aquella galería tanto tiempo como su hija deseara.

—El número diez es ideal, aunque necesitaremos que Dana prepare la pared antes de colgarlo. La oscuridad del cuadro es abrumadora —comentó la restauradora como de pasada.

Dana la hubiera abrazado, qué forma tan sutil de introducir su grafiti en la ecuación. El día anterior no tuvo tiempo de conocer los precios porque estuvo demasiada ocupada haciendo... todo tipo de cosas, por lo que descubrir el valor del óleo la dejó sin habla.

¡Veinte mil dólares... veinte mil dólares por emborronar un lienzo! coincidió inmisericorde con el galerista ruso. No era justo y ella que pensaba que Lelan le había ofrecido un cheque equivocado. La alegría por sus tres mil se esfumó. Carl Butler tendría que darle una comisión por haber conseguido que la oscuridad desapareciera de su obra.

El padre de Rose no se hizo de rogar, apoyado en una de las mesitas auxiliares, rellenó un cheque y se lo tendió a Lelan cuyos ojos brillaban más que los gemelos de Duncan.

En ese momento, Dana se percató de que llevaba varias horas sin pensar en él. Nada como el dinero para centrar a la gente, pensó muy ufana.

Iba a olvidarlo sin problemas, ahora estaba más segura que nunca.

\* \* \*

Entrar en el restaurante de los dueños como invitada era otro nivel, se recordó Dana, que agradeció llevar un modelito de lo más sencillo y formal. Lo peor era que pertenecía a Rose y habían camuflado su pecho con un sujetador reductor que se le estaba clavando en las costillas. Algo que pasó por alto cuando se vio en el espejo de cuerpo de entero de la entrada. Lástima que esa no fuera su silueta real porque estaba de muerte. El vestido era una pieza recta de tirantes con el escote en forma de corazón. Lo que lo hacía diferente era la textura de la seda y el estampado multicolor.

Dios mío, su vida prometía. Parecía que no se iba a morir de hambre: su obra gustaba, tenía trabajo y otro de repuesto la esperaba. Y ese día se sentía tremendamente atractiva y esperanzada, había descubierto que podía permanecer varias horas sin pensar en Duncan, algo absolutamente impensable desde que lo había dejado *entrar* en su vida.

Sonrió mientras esperaba para tomar asiento, ni siquiera deseaba quitarse las sandalias.

La mesa que les habían preparado era apabullante. Dana conocía bien el trato deferente que los Sinclair dispensaban a sus mejores clientes. Porcelanas y cristalerías de Sèvres, servilletas bordadas y cubiertos con los filos de oro. Centro de mesa de flores naturales y una legión de camareros para atender hasta el más insignificante de sus deseos. Se sintió extraña invirtiendo los papeles con aquellas muchachas que les apartaban las sillas para que ellos tomaran asiento.

Le sorprendió encontrar una silla vacía a su lado pero pensó que estaría reservada para Donald, la pareja de Lelan. No tardó en descubrir su error. Mientras ellos tomaban su segunda copa de vino, Carl Butler hizo su aparición, saludó a los anfitriones y, luciendo su mejor sonrisa y sus mejores galas negras, les agradeció haber adquirido su obra.

Dana miró a Rose y su amiga elevó los hombros tan sorprendida como ella. Intereses, política y dinero, menuda conjunción, pensó molesta. Trató de olvidar sus míseros tres mil dólares para imitar una sonrisita cuando el pintor se sentó a su lado.

—No he tenido ocasión de agradecerte el detalle de las paredes —le dijo el pintor con una amplia sonrisa en la cara.

Dana comprendió que si ella hubiera ganado en un día lo que ese tipo no habría forma humana de borrar la suya.

—¿Detalle? —bromeó animada por las dos copas que había consumido—. Llevo pensando desde anoche que debería haber exigido una comisión.

Carl perdió la sonrisa y se acercó peligrosamente a ella.

—Nadie contó conmigo para hacerle algo así a mi trabajo —susurro en su oído—. Desaparecí dejando unos lienzos *oscuros y provocadores* y cuando volví unas horas más tarde me encontré con una colección descafeinada y colorista. —Con la última palabra aprovechó para echarle un vistazo al vestido de ella—. Señorita Michel, si no necesitara el dinero habría demandado a la galería por no respetar la integridad de mi obra. Créame, prefería su primera opinión a la que he leído hoy en *The New York Times*.

Dana lo contempló en silencio. No había visto el periódico y no conocía el trasfondo del asunto. Aunque estaba claro que no podía ser nada bueno, la expresión que había adoptado la cara del pintor daba miedo.

—Conocía a la muchacha. Se trata de eso ¿verdad? —le preguntó recordando de pronto las palabras del empresario ruso, el suicido había sido real—. En su obra la chica acaba... con su vida. El lienzo número treinta no es más que una mancha desdibujada en el suelo. No sabe cuánto lo siento, yo...no sabía...

Un tintineo en una de las copas interrumpió la conversación.

—Quería agradecer el detalle de la comida —declaró Lelan con un gesto de satisfacción—. Aunque es el primero de muchos agradecimientos: a Rose por su esfuerzo y su entrega al trabajo, sin su constante supervisión la exposición habría sido un fracaso. A Dana por sus extraordinarios murales e incluso a Duncan Rush por permitir que pudiera hacerlos sin poner ninguna pega...

La copa de Carl Butler se hizo añicos. Un hilillo de sangre comenzó a deslizarse entre sus dedos para transformarse al instante en un auténtico manantial que brotaba sin parar del interior de su mano derecha. El mantel perdió su blancura y acogió, como un pájaro de mal agüero, el alarmante color rojo del fluido.

Lelan se lanzó sobre la herida como si supiera lo que hacía, extrajo los restos de cristal y seguidamente le hizo abrir y cerrar los dedos. El suspiro del galerista fue de lo

más expresivo cuando comprobó que la mano no había perdido movilidad. Podría seguir pintando, comunicó sin palabras. Cubrió la herida con una servilleta y miró al señor Sinclair que se acercaba corriendo al advertir desde lejos lo sucedido.

—Un taxi espera en la puerta —informó el padre de Rose con expresión desolada—. Y acabo de avisar al hospital.

Dana era incapaz de hablar. Butler no le quitaba los ojos de encima y consiguió hacerla sentir culpable. Podía haberse callado. Total, no iba en serio lo del porcentaje, aunque, analizando fríamente la situación, le pareció todo aquello muy extraño: ¿ese hombre, pintor para más señas, se había destrozado la mano porque ella había ironizado respecto de una comisión inexistente? Empezaba a dudar.

—Deberías superar el pasado —susurró Lelan a Carl mientras le cambiaba la servilleta empapada de sangre por otra limpia—. Por lo que tengo entendido, él ya lo ha hecho.

Dana escuchó las palabras del galerista con total nitidez. Comprendió que Butler también se había dado cuenta del pequeño detalle de que ella estaba a su lado y de que gozaba de una audición perfecta porque el pintor torció el gesto y contestó a la interrogación que había aparecido en la cara de la muchacha.

—¿Querías saber lo que pasó? —le dijo a Dana— Pregunta a ese desalmado. Él puede explicarte por qué no se trata de una historia llena de color y de vida.

Sin dejarse ayudar, Butler se levantó de la silla y abandonó la habitación con total normalidad. De no llevar la mano cubierta de sangre nadie diría que iba herido, lo que conmocionó a Dana. ¿Qué tipo de tormento padecía ese hombre para que le importara tan poco la gravedad de la herida que acababa de sufrir?

No podían volver a sentarse como si no hubiera sucedido nada. Así que acompañaron al herido hasta la salida. Marcus Sinclair afirmó con rotundidad que se haría cargo de los gastos del hospital y no dudó en meterse dentro del taxi ocupando el asiento del copiloto. Dana sintió el codazo de Rose cuando vieron a Lelan suspirar contrariado; no le quedaba más opción que acompañar a la comitiva, actuar de otra manera lo dejaría en mal lugar.

—Este Lelan, siempre tan magnánimo —susurró Rose en el oído de Dana.

Dana fue incapaz de sonreír, las palabras de Butler aún resonaban en su cabeza: «*Él puede explicarte por qué no se trata de una historia llena de color y de vida*». Hizo memoria y se repitió mentalmente el discurso de Lelan. No tuvo que pensar mucho, el galerista solo había mencionado a Rose, a ella misma y a...Duncan Rush. Único sujeto cuyo nombre podía sustituirse por ese «*él*» tan expresivo que había utilizado Carl al hablar con ella.

Un pintor destrozado, una chica muerta y Duncan Rush.

No había que ser un guionista de Hollywood para armar el rompecabezas. Ella solita podía confeccionar esa historia sin problemas. Por cierto, algo que no haría por su propia estabilidad mental. Sin embargo, la silueta desmadejada que el lienzo número treinta exhibía con total crudeza, se aferró a su memoria consiguiendo alterarla profundamente.

¿Dónde se estaba metiendo?

Le dio tanto miedo pensar en la respuesta que volvió a la mesa y concentró todas sus energías en dibujar pequeños animalitos en su agenda.

—¡Qué tío tan raro! —murmuró Rose sin dejar de mirarla— ¿Estás tan afectada como pareces? Llevabas tiempo sin dibujar tus famosos bichitos.

Dana elevó los ojos hacia su amiga y suspiró desconcertada.

—¿Has oído lo que ese hombre me ha dicho?

Rose asintió. Antes de responder contempló a Dana con una sonrisa extraordinaria en los labios.

—Tengo una idea —susurró cogiendo su móvil y buscando ansiosa—. A Lelan no le vamos a sacar nada pero Donald es otra historia. Está en la playa y seguro que más aburrido que una ostra.

Dana no deseaba conocer ese pasado tenebroso que se vislumbraba tras los cuadros y del que, según todos los indicios, formaba parte Duncan. Era cierto que estaba enamorada de su jefe, pero tres polvos no le otorgaban ningún derecho para hurgar en la vida del pintor.

—Casi prefiero que lo dejemos pasar... —titubeó nerviosa presintiendo que no iba a salir nada bueno de todo aquello.

Rose la miró con la ceño arrugado.

—Tarde —informó dejando el móvil encima de la mesa—. ¡Shsss! Manos libres.

El sonido de la llamada resonó menos que el corazón de Dana.

—¿Donald? —inquirió su amiga con una sonrisa—. Soy Rose. Sé que te has quedado en Malibú y que por eso te has perdido el evento. Ahora que Lelan ha salido para el hospital con el artista, he aprovechado para ponerte al día, aunque seguro que él lo hará en cuanto pueda.

Dana admiró el detalle de introducir la nota discordante del hospital.

—Querida, gracias por acordarte de mí —agradeció el hombre sin saber la encerrona que le había preparado la organizadora—. ¿Has dicho hospital? ¿Ha sucedido algo? ¿Lelan está bien?

Rose guiñó un ojo a Dana y prosiguió con naturalidad.

—Lelan está perfectamente, ya lo conoces, disfrutando del éxito —bajó el tono de voz antes de continuar—. Me apetecía saludarte, ahora que dispongo de unos minutos. ¡Ah, sí! lo del hospital...No ha sido nada. El autor de la exposición, Carl Butler, el sobrino del senador, ha tenido un pequeño accidente.

Dejó que calara la última frase y esperó impaciente.

—Lelan no me ha llamado. Cariño, cuéntame, ¿qué le ha sucedido a ese apuesto joven? —preguntó Donald con verdadero interés.

Rose se frotó las manos. Lelan conocía los pormenores de la vida de todo el que era alguien en el mundillo del arte. No dejaría pasar algo como aquello.

—No te preocupes, unos cortes tontos —aclaró sin darle importancia—. Estábamos hablando de *Duncan Rush*, y la copa que sostenía le ha estallado en la mano.

Se oyó un carraspeo al otro lado y, seguidamente, un silencio abrumador se adueñó de la conversación.

Dana se levantó dispuesta a salir corriendo, pero la voz de Donald la detuvo.

—Mal asunto, no me extraña que el muchacho no lo haya soportado —dijo con distinta inflexión en la voz—. Fue una tragedia, una chica tan joven y tan bella, en la flor de la vida. Acababa de contraer matrimonio con Butler.

Rose miró a Dana a la espera de instrucciones pero su amiga estaba lívida y no daba muestras de querer participar en el interrogatorio.

—Sí, supongo que debió ser terrible —admitió Rose afectada de verdad—. No sabía que Carl se había casado con ella. ¡Qué torpeza la mía!, no sabía que la chica de los cuadros era su esposa. Por eso Butler desapareció tan rápido de la fiesta. ¿Hay algo más que consideres que deba saber? Dadas las circunstancias, no quisiera meter la pata.

De nuevo el carraspeo y de nuevo el silencio.

—No es muy sensato que mencionéis a Rush en su presencia —aconsejó Donald con seguridad—. La chica fue su amante durante varios años. Las malas lenguas decían que el matrimonio era una tapadera. En fin, como siempre digo, una tragedia shakesperiana.

Dana ya había notado la propensión de ese hombre a utilizar el término *tragedia*. Pidió a los hados que si alguna vez hablaba de ella lo hiciera en un tono más parecido a la comedia. Si algo tenía claro era que no quería en su vida dramas de ningún color. Lena le había enseñado bien esa lección con su propia experiencia. «*Los Michel somos puro corcho, no hay nada que pueda hundirnos, ni siquiera el destino más adverso*», solía decirle cada vez que la detenían o que alguno de sus amigos le daba la espalda por sus actividades un tanto ilícitas.

Esperó a que Rose se despidiera, las habilidades sociales de su amiga no dejaban de sorprenderla. Cuando, por fin, la vio apagar el móvil, suspiró preocupada; ahora tocaba analizar lo descubierto y si la clarividencia de su compañera normalmente le producía cierto desasosiego, en esa ocasión le daba miedo.

—Carl se casa y descubre que su esposa incorpora una inesperada carga. Aparecen los celos, las peleas y los malos rollos y la chica termina suicidándose —resumió Rose negando con la cabeza—. En todo esto hay algo que no encaja. Nadie se suicida porque su esposo descubra que tiene un amante.

Dana suspiró inquieta.

—Ni contrae matrimonio para encubrir que lo tiene, no estamos en la Edad Media.

Rose se encogió de hombros mientras tecleaba en el móvil.

—No sé lo que harían en la Edad Media, pero en esta tenemos Internet —sonrió sin perder la vista de la pantalla del teléfono—. Aquí está: «*Sabine C. Meyer, modelo alemana y esposa fallecida del pintor Carl Butler...a los veinticinco años...*». Mierda, casi de nuestra edad. No puede ser, según esto fue modelo de Duncan Rush. Creo que debes echar un vistazo tú misma, es demasiado fuerte para decirlo en voz alta.

Dana cogió el teléfono con las manos temblorosas.

La imagen la desconcertó, se trataba de la chica del cuadro que había criticado como trabajo fin de carrera. No tenía ninguna duda, Sabine Meyer era la mujer desnuda que se contemplaba delante de un espejo con aquella expresión que le había revuelto las entrañas. El nombre de la alemana aparecía debajo del lienzo que la había inmortalizado. Al parecer, se había suicidado poco después de posar para Duncan.

*Secretos*, había llamado el pintor a su creación. Otro elemento más que añadir a la tragedia.

Dana respiró aceleradamente. ¿Qué veía en aquel cuadro para que le provocara una reacción tan visceral? Lo curioso era que fue así desde un principio, antes incluso de que conociera a Duncan. En ese momento, como envuelto en brumas, creyó recordar a Duncan preguntándole su opinión sobre el lienzo, lo que era materialmente imposible, dado que no había hablado con el artista del tema. Lo recordaría, se dijo angustiada de repente.

Rose estudiaba cada uno de los gestos que iban apareciendo en la cara de Dana.

—Es el cuadro que elegiste para tu crítica, ¿verdad? —le preguntó a su amiga, más que nada, para que cambiara de semblante—. Menuda mala suerte. Amante y suicidio, seguro que no estaba muy equilibrada... Lo que me recuerda que tienes una tarjeta de un tipo frío como el hielo que no va a perder la cabeza por nada ni por nadie. Despídete de Rush, ya nos hemos aprovechado de su cuerpo y continuamos enteras. Lo siento, cariño, pero tu *novio* me gusta ahora menos que antes.

Dana elevó una ceja tratando de mantenerse seria.

—¿Nos hemos aprovechado de su cuerpo, en plural? Espero que estés tratando de que me sienta mejor porque la verdad es que yo estoy enamorada de... ¿*mi novio*? Rose, a veces me superas —susurró Dana sonriendo a su pesar—. Pero, ¿qué digo? Me superas siempre.

—¿*Enamorada*? —soltó Rose compungida—. Sal pitando de ese sitio. Quiero recuperar a mi amiga, la sensata, la que ha evitado liarse con el buenorro de Kendrick desde que lo conocemos... ¡Joder, Dana! ¿Estás segura? ¿No es una palabra muy fuerte?

Dana asintió, sin atreverse a decir que lo que sentía por ese hombre no podía explicarse con solo una palabra. Es más, aquella y cientos como aquella se quedan cortas para describir la explosión de vida que se generaba en su interior cuando Duncan estaba a su lado. Bastaba con que la mirara o le diera un besito minúsculo para que dentro de ella se desencadenara una estrepitosa algarabía que empezaba a necesitar con la misma intensidad que si se tratara de una droga. Ni siquiera su cacareado arte urbano la reclamaba con la misma fuerza.

Comprender esa última verdad la hizo entrar en pánico.

*Secretos*, Duncan Rush y ella. Como diría Donald, la tragedia estaba servida.

Mientras se abrazaba a Rose con fuerza, su cabeza no dejaba de dar vueltas. ¿Qué secretos escondía el lienzo, o mejor, qué secretos ocultaba Duncan detrás de aquella fachada de indiferencia que lo caracterizaba?

¿Iba a tener que olvidarlo antes de empezar siquiera a amarlo?

## 12

Dana entró en el comedor con el corazón medio infartado.

Ese día no había cogido el autobús de la empresa, deseaba hablar con Duncan antes de que el banco se llenara de pintores, pero no iba a resultar tan fácil como ella había imaginado. El salón estaba traicioneramente desierto, ni siquiera el servicio de catering había hecho su aparición. Miró su reloj y comprendió que se había excedido un pelín. Aún faltaba una hora para que comenzara su jornada laboral.

Más calmada, salió de la habitación. No deseaba enfrascarse en su pared para tener que interrumpir su trabajo una hora más tarde, por lo que saludó a uno de los guardas y comenzó un lento recorrido por cada una de las salas.

Algunas eran impresionantes; otras, no tan impresionantes y las que más, normalitas, decidió en un arrebato de objetiva sinceridad, si eso existía. Miró su reloj y... solo habían transcurrido veinte minutos.

Estupendo, y ahora qué.

Se imaginó sentada esperando cual damisela abandonada y, sin darse cuenta, se encontró en el descanso de las escaleras mirando hacia arriba. La planta superior pareció hablarle y Dana siempre escuchaba. Además, desde que pillara al genio con aquella criatura estática no había vuelto a ver el curso de su obra. Sintió una curiosidad rayana en lo enfermizo y se autoconvenció de que aquel era un magnífico momento, a fin de cuentas, no sería la primera vez que criticaba alguna de sus creaciones.

La oscuridad del pasillo le recordó el día que entró por una de las ventanas de la sala inferior y no supo si lamentarse o dar gracias al cielo por lo que sucedió después. Buena pregunta, quizá la persona que permanecía sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared pudiera contestarla por ella.

Dana se vanaglorió de la estratégica atalaya que había encontrado en aquel pasadizo, tal y como le sucediera en su momento, le permitía observar sin ser observada; no podía pedir más.

Duncan había cerrado los ojos y todo su cuerpo mostraba una actitud relajada. Dana estudió los rasgos de su cara y aspiró con fuerza. El arco de sus cejas le pareció extraordinario y para su asombro no parecía haber necesitado de una ayudita extra para lucir así. Las pestañas, largas y espesas, se rizaban sobre sus mejillas mostrando todo su esplendor aún con los ojos cerrados. El puente de su nariz era ligeramente alto, lo que contribuía a darle ese aspecto dominante, pensó fascinada. La pequeña depresión que localizó en la barbilla la sorprendió de veras. Se le había pasado el diminuto hoyuelo que tenía en esa zona, y ella se consideraba una buena fisonomista. Con ese hombre nunca estaba segura de nada, pensó abatida, reparando en el doble sentido de sus palabras.

El poco sentido común que le quedaba le indicó que se centrara de una vez por todas. Aquellas paredes superaban con creces el calificativo de impresionantes y allí estaba ella, comiéndose al artista con los ojos como si fuera su único objeto de interés.

Vale, era mucho más fácil decirlo que hacerlo. Su mirada volvía una y otra vez al tipo que descansaba en el suelo y decidió concederse una tregua. Unos minutos contemplando aquel paisaje humano no le harían daño a nadie.

En realidad, la culpa la tenía él por ser tan atractivo, reflexionó, intentando mantener la misma objetividad de hacía un rato. Repasó el físico de su jefe sin sentir ni un ápice de vergüenza y advirtió unas gotitas diminutas de pintura en sus antebrazos. La camiseta blanca y el pantalón vaquero estaban impolutos, al menos la parte que su postura le dejaba ver. Contempló sus pies descalzos y se dio cuenta de que ese hombre había pasado la noche pintando o eso quería creer ella...

Dejó que su corazón se desbocara alarmado y examinó la habitación con cautela. Latas de pintura, pinceles y tela manchada en el suelo. Todo normal, pensó aliviada. Tomó asiento a su lado y confió en que estuviera dormido.

Duncan supo que Dana estaba a su lado, su perfume era inconfundible. Sintió la tentación de estrecharla contra su pecho y olvidar que la había visto abrazada a otro hombre. ¿Qué más daba?, pensó intentando mantener la calma. No contravenía ninguno de sus principios... Pero, de qué demonios hablaba, se dijo ironizando consigo mismo. Él solo tenía un principio y era de lo más sencillo: nada de mujeres casadas. Lo había aprendido por las malas pero lo aprendió bien. Y, que él supiera, esa chica seguía soltera. Entonces, ¿por qué no podía ni verla? se sentía tan traicionado que apenas conseguía respirar.

—Deseo estar solo —murmuró revelando cierto malestar en la voz.

Dana casi dio un respingo, nada de dormido, más bien enfadado.

—¿Podemos hablar? —le preguntó ella convencida de que todo se solucionaría cuando la escuchara—. Creo que ha habido un malentendido.

Esperó a que Duncan abriera los ojos y la mirara. Esperanza vana, el adonis no estaba por la labor.

—Quizá no me haya expresado con claridad —señaló el pintor manteniendo las distancias—. No dejes que nadie entre en esta sala.

Dana pudo objetar que ella había visto a alguien que no era él en esa habitación, pero entendió el mensaje. El tono le dolió más que los ojos cerrados de su jefe. Recordó que no miraba a sus amantes de turno y eso la indignó.

Se levantó sin hacer ruido y con los gemelos de brillantes en el bolsillo. No debía de haberlos extrañado cuando ni siquiera preguntaba por ellos. Siempre olvidaba que ese tipo era asquerosamente rico. Por cierto, no sería ella la que acudiera a ese hombre para explicarle que era su hermano el que la acompañaba el día de la exposición.

A propósito, ¿quién lo acompañaba a él?

\* \* \*

Esa mañana no hubo café, ni sonrisa ni miradas furtivas.

Dana sintió ganas de llorar. El hombre que hablaba con aquella seriedad y evitaba cruzar su mirada con la de ella no era el mismo que había acudido a su casa y le había pedido que lo abrazara, claro que el de ahora no estaba como una cuba. Recordó el dicho y trató de animarse. Quizá hablara de verdad entonces y mintiera ahora que estaba sobrio.

Con esa idea en la cabeza se dirigió a saludar a sus musas. Esas mujeres conseguían sacarle una sonrisa cada vez que las miraba. Eran preciosas, alegres y desenfadadas y además iban medio desnudas, tal y como le gustaría ir a ella con aquel sofocante calor.

Se quitó la camisa y se ensimismó en su mundo.

A las doce del mediodía se hizo evidente que el aire acondicionado estaba averiado. Sam Dale, el encargado de infraestructura, hizo acto de presencia para asegurarles que en breve solucionarían el problema. Por el momento, podían acudir al restaurante de la esquina para comer. Sus compañeros desaparecieron a toda prisa en las duchas y ella se planteó qué hacer. Había dejado su coche en un parking cercano y la broma le iba a costar una fortuna.

El sonido del móvil la distrajo de sus reflexiones. Era un mensaje.

**Wallace:** *He conseguido algo de dinero. Vamos a medias con el abogado. Te sigo echando de menos.*

Lo llamó en tres ocasiones con la misma respuesta: «*El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura*».

Dana maldijo para sus adentros y salió corriendo. Su amigo era demasiado orgulloso para su propia seguridad. A saber lo que habría hecho para obtener el dinero. Al final iban a tener que pagar algo más que una simple asistencia jurídica. Se lo imaginó robando en compañía de un grupo de mafiosos y aceleró las zancadas. Desde que no iba con ellos, esos chicos andaban sin cabeza. Lo peor de todo era que se sentía responsable, hasta ese momento era ella la que había decidido casi todo lo importante: dónde y cuándo, el cómo lo dejaba al albur de sus compañeros de delito.

Llamó a Lisa para preguntar por el paradero de Kendrick. Nadie lo había visto desde la noche del viernes. Dana suspiró preocupada. Tenía que haber hablado con él para tranquilizarlo y en lugar de eso había iniciado una aventura con el imbécil de su jefe.

Recordó la palidez de Wallace y el miedo que habían pasado y no dudó en saltarse todos los límites de velocidad. A esas alturas, una multa era insignificante en comparación del futuro de su amigo.

Se detuvo en *Spokes's* para hablar con sus colegas y agradecer a José que le llevara el coche a casa.

El garito era de lo más cutre, pero ella se sentía en casa. En ese lugar conoció a todo el que era algo en el mundo del arte urbano. Luther, el dueño del local, enseguida reconoció a la grafitera que llevaba dentro y la puso a prueba ofreciéndole decorar una de las puertas de los servicios, la de caballeros. Ella aceptó el reto y actualmente

podía verse a un tipo de espaldas mirando hacia atrás y guiñando un ojo mientras parecía estar orinando fuera del váter. La ovación que recibió Miguel Ángel por los frescos de la Capilla Sixtina seguro que palidecía en comparación con la que recibió ella por plasmar semejante despropósito. Para su sorpresa, su grafiti adquirió cierta relevancia, lo que todavía no llegaba a entender. A veces, le atribuía el mérito a la hora escasa que le dedicó o a que el tipo parecía tan real que había quienes lo saludaban. Lo cierto era que la leyenda creció.

Luther aprovechó el tirón y convocó un concurso de grafitis para decorar la puerta vecina y así fue cómo Dana se convirtió por primera vez en su vida en juez de algo. Ni que decir tiene que ganó el boceto de Wallace.

En la actualidad, podían verse dos figuras de la misma tribu urbana.

Dana había pintado a una especie de motero con cazadora y pantalón de cuero negros, botas militares y pañuelo rojo en el pelo y Kendrick la que sería su compañera ideal. Es decir, a una chica escultural vestida como la protagonista de *Grease*, adoptando la misma postura que el tipo que tenía a su lado: de espaldas y guiñando un ojo. Aunque la mujer no mostraba un culo deformado por los pantalones caídos como el motero sino que exhibía un trasero de antología y el perfil de un seno enorme. Unas semanas después, Dana descubrió que el artista se había inspirado en ella. No le hizo mucha gracia, pero así fue cómo se enteró de que no le resultaba indiferente a Wallace.

Menuda época, pensó distraída, mientras cerraba la puerta de los servicios y volvía con sus amigos. Se encaminó a la esquina del grupo y se detuvo tantas veces que Julia tuvo que rescatarla.

—Grafitis nuevos —murmuró Dana analizando a la mujer desnuda que tenía delante—. El tal *Nikki* es bueno.

Su amiga movió la cabeza sorprendida.

—¿Por qué sabes que Nikki es un hombre? —le preguntó sonriendo.

Dana la miró sonriendo a su vez.

—Mira esas tetas —le explicó como si fuera de lo más obvio—. Ni reales ni posibles, más bien parecen el sueño erótico de un adolescente.

Julia soltó una carcajada y tiró de ella para impedir que siguiera con las críticas.

—Se enfrían las hamburguesas —informó su amiga—. Oye, te echamos de menos. Esto no es lo mismo sin ti.

Dana se paró en seco.

—Yo sí que os echo en falta. Nunca me he sentido más sola que trabajando en ese banco —susurró con la lágrima floja—. Créeme, estoy deseando acabar mi pared para largarme de ese sitio.

Le faltó decirle que, además, se había enamorado de un borde que no aspiraba más que a meterse dentro de sus pantalones, pero lo consideró excesivo. Miró el grafiti de un reloj en la pared y recordó que todavía debía volver al trabajo. Contempló

las hamburguesas y se le hizo la boca agua. Qué injusta era la vida, llamar a esas delicias comida basura...

Como siempre que se le ocurría una idea, cogió su agenda y mientras escuchaba cómo Julia contaba a los demás lo que había dicho del tal Nikki, ella mordisqueaba su bocadillo a la vez que realizaba un pequeño boceto.

—¿Estás bien? —inquirió Lisa con interés—. Se te ve más nerviosa que de costumbre. Hacía tiempo que no dibujabas y comías al mismo tiempo.

Dana se encogió de hombros. Todo el mundo parecía conocerla, Rose le dijo algo parecido el día anterior. Dibujaba cuando estaba nerviosa... Nunca lo había visto de esa manera.

—*Wallace* —pronunció a la perfección mirando a José y a Lamar—me ha dicho que ha ganado dinero y que puede pagar a medias los servicios del abogado. Os podéis imaginar cómo estoy, ese chico es un insensato, no quiero imaginar en qué andaré metido.

Un movimiento en la barra la distrajo de lo que decía. Ella conocía ese cuerpo esbelto y ese pelo negro. Esta vez no se equivocaba, se levantó y dejando a sus amigos con la palabra en la boca se dirigió hacia el genio que disimulaba mirando hacia otro lado.

—¿Desde cuándo sigues a tu personal? —le preguntó Dana sintiéndose a punto de estallar de felicidad.

La había seguido, se dijo anonadada. Ese semidiós del mundo del arte la había seguido, *ergo*... tenía que estar interesado en ella. Era la única consecuencia lógica que se le ocurría.

Duncan le mostró la bebida y se echó un trago. ¿Qué podía estar haciendo en ese lugar que no fuera seguirla como un imbécil? Necesitaba encontrar una explicación plausible o, por lo menos, que no lo dejara en mal lugar. Desafortunadamente, no se le ocurría nada, aunque empezó a entender por qué estaba ella allí. Ese sitio debía de ser el sueño de cualquier grafitero, no quedaba ni un trozo de pared sin pintar. Había dibujos de todos los tamaños y colores. Mirara donde mirara encontraba arte callejero y, debía reconocer, algunos de los trabajos eran muy buenos.

Para su desconcierto, también constató que no había un solo tipo en todo el local que no mirara a su grafitera y eso lo puso nervioso. Nunca le había preocupado tal cosa. Ahora, por el contrario, repasó la indumentaria de la muchacha y aumentó su nerviosismo. Pantalón vaquero cortísimo y rotísimo y camiseta de tirantes negra. Menos mal que llevaba una de sus camisas de cuadros medio metida por los shorts. Completaban el conjunto unas bambas blancas y un pelo hincado cuyo efecto parecía buscado a propósito. De buena gana se lo hubiera acariciado pero se contuvo a tiempo, estaba allí para descubrir si estaba con otro hombre, no para empatizar con ella.

Dana esperó pacientemente a que terminara el trago. Para su asombro, Duncan no contestó; continuó bebiendo sin más, eso sí, observándola con aquellos ojos oscuros que la ponían tan nerviosa.

—Vale, no te he engañado con nadie, es absurdo incluso pensarlo —susurró Dana acercándose con confianza a su jefe—. El hombre que me acompañaba el sábado era mi hermano Matthew.

Duncan dejó el vaso en la barra. Se miró la mano derecha y le sorprendió el tembleque, se la metió en el bolsillo y habló como si no le afectara lo que acababa de escuchar. «*El tipo del sábado era su hermano, hermano, hermano...*», se repitió mentalmente.

—Grafitis —comentó él sin saber qué decir a continuación.

Dana sonrió con timidez.

—Grafitis —repitió ella como si tuviera sentido.

Duncan le regaló una espléndida sonrisa que Dana grabó en su memoria. No la olvidaría jamás, una expresión así no se veía todos los días. Ese hombre estaba feliz, le había cambiado el semblante, le brillaban los ojos hasta parecer claros y se había producido el milagro de que la mirara de otra manera.

Dana se mordió el labio, ahora le tocaba hablar a él. «*La chica que me acompañaba a mí era... mi hermana*», aclararía el pintor en un mundo ideal. Sobre todo, si tenía en cuenta que había leído en Internet que era hijo único.

No dijo nada.

¿Quién había dicho que el mundo fuera ideal?, pensó Dana irritada. Le hubiera gustado preguntarle directamente, pero no se sintió legitimada para hacerlo, además, él no le había preguntado, había sido ella la que se había dejado llevar como una tonta. ¿Qué esperaba? ¿Que estallaran *Truenos, rayos y centellas*, al estilo del capitán Haddock?

Pues, no hubiera estado mal, le contestó la voz de su conciencia. Después de que ella reconociera que su acompañante era su hermano, qué menos que la abrazara y le confesara su amor eterno y le explicara (a ser posible, bien rápido y sin ambages) lo que hacía él con la mujer de las curvas.

—Vayámonos de aquí —le susurró Duncan atrayéndola hacia su costado y aspirando su perfume.

Dana se dejó abrazar aunque negó con la cabeza.

—Tengo algo importante que hacer —le dijo mirándolo de soslayo.

Duncan entrecerró los ojos esperando que se explicara y ella continuó como si hubiera nacido para responder las preguntas no formuladas de ese hombre.

—Me preocupa que un amigo se haya metido en problemas —informó turbada—. Estoy aquí porque el dueño del bar puede saber algo, siempre que Wallace necesita dinero recurre a él. En este momento Luther no está, pero me han dicho que no tardará en llegar.

Duncan asintió, aunque repitió actitud pensativa.

—Y dices que es probable que se haya metido en problemas —murmuró el pintor con calma—. Tu tendencia a meterte en ellos también empieza a preocuparme. Prefiero intervenir, este sitio me recuerda que eres una artista urbana y, si no me

equivoco, existe toda una división de la policía local dedicada a controlar *vuestro* *oficio*.

Dana se echó a reír, lo del oficio había sonado a delictivo de verdad.

—Gracias, ya tengo mi propio caballero andante —admitió ella sin dudarlo—. Se llama Matthew Michel y es el mejor hermano y *abogado* del mundo.

Duncan frunció el ceño.

—En esta ocasión tendrás que conformarte conmigo —afirmó seguro—. Déjame recordarte que soy tu *jefe* y que puedo despedirte por un solo incumplimiento de contrato. No te queda tiempo: o me convierto en tu quijote y te ayudo o llegas tarde y te despido. Tú decides.

Rush acabó con una sonrisita de satisfacción que Dana deseó borrar... y fue lo que hizo. Se puso de puntillas, atrajo su cabeza hacia ella, aspiró hondo y le metió la lengua hasta la campanilla.

Sin dejar de besarla, Duncan buscó con la mano derecha una silla. Alguna alma bondadosa se la acercó y le dio un toque en el brazo para hacérselo saber. Entonces tomó asiento, abrió las piernas y la cercó con ellas. Al instante, interrumpió el beso, necesitaba mirarla y sentir que era... suya. Qué locura.

—Gracias, jefe —cuchicheó en su oído la grafitera con la voz tomada—. No lo olvidaré.

Duncan la abrazó con tanta fuerza que sintió cómo Dana dejaba de respirar. ¡Dios mío, qué le pasaba con esa chica! No podía dejar de pensar en ella. Las últimas veinticuatro horas habían sido una tortura, creer que estaba con otro hombre lo había dejado tocado, muy tocado.

—¿Y si me presentas a tus amigos mientras esperamos? —le preguntó alejando la cabeza de sus pechos para evitar tentaciones.

Sentía la entrepierna inflamada y dolorida, la camiseta de Dana era tan liviana que podía ver el contorno de sus pezones. Que no llevaba sujetador ya lo sabía, con lo que no contaba era con que fuera a excitarse tanto por situar su cara donde no debía, al menos, en público.

La vio sonreír mientras tiraba de la camiseta hacia arriba y se colocaba la camisa correctamente. Duncan se regodeó ante las expectativas que se abrían ante él, en unas horas ese cuerpo sería suyo, nada de camiseta ni de pantalones minimalistas. Ansiaba enterrar su cabeza entre los pechos femeninos y correrse dentro de ella hasta lograr que gritara su nombre.

Cuando comprendió lo que estaba haciendo intentó apartarse de ella, pero Dana no se lo permitió. Sintió una mano pequeña en el interior del bolsillo trasero de su pantalón y en su costado el roce de cierta protuberancia que debía de olvidar para retomar en cuanto pudiera...

Era un imbécil, se amonestó tan encendido como un ascua ardiendo. Metió, a su vez, su propia mano en el bolsillo del pantaloncito femenino y cuando notó el glúteo redondo y fibroso moverse sobre sus dedos recuperó su mano a la velocidad del rayo.

De seguir por aquellos derroteros, no llegaría vivo a la mesa de aquellos chicos, pensó desesperado.

Dana se reunió con sus colegas que no conseguían cerrar la boca. Era normal, pensó confusa, nunca la habían visto con nadie y ahora se daba el lote delante de sus narices y con un desconocido.

—Chicos, este es...

¡Mierda! ¿Cómo lo presentaba?

—Hola, soy Duncan — exclamó su jefe acudiendo en su auxilio con una sonrisa imposible en los labios—. Dana y yo trabajamos juntos.

Perfecto, no mentía y no resaltaba que era un genio de la pintura que retozaba con una de sus empleadas. Dicho así no sonaba demasiado bien, pensó Dana desanimada.

José fue el primero en levantarse y estrecharle la mano. Se presentó él mismo pero parecía preocupado. Lamar lo imitó. Esos muchachos no parecían demasiado contentos con su incipiente relación. Las chicas, sin embargo, recibieron a Duncan con más muestras de entusiasmo. Incluso entre las lesbianas tenía éxito ese hombre, se dijo Dana sorprendida al ver cómo Lisa lo repasaba lentamente con la mirada.

—Siempre pensé que acabarías con nuestro *Ken* —le susurró su amiga al oído—. Pero debo reconocer que este es irresistible, no me extraña que por fin hayas caído.

Dana sonrió tratando de olvidar que ese hombre no era un compañero cualquiera y que no podía esperar demasiado de él. Apartó el pensamiento con renovadas fuerzas y pidió una hamburguesa con extra de todo para Duncan. Este la miró elevando una ceja en señal de protesta pero no dijo nada cuando se percató de que todos comían lo mismo. Dana le regaló una de sus sonrisas *consíguelotodo* y pensó en lo maravilloso que sería que aquello fuera real.

Como Duncan no dejaba de mirarla, la grafitera le guiñó un ojo con picardía: «*Espérate a probarla y ya me dirás...*», pareció decirle con el gesto.

La comida llegó enseguida. La cara del pintor era todo un poema pero soportó bien la encerrona. Dana supo enseguida, por la forma en que su acompañante examinaba el montículo de carne, que sería la primera vez que le hincara el diente a una hamburguesa y no quiso perderse ni un detalle de la escena.

Divertida, contempló los esfuerzos de Duncan para hacerse con el mazacote de carne pero, una vez lo probó, no hubo más dudas; se las apañó para no perder bocado y en cinco minutos su jefe se chupaba los dedos como el resto del grupo.

Era uno de los suyos, quién lo diría, reflexionó Dana sin dejar de sonreír.

Julia se lanzó y le preguntó a Duncan por su trabajo en el banco y dos frases después se los había metido a todos, incluida ella, en el bolsillo. Su pasión al hablar era tan evidente que la transmitía con cada explicación que daba. Había tenido problemas con los marcos de las ventanas, explicaba su jefe rascándose la cabeza con naturalidad, eran demasiado gruesos y las líneas se desdibujaban cuando llegaban a ellos.

—Un momento —preguntó Dana completamente absorta en el problema—, ¿estás diciendo que has pintado alrededor de cada ventanal un marco que no es tal?

Duncan la miró fascinado.

Los ojos verdes de su chica fulguraban mostrando un interés genuino y la puntita de un diente muy blanco asomaba en su labio inferior mientras se lo mordía. Esa mujer que tenía a su lado era una gran artista, además de preciosa y muy inteligente; mientras sus amigos continuaban sin ver la solución del problema, ella lo había captado a la primera, y era suya... Era suya, pensó, sintiendo que el vértigo que le ocasionaba ese pensamiento le dificultaba la respiración.

Sintió ganas de salir corriendo pero algo en la mirada de Dana lo detuvo. Ella confiaba en él. No sabía qué había hecho para ganarse tal privilegio pero esa chica lo contemplaba como si, en verdad, él fuera ese compañero que había descrito para que sus amigos no le hicieran demasiadas preguntas.

Duncan le alborotó el pelo y atrajo su cabeza hacia él, después le dio un casto besito en el pelo y suspiró enternecido. Cuando elevó la mirada tuvo que lidiar con las caras sorprendidas de cuatro personas... No, de cinco personas, Dana también lo miraba con asombro.

Iba a preguntar si tenían algo que decirle cuando un tipo grande como un oso, vestido de cuero negro, hizo su aparición delante de la mesa. La actitud del hombre y su cara bonachona tranquilizaron a Duncan que había pensando que tendría que entrar en acción.

—Dana, cariño, me ha dicho Gus que querías hablar conmigo —le dijo el hombre saludando al resto con un gesto de la cabeza.

Dana asintió, le soltó dos sonoros besos en las mejillas y se alejó seguida del individuo.

Duncan hizo el ademán de levantarse para acompañarlos pero comprendió que estaría de más. No obstante, no los perdió de vista.

—No tienes de qué preocuparte—le soltó Lisa estudiando sus gestos—. Los miras como si temieras que Luther fuera a comérsela de un solo bocado. Se conocen desde que Dana llegó a Boston. La pared del fondo es de ella y la puerta del servicio de caballeros también. Son viejos amigos, te lo aseguro.

Duncan reparó en Lisa por primera vez. La muchacha parecía una de esas mujeres seguras de sí mismas en las que se puede confiar. De pelo corto y rapado, su cara resultaba atractiva, aunque también algo masculina. En ese momento miraba a Dana exactamente igual que él y eso lo descolocó bastante, sobre todo, cuando los rasgos de la mujer se suavizaron al escuchar la carcajada de Dana. La otra chica, Julia, era menos atractiva, quizá por su extrema delgadez que lucía sin importarle gran cosa. El vestido le quedaba enorme y toda ella estaba cubierta de unas pecas oscuras que resaltaban como si fueran manchas sobre su piel. Al mirar a Lisa, la cara de Julia reflejaba un intenso dolor que hizo retroceder a Duncan en el tiempo. Otra cara y otra persona bien distinta aparecieron en su memoria para amargarle la existencia. Sacudió la cabeza y volvió a la realidad.

Un triángulo complicado, decidió desconcertado.

—Gracias, es un alivio saberlo —respondió Duncan, tan tarde que logró que Lisa lo mirara con curiosidad.

Lisa Miller había notado la preocupación de ese hombre, no apartaba la vista de Dana y miraba a Luther como si fuera un criminal convicto. También se había percatado de que su amiga le sonreía de vez en cuando como si quisiera tranquilizarlo. No sabía qué historia mantenían esos dos, pero debía de ser de las buenas porque no era fácil contemplar ese tipo de entendimiento ni esa preocupación que llevaba a un hombre a permanecer erguido en una silla ante la posibilidad de acudir al rescate de su amada.

Respiró mejor, ese tipo atractivo y arrogante estaba colado por Dana, se notaba a una legua. Lo que no tenía tan claro era si su esnobismo encajaba con la personalidad de su amiga.

El futuro lo diría, se dijo intranquila.

\* \* \*

—¿Estás seguro, Luther? No me fío de Wallace, ya lo conoces. —Sonrió Dana—. Vive en un mundo paralelo en donde los actos no tienen consecuencias.

Luther asintió sonriendo.

—Yo mismo lo llevé al muelle —repitió el hombre por enésima vez—. Son buena gente. Trabajadores que se ganan la vida, Dana. Uno de los encargados viene muy a menudo por aquí. No debes preocuparte, ese chico no se va a matar a trabajar, tampoco creo que pueda, acostumbrado como está al peso de las latas, ya me dirás... —Volvió a sonreír—. Hoy en día son las máquinas las que cargan y descargan las mercancías. Hazme caso y deja que ese muchacho crezca de una vez.

La última frase fue definitiva.

Luther tenía razón, Wallace Kendrick debía madurar, se dijo Dana intentando convencerse de que todo estaba bien.

Miró hacia la mesa de la esquina y sonrió a su público. Duncan la esperaba, eso era seguro, pero necesitaba pensar con claridad y estar a su lado era sinónimo de vivir en la inopia. Con un gesto, señaló que iba a los servicios y dejó morir la sonrisa que se había pegado a los labios. Estaba más que preocupada, había algo que no acababa de gustarle en todo aquello. «*Muelles*», repitió en voz baja, Wallace Kendrick necesitaba dinero y estaba trabajando en los muelles...

Le dio pánico el resultado de esa ecuación.

Temblando, buscó su teléfono dentro del bolso y marcó desesperada. La respuesta no había variado en el par de horas que habían transcurrido: «*El número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura*».

Le escribió varios mensajes y otros tantos whatsapps, anheló ver las rayitas azules pero el milagro no se produjo. Necesitaba hablar con él, no pedía nada más.

Mirando su teléfono como si esperara que la máquina le hablara, así se topó con un pecho duro y trabajado. No había oído el chirrido de las bisagras de la puerta, por lo que descubrir a Duncan delante de ella la conmocionó.

—¿Va todo bien? —le preguntó su jefe mientras le acariciaba la mandíbula y le repasaba los labios con el dedo pulgar— Afloja, estás muy tensa — le susurró introduciendo su lengua dentro de la boca de Dana cuando esta la abrió sin pensarlo.

Dana suspiró fascinada. Le devolvió el beso y se dejó acariciar los pechos como si fuera de lo más normal.

—Te deseo —murmuró Duncan arrastrándola al interior de uno de los cubículos.

Dana eximió a la voz de su conciencia de decir lo que pensaba y se fundió contra él para que pudiera cerrar la puerta. Lo sucedido a continuación la dejó sin respiración, ese hombre no le dio tiempo de mirarlo siquiera, le subió la camiseta al cuello, tiró de sus pantalones cortos hacia abajo (cayendo los muy traicioneros, junto con el tanga, sin necesidad de desabrocharlos). Y después de chupar sus pechos como un loco, la penetró a sabiendas de que estaba mojada.

Era tan absolutamente embriagador recibir los envites de ese hombre en un lugar público, sin poder hacer ruido y rodeados de tanta gente, que supo que no iba a necesitar de ninguna ayuda extra para desintegrarse en mil pedazos. Las sacudidas llegaron al instante al igual que las palpitaciones. Dana sofocó los gritos con la mano y buscó la complicidad de Duncan con desesperación. No tenía de qué arrepentirse, su genio la contemplaba con los ojos negros más dorados que nunca y con una sonrisa arrebatadora. Dana le mordió el labio, su chico dejó escapar un alarido y seguidamente su pene se contrajo de pura vida con violencia.

Duncan no le dio tiempo ni de suspirar. Le bajó la camiseta, le subió el tanga y dejó que ella se pusiera los pantalones y la camisa.

Mientras tanto, él se quitó el preservativo, se abrochó el vaquero y listo.

Dana lo vio salir con aplomo y dirigirse al jabón de manos, lavárselas con rapidez y echarse agua en la cara para... ¿despejarse? Por último, se pasó los dedos mojados por el pelo para lucir como si no hubiera sucedido nada.

Todo con tanta soltura que Dana se preguntó cuántas veces habría hecho lo mismo. Lo suyo había traspasado la línea de la maestría para convertirse en auténtico arte.

La miró, sorprendido de que permaneciera sin hacer nada, y le sonrió.

—Debemos volver al trabajo —informó como si ella no lo supiera—. Tú y tu amigo podéis contar conmigo para lo que necesitéis pero ahora debemos volver, es muy tarde.

Dana se negó a pensar.

Dejó que él saliera y se lavó las manos con parsimonia. Entonces vio su teléfono olvidado encima del lavabo y se echó a llorar.

Lo que ella decía, con ese hombre siempre estaba en la inopia.

Quizá demasiado.

## 13

—Te has liado con Duncan, ¿me equivoco? —le preguntó Nancy y después, como si se arrepintiera del exabrupto, cambió de dirección—. Me apetece un café bien cargado, ¿te apuntas?

Dana la observó en silencio. Viendo el gesto pensativo y, contra todo pronóstico, preocupado de la mujer, decidió contestarle con educación. O lo que era lo mismo, no le iba a contestar. Dado que estaba acuclillada, adoptó una postura más digna y se puso al mismo nivel que su vecina de pared.

—Me encantaría —manifestó intentando quitar hierro al asunto.

La interrogación enorme que apareció en la cara de su compañera le hizo soltar una carcajada.

—Quería decir que me *encantaría* tomar otro café bien cargado —matizó Dana divertida.

Lo de acostarse con su jefe lo tenía más que cubierto. Duncan aprovechaba cualquier momento del día para *liarse* con ella. Las noches eran otra cosa, su amante debía transformarse en vampiro o algo así porque no había vuelto a su apartamento ni la había invitado a conocer el suyo. «*Todo de lo más normal*», le repetía Rose cada vez que podía.

Se limpiaron las manos con las toallitas que sacaron de la máquina dispensadora y entraron en el salón restregándose con brío. Dana aspiró el perfume que exhalaban sus manos y sonrió. Menuda pijada, el olor del aguarrás no podía competir con el aroma floral de aquellas gasitas.

Permitió que Nancy preparara los cafés y ocuparon dos de los sillones que habían situado estratégicamente al fondo de la sala aprovechando el espectáculo visual que se apreciaba desde los ventanales.

Dana dio un pequeño sorbo y cerró los ojos. Si no se hacía muchas preguntas, como en aquel momento, podía llegar a pensar que era feliz. El carraspeo de su colega la bajó de la nube.

—Cada poco tiempo aparece una chica, por lo general, joven y preciosa —le dijo la mujer mirándola directamente—. En apenas unos días, cae rendida a los pies de Duncan. He visto de todo: enamoradas, aprovechadas, buscavidas, pintoras, modelos, azafatas... —parecía que podía seguir con la retahíla, advirtió Dana sin perderse ni un detalle de los gestos de Nancy—. Una vez que nuestro jefe ha intimado con la fémina, es cuestión de tiempo... Verás, te digo esto porque es la primera vez que a lo de *joven y preciosa* hay que sumarle madura y competente. Bueno, más que competente, todos sabemos que eres magnífica. No te mereces lo que te espera.

Le pilló desprevenida la sinceridad de su compañera.

—Gracias, por tu interés y por separarme del resto de... chicas —le costó trabajo pero al final le salió.

No reconocería nada más.

Su hermano Matt siempre le decía que debía negar los hechos que le imputaban, aunque en ese caso le pareció ridículo. Duncan pasaba a *inspeccionar* su trabajo unas diez veces al día y, a menudo, le hacía abandonar la sala siempre escoltada por él. ¿A quién quería engañar? No sería a aquella mujer, eso estaba claro.

—Ese muchacho tuvo ciertos problemas —le susurró Nancy después de mirar a su alrededor—. Nadie sabe con certeza lo que ocurrió, pero hace tres años se produjo un punto de inflexión en su vida. Imagínate, de pintar cuadros pasó a pintar edificios... No puedo ser más explícita, pero yo me andaría con cuidado. Para ese hombre las mujeres no tienen más importancia que las toallitas que acabamos de tirar.

Dana miró la papelera y se negó a creer que en breve compartiera destino con aquellos trapos perfumados. Sentía en las entrañas que ese hombre estaba realmente interesado en su persona, incluso pensaba que quizá estuviera... enamorándose de ella.

Terminaron los cafés en silencio y volvieron al trabajo.

Esa tarde Dana no esperó a que apareciera Duncan.

Descartó la ducha y el autobús de la empresa. Salió por la puerta principal y se mezcló con la gente que caminaba por la calle. Cuando se hizo de noche no sabía dónde estaba. Llamó a un taxi y dio la dirección de la galería de Lelan O'Shea. Necesitaba poner tierra de por medio y, en eso, Rose era la mejor. Sacó su agenda y, mientras el vehículo avanzaba con dificultad por las calles atestadas de coches, ella dibujaba sus famosos bichitos.

\* \* \*

Duncan entró en la sala a pasos agigantados.

Llevaba veintitrés minutos esperando que la aguja de su reloj marcara las ocho en punto. Todavía faltan cinco minutos, se dijo con el corazón acelerado al no ver a su chica por ningún sitio.

—Dana se quedó sin pintura celeste y se marchó a casa hace algo menos de una hora —le informó Nancy con las manos llenas de pinceles limpios.

Duncan recibió el golpe en pleno estómago pero nada en él lo reveló. Se acercó a la pared y se quedó maravillado de la ejecución tan precisa y detallada de los vestidos de las musas. Incluso las flores, que las cuatro mujeres pisaban, estaban primorosamente detalladas, algo que no aparecía en el boceto que ellos le habían proporcionado. El vestido de la última musa era de un tono azulado con los bordes dorados y, tal y como le había dicho Nancy, apenas se apreciaban unas ligeras pinceladas.

—Es una chica increíble —opinó la mujer situándose a su lado.

Duncan asintió en silencio.

Un malestar cansino e insistente se le había enroscado alrededor del pecho y no lo dejaba respirar. No había minuto del día que no pensara en ella, en aquella chiquilla especial que hacía que su sangre bullera con solo estar en la misma habitación. Y

ahora se había ido. Si supiera esa inconsciente lo importante que eran para él los minutos que conseguía robarle de vez en cuando, no se habría marchado sin despedirse siquiera.

—Duncan, sé que no me corresponde decirte esto, pero Dana... no es como las demás —reconoció Nancy con suavidad—. Quizá sea el momento de enterrar el pasado y seguir adelante.

Duncan miró la mano de la mujer apretar con fuerza su antebrazo y retrocedió asustado. El pasado, se dijo recuperando la sensatez de golpe, ese pasado que seguía siendo su maldito presente.

Se marchó sin contestar.

Analizando la reacción de su jefe, Nancy comenzó a arrepentirse del consejo que le había dado a la muchacha. Ese hombretón soberbio y atractivo necesitaba ayuda y mucha comprensión. Ojalá y la criatura que empezaba a admirar tuviera el temple suficiente para luchar por él, porque Duncan Rush tenía mucho que ofrecer, no había más que ver la sensibilidad que destilaba su obra, o el brillo de sus ojos al entrar en la sala creyendo que iba a encontrar a Dana para saberlo.

\* \* \*

Rose recibió a su amiga con un fuerte abrazo.

—Baja a ducharte —le cuchicheó al oído—. En el armario encontrarás alguno de mis vestidos. Ponte el que quieras, como Lelan te vea con esa pinta no volverá a contratarte.

Dana se olió las axilas con disimulo y respiró tranquila. Había pensado que apestaba, abrazo y ducha en el mismo contexto resultaba un pelín humillante. Rose le pegó un codazo y, sonriendo, la dejó para atender a una pareja de ancianos que acababa de abrir la puerta.

Dana aprovechó para mirarse en el espejo de la entrada y no se encontró tan mal. Leggings piratas y camiseta de los *Ramones*. Si pasaba por alto los agujeros de la segunda, estaba ideal; con la única excepción de la pintura de sus manos, nada en ella decía que llevara ocho horas pintando una pared. Ciertamente, no podía competir con el modelo ajustado en tono crudo que llevaba su amiga, o con los tacones o el pelo planchado, amén de su maquillaje, que era de los que duraban veinticuatro horas sin inmutarse. En fin, esa era Rose. No obstante, era cierto que necesitaba esa ducha.

El sótano del edificio se había convertido en mitad almacén y mitad casa. Tratándose de Lelan, el uno y la otra eran excesivos y lujosos al máximo.

Dana entró en la habitación de huéspedes y revisó el armario. Ninguno de aquellos modelos podía cubrir su anatomía sin revelar que no le pertenecía, por lo que no lo pensó demasiado. Se duchó en el interior de un habitáculo cubierto de piedra natural y seleccionó el modo masaje en la tabla de la pared. Seis chorritos diferentes la asaltaron sin previo aviso consiguiendo relajarle los músculos de la espalda que los sentía completamente entumecidos.

Abandonó renuente el paraíso del agua y se peinó a toda prisa para evitar encrespamientos. Rebuscó en el interior de su bolsa y se inclinó por lo único que podía

pasar la prueba de fuego en un sitio como ese. Un vestidito de seda que le había regalado su hermano porque la había oído quejarse de lo que pesaba su mochila y esa tela era tan liviana que podía atravesar un anillo sin arrugarse.

Se lo puso y comprobó que le sentaba mucho mejor de lo que hubiera imaginado, aunque destacaba una parte de su cuerpo de la que no se sentía muy segura. En realidad, el modelo era muy sencillo, recto, sin mangas y por encima de la rodilla. La tela se oscurecía en la parte derecha del diseño, justo donde llevaba la cremallera, y se aclaraba conforme se alejaba. Los tonos dominantes eran el blanco y el rojo, razones por lo que no se lo había puesto hasta ese momento. Aunque era ideal para combinarlo con las bambas blancas que se calzó sin pensar en los gritos que iba a dar Rose cuando la viera con ellas.

Se miró en el espejo antes de salir y comprobó que varios mechones habían vuelto a las andadas. Gracias a Dios, Lelan guardaba todo tipo de instrumentos en los cajones de aquellos suntuosos muebles. Cogió una tijera y los cortó consiguiendo mejorar su aspecto.

O eso pensaba ella, porque Rose se superó a sí misma cuando la vio aparecer con menos flequillo. Gritó como si en lugar de cortarse unos mechones de nada se hubiera quedado calva. Lo único bueno de los chillidos era que su amiga no se había percatado de los zapatos que llevaba.

—Deberías ser fea como ... —Rose miró a su alrededor y encontró lo que buscaba— ... esa señora del cuadro —finalizó contenta—. Así no te harías esos estropicios. Dios mío, Dana, pareces una loca excéntrica. Si no te encontraras atractiva con cualquier cosa quizá respetaras más tu integridad física. Hablo de tu pelo, por si no te habías dado cuenta.

Dana asintió sin poder creerse que su amiga quisiera que se pareciera a aquella cacatúa con sombrero.

—Rose, prometo no volver a hacerlo —suspiró en serio—, pero, por favor, no me vuelvas a desear que sea una "*Mujer con bigote y verruga*" —leyó a punto de partirse de risa—. Por muy cubista que sea, en uno de los planos se aprecia un mostacho que ni el de *Hércules Poirot* y la verruga tiene pelos, un respeto, que una tiene su autoestima...

Ambas se miraron a los ojos y estallaron en sonoras carcajadas. Lelan acudió a reprenderlas pero cuando descubrió que sus clientes las admiraban encantados, permitió que continuaran ganando adeptos para su galería.

—Esta noche toca salida —le dijo Rose mientras la observaba dibujar aquellos seres inventados que formaban parte de la vida de su amiga—. Thomas y Nicholas y tres artistas nuevos, dos chicos y una chica. Te advierto que ellos son homosexuales y a la chica aún la tengo en cuarentena...

Dana elevó la mirada y le sonrió.

—Me apetece salir y *olvidarme del resto del mundo* —habló sin pensar—. Con homosexuales me parece bien, así no tendré que buscar una chaqueta.

La cara de la galerista se crispó apenada. Mierda.

—Ya veo —susurró Rose acercándose a la mesa en la que Dana se había instalado—. Espero que te hayas dado cuenta de que ese hombre solo quiere de ti lo que le has estado negando a la mayoría desde que te salieron las tetas.

Demasiado para alguien como su compañera, se temió Dana. Si pretendía decirle que Duncan estaba con ella por su cuerpo lo había logrado a la perfección.

—Rose, probablemente esté haciendo el tonto y no tenga más futuro con ese hombre que el de un caramelo a la puerta de un colegio —susurró ella cansada—. Pero no te olvides de que el sexo lo practicamos los dos y de que yo lo hago encantada; Duncan no está engañando a nadie.

Rose pareció indignarse ante la total admisión de los hechos por parte de su amiga.

—Sí, lo sé —argumentó con fuerza—. Sé que no te ha prometido un anillo ni te ha presentado a su familia, tampoco te ha llevado al cine ni a su casa, es más, no te ha llevado a ningún sitio. Demonios, Dana, te hace el amor en el maldito banco. Sí, sé todo eso —afirmó enfadada—. Lo que no entiendo es por qué admites una relación solo basada en el sexo. Cuando ese hombre se canse de ti continuará con su vida como si tal cosa pero, ¿cómo vas a sentirte tú? ¿Lo has pensado?

Dana agitó la cabeza desesperada. No tenía respuesta para ninguna de las cuestiones que le planteaba su compañera. Se limpió las lágrimas que se deslizaban lentamente por su mejilla y continuó dibujando.

También Rose se secó los ojos. Dana había cambiado tanto desde que ese gilipollas había entrado en su vida que ya no la reconocía. Su alegría y su desenfado parecían haber desaparecido. Ahora se pasaba los días pensativa, dibujando aquellos bichejos extraños en cualquier sitio. La prefería pintando las calles, al menos era feliz.

*Coldplay* irrumpió de pronto en la habitación. Dana miró su teléfono y dudó si descolgar, no lo hacía cuando se trataba de un número desconocido pero en esa ocasión contestó; cualquier cosa con tal de evitar que Rose siguiera diseccionando su relación.

—¿Dana? —escuchó decir a Duncan al otro lado del teléfono—. No... te has despedido de mí esta tarde. ¿Va todo bien? ¿Se trata de tu amigo?

Duncan suspiró desanimado. Lo de preguntar por el amigo parecía la excusa perfecta para llamarla sin parecer desesperado. Se le había ocurrido hacía tan solo unos minutos, hasta ese momento había marcado y colgado unas veinte veces.

Percibió el titubeo de Dana y su corazón comenzó a latir sin freno. No podía estar cansada de él, todavía no, se dijo, intentando controlar su angustia.

—Todo va bien —susurró ella sintiéndose fatal por haber desaparecido del trabajo sin decir nada—. Espero no haberte preocupado.

Rose le preguntó con un gesto.

Dana escribió el nombre del artista en el margen de su libreta y la giró para que lo viera. La paciencia no era una de las virtudes que adornaban a su amiga. Además, de seguir gesticulando de aquella manera corría el riesgo de lesionarse, pensó Dana a

punto de levantarse y aislarse en cualquiera de las salas para poder hablar sin influencias externas.

Su querida compañera no se cortó ni un pelo, agarró el bloc y escribió unas líneas que la dejaron sin palabras: «*Dile que te ha venido la regla. Esta noche es nuestra*»

Dana resopló enfadada, Rose acababa de destrozar una de sus nuevas creaciones, una especie de tigre hinchado y peludo. Escribir en la tripa del animalito la irritó más de lo que su amiga llegaría a comprender.

—Bueno, verás... —En ese instante, una idea desafortunada aterrizó en su cabeza—. He tenido que acercarme a una farmacia para comprar tampones. En fin, en esas condiciones no creía que...

Duncan respiró aliviado. Qué demonios tenía que ver que tuviera la menstruación con el hecho de estar juntos... Salvo que no lo quisiera para otra cosa que para el sexo, pensó dolido. Entonces recordó que no hacía mucho que era virgen y le concedió un voto de confianza.

—Te echaba de menos —confesó en voz baja, sin llegar a creerse que hubiera reconocido tal cosa—. ¿Dónde estás?

Dana le dio la espalda a Rose, de seguir mirándola estallaría en carcajadas y aquella conversación se le antojó trascendental. Su amiga le mostraba el cuadro de un hombre desnudo al tiempo que negaba con la cabeza.

—Estoy en la galería con la imbécil de Rose. —Suspiró ella en voz alta—. Cuando acabe, vamos a darnos una vuelta. Hoy es *viernes*, ya sabes, somos jóvenes y todo ese rollo.

Duncan experimentó tal sentimiento de posesión con respecto a Dana que se estremeció solo de pensar que otros hombres intentarían ligar con ella y él no estaría para enfatizar que la chica ya estaba... ¿Qué?, se preguntó aterrado.

Lo cierto era que no tenía ningún derecho a pedirle que le guardara fidelidad, incluso podía conocer aquella noche al hombre de su vida... Maldita sea, pensó malhumorado. La culpa de todo la tenía Nancy, esa mujer había removido cosas que ya tenía superadas.

—¿Y si quedamos en algún sitio? —le preguntó con miedo de que le contestara un educado *no*—. Me presentas a tus amigos y nos tomamos una copa.

«*Y te abrazo y te miro y te beso y te... siento mía*». No reconocería nada de eso.

Dana se puso tan nerviosa que estuvo a punto de caerse de la silla.

—Claro, cuando sepa a dónde vamos te envío un mensaje a este mismo número —le dijo flotando en una nube.

Duncan sonrió cohibido, no lo había mandado a paseo. Algo era algo.

—Nos vemos, Dana.

—Nos vemos, Duncan —imitó como una tonta.

Nunca sabía cómo despedirse de ese hombre.

\* \* \*

Rose la miró con el ceño fruncido.

—Pero ¿de qué guindo te has caído? —le soltó sin previo aviso—. Era nuestra noche, nada de tipos que debemos olvidar... No sé si has caído en la cuenta de que ese tío no te conviene. Sinceramente, parece que hayas perdido el seso por ese hombre.

Dana sonrió sabiendo cómo hacerla callar.

—Pues ya somos dos, porque mi hermano provoca en ti el mismo efecto —aseguró victoriosa—. Y yo no te doy la brasa.

Rose movió la cabeza desolada.

—Es un golpe tan bajo que no te voy a contestar —susurró devolviendo el desnudo masculino a la pared de donde lo había descolgado—. Imagino que ahora querrás pintarte y ponerte unos tacones. Tengo el neceser en mi bolso y en la esquina de esta misma calle hay una zapatería. En media hora nos largamos. —Sonrió perdonándola en el acto—. Y, para tu información, si no me hubiera encontrado a tu hermano en mi baño tan desnudo como este tío, no parecería una *borderline* cuando lo veo.

Dana se tapó los oídos, no quería escuchar la historia. Se la sabía de memoria. En el segundo año de universidad, su hermano había hecho reformas en su piso y ella le ofreció su baño. Mientras Matt se duchaba y ella salía a comprar unos apuntes, su compañera hizo acto de presencia y pilló a su hermano desnudo.

Todo bastante normal si no fuera porque Rose no le había perdonado que no la hubiera advertido. Para colmo de males, su hermano también se había molestado porque, a partir de ese momento, Rose se había transformado en un *gremlin* malo y obsesivo. En su descargo, le dijo a su compañera que no necesitaba avisarla porque esa tarde se suponía que ayudaba a sus padres en el restaurante y a su hermano, que la culpa de todo la tenía su tremendo atractivo.

Pero su diatriba no convenció a ninguno de los implicados.

—No llevo dinero suficiente como para comprar unos zapatos en esta zona —recordó Dana al coger su bolso—. ¿Si te pido disculpas por millonésima vez, me prestas tu tarjeta?

Rose tomó asiento y compuso su mejor cara de niña buena.

—Estoy preparada, pero esta vez quiero algo más elaborado —solicitó, disfrutando de la situación—. Tu último alegato me resultó muy soso.

Dana elevó una ceja y suspiró resignada. Llevaba varios años repitiendo aquel vodevil, que además fuera ameno y divertido era pasarse.

—Está bien —admitió sonriendo ante la expresión satisfecha de su compañera—. Lamento no haberte dicho que mi hermano usaría nuestro baño, lamento que lo vieras desnudo y lamento que hagas el imbécil... quiero decir, que te cortes cuando lo ves. Aunque, empiezo a cuestionarme si esto dura tanto porque es algo más que un juegucito entre nosotras...

Rose se levantó de la silla con parsimonia y se dio media vuelta. Cogió su bolso y se lo tendió a Dana.

—Con el color de tu piel, que sean rojos, por favor —le susurró al oído—. Tu hermano está buenísimo pero es demasiado serio para alguien como yo. Solo bromeo, Dana, no imagines cosas raras.

Dana la miró a los ojos y Rose estalló en carcajadas.

—Me encanta poner nervioso a Matt, no puedo evitarlo. Nos vemos, él me mira, yo lo miro y ambos pensamos en lo mismo —explicó sincera—. Es tan fácil sacarlo de sus casillas que me dejo llevar. Bueno, ya me conoces.

Dana movió la cabeza deseando que esos dos crecieran y se dejaran de juegucitos. Agarró el bolso y salió a toda prisa.

Odiaba ir de compras.

Quince minutos más tarde regresó subida en unas sandalias rojas, perfectas y sofisticadas. Rose le echó un vistazo al verla entrar y sonrió dándole su aprobación.

—Me gustan —señaló mosqueada—. Creo que es la primera vez que te compras unos tacones bonitos y elegantes. Puede que aún haya salvación para ti.

Dana se miró los pies contenta.

—No he tenido que elegir —explicó satisfecha—. Eran las únicas rojas que quedaban. Me van un pelín grandes pero no se nota.

El bufido de Rose compitió con el sonido que hacían las cortinas metálicas al cerrarse sobre la galería.

Se despidieron de Lelan y se metieron en el taxi que aguardaba en la acera.

—Eres tan previsora que das grima —señaló Dana cogiendo el tubo de maquillaje que le tendía su amiga.

—Tienes unos quince minutos —le dijo Rose asintiendo con naturalidad—. He trabajado toda mi vida, he estudiado y he cuidado de ti. No podía ser de otra manera.

Dana la abrazó con fuerza.

—Gracias —susurró encantada—. Aunque no vas a conseguir que se me olvide mi nueva teoría respecto a mi hermano.

Rose le guiñó un ojo y le siguió la corriente.

—¿Por qué crees que dibujé aquel desnudo masculino que no conseguí que pareciera algo serio?

Dana dejó de sonreír.

Era verdad, durante un tiempo su querida Rose intentó dar vida a un sujeto parecido al *David* de Miguel Ángel sin ningún éxito. Vaya, si exceptuaba sus diferencias artísticas, la similitud entre su historia y la de su amiga daba miedo.

## 14

El restaurante en el que habían quedado no podía ser más cutre.

—Debe de irles muy mal si habéis quedado aquí —señaló Dana, dudando entre mandar un mensaje a Duncan o esperar a cambiar de garito. Entonces recordó que su jefe ya había estado en *Spokes's* y decidió darle a enviar.

Ese hombre la iba a dejar por falta de buen gusto, se dijo Dana con ironía cuando vio las paredes atestadas de cuadros, lamentablemente de una pésima calidad.

—Están empezando —suspiró Rose alzándose en sus tacones para vislumbrar el fondo del local—. No todo el mundo tiene la suerte que has tenido tú.

Dana se encogió de hombros, no sabía si llamarlo suerte. Miró la acuarela que tenía a su derecha y reprimió un chillido.

—¿De qué va este sitio? —preguntó boquiabierta al comprobar que cada trabajo disponía de un número en una de sus esquinas.

Rose suspiró como si el despiste de su amiga la superara.

—Dana, aunque no te lo creas, estás pisando el famoso *Home Art*—informó muy bajito y a su oído—. Cada semana se elige a un ganador de entre los trabajos presentados aunque en este sitio se expone casi todo. Basta con que te asignen un número y entras en el concurso. Los que no tienen número no participan, como esa acuarela que miras como si te hubiera hecho algo.

Dana se tocó el pelo y tuvo claro que se le había encrespado con solo mirar a alguna de aquellas creaciones.

—¿Quién compone el jurado? —preguntó con recelo—. Algunas de estas pinturas son auténticas aberraciones.

Rose volvió a mirarla como si saliera de un mundo paralelo.

—Está claro que no sabes de qué hablo, ¿verdad? —le soltó sonriendo, como si no llegara a creérselo—. El público es el jurado, junto a la bebida te dan un sobre con la lista de trabajos. Señalas los mejores y fin de la historia. El ganador obtiene toda una pared y la posibilidad de hacerse visible durante una semana. A veces, vengo con Lelan y compramos algunas obras. Son baratas y dan vida a la galería.

Dana arrugó entrecejo.

—Eso suena fatal, me refiero a que el público sea el jurado —insistió indignada—. Basta con venir lo suficiente o tener un montón de amigos para que puedas ganar sin merecerlo.

Rose admitió la teoría con un gesto.

—Estoy de acuerdo, pero mejor te guardas la opinión. Uno de los chicos que vas a conocer ha ganado el concurso en dos ocasiones y se lo toma muy en serio.

Dana asintió.

Dejó a Rose pidiendo en la barra y se adentró en el salón dispuesta a ser una jueza justa y completamente objetiva. La idea era buena, el problema radicaba en la esencia del ser humano. Pensó en Félix Sand, su compañero de universidad, y comprendió que ese chico haría lo que estuviera en su mano para ganar el concurso, aunque implicara hacer trampas.

Se paseó por una pared llena de cuadros y se sorprendió de que la gente se lanzara a pintar sin tener ni la más remota idea de cómo hacerlo. Luego pensó que quizá se sintieran satisfechos con exponer sus trabajos y consiguió retomar su análisis con menos dureza.

Dana le indicó que se sentaba en una de las esquinas del local y ella continuó con su estudio. Cambió de pared y también de críticas, aquellos trabajos eran otra cosa, suspiró aliviada. Óleos, témperas, carboncillos y sanguinas... bastante aceptables. Encontró varios grafitis y sonrió animada, eran buenos, se dijo orgullosa.

Volvió a la mesa encantada de estar en aquel sitio. Rose le presentó a Terry Reynolds, una chica afroamericana con el pelo más encrespado que ella. Dana supo que le caería bien con solo echarle un vistazo a su sonrisa. Los chicos llegaron acompañados de los ayudantes de Rose. Thomas le presentó a Neil Spencer que lucía un traje negro con botones plateados y Nicholas a Rudy Walker, un chico que lucía una extravagante cazadora vaquera y pantalones remangados que dejaban al aire unos calcetines de rallas azules y blancas. Ambos se habían retocado los flequillos y ambos olían a la misma colonia.

Dana saludó a los recién llegados y disfrutó de la indiferencia de los muchachos. Nada de mirar su escote ni sus piernas. Cuando comprendió que aquellos cuatro formaban dos parejas, se relajó y empezó a disfrutar de los chistes que hacían de algunos cuadros.

El ganador del *Home Art* le cayó bien. Se trataba del chico de la cazadora llena de tachuelas en los hombros. Les enseñó las fotos de sus obras y fue pasando su móvil recibiendo muestras evidentes de agrado. Cuando le tocó el turno a Dana, esta abrió la boca dispuesta a secundar a sus compañeros de mesa, pero la cerró en el acto. Lo que tenía delante de los ojos era una burda copia de otra boca distinta a la suya y bien famosa, se trataba del diseño mundialmente conocido de la lengua y los labios de los Rolling Stones. John Pasche, su creador, no estaría muy orgulloso del plagio. No obstante, el codazo de Rose fue de lo más disuasorio, así, que le sonrió y pasó a la segunda obra premiada, un chico desnudo con alas. En esa ocasión ni con codazo fue capaz de sonreír. Otra burda copia, esta vez de Led Zeppelin, a sus creadores tampoco le haría mucha gracia encontrarse con la reproducción.

En fin, estaba claro que a ese chico le gustaban los logos de bandas de rock.

Dana no supo qué decir.

Rudy esperaba reafirmar su talento con la opinión de la única pintora oficial de la reunión y ella permanecía callada mirando el móvil.

Menudo dilema.

—Hola, espero no llegar demasiado tarde.

Una voz profunda y conocida la sacó del aprieto. Dana dio gracias al cielo y recibió a su caballero andante con una sonrisa tan espectacular que Duncan tuvo que contenerse para no besarla allí mismo.

El gesto de la muchacha le devolvió la seguridad que esa tarde había perdido. La agarró de la cintura y la besó en la mejilla como si fueran buenos amigos. La tela del vestido se deslizó entre sus dedos y de pronto se encontró descansando su mano sobre la tira del tanga, justo donde la espalda perdía su nombre.

«*Perfecto, Duncan*», pensó mientras sonreía como un tonto, « *de seguir así, vas a hacer el ridículo delante de estos críos*».

Dana lo presentó como un amigo pintor y se quedó pasmada ante la facilidad con la que aquellos chicos intentaron llamar la atención del recién llegado. Ciertamente, Duncan estaba de infarto con aquellos vaqueros oscuros y camisa blanca y ceñida a su extraordinario cuerpo. Aunque no se trataba de la ropa, que era de lo más sencilla, sino de su cara. Dana quiso ver algo distinto, un anhelo en su mirada que no había detectado antes. Suspiró convencida de que se estaba engañando y sintió los ojos de Rose evaluando la situación. Su amiga no le había dado dos besos al pintor, su saludo consistió en una mueca triste que Dana hubiera querido borrar de un plumazo.

Desgraciadamente para los cinco, pensó Rose, Duncan solo era consciente de la presencia de Dana. Observó los esfuerzos del pintor para sonreír al pesado de Rudy (que le metió el móvil con las famosas fotos del concurso debajo de las narices) y desviar la mirada de la descarada de Terry cuyo escote se había vuelto absurdamente indiscreto. Al resto de los chicos los trató como si estuvieran a años luz de su órbita, pero no perdió la simpatía en ningún momento.

Dana le propuso algo al oído y Duncan la miró como si en lugar de un ser humano, su amiga fuera algo místico. Rose comprendió muchas cosas, sobre todo, la imposibilidad de su amiga de luchar contra la atracción que ejercía ese hombre sobre todos los que estaban a su alrededor, incluida ella misma. Era un tipo enorme, esbelto y ligeramente musculado, con una voz capaz de hipnotizar y unos ojos profundos que intimidaban. Aunque en esa ocasión brillaban mientras le atusaba a Dana un mechón de pelo y trataba de dejárselo detrás de la oreja.

Rose sonrió para sus adentros, ya le podía decir ella que aquel pelo iba a durar plegado bien poco.

—¿Quién se apunta? Hoy empieza la semana para el concurso —propuso Dana con una de sus sonrisas *consíguelotodo*—. Va a ser divertido, llevo un bloc de dibujo encima y una caja de pinturas.

Rudy se sintió obligado a contestar.

—Es una locura —dijo el chico demostrando sensatez—. Además, no es algo que podamos hacer en un periquete.

Dana le sonrió comprensiva; de tener a mano el logo de una banda de rock o de metal seguro que no se lo pensaba tanto.

Ninguno de los presentes parecía muy animado, por lo que volvió a cuchichear con Duncan. Su jefe la miró con los ojos muy abiertos y asintió.

—Trato hecho —le dijo mirándola con picardía.

Dana lo miró entusiasmada y le estrechó la mano. Buscó su bolso y repartió papel y carboncillo. Duncan descartó el lápiz negro y escogió una barra de sanguina. Entonces le sonrió como si fuera pan comido. Antes de ponerse a dibujar, el pintor miró el techo. A continuación se levantó y se acercó a la barra.

Rose aprovechó para hablar con Dana.

—¿De qué va todo esto? —le preguntó bajito.

Dana le contestó sin perder de vista a Duncan.

—El que gane dibuja al otro desnudo —susurró encantada de su propio concurso.

Rose movió la cabeza sin llegar a creerse lo que su amiga acababa de soltar.

—¿Te he dicho alguna vez que estás para que te encierren?

Dana la miró sonriendo.

—Tú me has dado la idea —ironizó divertida—. Hablar de desnudos es lo que tiene. Además, me apetece dibujar a Duncan como su madre lo trajo al mundo.

Nada de improvisaciones, pensó recordando los fallos de su proyecto final de carrera. Deseaba tener un recuerdo especial de aquel hombre, de esa manera se verían para algo más que para hacer el amor.

Cuando Duncan regresó a la mesa había conseguido dos cosas: que encendieran las luces de esa esquina y un tablero para dibujar encima. Dana admiró su habilidad para jugar con sus propias cartas, pero contaba con que ese hombre llevaba tres años sin pintar una cara y ella las dibujaba a todas horas.

En cuestión de minutos, la mitad de los clientes del local se agolpó alrededor de ellos. Dana descubrió que su mitad era más grande y sonrió comprensiva, era demasiado atractivo.

Duncan, sin embargo, no llevaba bien la expectación que habían originado. Estuvo a punto de desistir pero se topó con la risa autosuficiente de Dana y decidió demostrarle cómo se ganaba.

A Dana le daba igual que observaron su trabajo. Una vez que estudió el rostro de Duncan y trazó la primera línea se olvidó de todo lo que no fuera ese hombre y su endiablado atractivo físico.

\* \* \*

El semblante de Duncan adquirió una seriedad mortal cuando plasmó su firma en el margen de la derecha de aquel trozo de papel. Había vuelto a dibujar el retrato de una mujer, y, lo que era aún peor, se había apostado la posibilidad de dibujarla desnuda.

El sonido de los aplausos lo despertaron de aquella locura y se levantó para desaparecer a toda prisa.

Dana cogió el retrato que Duncan había dejado sobre la mesa y lo estudió extasiada. Era tan bueno que estuvo a punto de romper el suyo.

—Se ha ido —le dijo Rose al comprender que su amiga no se había percatado del hecho de que ese hombre había salido corriendo del local —. Si no quería pagar, podía haberlo dicho. Total, se ha tomado dos copas...

Dana intentó unirse a las risas del grupo pero le salió una especie de graznido. Buscó a su alrededor, los curiosos comenzaban a despejar la zona y pudo examinar con mayor precisión el local. Duncan no se veía por ningún sitio.

—¿Y el servicio? —le preguntó a Rose preocupada.

Su compañera negó con la cabeza y le pasó el brazo por la cintura.

—Presenta los dibujos —le sugirió, analizando el retrato que Dana había hecho del pintor —. Seguiremos por aquí por si vuelve —le indicó preocupada por el gesto ansioso de su compañera—. No te preocupes, no creo que haya salido huyendo para no verse, lo has clavado. Incluso yo diría que te has pasado y se ve más increíble de lo que ya es, te ha faltado dibujarle una corona en la frente...

Dana se abrazó a Rose agradecida. Su amiga no la criticaba ni le pedía que lo olvidara. Simplemente estaba a su lado y le brindaba su apoyo.

Esa era Rose.

\* \* \*

Duncan retrocedió sobre sus pasos y miró el portal una vez más. Sin saber cómo el móvil resbaló de sus dedos y lo cogió angustiado. Llevaba una hora dudando y ahora quizá no pudiera llamarla. Sin pensarlo, le mandó un whatsapp. Unos segundos después el interfono adquirió vida: «Sube», escuchó decir a Dana.

Empujó la puerta y voló, literalmente, por los pasillos y corredores. Un portero adormilado cogió el billete que puso en su mano y le abrió la puerta del ascensor para que entrara. Trató de respirar con calma en el interior del habitáculo, le preocupaba que Dana empezara a cansarse de sus salidas intempestivas. Qué pensaría ella de su comportamiento, se preguntó angustiado.

Se acercó a la puerta prácticamente de puntillas y se sorprendió de que se abriera antes de que tocara la madera. Una chica preciosa y preocupada le abrió la puerta. Duncan entró sin dejar de mirarla a los ojos y Dana se abrazó a él con fuerza.

Quería fundirla contra su cuerpo pero se conformó con alzarla y estrecharla con fuerza. Dana se encaramó a su cintura y Duncan suspiró aliviado. Nada de histerias ni de lágrimas, la besó como un loco mientras la mantenía asida a su tronco y continuó besándola mientras la llevaba a su cuarto.

La habitación estaba en penumbra, solo una lamparita iluminaba débilmente. Duncan tomó asiento en la cama con ella en su regazo y le cogió la cara desolado.

—Lo siento —le susurró sin dejar de besarla.

Dana asintió con la cabeza.

—No entiendo nada —le dijo ella—, pero si necesitas hablar con alguien, aquí estoy.

Duncan negó lentamente.

—Me basta con sentir que estás a mi lado —habló sobre sus labios—. ¿Puedo quedarme?

Dana sonrió con dulzura.

—Pues claro que sí —expresó con un gesto íntimo.

Se situó a un lado del colchón y esperó a que él se desnudara. Viendo cómo Duncan se dejaba el bóxer puesto recordó lo que le había contado siguiendo los tontos consejos de Rose y bufó hundiendo la cara en la almohada.

—¿Querías decirme algo? —le preguntó Duncan mosqueado—. Puedo irme, lo entiendo, de verdad...

Dana siguió moviendo la cabeza abochornada.

—No tengo la regla, lo inventé porque estaba harta de que solo me buscaras para mantener el *mejor sexo que has conocido nunca* —explicó cubriéndose con las manos el rubor de sus mejillas.

El semblante de Duncan mostró pesar seguido de un gran alivio, lo que no parecía tener mucho sentido, se dijo Dana. Sea como fuere, su chico se quitó los calzoncillos con un gesto lujurioso y entró en la cama.

Ella lo recibió con los brazos abiertos.

—Así, que *el mejor sexo que he conocido nunca*, ¿eh? —le preguntó con la cabeza llena de imágenes ilegales, eso seguro.

Dana suspiró satisfecha y se quitó la camiseta. Le gustaba ver la cara de Duncan al mirar su cuerpo desnudo o casi...

—No te quites esa delicia que utilizas como bragas —le pidió el pintor con la voz ronca y sofocada.

Dana perdió la sonrisa cuando lo vio trazar un reguero de besitos desde su cuello hasta su pubis. Le sorprendió que no jugara con sus pechos pero comprendió que aquel hombre tenía algo distinto en mente cuando se situó entre sus piernas. Mierda, no sabía si estaba preparada para aquello.

Sí que lo estaba, comprendió más tarde. Cuando su lengua la torturaba con movimientos lentos y acelerados, la mordía y la chupaba como si deseara hacerla suya no solo en cuerpo sino también en alma. Dios bendito, ella sí que amaba a ese hombre.

Y... fue lo que gritó con todas sus fuerzas.

Duncan se estremeció hasta la médula al escucharla decir que lo amaba. Lo había oído otras veces pero no con aquella fiera determinación.

La observó con un placer inesperado y supo que sería capaz de correrse con la sola visión de ella retorciéndose entre sus brazos. No aguantaría mucho más, así que la penetró hirviendo de calor y dejó que su pasión se mezclara con la de ella. Las sacudidas de Dana lo incitaron a sujetarla con más fuerza y el resultado fue...*el mejor sexo que había conocido en toda su vida*, se dijo seguro, *ahora sí*.

Dana se espabiló adormilada cuando sintió que Duncan se alejaba de ella. Lo vio quitarse el preservativo y hacerle un nudo a la gomita. Había por ahí cierta leyenda

urbana que decía que a los hombres no les gustaba usar esos productos pero Duncan ni lo mencionaba siquiera. No podía tratarse de evitar enfermedades, ella no había estado con nadie antes, ojalá y él pudiera decir lo mismo, pensó más despierta.

De hecho, se despertó del todo. Deseaba saber lo que haría su jefe después de haber escuchado su improvisada declaración de amor. ¿Se largaría a toda prisa o permanecería a su lado como un amante agradecido?

¡Madre mía! ¿En dónde tenía la cabeza para haber soltado una bomba como esa?

Dana continuó espiándolo, esta vez con el rabillo del ojo. En ese momento se ponía el bóxer y miraba hacia la mesita de noche. Ella imaginó que era la hora lo que buscaba. Se incorporó para verla también y se le escapó una exclamación.

—¡Las siete de la mañana! —soltó escandalizada. Iban a llegar tarde al trabajo. Entonces recordó que era sábado y volvió a exclamar—. Si seré tonta, hoy no hay trabajo. Ten cuidado cuando salgas, la luz del pasillo se ha fundido y Rose se ha empeñado en mantener una escultura en medio.

Duncan la vio darse la vuelta en la cama con toda tranquilidad y algo se rompió dentro de él. Esa chica lo estaba volviendo loco, a pesar de que reconocía que solo la usaba sexualmente, le declaraba su amor y él, en respuesta, se escabullía como un ladrón antes de que se hiciera de día.

No quería ser ese tipo.

Dana sintió el brazo de Duncan debajo de su cabeza y la levantó, sorprendida, facilitándole el trabajo. Después se acopló a ella consiguiendo la silueta perfecta de lo que sería la famosa *cucharita*.

—La semana que viene debo asistir a una fiesta para recaudar fondos —susurró en el hueco de su hombro—. Me gustaría que me acompañaras. He donado un cuadro y se va a subastar... En fin, ese tipo de fiesta. No estás obligada, por supuesto...

Dana se dio la vuelta y lo hizo callar con un cálido besito en los labios.

—Asistiré encantada —le dijo sin dejar de mirar la profundidad de los ojos masculinos—. Pero no podré pujar por tu cuadro; quedan menos de quinientos dólares en mi cuenta corriente.

Duncan sonrió mirándola con ternura.

—Puedes pedir un adelanto a tu jefe, me han dicho que es muy comprensivo con ciertos temas.

Quizá fue el cariño que detectó en el tono de su voz o la forma en que la miraba, el caso es que se armó de valor y preguntó.

—Esa chica, Sabine Meyer, tiene que ver con tu comportamiento, ¿verdad? —indagó Dana nerviosa—. Conocí a Carl Butler en la galería, incluso ayudé a que su obra se viera menos tétrica. Su...esposa se...suicidó. ¿Es eso? ¿Te sientes responsable de alguna manera de la muerte de esa mujer?

Dana se calló de repente. La cara de Duncan se había transformado en una máscara inexpresiva y los músculos de su cuerpo se habían tensado.

—¿Eso te dijo él? —inquirió su jefe con la misma emoción que si le preguntara la hora.

Dana se reprendió por estúpida.

Había avanzado tanto en una sola noche que le dolía perder lo conquistado por unas frases desafortunadas. Además, quién le decía a ella que él quisiera tener un futuro a su lado. Si lo único que deseaba compartir ese hombre con ella era sexo del bueno, aquella conversación estaba de más.

—No —le contestó desalentada—. Él me dijo que te lo preguntara a ti. Justo lo que hago en este momento. Aunque me doy cuenta de que no es asunto mío, no necesitas decírmelo. No volverá a suceder, normalmente no me inmiscuyo en temas ajenos, menos aún si son personales —explicó sin tomar resuello—. Quizá no lo sepas, pero critiqué tu obra en la universidad, me refiero al desnudo de esa chica frente al espejo, y no fui todo lo sutil que hubiera debido. La verdad era que no sabía que se había quitado la vida, algo que se puede encontrar en Internet sin ninguna dificultad y que yo conocí el día de la exposición de Butler.

Duncan la creyó. Nunca había estado con una mujer que no le preguntara por sus anteriores amantes hasta que la conoció a ella. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que esa mujer era especial y ahora lo comprobaba de nuevo. Su respuesta no era todo lo convencional que uno podía esperar de un tema tan escabroso.

Por otra parte, cuando habló con ella de su desafortunada crítica en Las Bahamas, quedó claro que no sabía nada de la relación que había mantenido con su modelo. De ahí, su visión descarnada de lo que reflejaba el rostro de Sabine. Drogada como estaba, ni se planteaba la posibilidad de que le hubiera mentido.

—«*La falta de delicadeza del artista al exponer el interior de la chica demuestra claramente que al pintor no le interesaban demasiado los sentimientos de la muchacha. Los ojos de la mujer parecen pedir una ayuda que la fría paleta del genio no le concede...*» —recitó Duncan con una exactitud que estremeció a Dana— ¿Te refieres a esa crítica?

Dana sintió que un agujero bien hondo se abría en la cama y la engullía dentro.

—Pues, sí que te afectó la crítica. Y yo que creía que nadie leía esos trabajos —murmuró para sí misma—. No puedo cambiar de opinión, sería injusto para ti porque dije lo que pensaba, pero ahora que conozco el final sí puedo matizar lo que expuse y no necesito tantas palabras para hacerlo: esa chica estaba mal, necesitaba una ayuda que tú no podías ofrecerle, simplemente, porque no estabas cualificado. Duncan, eres pintor y esa mujer necesitaba un psiquiatra.

Duncan suspiró mientras la miraba con una expresión tan enigmática que Dana no supo si el pintor la iba a besar o salir corriendo.

No hizo ninguna de las dos cosas.

—No puedo dormir ahora —le dijo Duncan sin demostrar emoción alguna—. Si no te importa, me daré una ducha.

Dana pensó que era lo más surrealista que había vivido nunca pero asintió mientras ese hombre atormentado salía de la cama y entraba pensativo en su baño.

Ella aprovechó para buscar un camisón más convencional que su vieja camiseta y salió al pasillo con cuidado de no chocar con aquella monstruosidad que Rose había esculpido en el tercer año de carrera. Al sobrepasar la obra, Dana suspiró, debía agradecer a la bombilla fundida el grandísimo detalle de impedirle apreciar los detalles de la figura.

Si su compañera era mediocre con la pintura, con el barro era pésima.

Llegó a la cocina y se topó con una Rose cansada y algo bebida. La noche anterior habían acompañado a Dana a casa pero solo para continuar la juerga en otro sitio.

—Espero que no hayas vuelto sola —saludó Dana preocupada.

Rose sonrió como una tonta y negó con la cabeza.

—Thomas y el campeón de los plagios me han dejado en el ascensor hace... —Volvió a sonreír afectada—. Una hora escasa.

Dana sonrió al escuchar la descripción del chico de la cazadora.

—Creo que te voy a preparar un café bien cargado —le dijo a su amiga que no paraba de reírse de su propio chiste.

—¡Qué tío! —susurró Rose partiéndose de risa—. Ni siquiera es bueno con los plagios. Estuvo a punto de preguntarle por cuánto le habían salido los sobornos —continuó inmisericorde—. Cuando vi la cara que puso Rush al mirar las dichas fotos creí que me daba algo.

Como si lo hubiera conjurado, Duncan apareció en la cocina luciendo esa perfección que sacaba a Dana de sus casillas. Rose perdió la sonrisa y abrió la boca pero decidió cerrarla para mirar a su amiga y esperar a que esta se explicara.

—Duncan ha pasado a saludarme —le dijo Dana aplastándose el pelo con la vana intención de competir con la pulcritud de su jefe.

Rose miró el cabello mojado del pintor y estuvo a punto de señalar lo evidente, pero se dio cuenta de que aquella historia no era tan obvia como parecía y permaneció callada repitiéndose mentalmente lo increíble que estaba ese hombre recién levantado.

Duncan la saludó con un gesto de cabeza.

—Le he pedido disculpas a Dana y ahora te las pido a ti por haberme marchado de esa manera —le dijo el artista a Rose—. Lo lamento, de veras. Solo espero no haberos estropeado el resto de la noche.

Rose acertó a sonreír. El muy mamón era tan atractivo que sabía que con una miradita y un guiño podía hacer lo que quisiera.

—No te preocupes —contestó Rose impresionada por el aspecto que le daba la barba de un día—. Cuando convencimos a Dana de que ya no volverías, continuamos a lo nuestro.

Duncan miró de reojo a Dana y bajó los ojos al suelo.

Rose comprendió que cuanto menos hablara mejor.

—Os dejo —expresó con desenfado—. Me voy a dormir la mona. Hasta pronto, Duncan. ¿Sabes? creo que en poco tiempo disfrutaré de tu desnudo... justo encima de esa mesa —dijo señalando el lugar con una inclinación sospechosa—. No te preocupes, Dana te añadirá algo, si es que te falta, que aún no lo sé.

Dana elevó una ceja y miró a amiga.

—Rose, querida —le susurró con ternura—. Nos estás avergonzando. No me refiero a nuestro invitado sino a nosotras dos, a mí por tus palabras y a ti porque no voy a dejar que olvides la referencia al pene de Duncan mientras me quede un soplo de vida en el cuerpo.

Rose la miró arrepentida.

—Esto es una venganza por lo de tu hermano... —declaró pesarosa—. Y la vas a cumplir, ¿verdad?

Dana asintió sin compasión y sonrió al escucharla protestar en el pasillo.

Cuando la habitación quedó en silencio ambos se miraron sin saber qué decir.

—Debo irme —soltó de pronto Duncan—. Me encantaría quedarme para que me explicaras todo el asunto pero me esperan en casa.

Pues no, ella no sabía que lo esperaban en casa y, si la apuraban un poco, diría que acababa de sacárselo de la manga. Y, por supuesto, no se podía creer que su jefe dejara pasar la referencia al desnudo que había hecho su compañera. Muy mal debían ir las cosas para eludir su concurso privado. Lo examinó con mayor atención y comprobó que su mirada era fría y estaba apagada, como si no mostrara ningún sentimiento. Le dio miedo y no quiso que pasara mucho tiempo alejado de ella.

—¿Quedamos para comer? —le preguntó presintiendo que lo que hubiera barruntado mientras se duchaba no era bueno para ella. Si pudiera, daría marcha atrás en el tiempo. ¿Se había pasado siendo tan sincera?

«*No era el momento*», pensó destrozada. «*Todavía no era el momento para hablar de temas tan delicados...*». Joder, ella tampoco sabía que ese hombre había salido traumatizado de su relación con la modelo. Aunque, llevar tres años sin pintar un ser humano debía de haberla puesto sobre la pista, le dijo la voz de su conciencia que se había unido a la fiesta a destiempo.

Duncan la contempló como si fuera una desconocida.

—No, no me viene bien, probablemente salga de viaje —informó sin ninguna inflexión en la voz—. A propósito, no creo que pueda acudir a esa fiesta que te mencioné, olvida la invitación, no sé cuándo volveré a Boston. —Se hizo un incómodo silencio tras el cual apenas la miró—. Adiós, Dana.

No esperó a que ella lo acompañara. Ese desconocido se encaminó al pasillo, dio tres vueltas a la llave y abrió la puerta él mismo.

—¿Esto... es una despedida? —le preguntó Dana antes de que abandonara la casa.

Su jefe se detuvo pero no se dio la vuelta

—¿Duncan, puedes mirarme, por favor? —le pidió completamente perdida.

«*Los ojos de la mujer parecen pedir una ayuda que la fría paleta del genio no le concede...*», recordó Duncan de repente. Prefería no mirarla.

—Querida, salgo de viaje, claro que es una despedida —aclaró el pintor algo molesto.

Acto seguido se internó en el pasillo sin cerrar la puerta ni volver la vista atrás.

Acababan de dejarla, comprendió Dana estupefacta.

Y, seguía teniendo unos gemelos de brillantes en el cajón de su mesita de noche...

## 15

El lunes fue extraño.

Dana se repetía una y otra vez que quizá fueran imaginaciones suyas y ese hombre no la hubiera despachado así, tan... expeditivamente, como si no fuera ni un estorbo. A las protagonistas de las películas les regalaban un collar o un piso; a ella no le habían dejado ni palabras.

Por más que repasaba lo sucedido, no encontraba nada tan grave como para romper lo que tenían. Que no era mucho, en eso coincidía con la voz de su conciencia, pero parecía que iban en la dirección correcta. Si hasta la había invitado a una fiesta...

Comprendió que no se trataba de su desbordada imaginación cuando Duncan no apareció en el comedor. El resto del equipo continuó con su vida y con su rutina, pero algo dentro de ella se rompió.

Ese día sus musas no consiguieron sacarle una sonrisa ni Nancy más frase que un despistado saludo. Parecía que la historia se repetía, al igual que con las anteriores mujeres, el pintor había decidido pasar página.

—Todos los meses desaparece unos días—soltó de pronto Nancy.

Dana la miró sin comprender a qué se refería.

—Duncan viaja todos los meses —le repitió su vecina de pared.

Dana cogió el vaso que la mujer le tendía y se lo llevó a los labios. Miró a su alrededor y devolvió el saludo a Timothy y a Ashley. Ahora que por fin empezaba a sentirse a gusto en aquel lugar...

—Perdona, Nancy, hoy no tengo un buen día.

—Sí, no hace falta que lo jures. —Sonrió su colega—. He supuesto que era por el jefe. Es una persona muy ocupada. Como te decía, es normal que viaje, no acepta ningún proyecto sin verlo antes. No creo que debas estar preocupada. Por si no lo sabes, has fulminado el record —bajó la voz—. Una semana era el tiempo a batir.

Dana sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y los abrió de forma desmesurada. No quería llorar delante de aquellas personas. Finfió encontrarse resfriada y se levantó con el pretexto de buscar un pañuelo. Llegó al servicio temblando pero consiguió controlar las lágrimas; todo un acierto porque la zona estaba llena de pintores fumando.

Los infractores no sabían qué hacer, a fin de cuentas creían que estaba liada con el jefe. Si ellos supieran, pensó Dana tranquilizándolos con una elevación de hombros.

—No he visto nada —les dijo repasando sus ojos con papel higiénico.

Volvió a sus musas deseando que ese día terminara.

Ojalá y hubiera sido así.

A las ocho y diez minutos de la tarde, Alain Foster salió a su encuentro. El hombre parecía estar esperándola.

Adiós a sus ahorros, pensó Dana.

—Hola, Alain —lo saludó con una débil sonrisa—. Espero que tu minuta haya tenido en cuenta que soy una simple proletaria.

Alain permaneció serio. Odiaba esas situaciones.

—Hola, Dana —le dijo el letrado con voz ceremoniosa—. Tenemos que hablar.

Dana se despidió mentalmente de sus quinientos dólares y afrontó la mirada del hombre con valentía; también podía pedir un préstamo a su hermano o a Rose, se dijo para infundirse ánimo. Y, en unos días cobraba su mes de prácticas...

—Alain, me estás asustando —indicó Dana tratando de distender la situación—. Te aseguro que puedo pagar esos honorarios, así que suelta ya la bomba.

Dana se sorprendió al percibir cierta pena en la mirada de ese hombre. El corazón empezó a latirle desesperado dentro del pecho y supo que algo andaba mal.

—Dana, no estoy aquí por eso —puntualizó el jurista moviendo la cabeza como si no tuviera importancia—. Me veo en la obligación de comunicarte que a partir de este momento no se requieren más tus servicios. Hoy es... tu último día de trabajo en la empresa. Lo siento.

Dana pensó que si su corazón soportaba ese minuto no moriría de un infarto jamás. Temblaba de pura impotencia, un sudor frío le bajaba por la espalda y el martilleo de ese tonto músculo hiperactivo que tenía en el pecho resonaba en su cabeza como si fuera a estallar.

—¿Estás de broma? —le preguntó nerviosa—. No he terminado mis *musas*, aún me queda un tercio de la pared... Esto no me puede estar pasando.

Comprendió tarde que el hecho de que aún no hubiera finalizado sus queridas *musas* solo era un argumento válido para ella. Nada que interesara al resto del mundo. Se sintió indignada y apaleada. ¿Qué pretendía Duncan? ¿No le había bastado con escuchar su humillante declaración de amor sabiendo que una hora más tarde la iba a desterrar de su vida? ¿Pero qué se había creído ese tío? Nadie la iba a echar por acostarse con su jefe.

En aquel instante agradeció todas las veces que acudió ante el juez Sheridan y fue testigo de las famosas *diatribas* de su hermano.

—No me podéis despedir sin un motivo y tú y yo sabemos que no lo hay —matizó dispuesta a defenderse—. Cumpló con mi trabajo y con mi horario. ¿No es suficiente?

Alain bajó la vista al suelo y suspiró.

—Dana, el contrato que firmaste era muy claro al respecto —aclaró el letrado con pesar—. Podemos rescindir la relación laboral unilateralmente, sin causa y sin preaviso.

Dana resopló indignada.

—Soy buena en lo que hago, Alain —insistió enfadada—. ¿No es suficiente para Duncan?

Dana deseó haber permanecido callada, la cara del abogado fue más explícita de lo que ella hubiera querido. Tenía pocas cosas que recoger, en cinco minutos no dejaría más huella en aquel lugar que su pintura inacabada en la pared. Sintió lástima de sí misma y ese era un sentimiento nuevo. Miró al abogado, el hombre debía de estar pasándolo fatal. Lo observó limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano y suspirar alterado. No se lo pondría más difícil.

—Duncan te quiere fuera del equipo —Alain comprendió que había hablado más de la cuenta por la expresión horrorizada de la muchacha, pero le caía tan bien que no quería que se pusiera en evidencia, deseaba que lo dejara estar y que se marchara de una vez—. No debes preocuparte por el dinero, se te proporcionará una generosa indemnización.

Dana se sintió abatida con la primera frase, pero fue la segunda la que acabó con ella. No daba crédito a lo que estaba escuchando. En cinco minutos el letrado y su jefe habían logrado que se sintiera como una fulana a la que pagaban sus servicios.

No, amigos, ella no era ningún trapo sucio que tirar a una papelera, se dijo sintiéndose insultada y vapuleada.

—No me voy, Alain —afirmó con seguridad—. Puedes decirle a Duncan que me despida él si tiene valor.

El carraspeo del letrado fue demoledor.

—Dana, no esperaba que nos obligaras a llegar tan lejos —añadió con mayor dureza en la voz—. Pero podemos despedirte por haber incumplido el contrato. Como bien recuerdas, te asistí en una comisaría de policía por participar en actividades ilegales...

Dana sonrió, presa de un ataque de locura.

—Letrado, nos dejaron marchar sin cargos —expuso, deseando que se acabara aquel tira y afloja.

Alain hizo un gesto que le congeló la risita a Dana.

—Eso puede arreglarse, como seguramente imaginas.

Mierda, si ese tipo conociera el poder de su imaginación, no la nombraría a la ligera.

—Tampoco yo esperaba que me obligarais a llegar tan lejos —declaró Dana, prometiéndose cumplir con lo que iba a decir a continuación—. Puedes decirle a tu jefe que si me despide sin otra causa que haberme abierto de piernas para él, esta misma noche acudiré a la primera fiesta que encuentre cubierta con periodistas y dejaré caer que mi novio me ha dejado por otra chica. Me refiero a mi *novio famoso*, claro está. También puedo añadir que he descubierto a posteriori que utiliza a chicas jóvenes y crédulas para luego desembarazarse de ellas por medio de su *amable abogado*. Eso sí puedo hacerlo. Se trataría de *mi intimidad*, no necesito ni mencionar el nombre de Duncan. Basta con decir que fui contratada para pintar las paredes del Banco Americano de Negocios.

La *diatriba* le había salido del tirón. Estaba tan enfadada que deseaba que la retara, se sabía capaz de cualquier cosa.

Alain no las tenía todas consigo. Debía repasar el contrato para encontrar algún resquicio, aunque estaba seguro de que no iba a encontrar ninguna cláusula que recogiera abiertamente que si el jefe decidía relacionarse con alguna de sus empleadas, esta no pudiera hablar de su intimidad. Además, el contrato pretendía defender a Duncan de lo que su equipo pudiera conocer mientras compartía trabajo con él.

Dana supo que había ganado. Lo vio en los ojos del jurista cuando este agarró su teléfono dispuesto a llamar a su querido jefe. Sin embargo, no se sintió contenta por ello, iba a imponer su presencia a la fuerza. No, no había ganado, había perdido y de qué manera.

—En unas horas te contestaremos —le dijo el letrado, usando siempre ese plural que la tenía hecha polvo—. Antes de que te marches, déjame darte un último consejo —le dijo guardando el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta—. Y ahora hablo solo por mí. Dana, olvídale y márchate sin mirar atrás, aún estás a tiempo. Duncan... no puedo contarte nada, pero si crees que te ha hecho daño es que no lo conoces. A partir de este momento es cuando deberías de empezar a temerle. Dana, Rush puede actuar sin sentimientos. ¿Puedes tú hacer lo mismo?

Dana se rascó la cabeza y se recolocó un mechón molesto.

—Por mí no te preocupes —aseguró convencida de lo que decía—. Puedo ser tan borde como él. Incluso más, porque aprendo rápido y parece que voy a tener un buen maestro.

Alain suspiró inquieto.

—Sí, pero por lo que parece, solo uno de los dos está enamorado —soltó el letrado.

Dana no tuvo respuesta para esa *diatriba*.

Siempre había dicho que ese abogado era de los buenos.

—Después de esto no voy a pagarte ninguna asistencia jurídica. Lo sabes, ¿verdad? —Era una pobre venganza pero no disponía de otra cosa.

Alain sonrió muy a su pesar.

—Duncan me pagó la asistencia hace tiempo —reconoció el abogado sin inmutarse.

Dana lo vio alejarse con el teléfono pegado al oído y ella retrocedió para buscar apoyo en la pared.

Todavía estaba a tiempo, se repitió mientras se estremecía de pies a cabeza.

\* \* \*

El resto de la semana no sucedió nada relevante.

Rutina y más rutina.

Cada día acudía al trabajo con la esperanza de enfrentarse a su jefe de una maldita vez, pero este seguía sin hacer acto de presencia. Incluso en un arrebato de furia cogió el móvil para hablar con él. Gracias a Dios, cedió en el último momento. Sabía que aquella era la calma que precedía a la tormenta y deseaba con ansia que finalizara para conocer lo que le esperaba de verdad.

El viernes a media tarde no podía más, había engañado a todos sus amigos y se había engañado a sí misma. El resultado era una gigantesca migraña que no la dejaba abrir los ojos. Nancy la miraba extrañada pero la mujer debía de ser bastante comprensiva con la naturaleza humana porque no había insistido para que le contara lo que le sucedía.

El sonido de su teléfono le hizo dar un salto en el andamio. Si se caía podía matar dos pájaros de un tiro, pensó Dana, a lo mejor si se rompía algún hueso dejaba de dolerle tanto la cabeza. Miró su móvil con ansia y tomó asiento a dos metros de altura.

Era Rose. Dana no le había contado lo sucedido. Estaba demasiado avergonzada para ello. ¿Cómo explicar que la habían despedido por acostarse con su jefe? Y lo que sonaba aún más patético, ¿cómo explicar que mantenía su empleo porque había amenazado con hacerlo público? Si no podía verbalizarlo con su amiga, con su familia era impensable.

—No te lo vas a creer —le gritó Rose más alegre de lo normal—. ¡Eres la ganadora del *Home Art!* Acaba de llamarme Rudy, *el Plagiador*, y no hay duda, has ganado. Tengo aquí las fotos; el buenorro de tu jefe está enmarcado en dorado y lucirá así todo la semana. Tú ganas, Dana, quiero a ese hombre desnudo en nuestro salón...

Dana tuvo que hacer memoria para recordar de lo que hablaba su amiga. Solo había pasado una semana desde que estuvieron en ese local y parecía que hubiera transcurrido un año. Tenía que hablar con Rose, no podía seguir así. Además, estaba decidido, cuando terminara la pared de las musas cogería sus pinceles y desaparecería de ese lugar.

En lugar de comer, ese día se había dedicado a buscar formularios para despedirse como Dios manda. Miró los progresos de la pared y comprendió que en menos de un mes estaría lista. Hablaría con Matt para preguntarle por la indemnización, no quería nada que no fuera suyo pero tampoco deseaba regalar nada que sí lo fuera.

—Genial —dijo con un entusiasmo que no sentía—. Rose, nos vemos en casa, necesito hablar contigo.

Por el teléfono se escuchaba el hilo musical de la galería y el barullo de la gente.

—En realidad, te llamaba por eso —habló Rose a toda velocidad—. Tenemos invitaciones para asistir a una gala benéfica que recaudará fondos para investigar la ELA. Se trata de obras donadas por un montón de artistas y Lelan quiera adquirir alguna de ellas. Ya lo conoces, siempre haciendo lo políticamente correcto. Es esta noche y quiero que te pases por la peluquería. No admito una negativa ni una excusa.

Dana sintió que su corazón se aceleraba y que las manos se le llenaban de sudor. A ella ya la habían invitado a esa fiesta, pero le retiraron el pase a última hora. Claro

que iría a la peluquería, es más, estaba loca por hacerlo. Seguro que el cobarde de su jefe decidía acudir sin esperar que una mindundi como ella también lo hiciera.

—Prometido —aseguró Dana igual de correcta que Lelan—. Peluquería, manicura, pedicura y todo lo que me ofrezcan en el primer salón de belleza que encuentre en dos manzanas a la redonda.

Quizás se equivocara, pero la sola posibilidad de ver a Rush y poder decirle lo que pensaba de él era suficiente para hacerla visitar todas las peluquerías de Boston.

—Tampoco exageres. —Sonrió Rose—. Tú asegúrate de ir a la peluquería y nada de trasquilarte el pelo. Nos vemos en casa.

\* \* \*

A las ocho en punto entró en un salón cuyo nombre no sabía pronunciar porque era francés, pero le pareció preciosa la fachada del edificio.

A las nueve, había logrado que su piel brillara como un árbol de Navidad y que toda ella se viera exquisita y sofisticada. Y a las nueve y cuarto había adquirido en el local de al lado un vestido de noche ceñido hasta los pies, de color negro con cristales de Swarovski, cortesía de la tarjeta para emergencias que le había dado su hermano dos años atrás y que no había usado hasta ese momento.

A las diez llegaba tarde a casa.

Rose había tenido que marcharse pero le había dejado la invitación junto a las llaves de su coche. Corrió a cambiarse de ropa interior y descubrió aterrada que todos los sujetadores que tenía se veían con el escote tan bajo del vestido. Demasiado tarde para encontrar una solución, decidió ponerse unas tiritas en los pezones y pasar del sujetador. Un elemento tan prosaico no la iba a detener. No aquella noche.

Cuando se miró en el espejo de la entrada no se reconoció pero quizá fuera bueno, no podía hacer más veces el tonto.

\* \* \*

Aparcó su coche en el parking del edificio y subió en el ascensor rodeada de invitados a la gala. Enseguida se percató del hecho de que los caballeros la miraban con la palabra lujuria escrita en la frente y las señoras con bastante desdén.

En esa ocasión le dio igual que sus pechos no fueran protegidos ni que ciertas miradas quisieran desnudarla. Su fondo de armario no disponía de un vestido largo y ese era el único que había encontrado que le quedara como un guante y cubriera todas sus curvas.

El salón era enorme.

Se sintió tan desilusionada que estuvo a punto de dar media vuelta. En un sitio como ese sería imposible encontrar a una persona determinada. Sentía las miradas sobre ella y comenzó a retirarse sigilosamente hacia los ascensores.

—Señorita Michel, qué alegría encontrarla en la gala —escuchó decir a su espalda.

Dana se dio media vuelta sorprendida y se encontró con el empresario ruso que conoció en la galería de Lelan. Hizo memoria y maldijo para sus adentros. Mierda, no

recordaba su nombre. Ahora, precisamente, que lo necesitaba más que nunca no recordaba cómo se llamaba ese tipo.

Esa noche no estaba para juegos, su vida se estaba yendo a pique y no deseaba mentir más.

—Espero que no se enfade conmigo —confió desesperada y le regaló una de sus mejores sonrisas—. No recuerdo su nombre, soy malísima para los nombres o las fechas de cumpleaños y, sin embargo, soy capaz de copiar de memoria todo aquello que veo aunque hayan transcurrido varios días.

Los ojos del empresario no perdían ni un detalle de la belleza de la muchacha. Su cara era extraordinaria, no había nada en ella que alterara el equilibrio de sus facciones. Al ofrecerle la sonrisa, una hilera perfecta de dientes blancos le recordó que ya no era el joven fogoso de antaño y maldijo en silencio. El cuerpo de aquella mujer estaba hecho para el pecado y él estaba dispuesto a pagar cualquier precio por él. Pensó en su tercera esposa, insulsa y delicada, y se llevó las manos a la espalda para quitarse la alianza.

—Andrey Kuznetsov, encantado de presentarme de nuevo —reconoció el hombre sin darle ninguna importancia al despiste—. Así me permitirá saludarla como es debido.

Dicho lo cual, la agarró por los hombros y le propinó tres besos en las mejillas que la hicieron llevarse las manos al escote.

Dana no pudo evitar sonreír de pura sorpresa.

—Qué bien que te encuentro —dijo Rose apareciendo de la nada entre la gente—. Señor Kuznetsov, es un placer saludarlo de nuevo.

Dana elevó una ceja, su amiga no dejaba de impresionarla, recordar el apellido de ese tipo tenía su mérito. El sexagenario estrechó la mano de su amiga y sonrió a Dana sabedor de lo que pensaba de las diferencias entre ambos saludos.

—Recuerde mi ofrecimiento —soltó de pronto el ruso dirigiéndose a Dana—. Mi oferta sigue en pie. Deseo que trabaje para mí, no lo olvide.

Dana volvió a coger su tarjeta y le sonrió al alejarse con Rose.

—Ese hombre tiene fama de caballero pero parecía que quisiera comerte de un solo bocado, por eso me he acercado —le susurró su amiga en voz baja—. Conociéndote, siento curiosidad por saber cómo has acabado con un vestido tan sexi.

—Lo del vestido es fácil de explicar, era el único que no necesitaba arreglos, pero ya ves... parece que me he pasado. —Suspiró Dana agitada.

Lo del vestido le sonó tan superficial y le pareció todo tan falso, que sacudió la cabeza y cogió a su amiga del brazo.

—Lo siento, Rose, sé que no te merezco pero no te he dicho toda la verdad —soltó de golpe—. Duncan me ha dejado, lo hizo la semana pasada y desde entonces no he vuelto a saber nada de él. Estoy aquí porque sé que iba a donar alguna de sus obras y espero verlo. Te lo contaré en casa, es complicado.

Rose le apretó la mano y cuchicheó en su oído.

—Lo siento. Ambas sabemos lo que opino de tu jefe y no me refiero a que esté buenísimo.

Dana asintió y siguió a su amiga. Antes de llegar, comprendió que iba a compartir mesa con personas que no conocía y se paró en seco.

—Rose, no estoy en mi mejor momento, quizá debiera largarme —aseguró preocupada—. De toda esa gente solo conozco a Lelan y a Donald.

Su amiga negó con fuerza.

—Ni hablar, no sé de qué va todo esto, pero nosotras no huimos. Además, vas a estar rodeada de hombres atractivos y ricos —aclaró bajando la vista al suelo—. Lo siento, cuando di la distribución de la mesa pensé que a lo mejor se producía el milagro de que te gustara otra persona. En fin, nunca se sabe.

«*Sí, nunca se sabe*», pensó Dana al mirar hacia su izquierda y toparse con un par de ojos negros que la contemplaban fijamente. Creía que no lo encontraría entre tantos asistentes y ahora se daba cuenta de que iba a estar enfrente de ella toda la noche.

Tenía que haberse quedado en casa.

Dana pensó que Rose se había pasado al presentarla. Después de gritar su nombre y conseguir que la mesa entera la mirara de arriba abajo, prosiguió con «*la mejor artista que podáis imaginar*» y finalizó diciendo «*y ganadora de múltiples premios, el último: el Home Art*».

Dana sonrió espantada. Menudo currículum... Sin embargo, y para su asombro, todos aquellos esnobs conocían el local y el premio. De esa forma tan genuina, tomó asiento entre dos hombres que parecían sacados de un anuncio de colonia masculina.

Miró a Rose para agradecerle el detalle y comprendió lo difícil que iba a ser la velada si cada vez que se dirigía a su amiga veía frente a ella a su jefe.

Duncan vestía de forma muy similar a la de los hombres que Dana tenía a su lado, esmoquin negro y camisa blanca, aunque le sorprendió su barba ligera y arreglada. Maldijo en silencio, lejos de servir para que se viera menos atractivo, el mentón oscuro le confería un aire peligroso que en aquel momento solo sirvió para ponerla más nerviosa.

Dana volvió a maldecir, esta vez por la exuberante chica que sonreía a su jefe mientras posaba su mano con confianza en el antebrazo masculino. El escote de esa mujer podía ganar cualquier concurso, pensó anonadada; le llegaba prácticamente al ombligo, o lo que es lo mismo, enseñaba las tetas por delante y por los laterales. Recordó las tiritas que llevaba en las suyas y movió la cabeza preocupada por su mojigatería. Frente a ella tenía a una mujer que no solo lucía sus pechos sino que se enorgullecía de ellos, no lo olvidaría.

—..., ¿está de acuerdo?

Dana intentó repetirle mentalmente las palabras de su compañero de la izquierda pero fue imposible. No sabía lo que le había preguntado.

—Me ha pillado —contestó, fiel a su nueva política de sinceridad—. Estaba en Babia y temo responder cualquier barbaridad. Tampoco recuerdo su nombre, lo siento.—Sonrió, es lo único que podía hacer después de semejante fiasco—. *¿Puede repetirme la pregunta?*, con mi profesor de francés funcionaba.

—Al pobre hombre le pasaría lo que a mí —le dijo su compañero de mesa a poca distancia de ella—. Con una sonrisa como la suya, uno se olvida de lo que estaba diciendo. Soy Frederick Peters, y le ruego que me tutee.

Dana asintió encantada y le regaló un gesto sincero y agradecido. Necesitaba distraerse y no pensar en lo que tenía delante de las narices, casi en sentido literal.

Frederick la miró fascinado. El guiño que esa mujer le había dedicado lo había alterado, algo que llevaba sin ocurrirle demasiado tiempo. Se echó hacia atrás y la recorrió con la mirada, la piel de esa chica resplandecía y su dorado no procedía de una cabina de rayos uva. Disfrutó de las expresiones que adoptaba su cara cuando Lelan O'Shea habló de los grafitis que realizó en su galería y dejó de comer para

escucharla relatar, con un extraordinario sentido del humor, su desconocimiento acerca del *Home Art*. Le gustaba esa chica. Miró a su alrededor y descubrió que todos la miraban con arrobó, incluidos Lelan y su compañero.

—Dana es ese tipo de persona cuyo arte la absorbe hasta el punto de parecer de otro planeta —señaló Rose—. Solo alguien como ella puede desconocer la importancia de ese premio.

Dana empezaba a preguntarse cuándo dejaría Rose de hablar de ella para obligarla a intervenir. Cada vez que contestaba o sonreía sentía los ojos de Duncan en su cara y empezaba a sentir que la ansiedad la asfixiaba.

—Mi querida bromista —se dirigió Dana a su amiga con la esperanza de que cerrara el pico de una vez—. Ya sabes que no tengo nada de extraterrestre, en todo caso me considero una arte-sana.

La sonrisa de Frederick logró que Dana lo observara con interés. Ese hombre había sido el único que había notado su juego de palabras. No era Duncan Rush (en verdad, no conocía a nadie más atractivo que el artista), pero no estaba nada mal. Moreno, con algunas hebras plateadas en las sienes, ojos marrones, grandes y rasgados, y nariz elegante. En ese momento su alegría era música para los oídos de Dana, daba gusto ver la franqueza con la que se reía ese hombre. No podía decir lo mismo del individuo que tenía a su derecha, con quien no cruzó ni una palabra, por cierto.

Al elevar la mirada contempló a la chica del escote cuchichear con Duncan y rozarse con él al mismo tiempo. Dana la vio abandonar su silla y dar media vuelta ofreciendo toda una panorámica de sus curvas...¡Oh, mierda!, esa mujer era la misma que acompañaba a su jefe la noche de la exposición.

Esa sirena era su repuesto, reflexionó trastornada. La noche que Duncan le hizo el amor en la terraza de la galería ya había previsto dejarla. Con indemnización, eso sí, se recordó Dana con amargura al advertir que la pareja había asistido acompañada de un obediente y elegante Alain Foster.

Sin darse cuenta, cogió el lápiz diminuto que llevaba en su bolso de mano y comenzó a dibujar en la parte posterior de la cartulina que mostraba el número de la mesa. No creía que le importara a nadie que la utilizara y ella necesitaba dejar de espiar la mesa de al lado. Escuchó a Lelan hablar sobre su próxima exposición y, mientras picoteaba de su plato, empezó a calmarse. La comida era tan escasa que no tuvo que simular apetito.

—¿Puedo ver eso? —la interrumpió Frederick.

Dana sonrió azorada.

¡Menuda metedura de pata!, sus bichejos (como los llamaba Rose) no estaban preparados para pasar ninguna revisión.

Observó al hombre estudiar con atención los tres seres que había creado y deseó que no acabara riéndose de ella, su autoestima no atravesaba su mejor momento.

—¿Tiene más de estos? —le preguntó el tipo, a todas luces seducido por sus dibujos.

—Sí. Un montón de cuadernos, agendas y servilletas llenas —alardeó Rose levantándose de su asiento y acercándose a toda prisa.

Frederick le sonrió con simpatía y volvió a la cartulina de nuevo.

Dana miró extrañada a su amiga y cerró los ojos resignada.

—El señor Peters es el editor más famoso de Boston —informó Rose a su amiga, la extraterrestre.

Dana abrió los ojos a la espera de que esa información pudiera significar algo para ella.

—Tengo una colección increíble de cuentos deseando ser ilustrados —confirmó el editor percatándose del hecho de que esa chica era tan extraterrestre como decía su amiga.

Dana sonrió y cogió la tarjeta que Peters le tendió solícito.

—Me gustaría ver más dibujos como estos —afirmó el hombre con un nuevo brillo en la mirada—. Concierta una cita con mi secretaria, debemos hablar de negocios. Cuanto antes mejor.

—Lo haré —contestó Dana sin llegar a creerse que tuviera tanta suerte. En varias semanas terminaría sus queridas musas, lo que significaba trabajar en el restaurante de Rose o engrosar las lista del paro, aunque también contaba el príncipe ruso. El problema era que lo había visto quitarse el anillo y babear delante de su escote...Y ambas cosas no presagiaban nada bueno.

Justo en ese instante, las luces del salón aumentaron de intensidad y una pareja de mediana edad anunció a través de un micrófono que se iba a proceder a realizar la subasta.

Dana observó a Frederick Peters volver a depositar la cartulina con el número en la mesa y comprendió avergonzada que no la habían puesto para que ella le diera el uso que quisiera.

Miró para otro lado y... los ojos de Duncan la quemaban, tampoco supo en esa ocasión lo que querían decirle. En las novelas era todo mucho más fácil, pensó Dana completamente perdida, la heroína siempre sabe lo que piensa su *partenaire*; con solo un vistazo, que si la desea, que si la odia, que si la echa de menos... Pues ella, cuando mejor creía que iba su relación fue cuando la despacharon. Daba pena, la verdad.

Lo único bueno de todo aquello, además de la posibilidad de encontrar un nuevo trabajo, era que se había olvidado de la presencia de su jefe. Se masajeó la base de la nuca y el carraspeó del editor la sacó de su ensimismamiento. El hombre se inclinó y le habló al oído pasando el brazo por el respaldo de su silla.

—Tienes la mano llena de carboncillo.

Dana se sintió a gusto con ese hombre. Respiró la colonia masculina y le gustó el aroma a cítricos y a sándalo. Frederick Peters exudaba poder y lujo por todos los poros de su piel. La parte de costado que ese tipo tenía prácticamente pegado a ella le pareció irresistible. Le hubiera gustado que ese hombre fuera Duncan; se incrustaría justo debajo de su axila y no saldría en mucho tiempo.

Se sacudió unos pensamientos tan poco arte-*sanos* y se levantó para buscar los servicios. Inmediatamente, presintió a Rose detrás de ella.

—Peters es el equivalente a Rush pero en el mundo de la Literatura —informó su compañera situándose a su lado.

Dana la miró consternada.

—Si ahora toca lo de la mancha de la mora... Prefiero ir desnuda —le dijo mientras sorteaba las mesas sin saber realmente hacia dónde dirigirse—. Rose, dame tiempo. No deseo exponerme de nuevo. Esto duele, no sé si lo sabes...

—¡Oh, Dios mío! no puede ser.

La exclamación de su compañera hizo que Dana siguiera la dirección de su mirada. A excepción de su hermano Matt, no encontró a ningún conocido al que Rose pudiera dedicar el alarido.

A pesar de que se habían quedado clavadas en el suelo, su hermano no las había visto. Compartía mesa con un montón de estirados que Dana supuso que serían compañeros del bufete y entonces reparó en el porqué del aullido de Rose.

Matthew había pasado su brazo por los hombros de una rubia pequeña y preciosa y le acariciaba la piel desnuda de los hombros con... amor. O eso parecía.

Dana miró la cara descompuesta de su amiga y la abrazó con fuerza. Siempre lo había sospechado y temido. Para Matt, Rose era su segunda hermana y el problema era que la trataba como tal, lo que significaba besos, abrazos, bromas y regalos. Así era como los había criado Lena y así era como ellos se comportaban.

—Dana, cariño. —Sonrió Matt al verla, para después abrazarla delante de un montón de caras sorprendidas—. Deja que te presente a unos compañeros. Chicos, ella es Dana Michel, mi preciosa hermana.

Dana se volvió para buscar a Rose pero no la vio por ningún lado. Soportó las miradas lascivas de los letrados y trató de escaparse a toda prisa sin lograrlo. Su hermano había bebido unas copas y deseaba presentarle a *alguien*. Dana observó tal felicidad en la cara de Matthew que abrazó a aquella minúscula chica con todo el sentimiento que fue capaz de reunir en ese momento.

Si Matt era feliz, ella era feliz.

—Sally Wells, mi hermana Dana —expresó su hermano rebosante de orgullo—. Te he hablado tanto de ella que me alegro de que por fin la conozcas.

Estaba claro que hablaba con Sally porque ella no tenía ni idea de su existencia.

La chica le sonrió con timidez y la recorrió con la mirada. Sin embargo, Dana no obtuvo la respuesta habitual, nada de envidia, odio o resentimiento. En esta ocasión, esa criatura pálida, rubia y de ojos azul cielo la miró con... afecto.

Dana sintió que traicionaba a su mejor amiga, pero no podía odiar a aquella cosa pequeñita y amable que le recordó a uno de los duendecillos que ella solía dibujar cuando se ponía nerviosa.

Abrazó a Matt con cariño y se despidió de su *amiga*. A los abogados salidos y engreídos les dedicó un gesto.

Qué poco empezaba a gustarle la profesión de su hermano, pensó con frialdad mientras se dirigía a los servicios, donde, con suerte, esperaba encontrar a Rose.

\* \* \*

Dana comenzó a ponerse nerviosa.

Su amiga no estaba en los aseos. Le mandó varios mensajes y al no obtener respuesta optó por llamarla. Todo inútil, había apagado el móvil. Durante unos minutos no supo qué pensar.

Salió sintiendo que todo se desmoronaba a su alrededor. Hacía tan solo unos días la vida le parecía tan hermosa y ahora... Lo último que esperaba era encontrarse con Duncan y no era casualidad, la estaba esperando. Mal momento para hablar, pensó Dana desencajada.

Duncan cambió de gesto al acercarse a ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó olvidando sus propósitos iniciales.

Dana lo contempló con otros ojos, no había nada como el sufrimiento ajeno para hacer más llevadero el propio.

—¿Has visto a Rose? —le dijo como si entre ellos todo fuera de lo más normal, como si no lo estuviera obligando a mantenerla contratada.

Duncan negó con la cabeza y hasta Dana llegó un olor conocido a gel caro y colonia que le recordó esos días en los que ella se creía feliz.

—¿Por qué haces esto, Dana? —le espetó su todavía jefe—. No parece propio de ti.

Estuvo a punto de comunicarle que no se preocupara, las musas estarían listas en quince días y entonces se marcharía con su pintura a otra parte, pero entonces sintió el roce de un dedo sobre la piel de su brazo hasta llegar al tirante de su vestido y permaneció callada.

Desconcertada, descubrió que unos ojos oscuros devoraban su cuerpo y se preguntó si los hombres contemplarían así a sus amantes abandonadas. No sabía mucho de relaciones pero se suponía que Duncan la dejaba porque estaba cansado de ella, ¿verdad? Entonces, ¿qué hacía mirándola como si aún no le hubiera encontrado repuesto? Ella había visto a la rubia voluptuosa que lo acompañaba, esa mujer era real no un espejismo.

El suspiro masculino se escuchó tan desesperado que Dana empezó a preguntarse si no estaría equivocada. Ese hombre no se comportaba como si no deseara volver a verla o, peor aún, con indiferencia. Parecía, él parecía... que la había echado de menos. Y en todos los sentidos, se había pegado al cuerpo femenino y el bulto que presionaba contra el estómago femenino se lo dejó bien claro. Lo sintió proferir una maldición cuando descubrió que no llevaba sujetador y, atontada, le permitió bajarle los tirantes y amasar sus pechos con las tiritas puestas.

Dana no entendía nada.

Esa fue la única explicación que se dio a sí misma para permitir que la mano de Duncan descendiera hasta sus profundidades y con la otra la atrajera aún más hacia él.

Cuando el pintor inclinó la cabeza y deslizó su lengua dentro de su boca, Dana se sintió incapaz de negarle el beso. Ese hombre estaba tan destrozado como ella, no se estaba engañando. Darse cuenta de ese revelador detalle provocó cierto quebranto en su armadura de cristal que se hizo añicos cuando lo escuchó repetir su nombre y volver a buscar sus labios.

Esta vez, Dana le devolvió el beso con la emoción de saber que quizá fuera la última oportunidad que tuviera de mezclar sus fluidos con ese hombre, por eso dejó a un lado el enojo y la decepción y se despidió tal y como ella era: apasionada, enamorada y esperanzada. O, lo que es lo mismo, con toda la pasión que una persona puede acumular a lo largo de la vida, con todo el amor que había descubierto y con toda la esperanza de volver a recuperarlo.

Duncan retrocedió asustado.

Era bastante humillante, pero Dana comprendió que ese hombre confundido no quería nada con ella. Se miró los pechos desnudos y buscó las tiritas sin taparse, dejó que Duncan la contemplara y lo hizo a conciencia, deseaba demostrarle que aquel desliz no había tenido importancia para ella... No encontró nada con qué cubrirse los pezones y se subió el vestido con cuidado de no hacerse daño con los adornos de cristal. Se atusó el pelo y se acomodó el tanga con toda la elegancia que pudo. Después tocaba disimular, así que sonrió.

Todo se aprende, se dijo muerta por dentro. Incluido que jamás volvería a dejarse tocar por su jefe, y, por supuesto, a no desear volver a retozar con él.

—Deja de perseguirme y empieza en otro sitio —le dijo Duncan con la voz tan ronca que a Dana le costó trabajo entenderlo—. Te daré referencias, incluso te ayudaré a encontrar otro trabajo, pero déjame en paz.

Dana era incapaz de articular palabra. Hubiera llorado de impotencia y de indignación. Sin embargo, aún le quedaba algo de orgullo y fue el que le permitió defenderse.

—Considérate dejado en paz para siempre —susurró Dana con una calma que no sentía—. No eres el único pez en el mar.

No dijo nada más, tampoco es que pudiera.

—Peters es mayor para ti, deberías nadar en aguas menos profundas —le espetó Duncan acercándose peligrosamente a ella—. Bien pensado, quizá debiera hacer un esfuerzo y enseñarte a pescar...

Dana retrocedió sobre sus pasos y lo contempló ofuscada.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le gritó apuntándole con el dedo—. ¿No puedes estar conmigo ni sin mí? Aclárate, joder, pero no me insultes. Solo trataba de defenderme, el mar siempre ha estado atiborrado de peces, Duncan, pero hasta ahora no me había interesado ninguno.

Duncan se quedó en suspenso, alzó las manos y se alejó negando con la cabeza.

Dana también salió huyendo pero en sentido contrario. Cuando comprendió que no podía dejar a Rose sin saber cómo estaba, desandó sus pasos y volvió al salón.

Su compañera estaba sentada en el sitio que ella había dejado vacío y sostenía una charla animada con el editor. Dana maldijo en silencio, muy mal tenía que estar Rose si se comportaba de aquella sofisticada manera.

A su vez, Dana ocupó el asiento de su amiga y agradeció dar la espalda a su jefe. Podía sentir sus malditos ojos negros en su columna vertebral, pero no se dio la vuelta ni una sola vez. Ni siquiera cuando Rush se levantó para agradecer los aplausos por el cuadro que había donado a la causa.

Había leído que al cabo de veintiún días uno comienza a desterrar las malas costumbres. Pues le sobran siete porque ella lo iba a lograr en catorce, los mismos que necesitaba para terminar las musas.

Ahora sí que iba a olvidarlo, se repitió una docena de veces.

\* \* \*

De buena gana, se hubiera marchado, pero no podía dejar sola a Rose después de verla acabar con las vides de todo el Estado. Su amiga se estaba bebiendo el mar entero, aunque sin peces. Intentó hacerle comprender que la solución no estaba en el fondo de una botella pero su alegre compañera no le hizo ningún caso y Dana tuvo que seguirla a tres garitos diferentes.

En el último, Rose sufrió un bajón. Tuvo que ir al baño a vomitar la exigua cena que les habían servido en la subasta y, después de caerse de un inofensivo sillón dos veces seguidas, Dana consiguió convencerla para volver a casa. Entonces recordó que esa noche había cogido su coche y llamó a un taxi para que las llevara de vuelta al edificio de la fiesta.

Su amiga cayó muerta en el interior del vehículo. Dana la acomodó lo mejor que pudo y rezó para que se despertara cuando llegaran a su destino.

Lo que, obviamente, no sucedió.

Rose no abría los ojos ni se movía. Sacarla de allí para introducirla en el coche de Dana no iba a ser tarea fácil. Su amiga estaba profundamente dormida. Dana resopló malhumorada cuando se dio cuenta de que el taxista no quería saber nada. Por eso, estuvo a punto de chillar de alegría cuando unos fuertes brazos sacaron a su compañera del vehículo mientras ella terminaba de pagar.

—Gracias —le dijo Dana a... Alain Foster sin mucho agrado. Seguro que los músculos de sus brazos estaban hinchados por tomar esteroides en el gimnasio.

El abogado tendió a Rose con delicadeza en los asientos traseros y, después de asegurarse de que no estaba en coma, la puso de lado.

Dana se sorprendió de la sapiencia del tipo; aunque ya sabía que era de los buenos, no tenía ni idea de que sus conocimientos abarcaran tantos temas: amenazas, coacciones, cogorzas...

Intentó despedirse a toda prisa con la legítima excusa de llevar a una borracha a casa pero el letrado parecía reacio a dejarla marchar tan pronto.

—Espero que esté bien —susurró el hombre recuperando la amabilidad que casi siempre le caracterizaba—. Mi hermana ha acabado igual que ella.

Rose miró hacia el Lexus del jurista y se sorprendió al ver a la mujer de las curvas dormida en el asiento del copiloto. La mona, comprendió Dana después de escucharlo hablar, la chica había acabado durmiendo la mona en un coche, igual que Rose. Un momento, se preguntó, realmente interesada, ¿qué le habría pasado a esa chica para acabar de la misma manera que su amiga?

—¿La mujer del escote es tu hermana? —se le escapó sin querer.

Alain suspiró como si a él también le costara trabajo asimilarlo.

—Sí, esa casquivana alocada e inmadura es mi hermana Brooke.

Dana se rascó la cabeza sin importarles el resultado final de su pelo.

—Creía que era la nueva amante de Duncan, lo siento.

Alain sonrió con gracia.

—Duncan conoce a Brooke desde que era una cría y aunque no fuera así, créeme cuando te digo que mi hermanita es insoportable. Además, Duncan tiene bastante con tratar de olvidarte a ti.

Dana no quiso entrar en ese juego y subió a su coche dejando a Foster cortado.

—Vaya, pues ya somos dos —murmuró para sí misma sin importarles que el hombre la escuchara—. Gracias de nuevo, Alain.

Dicho lo cual arrancó y condujo con cuidado de que Rose no se cayera del asiento de atrás. Mientras veía al abogado hacerse pequeñito en el espejo retrovisor, lloró deprimida. ¿Por qué tenía que encontrarse en ese aparcamiento con el letrado traidor? ¿Por qué tenía que haberse emborrachado Rose y por qué tenía que haber hecho lo mismo la chica del escote? y ¿por qué tenía que descubrir que Duncan no estaba con esa mujer?

Malditas coincidencias... que le hacían concebir una esperanza, pensó Dana mientras trataba de ignorar la extraña sensación que había experimentado con Duncan y le daba vueltas a la conversación con el letrado.

Estaba sentada en la terraza con su bloc de dibujo en las piernas reviviendo una y otra vez el encuentro con Duncan. Ni siquiera dibujaba. La dolorosa verdad era que lo único que hacía era barruntar posibles razones que explicaran el comportamiento de su jefe.

En eso andaba cuando vio acercarse a Rose a cámara lenta. Su compañera presentaba un sospechoso color verdoso que le indicó a Dana que el almuerzo que había preparado solo se lo iba a comer ella.

—Me gustó tu hermano una fracción de segundo más tarde de habérmelo presentado. Creo que en el mismo momento en que te sonrió y se le saltaron las lágrimas al despedirse de ti. Era la primera vez que veía a un buenorro pensando en otra persona que no fuera él mismo —Rose hablaba tan bajito que Dana abandonó el columpio para sentarse a su lado en el sofá—. Creo que la culpa de todo la tiene ser hija única. La forma en que nos cuida Matt siempre me afecta. Soy una imbécil integral, ahora me doy cuenta; mientras yo me colaba por él, tu hermano me adoptaba como hermana. No hables, por favor. Esto es bastante humillante sin que lo analicemos a fondo.

Rose se cogió la cabeza con las manos y respiró hondo. Dana le echó el brazo por los hombros y ambas se reclinaron en el respaldo con los pies apoyados en la mesita que tenían delante y la mirada perdida en el horizonte.

—El lunes siguiente al *Home Art*, Alain Foster, el abogado de Duncan, me comunicó muy gentilmente que estaba despedida. Te juro que no pensaba protestar demasiado pero mencionó una cuantiosa indemnización y lo vi todo negro —suspiró Dana avergonzada—. Me sentí tan insultada que le dije que si me despedían haría público lo que había vivido con Rush... Quizá exageré un poco, pero me debió de salir bien porque nadie me ha vuelto a molestar. Anoche era la primera vez que veía a mi jefe desde que estuvo aquí el sábado pasado. Exactamente, cuando le soltaste que si no tenía suficiente polla, no se preocupara porque siempre podía dibujársela más grande... Ahora que caigo, parece que últimamente bebes demasiado, ¿no te parece?

Rose no dijo nada y Dana la imitó.

Una suave brisa las arrulló y se dejaron seducir por la sensación de bienestar que les proporcionó recibir la calidez de los rayos del sol.

La mente en blanco, la conciencia tranquila y la amistad verdadera desbancaron a los fantasmas y ambas chicas cayeron dulcemente en los brazos de Morfeo.

\* \* \*

El lunes por la mañana Dana se sentía una persona distinta. Rose y ella habían pasado un fin de semana como hacía tiempo que no recordaba. Habían salido al cine, a cenar y a pasear en busca de las viejas creaciones de la grafitera. Y había sido sencillamente fantástico.

Rose había hablado de sus planes y Dana había dejado que la incluyera en ellos, más que nada porque no sabía lo que sería de su vida, ni a corto ni a largo plazo. No era su estilo. Por el momento, lo único que ocupaba su cabeza era terminar aquellas cuatro mujeres que cada día le agradecían su esfuerzo resplandeciendo en aquellas paredes.

Bromeó en el autobús con Nancy y le chifló a Timothy cuando lo vio besar a su inseparable Ashley. No sabía por qué pero deseaba ser feliz y lo estaba siendo, quizá fuera ese el secreto, se dijo mientras se reunía con sus amigos en el comedor.

Se retrasó para echar un vistazo a su pared, le gustaba contemplar el fresco cuando le daba la luz de la mañana, los vestidos se veían más etéreos y las musas más livianas. La sensación era tan maravillosa que aún persistía el hormigueo dentro de ella cuando llegó al salón.

—Cinco minutos más y hubiéramos prescindido de tus servicios —comentó Duncan sonriendo mientras le tendía un vaso de café—. No perdamos las buenas costumbres...

No se trataba de una broma como trataba de aparentar, tampoco el resto de sus compañeros lo creyó porque ninguno secundó al jefe. Dana miró a Duncan angustiada. Una cosa era despedirla en privado y otra hacer escarnio de ello. No quiso enfrentarse a él y le cogió la bebida. Rush amplió la sonrisa al ver las dificultades de Dana para coger el vasito sin rozar su mano, hasta el punto de provocar cierto recelo en la grafitera, que llegó a pensar si no habría puesto algo en el vaso que le hiciera meter la pata para poder despedirla.

Duncan repasó el estado de los trabajos de sus empleados y dejó a Dana para el final.

—No me lo cuentes —susurró entrecerrando los ojos enigmáticamente—. Mejor me lo muestras. Llevas sin supervisión una buena temporada, me temo que he sido un jefe poco exigente contigo.

Dana miró al techo y suspiró. Empezaba a comprender que las dos semanas se le iban a hacer eternas.

Lo siguió a marchas forzadas, el genio debía tener prisa porque ni siquiera se detuvo para comprobar que ella lo siguiera. Enfadada consigo misma por dejar que algo tan tonto le afectara, decidió vengarse dándole un buen repaso, él se lo había buscado por borde. Comenzó por los pies (era más humillante empezar por abajo). Llevaba unos zapatos de piel negra, lisos y sin suela, que la dejaron fascinada, pantalón de lino negro, ligero y algo caído en las caderas. Miró su trasero apretado y sus piernas largas y esbeltas y... acababa de tropezar con él.

—Se te ve contenta —le dijo Duncan como si eso le molestara—. ¿Has encontrado trabajo?

Dana perdió la sonrisa. Bueno, al menos no había notado que le estaba mirando el culo, se dijo deseando mandarlo bien pronto al infierno.

—Sí, varios, para ser más precisos —afirmó con la convicción que le daba la verdad.

Rush la miró con los ojos entrecerrados sopesando sus palabras. Después se dedicó a estudiar el trabajo de Dana.

—Demasiado colorido, líneas demasiado acabadas y demasiadas flores en el suelo, además de haberte inventado las coronas en el pelo. Tu entusiasmo te ha jugado una mala pasada... ¿Sabes? cuando se analiza o se critica una obra no se debe hablar de los sentimientos del artista, sobre todo, si no se conocen —indicó como si él no la estuviera criticando en ese momento.

*Demasiado... demasiado... y demasiado...*

Dana entendió de golpe muchas cosas.

La primera vez que reparó en ella no tuvo nada que ver con su grafiti, la atención de ese hombre llegó cuando la profesora Holland mencionó su nombre; o ese recuerdo vago de haber comentado con él su crítica acerca del cuadro de Sabine Meyer en Las Bahamas... Incluso le había recitado una parte de su trabajo fin de carrera. ¿Cuántas veces lo había leído para memorizarlo tal y como ella lo había escrito?

¡Oh, mierda! ¿En qué estaba pensando para no darse cuenta antes?

—¡Es cierto que te consideras responsable de su muerte! —exclamó Dana tan sorprendida de su descubrimiento que no se dio cuenta del cambio experimentado en el semblante del artista—. Por eso querías saber cómo alguien como yo había llegado a ciertas conclusiones estudiando la cara de la chica y tú no... De eso va todo esto, no me equivoco, ¿verdad? ¿Temes que si sigues conmigo pueda acabar como ella? ¿Por eso deseas que me vaya? —Lo veía todo tan claro que ya no podía parar—. En realidad, no me he equivocado tanto. Sientes algo por mí...

Se quedó callada cuando asimiló el contenido de sus últimas palabras. ¿Podía estar ese hombre enamorado de ella? ¿La quería fuera de su vida porque no era capaz de enfrentarse a sus traumas personales?

—Duncan, me puedes despedir o mantenerme en mi trabajo. Romper conmigo o continuar... pero, en ningún caso me voy a suicidar, ni por ti ni por nadie. Afortunadamente, soy una superviviente a la que le gusta disfrutar del color de la vida. Créeme, no eres para tanto —concluyó enfáticamente.

Duncan aspiró fuerte y soltó una estridente carcajada que le puso a Dana los pelos de punta.

—¡Dios! ¡Escúchate! Das pena —susurró el pintor con la cara desencajada—. Si tu arte igualara tu inventiva no estaría peligrando tu contrato. Focaliza tu atención en la pared y ahórrate estas humillaciones. —El genio le rehuyó la mirada y abandonó la habitación.

Dana continuó pensando en lo que acababa de suceder. Había sido tan tonta que no había sospechado nada. Con lo fácil que hubiera sido juntar las piezas.

Ojalá y no fuera demasiado tarde.

El timbre de su móvil sonó abruptamente. Sin reparar en quién la llamaba, Dana descolgó todavía absorta en sus reflexiones.

—Dana, estoy jodido —escuchó decir a Wallace—. Tu hermano no me coge el teléfono. Esta vez la he cagado. Estoy detenido en la 34, entre Glimborg St. y Dawson St. Me acusan de *contrabando*, Dana, *CONTRABANDO* —gritó su amigo completamente desesperado—. Por Dios, Dana, llevo toda la noche en la comisaría. Localiza a tu hermano, es mi única esperanza para no acabar en la puta cárcel... —Terminó con un hilillo de voz y rompió a llorar.

Dana sintió que el corazón se le salía del pecho.

—Cálmate, por favor, cálmate —le repitió hasta que dejó de escuchar sus sollozos—. He tomado nota de la comisaría y localizaré a mi hermano aunque tenga que ir personalmente a Las Vegas para traerlo de vuelta—le dijo imprimiendo una fuerza a su voz que distaba mucho de sentir en ese momento—. Ahora voy a colgar, tengo que localizar a tu abogado. No te vengas abajo, estaremos ahí lo antes posible.

—Claro, Dana —le dijo su amigo con la voz tomada—. Confío en ti y te quiero, lo sabes, ¿verdad?

Dana se limpió las lágrimas y trató de que no se notara que estaba aterrada.

—Yo también te quiero, Wallace —susurró mientras pensaba en lo que tenía que hacer—. Sabes que no te fallaré.

Colgó precipitadamente para llamar a su hermano. Le saltó el contestador automático y entonces decidió intentarlo con su secretaria.

—Hola, soy Dana, la hermana de Matthew Michel. Ha surgido una emergencia familiar y necesito ponerme en contacto con él.

La chica debió de entender que era serio porque no se entretuvo en soltarle ningún rollo.

—El señor Michel está en una reunión con el resto de accionistas. Le pasará una nota y en unos minutos se pondrá en contacto con usted. Creo que es lo más rápido.

Dana respiró por primera vez desde que habló con Wallace.

—Sí, muchas gracias.

No esperó a recibir la llamada. Buscó a su encargado y le comunicó que se encontraba mal, fingió sentir ganas de vomitar y se largó a toda prisa. Llamó a un taxi y le dio la dirección de su casa. Necesitaba cambiarse de ropa y coger su coche.

Mientras miraba el tráfico y pensaba que para cuando llegara a casa sería Navidad, llamó su hermano. Le informó a toda prisa y quedó en que se verían en la comisaría.

Dana maldijo en silencio. Le había mandado un mensaje a ese chico diciéndole que la minuta ya estaba pagada y que no se metiera en líos para conseguir dinero. Pero no había insistido lo suficiente.

Sus problemas con Duncan, pensó enfadada consigo misma. Toda esa mierda la había distraído de lo importante y se había olvidado de sus amigos, de personas que habían demostrado sobradamente que la quería. Maldita sea, debía de haber cuidado mejor de su familia. Si lo hubiera hecho, ese chico noble e inmaduro, incapaz de hacerle daño a una mosca, no se encontraría camino de la cárcel.

Una hora más tarde había llegado a casa. Grabó un mensaje de voz para Rose y buscó algo que ponerse. No podía perjudicar a su amigo ni a la estrategia de su hermano apareciendo como una marginal en la comisaría. No tuvo que pensar demasiado, solo tenía un traje pantalón en color crudo y fue el que se puso con una camisa blanca sin mangas. Se calzó unas sandalias blancas con poco tacón y se pintó ligeramente los labios.

Después corrió por los corredores del edificio como si la persiguiera una horda de zombis asesinos y llegó al parking sin resuello. No tenía gasolina ni dinero, el poco que le quedaba lo había gastado en los últimos taxis que había cogido, pero decidió arriesgarse. Aceleró gastando tontamente la goma de los neumáticos y salió como si en lugar de un coche fuera un cohete lo que manejaba sin muchos miramientos.

Pensar en su amigo, solo y asustado, la trajo de vuelta a la realidad. Qué insignificante se veía su amor no correspondido si lo comparaba con la posibilidad de pasar los próximos años de su vida en prisión.

\* \* \*

Esta vez esperó dentro de la comisaría de policía.

Error que no volvería a cometer jamás. Era mucho mejor la ignorancia que proporcionaban unas escaleras o un banco en cualquier parque cercano.

Su hermano llevaba media hora encerrado en un despacho. Aunque lo que le preocupó de verdad fue ver a un montón de tipos vistiendo chalecos sin mangas en cuya espalda podía leer DEA junto con otros tipos trajeados, que en las películas se presentaban como del FBI.

¿Contrabando de qué?, se preguntó cada vez más nerviosa.

A media tarde, su teléfono sonó dentro del bolso. Dana miró la pantalla y lo dejó en silencio. La estaba llamando Alain Foster, seguramente curioseando acerca de su malestar. Cuando acabara en la comisaría tendría que acudir a un médico para demostrar que estaba enferma...

—Malas noticias —le dijo su hermano demasiado tranquilo para ser solo malas noticias—. Lo acusan de contrabando de... armas y estupefacientes. Nada que yo pueda solucionar con buenas palabras. Ya han llamado al furgón para trasladar a los detenidos a una prisión federal y en unos días se celebrará una vista preliminar. Lo siento, Dana, he pedido que te dejen hablar con él en presencia de un agente pero no está permitido y en este sitio parece que no hacen excepciones.

Dana se abrazó a su hermano y lloró desconsolada.

—Pero, ¿en qué se ha metido ese idiota? —hipó sin fuerza.

Matt la observó preocupado.

—No lo había pensado, espero que tú... En fin, que ese chico no sea tu...

Su hermano no sabía cómo seguir, así que lo ayudó.

—No es mi novio, pareja o como queramos llamarlo. Solo es un buen amigo de quien me considero responsable. Matt, he pintado más de un grafiti con él y su grupo, pero nunca hemos ocasionado ningún daño, ya me conoces, siempre incrementando la

belleza de las calles. —Comenzó a llorar de nuevo—. Hace poco nos detuvieron, tú estabas en Las Vegas y el abogado de mi empresa nos asistió en comisaría. Al final, salimos sin cargos pero Wallace quería pagar la mitad de los honorarios... Creo que este es el resultado y yo me siento tan responsable que me cambiaría por él en este mismo instante.

Matthew contempló a su hermana y la abrazó hasta que sintió que dejaba de llorar.

—Me temía algo así —le susurró al oído mientras le revolvía el pelo al estilo Michel. Después le elevó la barbilla con un dedo y la miró fijamente—. Ese chico se ha pasado noches enteras no con sus grafitis sino descargando droga y armas de los barcos fantasma que llegaban al muelle —le dijo con dureza—. Kendrick afirma que se trataba de videojuegos ilegales y puedo llegar a creerlo, pero, de cualquier manera, nadie más que él mismo puede sentirse responsable de su estúpido comportamiento. Malas ideas, malos resultados, siempre lo he dicho.

Dana miró la hora y suspiró. Las diez de la noche, aún debía buscar un médico de guardia y comer algo o quizá fuera bueno que cuando le palparan la barriga encontraran su estómago vacío, salvo el paquete de galletitas que había sacado de la máquina de la entrada, no había comido nada ese día.

Dana tomó asiento de nuevo y resopló con fuerza.

—Podemos irnos —le dijo su hermano mirándola con preocupación—. No te dejarán hablar con él. Lo he intentado sin ningún éxito, ni siquiera en presencia de un agente.

Dana asintió.

—Nadie va a moverme de aquí hasta que vea a Wallace —le aseguró mientras imaginaba a su amigo muerto de miedo y pálido como la cera.

Matt sonrió y tiró de su mano. Así era su hermana, leal hasta la muerte.

—Anda, sígueme. Los sacan por la puerta trasera, quizá puedas gritarle algo.

Dana le dio un beso en la mejilla y lo siguió esperanzada. Rodearon la estación de policía y vieron el camión de traslado esperando delante de una puerta. Respetaron las señales de prohibición que les impedían acercarse más y esperaron. Dana notó cómo una de las cámaras los seguía y trató de comportarse, sin embargo, cuando vio a los hombres entrando en el furgón, chilló como una loca.

—¡Ken, te vamos a sacar! —gritó Dana sin importarle otra cosa que su amigo la oyera.

Aguardaron en la esquina y dejaron pasar el vehículo. Dana vio a Wallace pegado a la ventanilla con el pulgar alzado. Qué demonio de chico, se dijo llorando.

Cando el camión desapareció al girar a la derecha, Matt le echó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

—Puedes saludar al nuevo socio del bufete, me lo han comunicado esta misma mañana —suspiró acordándose de pronto—. Y ya conoces el nuevo caso que vamos a defender gratuitamente.

Dana miró a su hermano emocionada.

—¿Sabes? No hay día que no agradezca que Lena y tú seáis mi familia —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Me siento tan orgullosa de ti... Solo siento... no ser como tú.

Matt sacudió la cabeza y lanzó un improperio.

—No te cambiaría por nada del mundo —confesó su hermano—. Siempre he admirado tu valor para luchar por lo que querías sin importarte las consecuencias. Hermanita, me has servido de ejemplo más de lo que crees, así que deja de decir tonterías, si fueras como yo no podrías dibujar más que corazones torcidos y emoticonos sonrientes.

Dana le dedicó su sonrisa *consíguelotodo* y recordó que se había quedado sin gasolina una manzana antes de llegar.

—¿Dónde has dejado tu coche? —le preguntó Matthew mirando a su alrededor.

Dana sonó de lo más normal.

—Vine en Taxi. Puedes marcharte tranquilo, he quedado con Rose y ya no puede tardar —le explicó para que no se preocupara—. Además, estamos en la puerta de una comisaría de policía —le dijo mientras los agentes de servicio entraban y salían del recinto—. ¿Qué crees que me puede pasar, salvo enamorarme de uno de estos tipos?

Matt la miró y entró en su coche.

—Ni se te ocurra —le dijo sonriente—. No ganan lo suficiente como para sufragar los gastos de un abogado y tú necesitas uno de cabecera.

Dana le sacó la lengua y lo saludó mientras se mezclaba con el resto de vehículos. Entonces se dio la vuelta y pegó un grito.

—Menudo susto —soltó ella a falta de algo más expresivo—. ¿Se trata de otra casualidad?

Al fin y al cabo, era abogado y aquello era una comisaría de policía.

Alain Foster la miró con seriedad.

—No, Dana, estoy aquí por ti —le dijo enigmáticamente—. Estás despedida, ahora sí. Incumplimiento de contrato, has desaparecido esta mañana y podemos demostrar que llevas todo el día en el interior de esta comisaría, tengo fotos que lo demuestran, por si quieres verlas. Estás preciosa en todas ellas, eso es cierto pero...

Dana cerró los ojos y abrió los brazos. Ese día no podía sucederle nada más.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —le preguntó obviando el plural de las narices.

—No he sido yo, Duncan ha recordado que hace unas semanas estabas preocupada por un amigo. La casualidad ha querido que se tratara del mismo chico que te acompañaba cuando tuve que prestaros mis servicios. Lo demás ha venido rodado, ahí dentro me debían algunos favores.

Sí, no dudaba de que había sucedido así.

Ya no iba a necesitar mentir a un médico de urgencias y ya puestos, tampoco necesitaba madrugar al día siguiente.

—Tu carta de despido —le mostró el letrado con desconfianza—. Está todo en regla. Hemos supuesto que la admitirías y no se menciona el incumplimiento. Si trataras de impugnarla, sería distinto... Dana, espero que te vaya bien. A pesar de lo que pueda parecer, tienes mi número, no dudes en usarlo para lo que desees.

El letrado le tendió la mano y ella lo miró asombrada. Vaya desfachatez la de ese tipo. No obstante, Lena no habría criado a una desagradecida y ese hombre la había ayudado en una ocasión.

Estrechó su mano y cogió el sobre. No se le ocurrió qué otra cosa podía hacer.

Qué forma más limpia de quitársela de en medio. Duncan no había necesitado ensuciarse las manos. Ni siquiera había perdido la compostura ni una sola vez, se dijo Dana destrozada. Ese hombre no había hecho gala de un mal gesto ni de un grito ni de nada que demostrara que tenía sentimientos.

«*Si tu arte igualara tu inventiva no estaría peligrando tu contrato*», las palabras que ese ser impasible le dedicó, llegaron atropelladamente a su cabeza y Dana las sintió como la guinda que le faltaba al pastel.

Ella le daría *arte* con el que perder los nervios como Dios manda, se prometió a sí misma, pisando tan fuerte que deseó que la estación de metro no estuviera demasiado lejos porque acababa de empezar y ya le picaba la planta de los pies.

Llegó a casa con un cometido.

Tener algo que hacer la salvó de sí misma. A primera hora del día siguiente congregó al grupo en un parque abandonado, lleno de grafitis y de chicos con monopatines, y les comunicó lo sucedido con Wallace. No había tiempo que perder, entre todos consiguieron reunir cien dólares y José y Lamar se acercaron a casa de Wallace para coger algo de ropa. La metieron en una bolsa y se dirigieron a lo más parecido a *Prison Break* que habían visto alguna vez en toda su vida.

Después de que rellenaran varios formularios, el funcionario de turno admitió el dinero y la ropa pero no pudieron ver a su amigo porque aún no podía recibir visitas. Defraudados pero satisfechos de dejar a Wallace pertrechado, se marcharon en la furgoneta de José sin mirar atrás. De hecho, Dana supo que estarían una buena temporada sin infringir ninguna normativa local.

El miércoles pudo centrarse en su siguiente objetivo: el boceto de un mural gigantesco que solo pudo acomodar en la terraza apilando los muebles contra una de las paredes.

Rose la veía tan bien que no abrió la boca para quejarse por haber perdido la terraza. Cuando deseaban utilizarla tiraban unos gruesos cojines al suelo y asunto resuelto. Después de tantos problemas y contratiempos aquella frenética actividad mantenía a Dana centrada y a Rose tranquila.

Así era Dana y así era Rose.

\* \* \*

El viernes a las diez de la noche, Dana había conseguido colarse en el banco de la misma manera que la primera vez que pisó ese lugar. Cuando cruzó el alféizar de la ventana chistó a Lamar y le lanzó una cuerda. Su amigo sujetó con ella un tubo para guardar planos y, a continuación, Dana lo elevó sin ningún problema. Se despidió de su amigo y se mantuvo alerta hasta que lo vio alejarse de la zona. Sabía que las alarmas no funcionaban pero dos guardas jurados cumplían con su trabajo todas las noches. Si surgía algún problema, no lo quería cerca.

Sin hacer ruido, se encaminó a la Sala de Juntas, lugar donde el genio tenía sus dominios. Eligió la única pared apropiada para acoger su grafiti y situó las luces en el suelo. Destapó el tubo y sacó el boceto.

Se puso la mascarilla y a partir de ese momento todo desapareció a su alrededor. Se pasó la noche trabajando tan metódicamente que cuando terminó apenas podía creerlo. Los guardas no pasaron ninguna ronda y cayó en aquel momento de tan concentrada como había estado.

A las seis de la mañana contempló su obra satisfecha.

No sabía qué críticas recibiría pero seguro que le pitaban los oídos varias semanas. Ese hombre iba a perder los nervios, podía apostarse lo que quisiera, reflexionó extenuada.

Decidió abandonar el escenario del crimen por donde había entrado, pero sus cuatro musas la reclamaban a gritos y era incapaz de marcharse sin saludarlas. Solo esperaba que quien terminara su trabajo las tratara con el mismo cariño que ella.

Bajó en silencio y se situó delante de su querida pared.

La claridad del día empezaba a gestarse y Dana pudo observar el fresco sin necesidad de encender ninguna luz. Suspiró orgullosa, podían despedirla pero esa maravilla la había creado ella.

Un movimiento en el suelo la dejó paralizada.

Era un bulto que coincidía con una persona... que coincidía con... Duncan. He ahí la explicación de que no hubiera habido ronda aquella noche. Vaya maldita coincidencia, exclamó para sí y para su conciencia.

Un Duncan Rush borracho como una cuba, decidió Dana cuando lo vio resoplar recobrando el conocimiento y sonriendo como un imbécil al mirarla.

—Menuda juga...rreta —le escuchó decir con la lengua trapajosa—. Ni siquiera be...bido deo de verte en esta sala. Creo que te... odio. Sip, con todas mis fuerzas...

Bueno, y con todas sus fuerzas se pegó un golpe contra la pared al echarse hacia atrás. Dana no se lo podía creer, ese hombre acababa de perder el conocimiento. Se acercó corriendo y le buscó el pulso. Trató de incorporarlo y cuando comprobó que seguía vivo y respirando con regularidad, aprovechó para abrazarse a él como una delincuente enamorada.

—Jugarreta la mía, cuánto te quiero y cuánto te echo de menos —murmuró Dana sin elevar la voz.

—No, yo te... echo más... de menos —manifestó el beodo sin tener muy claro si hablar de *más* o de *menos*—. Me gusta... sentirte en esta... habitación.

Dana lo dejó sentado apoyado en la pared y lo miró una vez más antes de marcharse. Ese hombre era encantador cuando se emborrachaba, qué injusta era la vida.

—No me dejes... por favor —soltó el artista presintiendo que se quedaba solo.

El gemido la destrozó, para cuando Duncan empezó a llorar ya estaba en los brazos de Dana.

—No voy a dejarte —mintió en vista del desarrollo de los acontecimientos—. Nunca, nunca y si tú fueras valiente tampoco dejarías que me fuera. ¿Por qué no eres valiente, Duncan?

—No quiero ser como... mi... padre. ¡Shsss!

Le dijo al oído como si le confesara un gran secreto. Le puso el dedo índice en los labios y cuando se dio cuenta de lo que hacía intentó besarla pero Dana esquivó sus labios. No quería los besos de una persona que tenía que beber para confesarle que la echaba de menos. No había cambiado de teléfono ni de casa, masculló enfadada.

—Eres... real, no eres fruto de mi imaginación... —comprendió de repente Duncan.

Dana supo que debía largarse de allí, la claridad del día era cada vez más patente y, desgraciadamente, ya sabía lo que le esperaba cuando ese hombre volviera a transformarse en un ángel frío, vengativo y sobrio.

Le echó un vistazo más antes de salir y para su sorpresa, Duncan se había puesto de pie. No sabía qué esperar y tampoco estaba dispuesta a comprobarlo.

—Te quiero, pero voy a olvidarte —le gritó ella a modo de despedida.

Dana echó a correr, esa noche daba por finalizada cualquier tipo de relación con ese hombre. Aunque su forma de finiquitarla no había sido tan convencional como la de él, una mísera carta de despido. Solo esperaba que Duncan supiera apreciar su imaginativo arte porque ella se lo había dedicado de todo corazón.

\* \* \*

Duncan dejó que el agua le aclarara las ideas. No había sido un sueño y no estaba tan borracho como para haberse olvidado de lo que habían hablado. Enrojeció hasta la raíz del cabello al recordar sus alaridos y su casi declaración de amor. Tardaría en olvidar algo así.

Lo que no llegaba a entender era lo que hacía Dana en el banco y por la noche. No había entrado a escondidas para terminar las musas ni para hacerse la encontradiza con él, eso era evidente.

Entonces, ¿qué demonios hacía la *grafitera* allí?

Un estremecimiento lo sacudió por dentro. No podía ser, no se hubiera atrevido. Salió de la ducha sin secarse y sin vestirse. No sería capaz de hacer algo así... Imaginó las paredes de la Sala de Juntas llenas de grafitis y corrió por los pasillos hasta llegar a la habitación. Los ventanales estaban tal y como él los había dejado esa misma tarde, se dio la vuelta y miró aterrado la enorme pared que hacía tan solo unas horas exhibía las aguas oscuras del río Charles chocando contra los pilares del puente Longfellow.

Acabaría con esa mujer, no volvería a pintar un grafiti más que en su patio, aulló a punto de cometer una locura.

Entonces estudió el apabullante grafiti y se odió por reconocer calidad a un trabajo que lo convertía en un... gallina. Analizó el dibujo y se echó las manos a la cabeza. En cada una de los cuatro laterales lo mostraba haciendo el amor. No recordaba con quién había mantenido sexo en el banco ni en los vestuarios del restaurante de su amiga, pero las imágenes estaban pobladas de tantos detalles que no tuvo dudas de que habrían sucedido de verdad. Cómo había llegado a enterarse Dana era lo que le preocupaba.

Pasó a la parte inferior. No estaba mal, la *grafitera* se había reservado dos polvos que él recordaba con más detalles que ella. Contemplar el centro de la pared le resultó especialmente bochornoso. Dana había pintado una gallina enorme, de plumas rojas y marrones, que hubiera sido perfecta si no fuera porque no era una cara de ave la que había dibujado sino el rostro de él adaptado y animalizado. Lo peor era que la gallina

se contemplaba delante de un espejo y este le devolvía la imagen de un Duncan humano y atractivo, tal y como era en el mundo real.

Toparse con una versión hiriente de su *mujer desnuda ante el espejo* lo trastornó. Supo lo que tenía que hacer al reconocer el marco del espejo de su óleo en el maldito grafiti.

¿Quería conocer la historia?

La conocería.

\* \* \*

La puerta de su habitación se venía abajo.

Dana escuchó a Rose encararse con alguien y acto seguido la luz de la mañana inundó su habitación.

—Tienes cinco minutos para vestirme —bramó Duncan con rabia.

Dana no podía abrir los ojos, acababa de acostarse, por favor... Entonces recordó lo sucedido unas horas antes y abrió los ojos como platos.

—No creo que tengamos nada que decirnos —improvisó al reconocer la ofuscación en la cara masculina—. Puedo esperar a que te calmes.

Entonces vio a su amiga acercarse al pintor con cara de pocos amigos y tuvo que intervenir.

—Rose, prefiero que no digas nada, Duncan y yo tenemos un asunto pendiente —le pidió muy en serio.

Su amiga asintió y después de sopesar la situación desapareció con lentitud.

—Grita si me necesitas —exclamó antes de entrar en la cocina.

Dana intentaba parapetarse dentro de la cama cuando sintió que el pintor la agarraba como si fuera un peso pluma y se la echaba sobre los hombros, lo que le recordó a una profesora ebria y descarada que se despachó a gusto con ella.

Vaya, otra coincidencia.

—Me haces daño en el pecho —volvió a improvisar, aunque esta vez mintiendo—. Me estoy hincando tu maravillosa espalda. Además, no sé adónde me llevas y prácticamente voy desnuda. No sé si te has fijado...

Duncan se paró en el pasillo. Maldijo molesto y la depositó en el suelo. Acto seguido, la miró de arriba abajo.

Vale, parecer digna con un camiseta medio transparente que no le tapaba el ombligo y cuyo escote era más grande que la Costa Oeste, era complicado. No obstante, Dana lo intentó. La había sacado de la cama y hacía un calor espantoso, tampoco era para tanto. Lo que no se podía creer era que sus pezones se hubieran izado como la vela de un barco ante aquellos ojos oscuros, pero siguió sin arredrarse, siempre podía echarle la culpa al aire que entraba por la terraza. Esquivó a la voz de su conciencia que le aclaró que estaba en pleno agosto y el sol se caía a pedazos y lo contempló esperando el veredicto.

Duncan retrocedió inquieto, quizá no fuera una buena idea, lo único en lo que podía pensar era en meterse en la habitación de nuevo y perder la llave. No se sentía con fuerza para lidiar con el magnetismo sexual y de cualquier otra clase que esa cría llevaba consigo, los tenía todos. Entonces recordó la sala pintarrajeada de grafitis y se mantuvo impertérrito. Había empleado varios meses en esa pared, se recordó abatido sin acabar de creerse que la grafitera hubiera llegado tan lejos.

—Tienes los cinco minutos de antes —expresó el pintor haciendo gala de su frialdad—. Ni uno más. Nuestro vuelo sale en una hora y te aseguro que me vas a acompañar, que lo hagas vestida o desnuda depende de ti.

—¿Un vuelo? ¿Te refieres a un viaje en avión? ¿Tú y yo? —preguntó sorprendida—. Mira, Duncan, no sé de qué va todo esto pero te aseguro que lo del grafiti tampoco es para tanto...

No la dejó proseguir. Se acercó a ella con esos maravillosos ojos brillando como carbones encendidos y la miró fijamente.

—Después de que te hayas tomado tantas molestias es lo mínimo que puedo hacer —habló irritado—. Salvo que la *gallina* aquí seas tú...

Dana aceptó el reto que leyó en la mirada masculina y corrió a su cuarto como alma en pena.

No sabía lo que ese hombre se proponía, pero en su vida se había comportado como una gallina y no iba a empezar en ese momento.

\* \* \*

Dana miró a través de la ventanilla y se dijo que haría bien en bajar de las nubes. Sentada frente al artista había empezado a fantasear a cerca de lo bonito que sería ser su pareja, apoyar la cabeza en el hombro masculino y dormirse sabiendo que despertaría a su lado sin traumas ni malos rollos, simplemente disfrutando el uno del otro.

La imagen de su grafiti vino a aguarle la fiesta. Parecía que a Duncan le había sentado bastante mal la metáfora. ¿Debería haber dibujado otro tipo de animal? Había estado tentada de representar a una avestruz e incluso a un cerdo... Al final se había impuesto la cruda realidad; ese hombre era un cobarde, podía despotricar todo lo que quisiera pero solo un cobarde se retiraba sin luchar. Ella, sin embargo, prefería olvidar que lamentar no tener que hacerlo.

No, ella no era ninguna gallina, eso seguro.

—Nunca te quitas esa pulsera —se le ocurrió de pronto queriendo romper el silencio.

Nada mejor que un tema *light* para reconducir las aguas, pensó Dana felicitándose por la idea.

—Me la regalaron mis padres antes de que se divorciaran —informó Rush mirándose la muñeca—. Me recuerda todo aquello por lo que no voy a pasar. Jamás.

El tono, el gesto y la forma de darle vueltas a la pulsera, le dijeron a Dana que si se trataba de meteduras de pata, la alhaja estaba a la misma altura que el grafiti gallináceo.

—No sabía que tus padres estuvieran divorciados —susurró ella lamentando profundamente haber tocado ese tema—. Yo no conozco a los míos, soy adoptada. Aunque doy gracias a diario por ser la hija de Lena Michel. Mi madre es extraordinaria, ya sabes, ese tipo de persona que si me refriaba pasaba las noches en vela y que afrontaba las *aficiones* de su hija pagando las multas con un suspiro y una sonrisa.

Duncan la observó y se encogió de hombros.

—No, no sé nada —reconoció él mirando de reojo la pulsera—. Mi madre se dio a la bebida cuando mi padre la dejó por una cría de veinte años. Antes de eso, nunca me prestaron demasiada atención, si acaso para acompañarme a recibir algún premio. Como puedes ver, no provengo de ninguna familia feliz.

Dana recordó la conversación que mantuvo con el pintor el día que Fiona Holland se emborrachó y comenzó a entender el significado de sus palabras cuando se refirió a sus padres: «*A mí me aconsejaron que no me presentara a ningún concurso que no estuviera dispuesto a ganar*», había dicho Duncan cuando ella le detalló el consejo que su madre siempre le daba. Joder, no le extrañaba su frialdad, con unos padres tan penosos sería un milagro que fuera de otra manera.

Se inclinó hacia él y tomó su mano entre las suyas.

—Lo siento, imagino que algo así debe doler —indicó queriendo decir en realidad otras muchas cosas: te quiero, yo no te dejaría por nadie, estaría dispuesta a prestarte toda mi atención... —. ¿Es por eso que no te permites mantener una relación estable con una mujer? —preguntó afligida. Si a todo lo que le había contado tenía que sumar el suicidio de la modelo, el resultado era un cóctel explosivo. ¿Cómo podía luchar ella contra algo así?

—Define estable —inquirió Duncan sin entrar a valorar nada más.

Dana lo miró con desconfianza.

—Sabes a lo que me refiero —murmuró, consintiendo que su ex jefe retirara la mano y la contemplara como si perteneciera a una raza diferente; obviamente, más tonta y más crédula—. Compartir tu vida, lo bueno y lo malo y todo eso... No me refiero a matrimonio, no es necesario pasar por el altar para...

Duncan se estaba riendo abiertamente de ella. La cara del pintor era tan expresiva que Dana se sintió ridícula hablando de un tema que parecía muy superado por ese hombre.

—No existe la estabilidad en ninguna faceta de la vida —aseveró Duncan impasible—. Cuando uno comparte su existencia con otra persona, tarde o temprano aparece la rutina y el deseo de cambio se impone. Es una cuestión de valentía afrontarlo y seguir adelante o acomodarte en esa vida anodina y continuar con la seguridad que proporciona lo conocido. No estoy dispuesto a participar en ese juego. Nada de parejas y, por supuesto, nada de parejas estables. Comparto *momentos* con otras personas, esa es toda mi filosofía vital. Tú has plasmado, de hecho, alguno de

esos momentos en tu extraordinario grafiti. Por cierto, ¿cómo te has enterado? Si de algo estoy seguro es que no comparto... con más de una persona al mismo tiempo, al menos desde hace mucho tiempo.

Dana puso cara de póker.

—Estaba presente en ambos casos, aunque por casualidad —explicó más triste que avergonzada—. Como ves, no se puede estar seguro de nada.

La sonrisa petulante de Duncan estuvo a punto de sacarla de quicio.

—Sí que lo estoy. Lo que me sorprende es que después... me hayas permitido *compartir* contigo.

Dana se mordió una uña, llevaba mucho tiempo sin hacerlo pero la seguridad que advirtió en Duncan le hizo entrar en pánico. Ese hombre estaba peor de lo que ella pensaba.

—He crecido junto a una persona que amaba tanto a su esposo que le ha guardado fidelidad incluso después de muerto... —indicó Dana extrañamente calmada—. Marshall Michel murió antes de que Lena me adoptara a los dos años. Tengo veinticuatro años y en todo este tiempo no la he visto salir con nadie. Sin embargo, sí la he oído hablar de su esposo, de mi padre, con cariño y respeto. Me ha contado tantas historias sobre él que parece que las haya vivido yo... Puedo parecerme una ingenua, y quizá lo sea, pero déjame decirte que prefiero mi filosofía a la tuya. La mía me hace tener esperanza en el ser humano, en el futuro; la tuya está construida a la medida de una persona que prefiere no arriesgarse. Te han hecho daño y quieres protegerte, lo entiendo, pero, Duncan, a eso yo lo llamo... cobardía.

Duncan frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Tú no sabes nada, por eso estamos aquí.

Después de la enigmática frase cerró los ojos y no volvió abrirlos hasta que llegaron a su destino.

\* \* \*

—¿San Diego? ¿Me has traído a la otra punta del país? —inquirió Dana como si Duncan hubiera perdido la cabeza—. ¿Hemos viajado más de cuatro mil kilómetros? Madre mía, espero que sea importante lo que me quieres enseñar porque empiezas a preocuparme de verdad.

El cartel de bienvenida la había pillado por sorpresa. Se había dormido poco después que él y no se había dado cuenta de que habían transcurrido más de cinco horas. Pero si estaban cerca de México...

Su raptor no habló y ella no estaba de humor para hacerlo, así que permaneció callada a la espera de los acontecimientos.

Un Mercedes, con chófer incluido, los esperaba y agradecieron poder resguardarse en su interior porque el sol de las cinco de la tarde quemaba sin ningún tipo de contemplaciones. Dana se felicitó por haber optado por un mini vestido suelto y sin mangas, aunque acertar con Duncan no era fácil, ese hombre estaba tan mal que

lo mismo podía haberla llevado al Ártico que acabar en México, pensó al darse cuenta de que bastaba con media hora de coche para llegar a Tijuana.

Miró por la ventanilla y vio que se adentraban en una carretera menos concurrida que la que dejaban a su izquierda. Le echó un vistazo al hombre que tenía a su lado y supo que empezaba a ponerse nervioso; lo que fuera a pasar parecía inminente.

No se equivocaba.

Un edificio blanco y reluciente apareció en el horizonte. Dana se fijó en los jardines extraordinariamente bien cuidados y no supo qué pensar. ¿A dónde la llevaba?

«*San Diego Intensive Care Hospital*», leyó antes de dirigirse a Duncan.

—¿Es ahora cuando me explicas lo que estamos haciendo aquí? —le preguntó desorientada.

—En unos minutos lo verás por ti misma —murmuró él casi sin voz.

Dana salió del vehículo preocupada. ¿Estaba Duncan enfermo? ¿Por eso no deseaba mantener una relación con nadie? Un estremecimiento la recorrió por completo. Miró al artista buscando algún indicio y, si eliminaba la palidez de su piel, lo encontró rebosante de salud, aunque nunca se sabía...

Un caballero muy elegante salió al encuentro de ambos.

—Señor Rush —saludó con formalidad.

Dana vio a Duncan estrechar la mano del hombre y después le tocó el turno a ella.

—Dana Michel, Martin Field, director del hospital —aclaró Rush—. ¿Cómo sigue todo?

—Igual, desgraciadamente, no podemos esperar otra cosa.

—¿Mi madre ha venido hoy?

—Vino esta mañana, pero se fue a mediodía.

Dana notó que Duncan respiraba aliviado y supuso que prefería que su madre no estuviera presente, pero ¿de qué iba todo aquello?

Contempló a los dos hombres a la espera de que se compadecieran de ella y le aclararan la situación, pero no fue así. No tuvo más remedio que acompañarlos hasta los ascensores sin saber lo que podía esperar de ese sitio y entonces se fijó en que la palidez de Duncan se había incrementado y evitaba mirarla.

Estupendo, pensó Dana con el corazón infartado, aquello empeoraba por momentos y ella seguía en la inopia.

Finalmente, entraron en una habitación amplia y soleada. Dana no esperaba encontrar una cama en mitad de la estancia y, mucho menos, a una persona conectada a una máquina por medio de unos tubos de plástico y un montón de cables.

El Director se despidió de ambos con un gesto y mantuvo la puerta abierta para que la enfermera, que permanecía junto al enfermo, abandonara también el cuarto.

—Los dejamos solos, si necesitan cualquier cosa, pulsen el timbre.

Duncan no podía hablar, tragó saliva y asintió con un gesto de agradecimiento.

Dana se acercó a él y le tocó suavemente el brazo.

—¿Quién es este hombre? —indagó cada vez más nerviosa.

—Duncan Rush —le respondió el artista con un hilillo de voz—. Mi padre.

## 19

Un silencio tenso se adueñó de la habitación.

Dana se acercó al filo de la cama y contuvo el aliento al comprender que el padre de Duncan estaba en coma. Se escuchaba el ligero silbido que hacía la máquina al imbuirle oxígeno en los pulmones y supuso que las líneas de color rojo de dos de los monitores registraban los latidos del corazón del hombre.

Se fijó en el parecido físico de padre e hijo y, curiosamente, advirtió que el señor Rush no tenía muchas arrugas y el pelo, a pesar de ser muy moreno, apenas mostraba canas. El atractivo del hombre era evidente y no lo desafiaba ni la edad ni la enfermedad que padecía.

Duncan tomó asiento en uno de los sillones y Dana lo imitó sentándose en el otro.

—¿Qué le sucede? —preguntó la grafitera sin alzar la voz.

Duncan salió de su abstracción y la contempló como si acabara de darse cuenta de que no estaba solo.

—Accidente de tráfico —repuso nervioso—. No sabemos el tiempo que permaneció sin sangre en el cerebro. El resultado fue muerte cerebral, lleva así tres años.

Dana asintió. No le parecía correcto indagar más, pero por otra parte...

—¿Por qué estoy aquí? —le preguntó confusa.

Duncan sacudió la cabeza y la contempló fijamente.

—Hace unas horas lo tenía muy claro, ahora no estoy seguro de nada. —Sonrió apenas—. Tal y como tú decías.

Dana suspiró.

La situación era tan extraña que se levantó y salió al pasillo. Su ex amante la había sacado de la cama para llevarla a la otra punta del país y mostrarle a su padre, que según todos los indicios había sufrido muerte cerebral. Era lamentable, pero ¿dónde demonios encajaba ella en todo eso?

Escuchó el sonido de la puerta y lo contempló apenada. Sentía su dolor como si fuera propio. Fue tan natural acogerlo entre sus brazos y abrazarlo con fuerza...

No había llorado en tres años, pensó Duncan sin poder evitar que las lágrimas se agolparan en sus ojos.

—Debemos hablar —dijo el artista temiendo derribar los diques que tanto tiempo y esfuerzo le había costado construir.

Dana lo siguió. Prefería no dar rienda suelta a su famosa imaginación, seguro que algo de aquello tenía sentido.

Llegaron a una cafetería moderna y lujosa con vistas a los jardines de la entrada. Duncan tomó asiento en una de las mesas más apartadas y Dana se preparó

mentalmente para asimilar lo que tuviera que contarle. Mucho se temía que no sería de las bondades de la vida.

—Dana, recuerda el contrato que firmaste, no puedes revelar nada de lo que cuente, si lo hicieras podrías acabar con la vida de mi madre y no puedo permitirlo. Por otra parte, voy a hablar de una intimidad que no es la mía, espero que lo entiendas y lo valores más de lo que has entendido y respetado mi trabajo en la Sala de Juntas —habló sin ninguna emoción.

Dana estuvo a punto de defenderse pero Duncan no le permitió abrir la boca.

—Prefiero que no me interrumpas —expresó con determinación—. Hace unos años me llamaron de un conocido restaurante para que llevara a mi madre a casa, al parecer había bebido más de la cuenta. No le di importancia y proseguí con mi vida hasta que un año más tarde mis padres me comunicaron que se divorciaban. Tampoco me quitó el sueño. En realidad, no me di cuenta de los problemas de mi madre hasta que un sinvergüenza me llamó para chantajearme, me pedía un millón de dólares a cambio de no publicar unas fotos de ella en una situación más que comprometida... No creo que puedas ni imaginarte a lo que me refiero —prosiguió sin parecer afectado—. Bueno, descubrir que tu madre es alcohólica, que toma drogas y que participa activamente en todo tipo de... fiestas no es fácil de asimilar. En fin, acudí en su ayuda, se había arruinado y estaba rodeada de auténticas sanguijuelas que le proporcionaban todo tipo de sustancias, legales e ilegales. Conseguí arrebatársela a esos tipos y la ingresé en una clínica —reconoció suspirando.

Aunque parecía imposible, Dana supo que la historia iba a empeorar, Duncan se movía inquieto en la silla y se miraba la pulsera.

—Cuando se recuperó, me confesó que había acudido a mí porque mi padre se había negado a ayudarla —confesó enfadado—. ¿Te imaginas? veinticinco años casados y se olvida de su esposa para mantener una relación *estable* con una cría de veinte. No me lo podía creer. Con el tiempo descubrí que no solo se negó a ayudarla sino que contrató a esos hijos de puta para hacerla parecer una desequilibrada y conseguir un divorcio más ventajoso, como así fue.

Dana lo vio retorcerse las manos y morderse el labio inferior con fuerza.

—Me enteré de que mi bondadoso padre había perdido la cabeza por una modelo alemana y me propuse devolverle todo el daño que había hecho a mi madre —expresó con la voz tomada—. Me sentí asqueado cuando descubrí que fue idea de la chica, en connivencia con el sinvergüenza de su esposo, aplicar a mi madre ese tipo de tratamiento. A pesar de su juventud, no era la primera vez que lo hacía; encontré una damnificada en Alemania y otra en Francia.

Dana alargó la mano y limpió la sangre del labio masculino. Le hubiera gustado descifrar el misterio que encerraban sus ojos mientras la miraba de aquella extraña manera.

—Contraté a Sabine Meyer como mi musa. Nunca había conocido a nadie más sediento de fama y dinero como esa mujer, así que fue lo que le ofrecí. En una semana me la llevé a la cama y en menos de seis meses conseguí que abandonara a mi padre y

de que ella misma le comunicara que lo hacía por mí, por su brillante hijo —explicó sin ningún pudor—. Juro que no sabía que estaba tan mal como para suicidarse una semana después de que yo la dejara.

Dana cerró los ojos y respiró hondo. Cuando Donald les contó la historia se refería al padre y no al hijo... Qué equivocada había estado, ella había imaginado una historia de amor desdichado y no una venganza al más puro estilo del cine negro.

—Conocí al esposo, a... Carl Butler en la galería —dijo Dana intentado encajar las piezas—. Parecía que había estado muy enamorado de ella. La verdad es que me cuesta creer que hubiera participado del triángulo...

Duncan negó con la cabeza y prosiguió.

—Todo falso, ella consiguió la nacionalidad con el matrimonio y él, vivir sin dar golpe —aclaró convencido—. Un artista fracasado y desterrado del clan familiar por haber cometido una estafa y haber pasado una buena temporada en prisión. Sabine lo utilizaba a su antojo, además Carl es homosexual. Lo sé con seguridad, estuve a punto de mandarlo todo al traste por ese tipo, no soportaba que se acercara a mí...

Dana se aplastó el pelo y se lo llevó detrás de la oreja sin darse cuenta. Sabía que la hora de la verdad se acercaba y no tenía un buen presentimiento.

—Duncan, no sé qué decir —reconoció asqueada—. Lamento profundamente lo que me estás contando y lamento que tu padre haya acabado en estas condiciones...

Durante unos minutos Dana contuvo la respiración, sintió la mano de Duncan acariciando su cabello y no acababa de creérselo.

—Después del suicidio de Sabine, mi padre habló conmigo, me confesó que la echaba de menos y que se iba a quitar la vida por mi culpa... —murmuró Duncan sin ninguna emoción—. No lo creí. Tuvimos una pelea, él me acusó y yo lo acusé a él... Unas horas más tarde, su coche se había salido de una recta y había caído a un lago. El resto es historia. Mi madre se niega a que lo desconectemos y yo me siento tan culpable que anhelo que algún día se despierte para... hablar con él de nuevo.

—Así, que cuando has visto esta mañana el grafiti de la gallina has querido demostrarme que no eres ningún cobarde sino que son las circunstancias que has vivido las que te han hecho ser así... —concluyó Dana por él—. Por eso estoy aquí, ¿verdad?

Duncan frunció el ceño y asintió.

—Algo así —masculló enfadado—. Mírate, has sido capaz de pintar sobre una pared en la que he trabajado durante meses y eso para demostrarme... ¿Qué intentabas demostrarme, Dana, que te intereso? ¿Cómo puedo confiar en alguien que pisotea mis sentimientos de esa manera? No voy a cometer el mismo error que mis padres, no voy a dar la vida por nadie y mucho menos por una persona que no se lo merece. Esto es un adiós, esta vez definitivo.

Dana abrió la boca y la cerró.

Se sentía tan dolida que prefirió mantenerse callada. Recordó a su hermano y repitió mentalmente uno de sus principios: «*El culpable necesita más argumentos que el inocente*». Pues, ella era inocente. Del todo.

Se levantó y se marchó sin mirar atrás.

Ni siquiera lo hizo cuando Duncan mencionó que su avión la llevaría de vuelta a Boston. Sabía que la tarjeta de emergencias estaba en su bolso y no quería volver a ver a ese hombre.

Duncan salió tras ella pero retrocedió sobre sus pasos.

Mejor así, se dijo para calmar su conciencia, nadie que lo quisiera podía dañar su obra porque eso era igual que dañarlo a él.

\* \* \*

El lunes a las seis de la mañana Duncan entró en el banco pensando qué inventar para ganar tiempo; tenía que rehacer un trabajo de más de veinte metros. Recordó la actitud digna de Dana y se le revolvieron las tripas.

Cruzó el hall y saludó a los guardas. Subió las escaleras despacio, lo último que deseaba era contemplar una pared que se reía de él.

Apartó la prohibición de entrar en la sala que había pedido que colocaran para impedir que su equipo descubriera la ignominia y encendió todas las luces de la habitación. Sabía que de esa forma conseguiría volver a ser él otra vez. Contemplar cómo se burlan de ti te devuelve a la normalidad en el acto.

Entonces descubrió un sobre blanco en la esquina de la pared, leyó su nombre con letras claras y redondas y lo abrió con miedo. No soportaría una nota hiriente, bastante hecho polvo estaba ya. Unos gemelos cayeron en su mano y cerró los dedos confundido.

Digna hasta el final...

Debía reconocer que Dana había hecho bien su trabajo, admitió cansado. No había dejado ni un solo espacio de la pared sin pintar. En ese instante, la esquina derecha cedió como la hoja de un libro y el corazón de Duncan se paralizó. Se acercó temiéndose lo peor y constató sus sospechas. Esa chica no había pintado sobre su obra, es más, la había protegido con un plástico impermeable y acolchado. Duncan comprendió que había pegado al muro una lámina de papel corrido y lo había hecho con cinta especial para no dañar la pintura original.

Se hincó de rodillas en el suelo y, por primera vez en tres años, rompió a llorar...

No sabía por qué lo hacía ni por qué le resultaba tan difícil de parar, lo único cierto fue el sentimiento de amor que se abrió paso en su interior al contemplar el cuidado que la grafitera había puesto para no dañar su obra.

Esa chica no había destruido su trabajo, se repitió como un loco.

\* \* \*

Duncan llevaba más de una hora esperando ver aparecer a Alain con el chico. Cuando, por fin distinguió la silueta de dos personas a lo lejos, suspiró animado. Aquello tenía que funcionar, se dijo convencido.

A ella le había funcionado y de qué manera.

\* \* \*

Dana se terminó el zumo de un solo trago.

No tenía mucho tiempo, Frederick Peters la había citado a las diez de la mañana en su despacho y ya eran las nueve. Se retocó los labios en el espejo de la entrada y cerró de un portazo.

Entró en el ascensor mordiéndose las uñas y, al darse cuenta, se prometió a sí misma no volver hacerlo. Las circunstancias tampoco eran las más normales, se dijo justificando la adopción de la medida. El editor la había llamado en persona y quería ver sus ilustraciones, lo que según Rose era trabajo seguro. Y precisamente ahora lo que necesitaba era trabajar. Se había gastado un buen pellizco de la tarjeta de su hermano y su intención era reponer el dinero utilizado. Por lo pronto, esa misma tarde empezaba en el nuevo restaurante que habían abierto los Sinclair cerca de casa, ni siquiera necesitaría coger el coche y podría ahorrar en gasolina.

Ahora que lo pensaba, su situación económica era penosa, romper la carta de despido y el cheque que contenía había estado bien cuando llegó de San Diego; una semana más tarde, le parecía un lujo que no se debía haber permitido.

Las luces del parking estaban encendidas, corrió hasta su coche y un minuto después estaba conduciendo a toda velocidad. Debía demostrar madurez y profesionalidad, llegar tarde no casaba con la imagen de sí misma que quería reflejar. Se echó un vistazo y se encontró más que correcta con su vestido recto de líneas clásicas, su pelo planchado y toda ella maquillada y perfumada. Miró sus pies y sonrió, tacones altos y elegantes, no se le podía pedir más.

Antes de girar para tomar la salida, le sorprendió descubrir un grafiti gigantesco en la pared del fondo. Lo extraño era que conforme se acercaba a la pintura creyó identificar el estilo y a su autor... lo que era materialmente imposible porque esos días permanecía a la sombra en una prisión federal.

Detuvo el coche y la luz de los faros proporcionó al diseño una calidez especial. Dana reconoció el tag de su amigo y movió la cabeza desconcertada. ¿Alguien estaba imitando a Wallace? Porque aquella «K» en tres dimensiones junto a una «W» era su firma.

Salió del coche y se aproximó a la pared.

Vale, aquello no era justo.

Un Duncan de tamaño natural estaba de rodillas frente a una Dana de pelo hincado y le ofrecía un ramo de flores preciosas y coloridas. El resto de la pared exhibía las palabras: «*Lo siento*» al más puro estilo Kendrick.

Dana notó movimiento a su derecha y descubrió al grafitero doblando la tela que había utilizado para no manchar el suelo.

Wallace le devolvió la mirada y le sonrió con ternura.

—Mírame, libre y pintando. Soy un tipo con suerte —le dijo dando una vuelta sobre sí mismo.

Se acercó a ella y se abrazaron con fuerza.

Se escuchó un fuerte carraspeo que llamó la atención de Dana. Duncan se repasaba el pelo con gesto preocupado y ella, aparentando indiferencia, decidió obviarlo para volver a su amigo.

—Te hemos echado de menos —le susurró Dana mientras le acariciaba la mejilla como si fuera un niño pequeño—. No vuelvas a hacernos algo así.

—Prometido... — asintió Kendrick con los ojos brillantes—. Si nos olvidamos de que cree que sabe pintar, no parece mal tío —le dijo bajito tratando de disimular que hablaba de Duncan—. Me ha sacado de la cárcel para ofrecerte una disculpa y eso le ha costado diez de los grandes. No sé de qué va todo esto pero lleva toda la noche dándome la tabarra para conseguir terminar a tiempo —reconoció con una de sus sonrisas irónicas—. Ya que has decidido pasar de mí, dale a este tío una oportunidad, aunque deberías bajarle los humos, no se puede ir por la vida creyéndose un pintor famoso...

—Tú tampoco lo eres —le recordó ella consciente de que su querido amigo no tenía ni idea de quién era Duncan Rush—. De tener más sensibilidad no se te habría ocurrido mostrarme como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

Wallace se encogió de hombros y Dana volvió a abrazarlo.

—Gracias por el grafiti, es el segundo que me dedicas —repuso divertida.

—Me llamaste *Ken* —contestó Wallace guiñándole un ojo mientras se alejaba de la pareja.

—No volverá a suceder —le gritó suspirando aliviada.

La risa de Wallace se escuchó alegre. Extendió la mano a modo de despedida y desapareció dejándolos solos.

Dana perdió la sonrisa, observó a Duncan y esperó a que hablara.

—Lo siento —le dijo el pintor *famoso* abriendo los brazos abatido—. Siento haber pensado mal de ti. Hubiera bastado con tocar la pared o haberme acercado al grafiti... pero estaba borracho y me sentí tan extraño al comprender que me dejabas con tanta facilidad que estaba dispuesto a pensar mal de ti. —Como ella no decía nada, continuó preocupado—. Dana, necesitaba protegerme de estos sentimientos que llevo conmigo y que no acabo de entender. Dame una oportunidad, bien sabe Dios que me esforzaré en conseguir que lo nuestro funcione. Por favor...

Dana vio asombrada cómo el pintor se hincaba de rodillas en el suelo y le mostraba la muñeca desnuda. Hubiera sido demasiado bonito que le ofreciera un anillo, pensó al borde de la histeria.

Un momento, ¿quería un anillo?

—No llevo la pulsera. Tenías razón, a veces hay que arriesgarse —añadió Duncan nervioso—. Deseo formar una pareja *estable* contigo y quiero empezar ahora mismo —susurró mirándola con aquellos ojos oscuros y profundos—. Hasta tu amigo te ha dicho que me dieras una oportunidad.

Dana pensó en su madre, Marshall le había pedido matrimonio a los tres meses de conocerla. El anillo que utilizó era tan fino que se rajó en poco tiempo pero a ellos no les importó porque se amaban...

Mierda, ¿dónde estaba su declaración de amor? Esa que contaría a sus hijos una y otra vez.

—Una oportunidad, Dana. Solo pido una oportunidad.

Dana sacudió la cabeza, tenía que dejarse de esperanzas vanas. Duncan solo hablaba de *oportunidades*, por lo visto no sabía que existía algo llamado AMOR..

La voz de su conciencia corrió a echarle una mano. Unos días antes ese hombre se vanagloriaba de tener una filosofía vital consistente en *compartir momentos*, como lo había llamado él. O compartir *revolcones* como lo llamaba ella. Y ahora le pedía una oportunidad para formar una pareja estable. Desde luego, era lo más parecido a declararse que en esas circunstancias cabía esperar.

Si en unos días habían avanzado tanto, cuando transcurriera algo más de tiempo llegaría su declaración, no podía ser de otra manera, se autoconvenció a sí misma.

—Sí —declaró afectada—. Claro que sí, siempre he dicho que es preferible intentarlo...

Duncan no la dejó terminar. Se puso de pie y la estrechó entre sus brazos como un loco.

—Prometo que no te arrepentirás —le susurró el artista sin dejar de besarla una y otra vez.

De disponer de labios para poder hablar, Dana le habría dado alguna pista acerca de las cuatro letras, por lo que quizá fuera mejor así.

Tampoco quería agobiarlo, ¿verdad?

## 20

Encendió la luz de la habitación para apagarla al instante, abrió la puerta del baño y la cerró con un golpe seco, hundió el colchón al sentarse... sin resultado, constató Duncan observando a Dana darse media vuelta para seguir durmiendo. Tenía que ser más directo, así que sintonizó la radio y dejó que sonara con estridencia. Volvió a mirarla y esta vez descubrió cierto movimiento en su pie derecho. No había duda, se estaba despertando, se dijo metiéndose en la cama de nuevo y sonriendo encantado.

Dana suspiró cuando sintió una cabeza entre sus pechos.

—¿Estás despierta? —le preguntó el artista mordisqueando uno de sus pezones.

—*Nop*, sigo dormida —explicó ella semi inconsciente.

Duncan se prometió ser más efectivo la próxima vez. Llevaba media hora esperando que Dana se despertara y la paciencia no era lo suyo.

—Puedo ayudarte a empezar un día perfecto —le dijo al oído mientras le bajaba las bragas y se introducía en ella—. Buenos días, cariño.

Dana sonrió sin abrir los ojos y dejó que los enviones la trasladaran a un lugar distinto al de los sueños. Lo escuchó gemir mientras le amasaba los pechos y solo entonces lo miró a la espera de las cuatro palabras...

—Te deseo tanto que me moría por sentirte cerca —le confesó Duncan con la voz tan ronca que Dana apenas logró entenderlo.

Pues ese día tampoco iba a ser, se dijo ella desilusionada.

Se abrazaron mientras las respiraciones volvían a normalizarse, aunque la de Duncan se normalizó tanto que se quedó frito en cuestión de segundos. Dana miró la hora y no supo qué hacer, eran las cinco de la mañana y sus ganas de dormir se habían esfumado.

Con cuidado de no despertarlo entró en el baño.

Llevaba seis meses esperando y empezaba a desesperarse. Sabía que no había otra mujer, era imposible; ese hombre le hacía el amor varias veces al día y, prácticamente, vivían juntos. Duncan le había presentado a su madre y ella había hecho lo propio con Lena y Matt. Tomaba la píldora, asistían juntos a todo tipo de eventos y en la prensa hablaban de ella como de la pareja del pintor y sin embargo...

Se aclaró el pelo pensativa y dejó que el agua barriera los restos de lágrimas. Sabía que algo se interponía entre ellos, no podía explicarlo, era más bien una sensación, nada que fuera tangible, acaso una esperanza frustrada.

Se envolvió en el albornoz y contempló el de Duncan colgado en una percha cercana. Estaban en el ático del pintor, en la última planta del edificio propiedad de la empresa de su pareja estable. Abrió los cajones del mueble del baño y suspiró dolida. Duncan le había reservado un solo cajón de un mueble descomunal, contó ocho y acabó cerrando de golpe el suyo.

Tampoco necesitaba más, reflexionó, intentando que imperara la cordura. Era uno de los más grandes y nadie le había prohibido invadir nuevos territorios. El sonido de su móvil irrumpió en el cuarto. La madre de Duncan no acostumbraba a hablar con ella, Dana descolgó preocupada mientras volvía a la habitación.

—¿Dana? —le preguntó una voz calmada—¿Sabes cómo puedo localizar a mi hijo? Intento hablar con él pero salta el contestador. Querida... ha sucedido... Hace unos minutos ha fallecido... su padre.

—Está conmigo —le dijo Dana nerviosa—Lisa, lamento mucho lo sucedido.

Creó escuchar un sollozo y se sintió fatal. Se sentó en la cama, tapó el micrófono y despertó al pintor.

—Duncan, cariño —le susurró mientras le acariciaba el pelo y le pasaba el teléfono—. Es tu madre, lo peor ha sucedido... Lo siento mucho.

\* \* \*

Nunca había asistido a un funeral pero no se esperaba que fuera así... de frío.

La madre de Duncan, Lisa Grant, era una atractiva mujer de unos increíbles cincuenta y muchos años que vestida de negro riguroso, incluido el abrigo de piel, no lloró ni se mostró apenada. Con la excepción de apretar el brazo de su hijo, nadie diría que lo estaba pasando mal. Dana sabía que se había ido a vivir a San Diego para estar más cerca de su ex esposo y que lo visitaba todos los días. Eso era AMOR, se dijo mientras la veía sostener una vasija con las cenizas del señor Rush.

Miró a su madre y, como siempre, se sintió orgullosa de su aspecto. Había escogido un traje chaqueta en color negro pero su camisa era de un crema elegante. Acompañaba el conjunto con zapatos negros de tacón alto y bolso a juego. Su abrigo no era de piel pero sí de paño negro de una calidad excelente y pañuelo de marca en tonos beige. Maquillada sin estridencias y peinada con su melena lisa y sin encrespamientos, estaba magnífica. A diferencia de ella, su madre siempre sabía lo que debía ponerse.

Ella había escogido pantalón negro y jersey negro con cuello grande y vuelto, collar plateado y botas altas con tacón elegante

Lena acudió al lado de la madre de Duncan y le sostuvo el brazo. Su madre debía saber lo que estaba pasando por la cabeza de esa mujer, comprendió Dana. Sin hablar con ella la estaba reconfortando.

Lisa se dejó ayudar agradecida y abandonaron el lugar los cuatro en dirección al puerto.

En el coche ninguno se atrevió a romper el silencio. Dana entendió perfectamente la cara sorprendida de su madre, acostumbrada a la efusividad de sus hijos aquella familia debía parecerle extraña.

Una vez en el puerto, un barco blanco y elegante los esperaba.

Dana se abrochó el abrigo, se subió el cuello hasta las orejas y respiró el aire helado de febrero. Ni California se había librado de sufrir aquellas terribles heladas.

Lena se arrebujó en el suyo y Duncan y su madre permanecieron impasibles, igual que si brillara el sol y no hubiera ni una nube en el horizonte.

Como los dolientes permanecían de pie hablando entre sí muy bajito para que ellas no los escucharan, Dana ocupó uno de los mullidos asientos que se abrían en abanico en la cubierta del lujoso yate y Lena la imitó.

Contempló los esfuerzos de Lisa por no llorar y agradeció al cielo que finalmente sucumbiera, la hacía parecer humana. Duncan la abrazaba con ternura y aquello empezó a parecer un funeral, el ambiente era lo único frío en aquel instante. Esa mujer y su hijo lloraban desconsolados por la muerte de un ser querido y lo hacían con tanto dolor que agradeció que ni Matthew ni Rose la hubieran acompañado, era una situación demasiado íntima para compartirla con desconocidos aunque se preguntó por qué Alain Foster no estaba allí. El abogado era el único amigo verdadero que le conocía a Duncan.

Los ricos y su intimidad... Pensó molesta.

Cuando se alejaron lo suficiente de la costa, Duncan se acercó a Dana y a Lena.

—Ha llegado el momento —les dijo con la mirada vidriosa.

Dana lo vio revolverse el pelo y supo que aquello le estaba resultando más difícil de lo que cabía esperar. Ella le dio la mano a su madre y ambas se situaron delante de los apenados familiares (ahora sí) de Duncan Rush padre.

Lisa miraba la vasija plateada con insistencia y la apretaba contra su pecho. Aquella mujer no parecía entender que debía esparcir las cenizas en el agua.

—Lo siento —susurró llorando sin dejar de mirar la copa labrada.

El sentimiento que revelaron las dos palabras fue tan intenso que los sobrecogió a todos.

Duncan tuvo que ayudar a su madre, que temblaba y sollozaba con dolor, a abrir el sello de la tapadera y, finalmente, fueron los dos los que volcaron la vasija y dejaron salir el polvo oscuro que de inmediato se fundió en el azul del mar.

A Lena le pareció tan triste la despedida de ese hombre que no llegó a conocer, que recitó una pequeña parte del poema que escribió a la muerte de su querido Marshall, segura de que a él no le molestaría que lo compartiera con aquellas personas tan reacias a mostrar sus sentimientos.

*Yo amé en una ocasión  
y tuve el valor de gritarlo al viento:  
lo escribí, lo dibujé y lo demostré  
porque de nada sirve sentir en soledad.  
Y tú lo sabes, AMOR,  
que cada noche esperas con ansia  
el eco de mi voz  
y yo recuerdo con ansia el eco de tu amor...*

Lisa Grant miró a Lena con los ojos repletos de lágrimas y le sonrió con toda la gratitud de un alma atormentada. Lena la estrechó entre sus brazos y con un gesto le dijo a Duncan que acompañaba a su madre a uno de los camarotes para dejarla batallar con sus fantasmas y su pena. En momentos como ese se podía hacer poco más.

Cuando las dos mujeres desaparecieron, Duncan abrazó a Dana con fuerza.

—Tenías razón —musitó besándola en el pelo—. Tu madre es extraordinaria. Ha conseguido transformar el final de una historia triste y sórdida en algo bello. Se lo agradeceré siempre.

Mientras continuaban abrazados, Dana se repitió mentalmente el poema: «*Yo amé en una ocasión y tuve el valor de gritarlo al viento...*»

¿Cuándo iba a gritar ese hombre su amor por ella?

¿Lo haría cuando derramara sus restos en alta mar?

Mejor dejaba de pensar y se centraba en el trabajo. Exponía en un mes en la galería que llevaba a medias con Rose y aún le faltaba el tema central de la colección.

—Voy a acompañar unos días a mi madre —murmuró Duncan contra su frente—. Temo que recaiga en el alcohol o abuse de las pastillas. Organizaré su traslado a Boston y me aseguraré de que está bien. No puedo pedirte que lo dejes todo para estar conmigo, sé que expones en poco tiempo.

Claro que podía pedirle que lo dejara todo por él, otra cosa distinta es que ella lo hiciera. Ahí estaba otra vez, ese vacío en la relación, ese no hablar de sentimientos. Al menos, ¿la iba a echar de menos? ¿Iba a seguir siendo fiel?

Es más, ¿era fiel ahora?

No obstante, si analizaba sus palabras era ella la que quedaba en muy mal lugar. Ese hombre era tan perfecto y tan sensato que estuvo a punto de pegarle un pisotón para espabilarlo.

—Claro, Duncan —expresó con una calma que no sentía—. Nos vemos cuando lo soluciones todo.

A cambio, recibió un besito de agradecimiento.

Se dio la vuelta y bajó a buscar algo de beber, si continuaba a su lado iba a acabar necesitando los servicios letrados de su hermano.

\* \* \*

Siempre que quedaba con Frederick llegaba tarde, cuando no era por un motivo era por otro.

En esa ocasión, Rose la había llamado para mostrarle la decoración de las salas en las que presentaría su obra y le habían parecido tan insulsas que ella misma había dibujado un croquis con lo que quería. El problema de permitirse ese lujo era que había perdido la noción del tiempo.

Entró en el restaurante mirando el reloj. Los quince minutos de cortesía tendrían que alargarse hasta cuarenta y cinco... Mierda, era muy tarde.

Buscó al editor y lo descubrió en la barra. Tipo listo, siempre que quedaban lo hacía esperar y había preferido la invisibilidad del bar.

Peters se acercó a ella sonriendo y Dana tuvo que reconocer que el hombre era extraordinariamente atractivo. La besó en las mejillas atrayéndola hacia él mientras reposaba su mano abierta en la espalda femenina. Dana se sintió algo cortada por la efusividad del recibimiento, no soportaba que su pecho chocara con el de cualquiera y ese hombre no pasaba de ser un simple conocido que la había contratado en dos ocasiones y que pagaba muy bien, eso sí.

—Tenemos mesa —explicó Frederick con la seguridad que lo caracterizaba.

Dana lo siguió hasta el mejor sitio del restaurante y agradeció haberse vestido con un modelazo celeste, estrecho y elegante. Lo complementaba con tacones y bolso a juego de un delicado color beige y abrigo de paño gris con el interior del mismo color del vestido. Sabía que el pelo más largo le sentaba mejor pero notar todas las miradas concentradas en su persona le sacó los colores. Incluso pensó que había sido tonta por no quitarse el abrigo en la entrada y no parecer que se estaba desnudando en medio de aquella sala.

Notó la mirada de Frederick recorrer su cuerpo y constató algo que ya sabía, ese hombre no intentaba nada porque respetaba su relación con Duncan. Esperaba que continuara así, le caía bien el editor y le gustaba considerar que con el tiempo llegaría a ser un buen amigo.

—Creía que hoy en día las mujeres ya no se sonrojaban. —Sonrió Peters mostrando todos sus dientes blancos y perfectos—. Es reconfortante saber que no es así. Eres un soplo de aire fresco, me gustas.

Dana trató de tomarse con indiferencia la frase pero los ojos de Frederick hablaban de secretos inconfesables y no pudo sostenerle la mirada. Entonces sintió los dedos del editor acariciar su mejilla y lo contempló desconcertada.

—Tenías carboncillo en la cara —aclaró el hombre con naturalidad—. No puedes disimular que eres pintora. Por eso te he llamado.

Dana cogió el libro encuadernado que el editor puso a su alcance y le echó un vistazo. Se trataba de una distopía. Esas historias le iban como anillo al dedo.

A partir de ese momento, la situación volvió a los cauces normales. Salvo que Frederick le cogía la mano con cualquier excusa, Dana no encontró nada preocupante en su reunión con el empresario. Aunque la próxima vez quedarían en su despacho; no sabía cómo encajar que le pasara un dedo por el dorso de la mano para seguir la línea de su tendones, o que le cogiera la mano para analizar la largura de sus dedos.

Lo dicho, no volvería a comer a solas con ese hombre.

\* \* \*

Duncan dejó de sonreír cuando vio a Peters acariciar la mejilla de su novia. Observó el azoramiento de Dana y le preocupó que su chica se pusiera como un tomate ante la majadería que le estuviera diciendo ese individuo.

Cogió su copa y se acercó a la mesa para saludar a Dana. Al final, habían sido dos eternas semanas y no podía esperar para abrazarla. Tenía que explicarle que el móvil existía para algo, había sido Rose la que le había dicho dónde estaba y él ni se lo había pensado. La necesidad de ver a esa mujer y sentir que todo seguía igual entre ellos estaba acabando con él. En los últimos días la había notado rara. Ahora confiaba en que no fuera por ese cretino.

Sin embargo, se dio media vuelta cuando vio al editor acariciar la mano de Dana, que ella retiraba, por cierto, a toda prisa.

Le hubiera pegado un puñetazo a ese tipo. Dana estaba comprometida, se dijo gritando para sus adentros. Con él.

Abandonó el local sintiendo que todo su mundo se tambaleaba. No podía perderla. Esa mujer le inspiraba tal amalgama de sentimientos que prefería morir a vivir sin ella. De hecho, era lo que había descubierto esos días.

Volvió a la barra y pidió un refresco. Por ese día ya había bebido bastante, primero en el avión y ahora en ese restaurante. Necesitaba estar fresco para decirle a Dana... Tenía que pensar lo que le diría. La verdad era que se sentía aterrorizado.

Hablar con su madre le había hecho mucho bien.

*—Hay personas que necesitan calor y yo fui un bloque de hielo con mi esposo —le dijo para explicarle el «lo siento» del barco—. Dana es como tu padre, cariñosa y sencilla. A las personas así les puedes hacer daño con un simple gesto o con no compartir tus sentimientos. Esa chica te ama de verdad, se ve a una legua y no creo que conozca lo que sientes realmente por ella. Cuídala, cariño. Cuando la felicidad llega a nosotros con nombre propio solo un estúpido deja que se le escape...*

Duncan miró el reloj y siguió golpeando el volante siguiendo el ritmo de la música. Apenas había dormido la noche anterior por lo que no quería cerrar los ojos...

Se despertó angustiado, no se perdonaría jamás haber dejado pasar la oportunidad de estrechar a Dana entre sus brazos. Sin embargo, su cerebro debía estar en modo espera porque en ese momento observó a la pareja despedirse en la puerta del restaurante. La limusina del editor lo recogió primero y el hombre le estampó dos besos a su chica mientras esta permanecía todo lo alejada del cuerpo de ese individuo que podía sin parecer al mismo tiempo ridícula. Duncan respiró más tranquilo. Esa chica estaba comprometida con él, no esperaba que se la jugara.

Dejó que Dana se despidiera del tipo con la mano. Después, la abrazó por detrás y aspiró su perfume afrutado.

—Te he echado de menos —le susurró al oído.

Dana se dio la vuelta y sus labios dibujaron una extraordinaria sonrisa.

—Cualquiera lo diría —repuso mientras recibía pequeños besitos en toda la cara—. Te has tomado tu tiempo.

Duncan no podía más, le agarró la cara con las dos manos y la besó como un loco enamorado y desesperado.

La grafitera abrió los ojos sorprendida. Algo había cambiado pero no acertaba a adivinar qué podía ser.

—Espero que esto signifique que no has estado con otra mujer... —Sonrió tratando de parecer casual, pero ese pensamiento había llegado a quitarle el sueño. Si con ella practicaba sexo todos los días e incluso más de una vez al día... ¿Cómo se había mantenido célibe esas dos semanas?

Duncan se sintió herido.

—¿Me estás preguntando de verdad si me he acostado con otra mujer? —le preguntó indignado—. Cuando me comprometo cumplo con mi obligación, creía que lo sabías.

Dana lo vio alejarse de sus brazos y se sintió perdida.

—Yo no sé nada —repuso comenzando a indignarse también—. Además, no esperaba que hablaras de negocios y de obligaciones. ¿Comprometido? ¿Estamos comprometidos? Porque es lo primero que escucho, te aseguro que no lo sabía...

—¿Qué parte de *relación estable* no entendiste? —continuó él con la misma indignación a cuestas.

Dana resopló acercándose demasiado al pintor.

—No sé a qué llamas *relación estable*, esa es la verdad —aclaró molesta—. Nunca hablas de tus sentimientos. Utilizas eufemismos que no sé cómo interpretar. ¿Relación estable es equivalente a *comprometidos*? No lo sé, Duncan, contigo nunca se sabe.

Esa frase acabó de destrozarlo.

—Todo esto no será por ese gilipollas, ¿verdad? —preguntó cayendo en la cuenta de que esa no era la Dana que él conocía.

—¿Te refieres a Frederick Peters? ¿Nos has visto? —inquirió mosqueada—. Un momento, ¿cuánto tiempo llevas aquí, Duncan?

Las mejillas del artista adquirieron cierto tonillo rosáceo que mosqueó a Dana definitivamente.

—Acabo de llegar de San Diego —explicó cabizbajo—. Todavía llevo la maleta en el coche.

—¿Cuánto tiempo? —insistió ella.

—Quizá... una hora —respondió a sabiendas de que llevaba el doble.

Dana lo miró sin creer lo que estaba sucediendo.

—Aquí hay más de un gilipollas...

Y lo dejó solo.

Duncan comprendió que había metido la pata y dejó que se marchara. Él lo único que quería era abrazarla y sentir que seguía siendo suya.

¿Tan malo era eso?

\* \* \*

Dana llegó de muy mal humor al segundo de sus trabajos.

Su equipo había empezado sin ella. Ese grupo no esperaba a que nadie lo dirigiera ni admitía muchas críticas por su parte, pero eran una piña.

Miró a Wallace y sonrió ante el grafiti.

—Te has pasado con las tetas de la chica —le dijo Dana contemplando aquellos apéndices con una sonrisa involuntaria—. ¿No crees que con menos volumen quedarán menos ridículas?

Su amigo negó con la cabeza y prosiguió como si tal cosa.

—Se lo hemos dicho —informó Lisa—. Pero no atiende a razones...

Dana se retiró unos pasos y estudió la silueta de la mujer con ojo crítico.

—Esto es un garito de copas, aquí viene la gente a disfrutar y esta tía es para mirarla, así que no seáis mojigatas y seguid a lo vuestro —explicó el delincuente-reo-criminal.

Dana se encogió de hombros y se acercó a su pared.

—Si no le gusta al dueño, serás tú quien venga por las noches a operar a la muchacha —le dijo mientras desaparecía en los servicios para cambiarse de ropa—. Tenemos tres encargos más esperando en la galería, no pueden retrasarnos unas tetas, por Dios.

Antes de cerrar la puerta, escuchó las risas de José y Lamar y a las chicas sumándose a la fiesta. Ese era su mundo.

Cuando salió vestida con un mono negro con el anagrama de la galería y miró a su alrededor se sintió a gusto consigo misma. Quién le iba a decir que ganar el *Home Art* y aceptar una entrevista en un canal local le iba a proporcionar tanto trabajo como para crear su propia empresa, permitirse contratar a sus amigos y participar como socia con Rose en una galería de arte.

Su amiga le había echado el ojo hacía más de un año a una estación de bomberos abandonada y unos meses atrás pudieron adquirirla a un módico precio, claro que la razón era porque se caía literalmente a cachos... No obstante, después de muchas reformas habían conseguido una de las galerías más impresionantes de todo Boston: moderna, amplia y con clase.

Si su futuro con Duncan marchara la mitad de bien que su economía sería la mujer más feliz del planeta, suspiró mientras comenzaba a trabajar con sus ganas habituales.

En esta ocasión, el grafiti consistía en una sala de un local de copas. Wallace y ella compartían pared y su amigo se había quedado con la parte del escenario. Los atributos de los que discutían correspondían a la mujer que cantaba.

Dana retrocedió para quitarse la mascarilla y contemplar el brillo del saxofón que había pintado apoyado en una silla.

—Espectacular —escuchó a sus espaldas—. Parece real. El listillo de Wallace podía aprender, esas tetas amenazan con destruir el edificio...

Dana no sonrió, no se dio la vuelta y permaneció callada.

—Debo ser *imbécil* y *gilipollas* si no he logrado transmitirte lo que siento por ti —reconoció dolido acercándose lentamente a ella—. Te amo, Dana. Tanto que estos quince días han sido los más largos de toda mi vida. Pensar que no estabas a mi lado o que no te vería al levantarme cada mañana, me ha destrozado y ha hecho que me dé cuenta de muchas cosas. Lo quiero todo contigo: compromiso, hijos, perro y casa. No puedo vivir sin ti, y te aseguro que no es una frase hecha.

Se hincó de rodillas en el suelo y le ofreció un paquetito rojo.

Dana contempló sus esfuerzos para permanecer de rodillas y le apuntó con el dedo.

—Te quiero de rodillas más tiempo —señaló con sequedad—. Has sido muy desagradable al insinuar que estoy tonteando con Peters.

Duncan asintió y esperó ansioso que le gustara el anillo.

—Es de mi madre —explicó al ver que Dana no decía nada—. Me lo dio para ti.

Dana lo miró con la cara bañada de lágrimas.

—Es precioso —exclamó sin poder parar de llorar—. Yo también te amo, Duncan, siempre te he amado, aunque quiero que sepas que no necesito contratos, ni anillos... Solo te necesito a ti. Yo también te he echado de menos y, aunque suene cursi, quiero sentir que eres mío... Como ahora, por ejemplo.

Dana se abalanzó sobre él y ambos cayeron al suelo. Duncan rodó sobre ella y la besó apasionadamente.

—Soy tuyo, me dono entero a la causa. —Sonrió sobre su boca—. Y cuanto antes empieces mejor, quince días son muchos días, nena.

Dana sonrió comprensiva.

—¿Has cerrado con llave? —indagó ella mientras se bajaba la cremallera del mono con lentitud.

Duncan tragó con dificultad.

—Tres vueltas y he puesto la cadena —explicó mientras se quitaba la camisa y sus cuerpos se fundían.

—Bien... —susurró ella—. Ya iba siendo hora de que te encadenaras a mí.

# EPÍLOGO

*Un año después...*

—¿Qué piensas de... Alain? —La voz de Rose la sacó de su ensimismamiento.

Dana miró a su amiga y levantó una ceja.

—Es amigo de Duncan y su abogado —explicó mosqueada—. Hace tiempo que le perdoné que me despidiera de aquella manera tan... expeditiva.

—Ya, ya... —susurró Rose bajando la voz y mirando a su alrededor—. Déjate de tonterías y vayamos al grano. ¿Puedo utilizarlo para lo que tú y yo sabemos... que aún no... he hecho?

A Dana se le escapó una palabrota y miró seriamente a socia.

—Rose, cariño, no quiero que te hagan daño pero tampoco que tú se lo hagas a ese hombre —aclaró Dana como hipótesis de partida—. Es un buen hombre, quizá demasiado formal para ti.

Rose bramó como un toro.

—Se ve que no has hablado con Marcus Sinclair últimamente —soltó enfadada.

Dana sacudió la cabeza y esperó a que Rose se explicara. Sin embargo, se quedó con las ganas, el aludido acababa de entrar en la galería y se dirigía hacia ellas. Ahora que reparaba en ello, ese hombre las visitaba a diario... Madre mía, no se imaginaba al letrado jugando con su amiga; aquello iba en serio.

—Dana —saludó el francés dándole un beso.

Dana le sonrió, cogió su móvil y fingió que tenía que llamar a alguien. O lo que es lo mismo, desapareció a toda prisa. Se sentó en la escalera que conectaba ese piso con el sótano y los espío sin un mísero sentimiento de culpa. Al cabo de unos minutos, Scott, Tina y July estaban sentados junto a ella observando a la pareja.

—Me gusta, está como un queso —argumentó sólidamente Tina.

July sonrió y le pegó un codazo a Dana.

—¿No parece algo mayor? —preguntó en confianza—. Aunque quizá le venga bien, Rose está como una cabra. Alguien así puede centrarla.

Dana miró a la muchacha y sonrió. Su forma de hablar le recordó que era la única sensata de toda la galería. Por eso la contrataron, pensó dándole la razón con la cabeza.

Antes de que pudieran alejarse de la escalera y disimular, Rose se acercó a ellos a toda prisa.

—¡Dime que no he estado en los brazos de ese hombre! —exclamó su amiga con histeria.

Dana miró a Alain y la cara de satisfacción del jurista la asustó.

—Rose —le cuchicheó preocupada—. No te he dicho algo importante. Ese hombre es uno de los abogados más brillantes de todo el país, no sé de qué va esto, pero no se puede ganar a un tipo así.

—Tú, dime la verdad —insistió la galerista—. ¿Ese hombre me ha llevado en sus brazos?

Dana miró de nuevo a Alain y este le guiñó un ojo. Fuera lo que fuera, no parecía muy serio.

—Sí, Rose, ese hombre te ha llevado en sus brazos —aseguró Dana—. La noche que conocimos a la esposa de mi hermano pillaste una cogorza impresionante. Alain te sacó del taxi y te metió en mi coche.

—Hay que joderse —se le escapó a su amiga—. He caído como una pardilla. Acabo de perder una apuesta: cena y paseo a la luz de la luna, y encima pago yo.

Dana sonrió y se alejó de la pareja, esa vez de verdad.

Dio una vuelta y comprobó que todo estuviera perfecto. Era su primera exposición de grafitis y estaba muy nerviosa. Se quedó delante de la obra principal y suspiró encantada del resultado. Salvo la cara que no se le distinguía, un hombre joven y físicamente perfecto estaba acostado en una cama con una sábana cubriendo sus genitales. Lo mejor era que Dana había dejado que se intuyeran debajo de la tela, resultando más tentador que si se mostraran abiertamente.

Unos brazos conocidos la rodearon por completo y le acariciaron la barriga.

—Hola, llego tarde —confesó Duncan con naturalidad. Después miró el desnudo masculino y torció el gesto bajando la voz—. Como le digas a alguien que he posado para ti, me vengaré el resto de mi vida. Es una promesa.

Dana lo miró con cierto pesar.

—En realidad, no es la primera vez que lo haces —cuchicheó ella prácticamente en su oído—. Te pillé con una chica en el banco. Esa es la explicación de que presentara un grafiti como trabajo fin de carrera. Tu cuerpo me pareció tan espectacular que abandoné un óleo casi acabado para hacer realidad el espejismo que contemplé en el suelo de la Sala de Juntas.

Duncan le acarició el pelo y tuvo la sensatez de ponerse colorado.

—Lo siento —le contestó sincero—. Me extrañaron las escenas que acompañaban a la gallina en tu famoso grafiti. Ahora las entiendo. No te merezco.

Dana se negó a hacer un problema de algo que no lo era.

—No lo sientas. —le dijo con aquella sonrisa especial y Duncan supo que su chica tramaba algo—. No éramos pareja. Pero no quiero que te enfades...

Duncan suspiró preocupado.

—Vale, cariño, estoy preparado...

Dana volvió a sonreír aunque esta vez más nerviosa.

—El grafiti de la universidad, quiero decir *tu grafiti...* es la última obra de la exposición. No está en venta —explicó con sencillez—. No te preocupes, nadie lo sabe, ni siquiera Rose. Pero tenía que aparecer, fue el principio de todo...

Dana no pudo continuar, Duncan acababa de pegarse a ella y le había metido la lengua hasta la campanilla.

—Me habría apostado la cabeza a que el hombre que pintaste era yo —presumió su esposo encantado—. Odié que hubiera un novio.

—¡Ah, las apuestas! No te imaginas cuánto me gustan. —Sonrió ella mientras se recuperaba del beso y pensaba en el motivo de que ese hombre cumplidor de sus obligaciones aceptara posar para ella. Para no conocer el *Home Art*, le había cambiado la vida.

Duncan volvió a poner sus manos en la barriga femenina y Dana se sintió en el cielo.

—¡He sentido una patada! —le dijo Duncan asombrado.

Dana sonrió con ganas.

—Estamos de diez semanas —le recordó ella, toda prudente—. Aunque con el tiempo llegue a ser tan buen mozo como su padre, mide menos de cuatro centímetros. Duncan, amor, no tiene con qué pegarte la patada, ya lo viste... es como un garbanzo. Soy yo, estoy muerta de hambre.

Su esposo sonrió.

—Lo tengo todo preparado para más tarde —suspiró el artista acariciando la piel de los hombros de su esposa y mirando su escote pronunciado—. Pero si tienes hambre ahora...

Dana no se podía creer que le afectara tan poco que estuviera embarazada.

—Aún falta más de una hora para que esto se llene de gente —intentó convencerlo, tratándose de conseguir comida, valía cualquier cosa—. Y estoy famélica, mírame, desfallecida y medio mareada... Una hamburguesa de mi amigo Luther sería increíble en este momento.

El rostro de Dana se contrajo voluntariamente.

—Dios, qué buena eres haciendo teatro —le dijo su marido sin dejarse engañar.

La abrazó con fuerza y rectificó rápidamente para besarla con delicadeza. ¿Desfallecida y medio mareada? Pues él la encontraba impresionante con la piel resplandeciente y medio desnuda con aquel vestidito de gasa que apenas le cubría los senos, más voluminosos que nunca, y enseñaba unas piernas de vértigo.

—De acuerdo —admitió con desgana intentando disimular, estaba deseando enseñarle lo que había preparado en la terraza de la galería.

Antes de llegar al ascensor saludaron a Lena y a Matthew.

—¿Cómo está mi sobrino? —le preguntó Dana abrazando a su madre.

—Es igualito a su padre, grande, rubio y bello como un Apolo —declaró su madre—. El problema es que llora lo mismo que él a su edad.

Dana sabía que Matt fue entregado a Lena en el momento de su nacimiento. Miró a su hermano y lo vio sonreír orgulloso.

—Es todo falso —le dijo abrazándola y acariciando su barriga bajo la atenta mirada de Duncan—. Sally te desea mucho éxito, pero Dan se parece a su tía y ha vuelto a ponerse enfermo.

—El mío va a ser un trasto entonces —gimió Dana—. He debido ser de armas tomar y Lisa dice que Duncan era terrible...

Duncan advirtió la perífrasis y no le permitió que sintiera lástima de sí misma. La puso bajo su costado y saludó a los Michel con afecto. Desde que Lena le dedicara a su padre una parte de su poema, había aprendido a apreciar a esa familia.

Los dejaron con una copa de champán en las manos y subieron a la terraza.

Dana esperaba encontrar una mesa engalanada con un bonito mantel y un montón de comida, o al menos, algo de comida.

No había nada de eso.

Miró hacia todos lados y, decepcionada, tomó asiento en el sofá que ocupaba la pared central. Entonces, Duncan tiró de un papel similar al que ella usó para pintar su gallina y un grafiti enorme apareció ante ella.

Dana abandonó su asiento y estudió la pintura sorprendida. No era de nadie conocido o que ella pudiera reconocer. Pero eso daba igual, era muy bueno. Curiosamente, era el dibujo a sanguina que le hizo Duncan el día que concursaron en el *Home Art*, pelo hincado incluido. Pero no se trataba solo de su cara, sino de su cuerpo entero. Un hombre la pintaba en un bar de copas mientras ella sonreía y, a su vez, lo pintaba a él. A la derecha del dibujo unas letras enormes y muy elaboradas la hicieron llorar: «*Te amo, Dana Michel. De tu esposo, Duncan Rush*». La firma no era muy original, «*Rush*», aunque no creía que un detalle tan nimio le importara demasiado a su autor.

—No soportaba que le agradecieras a Wallace que te hubiera dedicado unos grafitis. Deseo ser el único para ti —susurró Duncan emocionado—. Para serte sincero, ha sido el poema de tu madre el que me ha obligado a actuar: «*Yo amé en una ocasión y tuve el valor de gritarlo al viento: lo escribí, lo dibujé y lo demostré...*».

Dana se limpió las lágrimas y lo miró con un gesto de amor tan fiero que Duncan se sintió afortunado de ser su destinatario.

—Me gusta, cariño —declaró ella con fuerza—. Gracias, por dedicarme algo tan bello.

Duncan la contempló con aquella intensidad que dolía.

—¡¡¡TE AMO, DANA MICHEL!!! —gritó mirándola a los ojos y repitiendo el grito al horizonte—. ¡¡¡AMO A DANA MICHEL!!!

Dana le sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya lo he gritado, lo he escrito y... lo mejor viene a continuación —murmuró su esposo sobre sus labios.

Dana le devolvió el beso con todas sus fuerzas.

—La demostración... —repitieron al unísono.

FIN